

CRIMEN & CIA.

**Peter
Lovesey**

**SIDRA
SANGRIENTA**



Sidra sangrienta es la historia de un crimen «con solera». Duke Donovan, un militar norteamericano de servicio en el Reino Unido, fue ahorcado en 1945 acusado de asesinato. Él y otro soldado ayudaron en la cosecha de manzanas en una granja, en la que se produjeron algunos disturbios. El descubrimiento de un cráneo humano en un barril de sidra condujo a la detención y condena de Duke. Un niño refugiado, Theo, fue el principal testigo en el juicio. Años después, en 1964, Theo está realizando un doctorado en una universidad y una muchacha norteamericana, Alice, que se presenta como la hija de Duke Donovan le convence para regresar al lugar de los hechos y tratar de demostrar la inocencia de su padre.



Peter Lovesey

Sidra sangrienta

Crimen & Cia. - 20

ePub r1.8

Titivillus 05.08.15

Título original: *Rough Cider*
Peter Lovesey, 1986
Traducción: Roser Berdagué
Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

CUANDO YO TENÍA nueve años, me enamoré de una chica de veinte, llamada Barbara, que se suicidó.

No.

Si me lo permite, volveré a empezar.

Se trata de una historia extraordinaria y, para contarla como es debido, tendré que retroceder veintiún años y trasladarme al mes de octubre de 1964.

Me encontraba solo, sentado a una mesa de un *self-service* de Reading, ocupado en comer salchichas con patatas fritas y tratando al mismo tiempo de realizar el acto temerario de leer *El Príncipe* de Maquiavelo. Es decir, era aquella la comida típica de un viernes. Sé que era viernes porque todos los fines de semana tenía la costumbre de escapar de la universidad y pasar un par de horas tranquilo dedicándolas a hacer lo que me viniera en gana. Mis desdichadas obligaciones como el miembro más vilipendiado del departamento de historia consistían en ofrecer un curso sobre la Europa del siglo xx a los alumnos de primer año. Como tantos engendros, aquel curso había sido fruto del parto de un comité dedicado a promover una determinada modalidad de estudios conocidos como auxiliares. Era optativo y no exigía exámenes. Los alumnos de primer año estaban constituidos por una falange de agitadores políticos, que ocupaban las dos primeras filas, más una miscelánea de asistentes ocasionales que acudían a la clase para echar una siesta porque los asientos de la biblioteca estaban todos ocupados. Después de

aquella clase, yo no me sentía capaz de comer en el refectorio de los catedráticos ni de lanzarme a pedantes conversaciones.

—Perdón, ¿está ocupado este sitio?

Levanté los ojos del libro y contemplé, sorprendido, a la persona que acababa de formularme la pregunta. Será una descortesía, lo admito, pero exige un salto cultural considerable pasar de Maquiavelo a una muchacha de labios carnosos como los de Brigitte Bardot, cabellos rubios y gafas con montura de oro.

Llevaba una bandeja repleta de comida.

Eché una mirada a mi alrededor. No había razón para que se instalara en mi mesa. El restaurante estaba vacío en las tres cuartas partes de su cabida y a mi derecha había dos mesas libres.

Será oportuno que explique que me veo obligado a servirme de un bastón para moverme de un lado a otro porque tengo la pierna izquierda prácticamente inútil. Cuando tenía trece años fui víctima de la polio. El noventa y nueve por ciento de los afectados por el virus de esta enfermedad presentan síntomas insignificantes y temporales. A mí me correspondió el número cien. Si me comparo con personas que padecen síntomas más serios, la incapacidad física que padezco es, de hecho, de poca consideración y yo trato de que no limite mis demás facultades. Me he negado siempre a usar muletas y consigo mantener la verticalidad gracias a la ayuda de un bastón, un ostentoso cayado de ébano, adornado con un filete de plata incrustado y puño de cuero. Si entro en todos esos detalles es porque, de vez en cuando, me veo importunado por gente cargada de buena voluntad que quiere hacerme patente la preocupación que siente por los inválidos. Lo primero que pensé al ver a la chica de la bandeja era que pertenecía a este grupo de gente, pero yo no tenía ni el más mínimo deseo de convertirme en objeto de la solicitud ni de la piedad de nadie, ni siquiera de una muchacha adornada con las excepcionales prendas de aquella.

Deduje por su edad (no debía de tener más de veinte años) y por las gafas, que tenía que ser una estudiante, pese a que su indumentaria era más propia de ciudad que de universidad: pañuelo de gasa roja, blusa negra y falda de pana de tono verde azulado, medias negras y zapatos también negros, atados por detrás. Pero había algo en ella que no encajaba: incluso para mis ojos inexperimentados, la falda era excesivamente larga para la moda de

1964 en Gran Bretaña. Su acento también sonaba extraño, cosa que posiblemente explicase que no conociera las costumbres de un restaurante inglés del tipo *self-service*.

Le concedí el beneficio de la duda y aparté el periódico que había dejado enfrente del espacio que yo ocupaba.

La chica se sentó y se llevó la mano a la nuca para ponerse su trenza, gruesa y rubia, sobre el hombro derecho.

—Gracias, le estoy muy agradecida.

Por su acento deduje que era americana.

La balanza volvió a inclinarse a favor de la universidad: posiblemente era una de las nuevas y todavía no se había enterado de que la costumbre era llevar una indumentaria más sencilla; podía ser tan novata como para asistir a la clase que yo acababa de dar.

—Espero que no le moleste el olor a curry —dijo la muchacha con una risita nerviosa, mientras retiraba la tapadera metálica que cubría su bandeja—. Si en el menú hay algún plato picante o cargado de especias, siempre me dejo tentar. La cocina mexicana es mi punto flaco, pero aquí no la encuentro en ninguna parte. ¿Ha probado la cocina mexicana? Pues tiene que hacerlo, de veras que tiene que probarla.

Así que, además de un sitio en mi mesa, la chica quería conversación. Estaba más que seguro de haber reconocido en su voz el tono solícito de la benefactora. Traté de concentrar la atención en un cartel que, en la pared próxima al lugar donde me encontraba sentado, anunciaba una sesión de lucha libre; un bruto en forma de barril, llamado Angel Harper, lucharía cuerpo a cuerpo en un local de la municipalidad contra Shaggy Sterne, el ser humano más velludo que había contemplado en mi vida.

—Usted es de la universidad, ¿verdad que no me equivoco? —siguió, como si mi interés por la lucha profesional constituyera una prueba irrefutable de mi pertenencia al lugar que acababa de mencionar.

Y a continuación, sin aguardar respuesta, continuó:

—¿Quiere usted agua? Le juro que voy a morir abrasada como no tome agua con esto.

Si hubiera aspirado a que alguien me atendiese, no habría ido a comer a un *self-service*, pensé para mí, pero guardándome aquella consideración para mis adentros.

La chica se levantó de la mesa como un bombero en busca de agua.

Dirigí la mirada a la figura que se alejaba. La cinta blanca que sujetaba el extremo de su trenza rubia se balanceaba al ritmo de sus caderas. Consideré que, después de todo, habría tenido que sentirme halagado de que me hubiera elegido como compañero de mesa.

La muchacha volvió con dos vasos de agua y los dejó sobre la mesa. Tenía unas manos pálidas y delgadas y las uñas lacadas de rojo claro.

—No estaba segura de si me ha dicho que quería agua, pero si no la quiere, creo que me tomaré los dos vasos.

Moví los labios como articulando una respuesta simbólica y volví a dirigir la mirada al libro.

Pasaron unos minutos antes de que volviera a la carga. Ya estaba empezando a pensar que había demostrado suficientemente a las claras mi deseo de no ser tratado como un paciente de hospital cuando la chica, después de tomar un sorbo de agua, me espetó:

—Perdóneme si me equivoco, pero ¿no es usted Theo Sinclair?

Cerré el libro y la miré con fijeza, irritado aunque ahora por un motivo de muy diferente índole. Estábamos en 1964, época en la que nos dirigíamos a los estudiantes universitarios anteponiendo a su nombre la palabra señor o señorita, a menos de estar jugando un partido de rugby con ellos o de reclutar militantes para el Partido Comunista. Les dispensábamos respeto y esperábamos de ellos a cambio que también nos lo dispensasen.

Como la otra vez que me había hecho una pregunta directa, estaba demasiado nerviosa o era demasiado locuaz para dejarla colgada.

—Me llamo Alice Ashenfelter y soy de Waterbury, Connecticut. ¿Ha estado en los Estados Unidos? Waterbury se encuentra a un par de horas de autobús de Nueva York. ¿Le importa si hablamos? He oído decir tantas veces que los ingleses son reservados y qué sé yo cuántas cosas... Pero a mí no me lo parecen, sobre todo cuando se supera el primer contacto. ¿No va a preguntarme cómo he sabido su nombre?

—En realidad, no —le contesté.

De hecho, no estoy especialmente orgulloso de mi forma de

reaccionar. Después del tiempo transcurrido, he tratado de analizar la hostilidad que me inspiró. Recurriendo a una deducción rebuscada, entonces pensé que una joven tan atractiva como aquella se sentía tan segura conmigo que se permitía dirigirse a mí de la forma que lo había hecho.

Yo había terminado de comer. Por lo general remataba la comida con un café, pero decidí prescindir de él por aquella vez. Eché una mirada al reloj, me sequé los labios y, con voz mesurada, anuncié:

—Tengo que irme.

Y tras recoger el libro y el periódico y alcanzar el bastón, me levanté y me marché.

Cometí la torpeza de pensar que Alice Ashenfelter no me volvería a molestar.

Pero a las dos, cuando estaba de vuelta en mi despacho del edificio de la Facultad de Letras, me la encontré de plantón ante el grabado de Paul Klee que está colgado junto a los archivos.

—¡Hola!

Dando media vuelta, dirigí mis pasos hacia el despacho de la secretaria del departamento, Carol Dangerfield. La fría Carol, con su peinado en forma de colmena, era el único miembro del personal administrativo que sobrevivía a la semana dedicada a matriculación sin una sola jaqueca ni un solo altercado con el personal docente. Su ejemplo hacía que nos mantuviéramos todos equilibrados.

—Esa chica de mi despacho... la americana... ¿ha sido usted quien le ha dicho que me esperase?

—¿Por qué lo dice, doctor Sinclair? ¿He hecho mal?

—¿Ha dicho qué quería?

—No sé que haya dicho nada especial. Lo único que ha preguntado es si podía verlo. He supuesto que era del grupo de tutoría y le he dicho que esperase.

—Se llama Ashenfelter. ¿Es alumna nuestra?

Carol Dangerfield frunció el entrecejo.

—A menos que sea de las nuevas... —dijo mientras consultaba el fichero que tenía sobre la mesa—. A lo que parece, no lo es. Quizá pertenezca al grupo del profesor Byron. Puedo preguntar a su secretaria.

—No tiene importancia —dije—. Yo mismo se lo preguntaré a la

interesada.

Sin embargo, al volver a mi despacho, pude comprobar que Alice Ashenfelter había desaparecido.

La aparté, pues, de mis pensamientos. Tenía un montón de cosas que hacer aquella tarde. Todas las cosas que, durante la semana, eran aplazadas debían ser resueltas en aquellas dos preciosas horas finales del viernes: cartas, llamadas telefónicas, pedidos, un par de tutorías, circulares del decano y del catedrático y una visita a la biblioteca para pertrecharme con lo necesario para las clases de la próxima semana.

Aquella tanda iba a ser la número cinco de las que daría en la Universidad de Reading y, aunque no me había tenido nunca por un académico, puesto que en Southampton a duras penas había conseguido un segundo puesto alto y de hecho era más conocido como jugador de *bridge* que como historiador, tampoco había alimentado demasiadas esperanzas de conseguir grandes cosas. Unos conocimientos centrados en la Europa de los tiempos medievales no abrían demasiadas puertas en 1956. El hecho era que el amable profesor de Bristol que me ofreció una beca de estudios para poder dedicarme a la investigación en lo que estaba interesado primordialmente era en el renacimiento del club de *bridge* de la sala de profesores. Sin embargo, el hecho vino acompañado de una cierta práctica de clases y, finalmente, del doctorado en filosofía y del traslado a Reading. Una vez aquí, realicé agotadores esfuerzos para encajar en la imagen del joven profesor que pretende abrirse camino a toda costa: me afeité la barba, abandoné el *bridge* en favor del snooker, me compré un MG rojo, que hice modificar para poder conducirlo, y alquilé una casa en Pangbourne, junto a la orilla del río. La vida, en términos generales, me trataba bien... y es bien sabido que cuando esto ocurre hay que estar alerta.

Alrededor de las cuatro, cuando había empezado a llenar la cartera con mis bártulos, Carol Dangerfield asomó la cabeza por la puerta del despacho.

—¿Tiene un minuto? He pensado que podía interesarle saber que he hecho algunas averiguaciones. ¿Ha dicho que la joven que esperaba en su despacho se llama Ashenfelter?

—Alice Ashenfelter.

—Pues no es alumna nuestra. En la Universidad no hay nadie

matriculado con este nombre.

—¿De veras? —dije—. Entonces no sé qué hacía aquí.

—¿No ha dejado ninguna nota en su despacho ni nada por el estilo?

—No —dije mientras revolvía mis papeles para comprobarlo—. Aquí no hay nada.

—Es extraño.

—¿Qué tiene de extraño?

—Pues que he hablado del caso con Sally Beach, que lleva la librería y está enterada de todo cuanto ocurre en esta casa, y me ha dicho que una muchacha americana como esta, rubia, con gafas y una trenza, estuvo anoche en el bar del club preguntando por usted.

Fruncí el entrecejo.

—¿Preguntando por mí? ¿Dando mi nombre?

Asintió con la cabeza y, con una sonrisa furtiva, añadió:

—Tiene una admiradora secreta, Dr. Sinclair...

—Déjese usted de monsergas, Carol, en mi vida he visto a la chica. Y hoy, a la hora de comer, se ha sentado a mi mesa en Ernestine's

—¿Cómo que se ha sentado a su mesa?

Me arreglé el nudo de la corbata mientras recordaba los incidentes del caso.

—Entonces ha tenido ocasión de hablar con usted —dijo Carol—. ¿No le ha dicho nada?

—Sí: me ha dicho el nombre de su ciudad... en fin, nada de importancia. La verdad es que no puede decirse que yo le haya dado pie... ¿Qué querrá de mí, puesto que no la conozco de nada?

—A lo mejor se conocen de algún sitio... de unas vacaciones, por ejemplo, quizá usted se ha olvidado de ella.

—No la habría olvidado. La chica..., ejem, no es del montón. No, podría jurar que no la conozco. Bueno, sea lo que fuere lo que pueda querer, el hecho es que la he asustado y la he hecho desistir de su propósito.

—No esté tan seguro, Dr. Sinclair —dijo Carol, escrutando el exterior a través de la ventana—. Aunque ya es casi de noche, ¿no le parece que es ella la que está en la zona de aparcamiento, de pie junto a su MG?

2

BAJÉ A LA SALA de profesores para hacerme un café. El lugar estaba desierto, dejando aparte la presencia de un par de mujeres de la limpieza que tenían puesto el último disco de Frank Sinatra a todo volumen, en abierta competición con los aspiradores. En realidad, no habrían debido iniciar la limpieza hasta las cinco, pero era evidente que estaban acostumbradas a que los viernes podían disponer del lugar después de las cuatro. Al igual que todo el mundo, no les importaba moverse por allí como por su casa, dado que se trataba del fin de semana. Todo el mundo salvo yo, a lo que se veía. Se quedaron mirándome como si yo fuera un enviado del celador general, pero yo les hice ademán de que siguieran con su trabajo.

Carol Dangerfield debía de encontrarse en la ventana de su despacho, esperando la escena que se desarrollaría en el aparcamiento para coches del personal docente. ¿Invitaría yo a mi rubia perseguidora a montar en mi coche y me perdería en la noche con ella o la apartaría de mi camino ahuyentándola con el bastón? Pese a mis suposiciones, me llevé el chasco de que Carol no estuviera a la vista, tal vez ocupada haciendo horas extras. Me hice el café, lo tomé despacio y me dediqué a practicar unas cuantas jugadas de snooker hasta pasadas las cinco.

Cuando, por fin, opté por dirigirme al aparcamiento, no había en él más que tres coches y una chica, apoyada en el mío. El viento estaba impregnado de humedad, como empapado por la ligera

llovizna que estaba cayendo y se notaba en el aire el frío propio de una noche de octubre. El parque de Whiteknights está un tanto desprotegido. Alice Ashenfelter llevaba abrigo, pero había que ser tenaz, tener un gran interés en mi persona o estar loco de atar para permanecer aguardándome tanto tiempo.

La posibilidad de que estuviera loca no se me había ocurrido hasta aquel momento. Sé de una chica, que vivía cerca de mi casa, que en cierta ocasión se enamoró de un parlamentario del partido conservador. Me estoy refiriendo a un caso de auténtica chaladura. De nada le servía recordar que tenía un buen marido y que era madre de tres hijos, porque esta circunstancia no le impedía escribirle apasionadas cartas de amor, que le enviaba directamente a la Cámara de los Comunes. El político persistió en hacerse el sueco hasta que la mujer comenzó a enviarle las misivas metidas en sobres más grandes y acompañadas de *panties* de Marks and Spencer. Parece ser que los funcionarios públicos están más expuestos a este tipo de cosas de lo que nosotros creemos. En cualquier caso, la muchacha en cuestión era una esquizoide. La cosa terminó cuando una noche se presentó por las buenas en el parlamento y hubo que retirarla de la circulación por espacio de unos cuantos meses. Lo último que he sabido de ella es que sigue sometida a grandes dosis de tranquilizantes.

Saludé con una inclinación de cabeza a Alice Ashenfelter como si fuera la última rubia que se apoyaba en la capota de mi coche aquel viernes por la noche.

La muchacha se apartó de él, juntó las manos en actitud suplicante y dijo:

—Dr. Sinclair, le pido perdón por haberme presentado en su despacho y haberle puesto en un aprieto.

—No me ha puesto en ningún aprieto —dije—. No tiene importancia.

—No quisiera importunarle.

—No me importa en absoluto —respondí, en realidad más por educación que por convicción—. Pero, de todos modos, acepto sus excusas. Buenas noches, señorita...

—Y ahora, ¿adónde va?

—Pues al sitio donde suelo ir al final del día: a casa.

Ya tenía las llaves en la mano y había empezado a hurgar

torpemente en la cerradura, actividad que nunca acostumbro a realizar con demasiado acierto.

—¿Podría hablar con usted?

—¿Aquí? —dije con un tono de voz que equivalía a una clara negativa.

Por fin abrí la puerta y la dejé de par en par.

—En otro sitio cualquiera. Donde a usted le plazca.

—Pues no lo creo oportuno...

Arrojé la cartera y el bastón dentro del coche y me dispuse a tomar asiento. En cuanto hube descargado el peso de mi cuerpo dentro de él, me di cuenta de que algo fallaba.

Alice Ashenfelter, con aire inocente, observó:

—Parece como si tuviera un neumático bajo...

Sé salir al paso de la mayoría de las funciones necesarias para el mantenimiento de un coche, entre ellas cambiar una rueda. Lo único que sucede es que esta presupone más esfuerzos que las otras y exige andar más a rastras por el suelo que en el caso de tener dos piernas en buenas condiciones. En aquel momento, con el suelo mojado y vistiendo mi traje gris de estambre, la veía como una perspectiva que justificaba con creces el liviano taco que dejé escapar.

Pero la chica intervino:

—Yo la cambiaré. ¿Dónde tiene las herramientas?

Consideré la propuesta. Tenía la bien fundada sospecha de que la chica era la causa de la situación en que se encontraba el neumático. Si aceptaba su ayuda, la concesión comportaría unos ciertos derechos por su parte. Sin embargo, encontrar un garaje y abrigar la pretensión de que me enviasen un mecánico en viernes, a la hora de la desbandada general, era pedir peras al olmo.

Me levanté trabajosamente del asiento y abrí el maletero, dispuesto a realizar yo mismo el trabajo, pero sus manos fueron más rápidas que las mías en el momento de sacar el gato. Tampoco necesitó de mi ayuda para colocarlo en la posición adecuada.

—No hace falta que me ayude —le dije.

—Hace demasiado frío para baladronadas —dijo ella—. Páseme la llave, ¿quiere?

Sin que yo supiera cómo, se me escapó una sonrisa, cosa en realidad fatal, y sucumbí a la lógica de lo que acababa de decir. Con

gran rapidez y competencia puso manos a la obra. Mientras empezaba a levantar el coche con el gato, comencé a preparar la rueda de recambio e, inmediatamente después, a colocar en el sitio de esta la averiada, con lo que tuve ocasión de no sentirme totalmente inútil.

Antes de que la chica hubiera terminado con su trabajo, me había dado tiempo de pensar que ahora me veía obligado a acompañarla. Sabía que era la autora del desaguisado pero, puesto que se había portado como la buena samaritana, ahora no podía largarme dejándola sola en el aparcamiento y afrontando la lluvia.

Le dije que, si quería, podía llevarla hasta un bar para que pudiera lavarse las manos. Se metió en el coche y me dirigí a una cervecería de London Road, en la que yo tenía la plena seguridad de que no iba a tropezarme con nadie de la universidad. Así que salió del lavabo, la invité a cerveza y zumo de lima.

—¿Y ahora va a decirme a qué viene todo esto? —le pregunté.

—¿Y si dedicáramos un rato a conocernos un poco?

—¿Usted cree?

La chica me miró fijamente a través de sus lentes con montura de oro.

—¿No lo encuentra normal?

—De acuerdo, pues. ¿Qué hace usted en Inglaterra?

—Estoy de vacaciones.

—¿En octubre?

—Unas vacaciones tardías.

—¿Yendo tras la historia o simplemente tras los profesores de historia?

La muchacha se ruborizó, desvió la mirada y la clavó en el vaso.

—Eso no está nada bien y me siento muy ofendida.

—¿Va decirme, entonces, que yo soy un ser fuera de lo común?

No respondió y se limitó a enroscarse en el dedo el extremo de la trenza, como habría hecho una niña pequeña y enfurruñada. Tenía la cabeza baja y llevaba el pelo partido en dos mitades con raya en medio. Vi que era una rubia sin trampa.

—A lo mejor es que he imaginado que se dedicaba a perseguirme —le apunté—. Las paranoias empiezan así, ¿no lo sabía?

Entonces habló en un tono de voz muy bajo.

—Me lo está poniendo de lo más difícil...

—Si, por lo menos, supiera de qué se trata, quizás podría hacer algo por usted. Si tiene algún problema, quizá pueda ponerla en contacto con alguien que pueda ayudarla.

La muchacha dejó vagar la mirada a lo lejos y dijo, no sin cierta petulancia:

—Concédame un momento, ¿quiere?

Durante un breve instante nos quedamos en silencio.

Hice ademán de levantarme y le pregunté:

—¿Dónde vive? ¿Quiere que la lleve?

La chica movió la cabeza negativamente.

—No es necesario. Sé dónde me encuentro. Vivo cerca de aquí.

—Entonces, la dejo. Gracias por lo del neumático.

Avanzó su mano sobre la mesa como si quisiera detenerme pero, al momento, como pensándolo mejor, volvió a coger el vaso.

—Mañana vendré a comer aquí. ¿Podríamos intentarlo otra vez?

La observé, desorientado.

—¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué es lo que tenemos que intentar?

Y mordiéndose el labio, me dijo:

—Usted me intimida.

No sabía qué respuesta darle. Era evidente que no se trataba de ningún chiste, así que moví la cabeza con aire dubitativo y me levanté.

—Mañana a la hora de comer —repitió—. Por favor, Theo.

3

USTED YA SABE qué impresión me causó Alice Ashenfelter, así que huelga decir que, el sábado al mediodía, no acudí a la cita en la cervecería de Reading. A estas alturas estoy seguro de que no se le habrá escapado que no soy un caballero inglés de los que se dicen educados. Pero la verdad es que me gusta comer como un señor. Al día siguiente fui en coche a Pangbourne e hice las compras propias de un sábado en la tienda de la localidad (todavía nos queda una): jamón cocido, paté, una docena de huevos frescos y un melón. Acordándome de la noche del sábado, compré una botella de champán en la tienda autorizada y me pasé por el garaje para que echaran una ojeada al neumático averiado. Como ya suponía, no encontraron pinchazo, y apuntaron la posibilidad de que pudiera haber un fallo en la válvula, en cuyo caso lo más prudente sería revisar la rueda al cabo de un par de días. Al salir del garaje, olvidé el asunto al momento.

El partido de rugby internacional, presentado por el programa *Grandstand* de la BBC, me ocupó agradablemente gran parte de aquella tarde. Y más tarde, junto con mi compañera Val Paxton, enfermera del Hospital General de Reading, fui al Odeon a ver *Qué noche la de aquel día*. Ni a ella ni a mí nos pareció gran cosa. Lo mejor que podía decirse de aquella película es que, gracias a algunas canciones memorables y a un diálogo ingenioso, se contribuía a hacer soportable la extrema simplicidad de su línea argumental. Val, a la que no le entusiasmaban demasiado los

Beatles, hubiera preferido ir a ver *King and country*, de Losey, en el ABC, pero yo no tenía la más mínima intención de pasarme la noche sometido a un consejo de guerra. Si considera que mi actitud fue deplorable, teniendo en cuenta que soy profesor de historia, al negarme a ver uno de los dramas más impresionantes que se han filmado nunca sobre la primera guerra mundial, admito que está perfectamente en lo cierto. Usted está en lo cierto y yo soy sincero, así que estamos empatados...

A continuación, mientras tomábamos una copa, Val me dijo que había estado pensando en la relación que existía entre nosotros y que consideraba que, dejando aparte nuestras visitas al dormitorio, de hecho el contacto entre los dos era escaso. Hablando en plata, que le había entrado la sospecha de que las enfermeras no servían para otra cosa. Añadió que el tiempo libre de que disponía era demasiado precioso para malgastarlo en cosas que, en realidad, no le gustaban. Que, mientras habíamos estado viendo la película, no había dejado un solo momento de pensar que algo entre nosotros debía de funcionar mal cuando éramos capaces de estar juntos y aburridos, sentados uno al lado del otro, un par de horas seguidas. Le pregunté qué hubiera preferido hacer y me contestó que hubiera preferido bailar, sugerencia realmente llena de promesas para una persona como yo, que necesita un bastón para desplazarse de un lado a otro.

Después de aquello las cosas fueron de mal en peor. La joven echó sobre mí toda la caballería a la que se suele recurrir en estos casos con respecto a los hombres que tienen la costumbre de autocompadecerse, a lo que yo respondí que, en el supuesto de desear ganarme las simpatías de alguna persona, la última sería una enfermera. No fue aquella precisamente una de esas salidas en las que una discusión termina en reconciliación apasionada, sino que acabó en la manifestación por mi parte del tajante deseo de que mi amiga pasara una noche apacible, manifestado en la puerta de la residencia de enfermeras.

Eran poco más de las once y media de la noche cuando, después de deshacerme del coche, me encontré delante de la puerta de mi casa. Cuando anteriormente dije que mi casa está situada en Pangbourne y que se encuentra junto al río, lo más probable es que usted diera por sentado que el río al que yo hacía referencia era el

Támesis. Cualquiera que oiga hablar del río Pang probablemente lo situará en China o en Birmania, pero quisiera que se me prestara crédito cuando digo que dicho río tiene sus fuentes en Wessex Downs y que, antes de verter sus aguas en el Támesis, al sur de Pangbourne, describe una suave curva en forma de «U» a través de una zona rural de Berkshire que cubre alrededor de doce millas. El Pang pasa rozando el borde de mi jardín y, si lo llamo «río», probablemente exagero, porque la verdad es que tiene más de torrente poblado de truchas que de auténtico río. Si entro a hablar de estos detalles es para explicarle que vivo en un sitio más desolado de lo que usted posiblemente había imaginado. En realidad, no estoy aislado —quisiera puntualizar este extremo—, porque tengo tres casas al alcance de la voz, pero es un hecho que la zona es muy poco frecuentada por gente forastera. Y este es el motivo de que quedase muy sorprendido cuando mi bastón chocó, en el suelo del sendero que atraviesa mi jardín, con un objeto que resultó ser una mochila.

Fácilmente hubiera podido tropezar con el objeto en cuestión, ya que su propietaria la había dejado sobre la estera que tengo ante la puerta para limpiarme de barro los zapatos antes de entrar en casa. Supongo que ya habrá imaginado que no abrigaba demasiadas dudas con respecto a la persona a la que pertenecía aquella mochila. Pese a que contaba como única luz con la de la luna, podía ver la bandera de barras y estrellas cosida sobre la tela. Sin embargo, Alice Ashenfelter no era visible.

Después del fracaso que acababa de apuntarme, lance que había arruinado mi noche del sábado, no puede decirse que me sintiera demasiado bien dispuesto en relación con el sexo opuesto. Aspiré una profunda bocanada de aire, busqué la llave y me metí en casa sin pararme a pensar si la chica podía estar o no en algún lugar del jardín. Ni busqué ni me puse a dar voces, sino que cerré la puerta tras de mí, me metí en la cocina y comencé a prepararme un café.

La verdad es que no esperaba que la chica se hubiera quitado de en medio. Si, por la razón que fuera, no me había visto entrar, era seguro que ahora vería las luces. En cualquier momento podía llamar a la puerta, por lo que yo debía estar mentalmente preparado para resistirme a su llamada. El inconveniente era que mi resistencia presentaba bastantes fallos ante las tácticas que ella solía

desplegar y sabía que, si no respondía a su llamada, me pasaría el resto de la noche preguntándome cómo iba a arreglárselas para dormir al raso, perdida en aquel remoto rincón de Berkshire, un sábado por la noche.

Mi imaginación comenzó a recorrer caminos morbosos. Me imaginé declarando ante un tribunal de Reading y esforzándome en explicar por qué motivo me había empecinado en cerrar la puerta de mi casa a una muchacha de visita en Inglaterra, muchacha a la que yo conocía, que me había ayudado a cambiar una rueda del coche nada menos que el día anterior y que no me había pedido otra cosa a cambio que un civilizado intercambio de impresiones. Y, por otra parte, una muchacha que, a consecuencia de mi falta de hospitalidad, había tenido que echarse a la carretera, parar una furgoneta cargada de músicos borrachos que habían abusado sexualmente de ella y que, después, la habían arrojado de nuevo a la cuneta desde el coche en marcha causándole una fractura de cráneo de fatales consecuencias. Incluso veía a sus padres, llegados de Waterbury, Connecticut, que habían acudido para el entierro, los ojos enrojecidos por el llanto y que, de pie al otro lado de la sepultura, clavaban en mí unos ojos incapaces de comprender que un ser humano pudiera tener tan mala entraña como yo.

Para cortar aquella cadena de imágenes que no conducían a nada, puse en marcha el televisor y ante mis ojos apareció la figura de un obispo leyendo el sermón. Aquella imagen me pareció tan oportuna que solté una carcajada. ¡Por el amor de Dios! (como acababa de decir el obispo), ¿de qué podía quejarme si, justo cuando una chica acababa de darme un puntapié, tenía a otra esperando al otro lado de la puerta?

Eliminé al obispo, tomé un sorbo de café y consideré las opciones que se me ofrecían. Era ya medianoche, si Alice Ashenfelter había venido a visitarme, era indudable que había planeado pasar la noche en mi casa. Estoy seguro de que habrán oído hablar de las costumbres avanzadas de los años sesenta, pero créanme si les digo que, para Reading y para el año 1964, la chica se adelantaba mucho a los tiempos.

¿Había venido hasta aquí atraída por mi encanto viril? Cierta vez alguien me había asegurado que había mujeres que se sentían fuertemente atraídas por los lisiados —¿quién era yo para poner

objecciones a sus gustos?—. De todos modos, aquel era un extremo que estaba por confirmar, porque hasta aquel momento siempre había considerado la afirmación un desvarío de algún tipo poseedor de una pierna ortopédica.

¡Al cuerno con mis escrúpulos! Si un hombre está solo un sábado por la noche y llama a su puerta una rubia de diecinueve años, no hay que ametrallarla a preguntas y lo único que debe hacer es ir a por el champán. El Perrier Jouet estaba en el frigorífico.

Cogí la linterna que tenía en un estante y, ya me encontraba en el pasillo camino de la puerta de entrada, cuando oí el crujido de una tabla del suelo de mi habitación, situada en el piso de arriba.

¡Mi habitación! Vaya con la niña...

Se había introducido, mediante procedimientos violentos, en mi casa.

Aquello me sacó de mis casillas. Supongo que era la respuesta primitiva del que siente invadido su territorio. De haber tenido dos piernas en buenas condiciones, habría subido las escaleras en dos zancadas y ella las habría bajado en un santiamén. En lugar de eso, mientras me dirigía cojeando a la cocina, mis pensamientos recorrieron toda la escala de reacciones que median entre la indignación y la excitación.

Finalmente, después de reflexionar un momento, decidí que no la echaría. Ni siquiera mascullaría una simple protesta.

La chica había izado sus colores en el mástil.

Así que yo también podía ser práctico; coloqué la botella de champán y dos copas en una bandeja y me dispuse a subir las escaleras. Tengo una especial habilidad para llevar bandejas con un solo brazo, incluso cuando es preciso subir escaleras.

Ni siquiera encendí la luz. Conozco perfectamente el camino hasta mi cuarto para poder llegar a él a oscuras. Me incliné sobre la cómoda situada a la izquierda de la puerta y, antes de depositar la bandeja en ella, pasé la mano por la superficie. Mi previsión no podía haber sido más oportuna, puesto que mis dedos tropezaron con unas gafas. Al mismo momento percibí un ligero olor a almizcle, que me incitó a inspirar más intensamente.

Con todo, para mis adentros seguía repitiéndome que no había que precipitarse. Me libré de la ropa y me acerqué a la cama. Al tocar la almohada, mi mano sintió el contacto de la cabellera de la

muchacha, desparramada sobre ella; se había soltado la trenza. Me metí en la cama a su lado; estaba envuelta en mi batín, seguramente para conservar el calor. Nuestros labios se encontraron y en seguida ella guio mi mano hacia su piel, suave y acogedora.

Mientras subía las escaleras, no había podido evitar pensar en la que se habría armado si hubiera traído a Val a mi casa, tal como había planeado. Pero ya había dejado de pensar en Val, salvo para considerar que había quedado derrotada en toda la línea.

Cuando, por fin, salí de la cama para descorchar la botella de champán, Alice Ashenfelter inició la conversación. En lugar de pronunciar una frase trascendental, dijo:

—El pestillo de la ventana del retrete está roto.

—Así que has saltado por la ventana...

La chica se mordió los labios.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¿Tengo cara de estar enfadado?

—Sin gafas, no te veo bien.

Se las di.

Después de ajustárselas sobre las orejas, dijo:

—Un poco sorprendido, pero no enfadado.

El corcho salió disparado al otro lado de la habitación y yo llené las copas.

Ahora me había llegado el turno de contemplarla. La luz que se proyectaba sobre la cama esbozaba oscuras sombras bajo sus pechos y se derramaba sobre sus cabellos, increíblemente largos y sedosos, partidos en dos mitades. Me gustaba aquella cabellera suelta. Para una chica que, todo lo más, podía tener diecinueve años, aquella trenza constituía un alarde de juvenil afectación. Muchas de mis alumnas llevaban el pelo largo, la más de las veces suelto, en algunos casos recogido en forma de cola de caballo o de moño. Las trenzas, sin embargo, estaban fuera de programa. Posiblemente el peinado de aquella chica respondía a una moda americana que todavía no había cruzado el charco, aunque a mí me daba en la nariz que era un peinado peculiar de Alice Ashenfelter; un peinado que casaba muy bien con aquella manera suya de afrontar las cosas por la vía directa.

Lo que todavía me quedaba por averiguar era si aquellas maneras de colegiala eran pura filfa o constituían un rasgo que

formaba parte de su personalidad. Como si su evolución hubiera quedado interrumpida. Pese a todo, no podía decirse —y me congratulaba de haberlo comprobado— que aquella interrupción afectara a todos los aspectos de su personalidad.

Como si hubiera leído en mis pensamientos, se deslizó dentro de la cama y se cubrió los pechos con la sábana. Era como si la modestia ocupara el lugar que le correspondía, así que recogí el batín del suelo y también me cubrí con él.

Ahora, pensé, había llegado el momento de buscar la etiqueta del precio.

Me senté en la butaca colocada frente a la cama y le pregunté:

—¿Tienes algo que decirme?

Alice levantó la cabeza e hizo como que bebía, pero sin tomar ni un sorbo siquiera. Y a continuación, en un tono de voz que dejaba traslucir una cierta desgana, dijo:

—Va a costarme un poquito. Tienes que ayudarme.

—El champán ayuda mucho en estos casos —dije.

—De acuerdo, pero te ruego que tengas un poco de paciencia. Se trata de algo que cuesta mucho ponerlo en palabras. Si te digo por qué he venido a Inglaterra y he pasado por todas estas cosas para dar contigo, quizá disculpes algunas de las tonterías que he hecho, como por ejemplo desinflarte la rueda del coche.

Aquellas palabras parecían conducir a alguna parte. Hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

La chica bajó la voz y empezó a enroscarse un mechón de cabello en los dedos.

—Quiero hablarte de mi padre.

—¿Cómo?

—De mi padre.

Sentí una especie de escalofrío. ¿Podía pensar algo que no fuera lo que pensé entonces? ¿Que acababa de hacer el amor con una loca? Pese a que dentro de mi cabeza estaba atronando toda una colección de sirenas de alarma, traté de mostrarme impasible.

—La verdad es que yo no llegué a conocerlo —prosiguió en el mismo tono, lleno de tensión contenida—; tú, en cambio, sí lo conociste.

—¿Ah, sí? —dije con voz hueca, tratando de concentrarme—. Me parece que te equivocas.

—No. Lo conocías muy bien. Lo colgaron por asesinato en 1945.

4

EMPEZABAN A ATARSE los cabos. ¡Aunque no sin tropiezos! The Old Bailey, mayo de 1945. Juicio por el asesinato Donovan. Yo había actuado como testigo. Los periódicos del momento me habían descrito como «un niño pálido de once años, vestido con un traje de franela gris, a quien el juez ha tenido que pedirle repetidas veces que hablase». Por el hecho de ser un niño, el testimonio aportado por mí tuvo que hacerse en forma de declaración no jurada y el juez se había encargado de formularme la mayor parte de las preguntas. Aquel juez, con su peluca y su toga escarlata, el cuerpo proyectado hacia adelante para no perderse ninguna de mis palabras, las cejas negras y enmarañadas avanzando hacia mí, todavía ahora seguía apareciéndome en sueños. Por mucho que uno quiera atrincherar una experiencia como esta en el rincón más oscuro de la memoria y acumule sobre ella millones de acontecimientos felices, no llega a olvidarla en la vida.

Pero la conexión de aquel hecho con Alice Ashenfelter no estaba clara. El hombre que había sido juzgado en aquella ocasión era americano; efectivamente, un soldado americano, destacado en Somerset, cuando yo vivía allí como refugiado de guerra; se llamaba Donovan. Era el soldado raso Duke Donovan.

Como si estuviera leyendo mis pensamientos, Alice explicó:

—Mi madre se casó por segunda vez cuando yo era todavía una niña. El segundo marido se llamaba Ashenfelter y me puso su nombre. Y así consto en los registros, en el carnet de identidad y en

toda mi documentación: Alice, hija de Henry Ashenfelter.

—¿Y no es tu padre? ¿Estás segura?

—Tengo pruebas.

No respondí. Estaba tratando de descubrir algún rasgo de la fisonomía de Duke Donovan en el rostro de Alice. Me acordaba de él como si lo estuviera viendo. Aquel hombre me había cautivado. Tal vez en la boca de Alice Ashenfelter había algo, quizá en la curva de la mandíbula... pero no estaba del todo seguro. Todavía no me había convencido.

Sintiéndose inquieta, al verse objeto de tan minucioso escrutinio, quiso llenar el silencio con alguna explicación:

—Hace muy poco que me enteré del hecho. Yo me figuraba que era una niña como todas las demás, con gafas, un hierro en los dientes y un padre y una madre que de vez en cuando se peleaban. Y cuando digo padre, me refiero a Ashenfelter, ¿comprendes? Sin embargo, cuando vuelvo la vista atrás y lo pienso mejor, me doy cuenta de que nunca me quiso como un verdadero padre. Una noche mi madre y él tuvieron una escena espantosa, porque alguien lo había visto con una mujer, y al día siguiente Ashenfelter nos abandonó. Se levantó de la cama y nos dejó. Yo tenía ocho años. Ya no volvió a interesarse nunca más por mí, ni a mandarme siquiera una tarjeta para desearme un feliz cumpleaños. Cuando se divorciaron, mi madre me pidió que lo olvidara.

Y con una risa irónica y furtiva, añadió:

—A pesar de todo, seguimos conservando su estúpido apellido.

—Tenía buena mano con las mujeres, a lo que parece.

—Ni que lo digas. Lo último que supimos de él era que se había vuelto a casar y que se había venido a vivir a Inglaterra.

—¿Y tu madre?

—Para mi madre se acabaron los hombres. A partir de entonces se dedicó por entero a mi persona. Supongo que quería compensarme por todo lo que había ocurrido. Me compraba bonitos vestidos, me envió a una escuela de equitación, me llevó de vacaciones a Cape Cod. En aquel tiempo estábamos muy unidas.

Hizo una pausa. Iba a penetrar en un nuevo estadio de la historia. Era evidente que el idilio madre-hija no había durado mucho tiempo. Quise saber su nombre:

—¿Cómo se llama?

—¿Mi madre?

Asentí con la cabeza. Mi memoria funciona a base de nombres. Ashenfelter había quedado grabado en ella para siempre, pero ahora me hacía falta un nombre más evocador para una madre.

—¿Te refieres al nombre de pila?

—Sí.

Titubeé un momento.

—Si te lo digo, ¿me llamarás alguna vez por mi nombre de pila? Me ayudará a fomentar la confianza entre nosotros.

Sonreí irónicamente al pensar que, después de introducirse en mi casa por la ventana, desnudarse y meterse en mi cama, todavía le hacía falta aumentar el grado de confianza entre nosotros.

—Lo tendré presente.

—Me llamo Alice.

—Lo sé.

—Ella se llamaba Eleanor, pero todo el mundo la llamaba Elly.

Tomé nota de que había empleado el pasado.

Alice recuperó el hilo perdido de sus palabras.

—Como te acabo de decir, Ashenfelter hizo que se apartara de los hombres. Me acuerdo de que, cuando estábamos en Cape Cod, solíamos pasar muchos ratos sentadas en un café de la playa tomando un refresco y observando a los chicos. Los machacábamos. Los odiábamos a muerte.

—¿Qué edad tenías tú entonces?

—Quizás nueve años.

—Así que muy pronto los chicos empezaron a interesarse por ti...

Con el índice se acomodó las gafas sobre la nariz y me miró fijamente a través de ellas.

—Sabes qué voy a decirte, ¿verdad?

—Que Elly y tú partisteis peras.

—Exacto. ¡La rebelión de la juventud! Sí, la rebelión de la adolescencia, y no solo rebelión, sino hostilidad declarada, si quieres que diga las cosas por su nombre. Los chicos querían salir conmigo, ella sacaba las uñas y yo perdía los estribos. Ninguna de las dos estaba dispuesta a ceder. Me encerraba con llave, me escondía los vestidos, me vapuleaba a más y mejor, en fin... lo de siempre. Pero estaba escrito que las hormonas se saldrían con la

suya, y así fue en efecto. No vayas a equivocarte... No me metí nunca en ningún lío. Lo único que quería era dejar bien sentado que saldría con quien me diera la gana siempre que se me antojase.

—¿Y ella cómo reaccionó?

—Muy mal.

—¿De qué modo?

—A base de alcohol. A veces, cuando yo llegaba a casa, tenía que acostarla. Tuvo dos caídas malas. Una vez se rompió una pierna, pero ni siquiera esto la hizo desistir de sus propósitos.

Nerviosa, se llevó el pulgar a la boca y se presionó los dientes con él.

—Voy a cortar. El pasado otoño empecé a ir a la universidad y tuve que dejar mi casa. Una mañana de febrero, el jefe de estudios me llamó a su despacho. Mamá había sufrido un accidente de automóvil. Había salido disparada de un tramo recto de carretera para ir a estrellarse contra un árbol.

—¿Estaba bebida?

—Sí. La autopsia lo confirmó.

Permanecimos un momento en silencio.

—¿Te dijo alguna vez que Ashenfelter no era tu verdadero padre? —pregunté.

Movió negativamente la cabeza.

—En tal caso, ¿cómo sabes...?

—Ahora voy a aclarártelo. Tuve que revisar sus papeles para saber si había hecho testamento. Los guardaba en una caja de costura de ébano que había pertenecido a su abuela. Dentro encontré un sobre cerrado. Al abrirlo, vi un certificado de matrimonio, unos cuantos recortes de prensa y unas cartas expedidas por las Fuerzas Aéreas. Después de echar un vistazo al certificado, me enteré de algo increíble: mi madre, Eleanor Louise Beech, había contraído matrimonio en la ciudad de Nueva York, el 5 de abril de 1943, con un hombre que se llamaba Duke Donovan. Por poco me caigo de espaldas. Y con esto me estoy refiriendo a que yo nací en febrero del año siguiente. ¡Nada menos que esto!

Y me miró con unos ojos como platos, igual que si en aquel momento hubiera acabado de nacer aquel descubrimiento. Yo mascullé algunos sonidos inaudibles, con la sana intención de cambiar de tema. No puedo soportar las emociones en estado puro.

—¡Ya veo que no te gusta! —dijo, inventándose el diálogo en el que yo no quería entrar—. A continuación examiné los recortes de prensa y me parecieron de lo más extraño. Hablaban de un juicio que se había celebrado en Inglaterra. *El cráneo del barril de sidra*. ¡Sórdido a tope! ¿Por qué los habría guardado? Ya iba a desprenderme de ellos cuando, de pronto, me di cuenta de un nombre. *El soldado Donovan, acusado del crimen*. ¿Imaginas lo que sentí? ¡Dios mío, apenas acababa de descubrir un nuevo padre y me enteraba de que estaba complicado en un asesinato!

Esbocé una sonrisa. Aparentaba indiferencia, pero a mi manera me sentía tan excitado como ella.

Sin embargo, aquello no la afectó lo más mínimo. Me miró con expresión glacial y, de pronto, devolviéndome la sonrisa, dijo:

—¿Te importa si te llamo Theo?

—Hazlo, por favor —le contesté, sin más.

—Gracias. Bueno pues, durante la semana del funeral me dediqué a pensar a fondo. Estaba hecha un lío. Me sentía presa de una profunda crisis de identidad. O mi padre había sido colgado por asesinato o yo era hija de un amor pasional de mi madre con Ashenfelder. Lo que era evidente era que alguien había manipulado mi documentación. Comprendía que mi madre lo hubiera hecho para permitirme empezar la vida con buen pie, pero pensaba que hubiera debido contarme la verdad cuando tuve edad suficiente para comprenderla. Y debo decirte, Theo, que nunca aludió siquiera a la situación.

—Me has dicho que contabas con pruebas.

—Efectivamente. Están en las cartas que encontré junto con las demás cosas. En un primer momento, no las abrí. Tenía demasiado miedo. Pero, después del entierro, me las llevé a la universidad, las dejé en un estante junto al reloj y allí se quedaron, una semana entera, siempre gravitando sobre mí. Me sentía extremadamente deprimida y quería deprimirme todavía más. Pero una mañana, cuando volvía de escuchar una maravillosa conferencia sobre William Wordsworth que había tenido la virtud de levantarme la moral, una mañana con un sol resplandeciente, me fui derecha al estante y abrí la primera carta. Quisiera leértela, Theo. ¿Quieres acercarme los pantalones?

Su ropa estaba doblada sobre el respaldo de la silla donde yo

estaba sentado. Le pasé los tejanos, de cuyo bolsillo trasero sacó el billetero, del que extrajo un sobre muy maltrecho, que me tendió.

Dudé un momento.

Pero ella insistió:

—¡Por favor!

Lo tomé y saqué de él una carta. Dentro de mi cabeza reinaba una gran agitación. Como he dicho antes, yo había sentido un profundo afecto por el hombre que había escrito aquella carta, lo había querido como un niño solitario puede querer a un adulto que le comprende y que le ofrece su apoyo. Sentía la necesidad de volver a aquella fuente que lo había sido para mí de fuerza, puesto que sus palabras, aunque fueran dirigidas a otra persona, serían como establecer un nuevo contacto, aquella vez un contacto con una pesadilla.

La carta estaba escrita a lápiz, sobre un papel áspero, propio de la miseria que entraña la guerra:

Mi muy querida Elly:

Un nuevo alto en el camino, una oportunidad más de garabatear unas cuantas palabras para mi querida esposa y para nuestra hijita, con la esperanza de que, en el momento que sea, puedas leerlas. Como las otras veces, no estoy autorizado a decir dónde me encuentro, y sí a comunicarte solo que estoy en Europa. Si te digo que estamos «camino de la victoria», imagino que te doy una indicación que no puede acarrear complicaciones. También estoy en libertad de decirte que todavía no me han herido, gracias a Dios. Cansado, muy cansado, pero no herido. Voy a superarlo, nena, no lo dudes ni un momento.

No quiero hablar más de mí. ¿Ya dice «papá» la pequeña Alice? Supongo que sería pedir demasiado. ¿Me creerás si te digo que, en el lugar donde me encuentro, hay niños? En la zona de fuego encontré algunos, vagando entre los escombros, que me pidieron chicle. Siempre llevo encima. ¿Qué haremos los tres cuando vuelva? ¿Qué opinas de un picnic en Central Park? ¿O en Coney Island? Quiero llevaros un día a Washington, para que veáis la Casa Blanca.

Ten ánimo, querida mía. Que mis palabras te lleguen con

todo el amor del mundo y con besos para las dos.

Tuyo siempre,

Dave.

La doblé y se la devolví. Para hablar con franqueza, no me había conmovido como yo esperaba. Se trataba de una carta sencilla y digna, escrita por un hombre a su esposa, y yo no tenía nada que ver en aquel aspecto de su vida. En realidad, la sensación de ser ajeno a aquel aspecto no suponía una contrariedad, sino un alivio.

—Una carta hermosa, ¿no te parece? Me importa poco lo que este hombre haya podido hacer; la carta es hermosa y el que la escribió era mi padre —dijo.

Asentí con la cabeza, advirtiéndole que aquel era un momento importante. Ahora había que convencerla. En un alarde de cautela, traté de ponerme en su lugar:

—Alice, tienes toda la razón del mundo. Esta carta es un maravilloso recuerdo para ti. Es evidente que este hombre te amaba a ti y amaba a tu madre por encima de todas las cosas. Es algo que recordarás toda tu vida. Pero ¿por qué no dejas las cosas como están?

Mi intento había resultado fallido, no me importa admitirlo. Me demostró la poca importancia que le concedía inclinándose hacia adelante y preguntando:

—¿Cómo lo recuerdas, Theo? ¿Cómo era?

—Yo era un niño en aquel entonces. Si has terminado con tu historia, voy a tomar una ducha —dijo secamente, dando la cuestión por zanjada.

Pero ella siguió insistiendo. Mientras yo dejaba correr el agua en el cuarto de baño contiguo al dormitorio, Alice comenzó a hablar, sirviéndose de argumentaciones persuasivas, a la vez que exactas, acerca de que las experiencias de guerra debían provocar en quien las vivía impresiones realmente perdurables. ¿Cómo se puede olvidar haber sido trasladado a un ambiente extraño y haberse visto envuelto en una sucesión de acontecimientos que culminaron en un asesinato y en un juicio en el Old Bailey?

Hice girar el mando de la ducha y la regulé para que el agua fuera tibia, temperatura acorde con mi estado mental. Por razones

que me atañían personalmente, me sentía extremadamente reacio a bucear en el pasado, pese a admitir que Alice Ashenfelter (o Donovan) tenía derecho a informarse sobre los fatales acontecimientos ocurridos en noviembre de 1943. El conocimiento que ella tenía de los hechos era fragmentario, recogido a través de unos cuantos recortes de periódicos. Al parecer, no sabía que habría podido leer informaciones detalladas de aquel suceso en una docena de fuentes diferentes, puesto que el caso Donovan era considerado, en Gran Bretaña, un clásico del campo de la detección forense. En un estante de mi biblioteca tenía dos libros que le habría podido dejar leer. Como los asesinatos eran moneda corriente en América, supongo que no se imaginaba que el caso de su padre podía haber sido objeto de escritos y análisis por parte de criminólogos, patólogos y policías.

Tras salir de la ducha y envolverme en un albornoz, le dije:

—Dormiré en la otra habitación. Sin ánimo de ofenderte, debo reconocer que en esta cama no hay sitio para dos personas.

—Theo, todavía no me has dicho nada —insistió.

—¿Quieres café? Yo no quiero más champán.

—Sí, por favor. Voy a ayudarte.

—No es necesario.

—¿Puedo tomar una ducha, entonces?

—Por supuesto.

Ya abajo, busqué los dos libros sobre el caso Donovan y los cerré bajo llave en un cajón de mi escritorio. Sea lo que fuere lo que pueda usted pensar de mí, la verdad es que no tenía el más mínimo deseo de causar penas innecesarias a Alice Ashenfelter ni estaba dispuesto a que viera aquella fotografía de la solapa del libro donde se veía el cráneo destrozado de la víctima junto a la fotografía de archivo de su padre.

Adivinaba que la chica encontraría alguna excusa para seguirme escaleras abajo, lo que hizo efectivamente. Se había puesto mi batín y se había recogido el pelo en la nuca, atándose con la cinta que usaba para la trenza. Tenía el cabello mojado de la ducha.

—Me he acordado de la mochila —dijo.

—Debe de hacer mucho frío fuera.

Pero, sin hacerme ningún caso, salió corriendo y entró con la mochila.

—Tengo un saco de dormir —dijo—. No hay razón para que te saque de la cama.

—¿Con leche o sin?

Después de servirle el café, le dije que tenía algo que darle.

—¿Qué? —me preguntó ávidamente—. ¿Una fotografía?

—No. Nada más que un recuerdo. Una cosa hecha por él.

Y le tendí una figurilla de unas cinco pulgadas de altura, tallada en un trozo de madera, que representaba un policía rural montado en su bicicleta, en la base de la cual, toscamente talladas, se leían las crípticas palabras siguientes: *Or I then?*^[1].

Si uno observaba la figura con mirada indiferente, seguramente la habría desdeñado por considerarla kitsch, aun admitiendo que se trataba de un trabajo que denotaba una cierta pericia.

La chica siguió la talla con las yemas de los dedos, como quien acaricia un ser vivo.

—¿De veras fue él quien la hizo?

Asentí con la cabeza.

—¿Y te la regaló? Esto quiere decir que te apreciaba mucho.

Después, fijándose en las palabras escritas en la base, frunció el ceño:

—No entiendo el significado de las palabras.

—*Or I then?* Escritas así, no tienen sentido.

—¿Se trata de un mensaje secreto?

—No constituyen ningún mensaje profundo —sonreí—. En Somerset, cuando era niño, solía encontrarme con el policía local que me saludaba siempre con unas palabras que sonaban de ese modo. Hablaba en el dialecto local, ¿comprendes? *Or I then?*

Alice movió la cabeza, dando a entender que seguía sin entender.

—*All right, then?*^[2] —dije, para aclararle la frase.

—¡Ah, ya comprendo! —exclamó con una sonrisa.

Y como parecía estar todavía algo desorientada, le expliqué:

—Duke estaba intrigado con la manera de hablar de la gente de Somerset y acostumbraba tomar nota de sus dichos. Como yo vivía en casa de una familia de la localidad e iba a la escuela con los chicos del pueblo, recogía ejemplos y se los pasaba. *Or I then?* era uno de ellos.

—¿Y esta fue su manera de darte las gracias? ¡Me encanta!

—Quédate con la figurilla.

Se ruborizó y dijo:

—Theo, no puedo. La hizo para ti. Tú la has conservado todos estos años.

—A Duke le hubiera encantado legar a su hija algo hecho por él.

Su respuesta fue rápida y espontánea; se levantó y, yendo directa hacia mí, me besó en los labios. Sin embargo, si estaba usted pensando que este hecho preludiaba una nueva sesión de expansiones amorosas, mejor será que lo piense dos veces. Creo que estaba profundamente impresionada, pero yo tenía la sana intención de mostrarle la puerta a la mañana siguiente, puesto que no entraba en mis propósitos instalarla en mi casa como huésped. En consecuencia, después del beso, le puse las manos sobre los hombros y, apartándola de mí, la situé fuera de mi alcance.

Nos quedamos un momento en silencio paladeando el café, sentados uno frente al otro a ambos lados de la mesa de la cocina. Ella había puesto la figura junto a su pecho, como si quisiera darle su calor. Un instante después, incapaz de contenerse un minuto más, me dijo:

—Tú lo apreciabas, ¿no es verdad, Theo?

—Sí.

—¿Era amable contigo?

—Mucho.

—Pero declaraste contra él en el juicio...

Asentí con la cabeza.

Después de una pausa, siguió en voz baja:

—¿No quieres contarme lo que ocurrió?

Yo me sentía agotado y era tardísimo para empezar a contar una historia como aquella, pero que me la sonsacaría como fuera antes de irse de mi casa era algo de lo que hacía rato estaba convencido. Desde un punto de vista humanitario, me sentía obligado a darle una explicación de algún tipo. Pensé, pues, que lo mejor era que fuera en seguida, porque a la hora del desayuno no es que las historias se me den especialmente bien.

5

VOY A EXPONERLE todo lo que le conté a Alice. Por razones de brevedad, he decidido prescindir de su apellido. No sé exactamente en qué momento adopté la costumbre de usar lo que ella llamaba «nombre de pila». Sin embargo, aquel sábado por la noche en que mi decidida intención era mostrarle la puerta por la mañana, no me referí a ella dándole ningún nombre. Cuando dirijo la vista hacia atrás, me siento más cortés. Tal vez usted considera poco importante la forma en que yo me dirigiera a ella en aquella ocasión, pero hay un motivo para que yo me muestre tan escrupulosamente sincero con toda persona que lea estas palabras, como podrá comprobar más adelante.

Por descontado que lo que voy a contar no será una reproducción exacta de lo que dije en aquella ocasión, incluidas las interrupciones y preguntas de Alice, porque esto le dificultaría seguir el hilo de la narración, pero le aseguro que no va a perderse ni un solo detalle de todo lo que necesita saber.

Empecé por hablarle de mi evacuación, ocurrida en septiembre de 1943, resultado directo de una incursión aérea alemana, realizada en pleno día. Una bomba, catalogada en aquellos tiempos como altamente explosiva, fue a dar en el edificio de calderas de nuestra escuela, situada en los suburbios de Middlesex, cuando nos encontrábamos cantando la canción conocida como *Diez botellas verdes* en el refugio subterráneo, y el señor Lillicrap, nuestro azorado director, con su casco de acero y el rostro más blanco que

el papel, esperaba a que dieran la señal de que había pasado el peligro. Aquella misma tarde se puso en contacto telefónico con su hermana, que vivía en el campo, y todos los niños de la escuela volvimos a nuestras casas con una carta que debíamos entregar a nuestras familias. Uno de los chicos, que tenía fama de díscolo, abrió la suya y la echó a un canal, pero yo, obediente, se la entregué a mi madre. En la carta se proponía a las familias evacuar a todos los niños a Somerset el lunes siguiente.

Todavía recuerdo la mitad de los niños, entre los que figuraban aproximadamente ochenta compañeros míos, congregados en la estación de Paddington, adecuadamente etiquetados y cargados con máscaras antigás, nuestros juguetes favoritos, paquetes de bocadillos y, en el caso de algunos despistados, cubos y palas. Al volver la vista atrás, se me ocurre que habría podido utilizar alguno de aquellos cubos cuando, después de esperar durante un tiempo desesperadamente largo, con terribles angustias provocadas por una vejiga a punto de estallar y metido en un tren sin pasillo, enfrentado a la perspectiva de un viaje de duración incierta hacia un lugar situado al oeste de Reading, observé furtivamente que mis pantalones de franela adquirirían una tonalidad gris más oscura. Al cabo de un par de horas, cuando yo no era el único niño con un secreto (puesto que seguramente la mayoría estaban en mis mismas condiciones), llegamos a Bath Spa, donde nos trasladamos a otro tren más pequeño. Finalmente, mucho después de haber bajado las cortinillas para encubrir la iluminación del tren, se nos dijo que debíamos apearnos en una pequeña estación rural de Somerset.

Yo iba mirando los letreros de las estaciones —tenía edad suficiente para saber leer y me sentía orgulloso de ello— y me encargué de informar a mis compañeros de nuestro destino: Frome. Hice rimar la palabra con *home*^[3], porque, pese a que la pronunciación no era la correcta, me parecía más reconfortable: Frome, en realidad, rima con *dom*^[4].

Marchamos en fila india hasta el interior de una iglesia, donde, dispuestos sobre unas mesas montadas sobre caballetes, había bocadillos de queso y zumo de naranja, mientras las personas cívicas del lugar, que se habían ofrecido voluntariamente a acoger un refugiado, hacían una evaluación de nuestras personas. No es de extrañar que la selección procediera a ritmo lento. Incluso yo me

daba cuenta de que, después de aquel viaje, tanto nuestro aspecto como el olor que despedíamos eran de lo más deplorable. Sospecho que algunas de las personas que se habían prestado a acogernos se deslizaron furtivamente a la calle, amparadas en la noche, puesto que, al final de la sesión, quedamos sin lugar donde acomodarnos cinco niños (todos varones), junto al funcionario encargado de procurarnos alojamiento. El servicio de voluntarios nos procuró unas literas de campaña y pasamos la noche en ellas, dispuestas en semicírculo, con los pies orientados hacia una estufa de carbón de coque.

A la mañana siguiente fuimos conducidos en coche a los pueblos vecinos con la intención de encontrarnos alojamiento en casa de gente que no tenía noticias de nuestra llegada. Desde la camioneta, conducida por el funcionario, en la que viajábamos, íbamos observando con recelo las puertas de las casas, que iban abriéndose sucesivamente y junto a las cuales se iniciaba una viva conversación. Uno o dos debieron de quedar a buen recaudo, porque cuando nos pusimos en marcha no llevábamos a nadie a nuestras espaldas. Empezaba a tener hambre.

A última hora de la mañana habíamos agotado todas las posibilidades de Frome y todavía quedábamos dos sin alojamiento: un niño gordinflón que se llamaba Belcher Hughes, con unas gafas reparadas con esparadrapo, y yo. Paramos en correos para llamar por teléfono y a continuación se nos comunicó que nos alojaríamos en Shepton Mallet. Por la forma como nos lo dijeron, tuve la impresión de que Belcher y yo habíamos tenido suerte. Imaginé para mis adentros que el señor Mallet debía de vivir en una de aquellas grandes mansiones de piedra que habíamos visto durante el recorrido.

Nos apeamos en un cruce, donde fuimos depositados en manos de otro funcionario, encargado de alojar refugiados. Las esperanzas que me había hecho se vinieron abajo al leer los nombres en el poste indicador. Belcher fue adjudicado a una anciana que vivía en una pequeña casita con terraza y a mí me llevaron a unas cuantas millas de distancia, a la granja Gifford, en la aldea de Christian Gifford, entre Shepton Mallet y Glastonbury.

Una vez allí, perdí todo contacto con la gente que conocía, descontando un par de visitas del señor Lillicrap quien, al parecer,

quedó satisfecho de la educación que se me dispensaba en la escuela, situada en la parte alta del pueblo, que frecuentaba junto a los demás niños de la localidad.

Para hacer justicia a la familia Lockwood, debo decir que no se habían ofrecido voluntariamente a alojar refugiados, sino que tuvo que intervenir el gobierno, con una Orden de Evacuación, para recordarles su deber. La gente de la localidad sabía que tenían un dormitorio vacante, debido a que su hijo Bernard se había ido de la casa, por lo que se vieron obligados a aceptarme.

El primer contacto que tuve con la familia fue a través de la señora Lockwood, la cual me dio la impresión de una persona atormentada. La conocí moviendo la cabeza y mascullando palabras en un dialecto que yo no entendía. Cuando, años después, he pensado en aquella situación, he deducido que estaba preocupada por la reacción que podía tener su marido, al enterarse de que me habían introducido en su casa medio de tapadillo. Con todo, en honor a la verdad, debo decir que, por lo que a mí respecta, lo primero que hizo fue llevarme a la cocina de la granja y darme de comer: un par de rebanadas de pan, generosamente untadas con salsa de carne. Debo reconocer también que el pan era más tierno y menos terroso que las hogazas del pan de racionamiento que comía en mi casa.

Mientras observaba a la señora Lockwood, que cortaba unas ciruelas y les extraía los huesos para hacer un pastel con ellas, sentada al otro lado de la mesa de madera, decidí que aquella mujer no iba a hacerme ningún daño. Era robusta y tenía los cabellos negros y relucientes, sujetos a la cabeza con horquillas y, aunque su rostro ancho era casi tan oscuro como la piel de las ciruelas y era evidente que era más vieja que mi madre, aparentaba gozar de mejor salud. Por lo menos, debajo de sus ojos no tenía aquellas medias lunas oscuras como mi madre, testimonio de horas robadas al sueño.

El inconveniente de la señora Lockwood era su voz, tan queda que me obligaba a pedirle que me repitiera prácticamente todo lo que decía. Y cuando accedía a hacerlo, apenas si aumentaba el volumen en un semitono. Por otra parte, como yo debía repetirme en silencio todas sus frases para descifrar las complejidades del dialecto que hablaba, la comunicación procedía de forma muy

lenta. Me llevó el resto de la mañana averiguar qué personas componían la familia y qué hacían.

Hube de enterarme de que el señor Lockwood hacía poco tiempo que había adquirido otra granja más pequeña, situada a poca distancia, llamada Lower Gifford, para su hijo Bernard de veintiún años, el cual se había trasladado a vivir allí, y que dicha granja estaba situada a una milla de distancia en dirección hacia abajo. Parece que el plan era que Bernard acabase ocupándose de las dos granjas en cuanto el trabajo de la grande excediese las posibilidades de su padre. Los padres acabarían sus días en la granja grande, de la que también se ocupaba su hija Barbara.

Yo había detectado una o dos prendas femeninas secándose sobre la hierba que, incluso para mi inexperta mirada, me habían parecido insuficientes, por no decir ridículas, para la señora Lockwood. Gradualmente me fui enterando de que Barbara tenía diecinueve años y que trabajaba en la granja.

Compareció a la hora de comer y, pese a que ni siquiera advirtió mi presencia, me cautivó al momento. Aunque la afirmación suene al más puro estilo Mills & Boon, la verdad es que es exacta. Esta fue la impresión que aquella muchacha causó en un niño de nueve años que, la noche antes, había derramado en silencio lágrimas sobre su almohada. Morena de piel como su madre, aunque más fina y con rasgos más delicados, Barbara se quedó junto a la puerta mientras desataba el pañuelo verde con el que llevaba cubiertos sus cabellos. Sobre sus espaldas se derramó una cascada de cabello negro y sedoso. La chica movió la cabeza para soltarlo al tiempo que hablaba de algo que había sucedido en una de las granjas próximas a la nuestra. Quedé sorprendido al descubrir que entendía prácticamente todo lo que ella decía.

A continuación observó mi presencia y en seguida pasó a ocuparse de mi persona. Unas cuantas preguntas rápidas, dirigidas a su madre, la informaron de los hechos esenciales que me atañían y, cogiendo mi maleta y la máscara antigás, me condujo escaleras arriba, a la habitación que Bernard había dejado vacante hacía muy poco tiempo. Me llevó junto a la ventana y, poniendo su mano en mi hombro, me indicó las gallinas, los patos y su yegua preferida, un animal de color castaño que pacía junto a la era. Después nos sentamos en la cama y yo le dije que mi padre había muerto en

Dunquerque, que mi madre se ocupaba de labores asistenciales y que mi tía Kit nos invitaba a comer a su casa los domingos. Como Barbara no había estado nunca en Londres, le hablé de Trafalgar Square y de Buckingham Palace. Nadie, hasta aquel día, me había escuchado con tanta atención como ella.

Aquella noche no lloré. Recuerdo que estuve mucho rato despierto en la cama, con la mirada perdida en el techo de mi nueva habitación, preguntándome qué diría el granjero Lockwood cuando se enterase de que tenía un refugiado en su casa. Era época de cosecha y, a lo que parece, el nombre no volvería a casa hasta después de que yo me hubiera metido en cama. En un momento dado, oí la voz de un hombre que hablaba lentamente y con gran solemnidad, pero después advertí que se trataba de las noticias de las nueve, retransmitidas por radio. Al poco rato, me sumí en un profundo sueño.

No sé con certeza cuándo hablaron a George Lockwood de mi existencia. Tengo fundadas sospechas para creer que las mujeres de la casa mantuvieron en secreto mi presencia por lo menos un día entero. Mi presentación al dueño estuvo muy orquestada. A las cuatro de la tarde del día siguiente la señora Lockwood cogió una gran cesta en la que puso unos panecillos acabados de sacar del horno y un cuenco de crema de leche y nos dirigimos con ella al campo donde trabajaban los hombres. Yo llevaba la jarra de sidra con la que debía llenar sus vasijas hasta el tope. Cada hombre tenía su pichel o su vasija de madera, en forma de barril, con su corcho y su tapón de aire. No paraban un momento de requerirme, superándose unos a otros en la articulación de mi nombre, pronunciado en lo que se me antojaba acentos típicos de la clase campesina. Había como mínimo nueve hombres y Barbara, todos sentados alrededor de la cesta. La sonrisa de Barbara me turbaba de tal modo que, al servir la sidra al hombre que tenía a su izquierda, derramé una parte. Este se levantó al momento y, agarrándome por el brazo, me dio un susto soberano.

Parte de la sidra se había derramado en su plato y él era el único que lo usaba para comer. Era un plato de color de rosa, con un ribete dorado en el borde. Resultaba un refinamiento muy curioso, porque aquel hombre era el más alto de todos, alrededor de un metro ochenta y cinco, y tenía los brazos cubiertos de vello y una

serie de huecos entre los dientes. Además, tenía un ojo entrecerrado e inyectado de sangre.

Otro detalle de él me llamó la atención: llevaba corbata. No una corbata especial, a rayas, como la del señor Lillicrap, ni tampoco anudada con afectación, sino una corbata negra y llena de manchas, pero cuyo uso era un signo de clase, puesto que no tardé en descubrir que aquel hombre no era otro que el granjero, mi benefactor, el señor Lockwood.

Sin soltarme el brazo, me preguntó algo acerca de la sidra, que provocó la hilaridad de los demás, pero que yo no entendí. Probablemente hizo algún comentario sobre mi mala puntería, dando a entender que había empinado el codo porque, al contestarle cortésmente de manera afirmativa, los demás soltaron el trapo.

Entonces el señor Lockwood, dejándome el brazo y ofreciéndome su barrilete, creo que me dijo:

—Anda, toma otro sorbo, muchacho. Acábala por mí.

La sidra de Somerset es famosa por sus efectos estimulantes, por lo que Barbara trató de protestar, acto temerario teniendo en cuenta que desafiaba la autoridad del granjero no solo delante de sus hombres sino también de los que había contratado especialmente para la cosecha. Su padre la hizo callar con un gruñido sin dejar de ofrecerme la jarra, con el asa vuelta hacia mí.

No quiero afirmar que derribé a mi Goliat de la primera pedrada, pero sí que, para ser un niño de nueve años, salí bastante bien librado de la prueba. Le dije primeramente que no tenía mucha sed y, tras tomar un sorbo y notar el sabor de la sidra en la lengua, le devolví la jarra y le pregunté educadamente si podía quedarme para ayudarles y dije que después ya me tomaría el resto.

Mi salida fue acogida con el consiguiente regocijo general y, lo que para mí era más importante, con un gesto de aprobación del señor Lockwood. Al reanudarse el trabajo, me levantaron en el aire y me subieron a uno de los remolques para que ayudara a cargar las gavillas a medida que me las iban ofreciendo, hincadas en la horca.

Mis recuerdos son intermitentes. Poca cosa más ha quedado en mi memoria de lo que ocurrió aquella tarde. Supongo que Barbara me devolvería a la granja cuando se hizo evidente que no podía con mi alma. No hay duda de que ella estaba en casa al final de aquel

día, porque recuerdo que vino a mi cuarto y que me dijo que su padre me había autorizado a quedarme. Después, me acarició el cabello con la mano, como si me lo alisara. Recuerdo con toda claridad el contacto de sus dedos.

Después los días se desdibujan, borrados por la rutina de la vida en la granja y en la escuela. Paso por alto mis impresiones acerca del sistema educativo imperante en Somerset, porque a buen seguro que usted está deseando saber cómo conocí a Duke Donovan, que es precisamente lo que voy a exponerle a continuación.

Para compensar mi ignorancia en relación con las costumbres rurales, conté a mis compañeros de clase una serie de historias exageradas acerca de la vida en Londres durante aquellos tiempos de guerra: la bomba que había caído en nuestro jardín y que no había explotado, el Messerschmitt que se estrelló contra un globo de barrera y el caso del empresario de pompas fúnebres que tenía un ojo de vidrio, de quien se sabía que era un espía alemán. Todos estaban pendientes de mis palabras. Los únicos hechos que habían vivido en relación con la acción del enemigo eran el ruido sordo y distante de las bombas que habían caído en Bath el año anterior, en el curso de las incursiones Baedeker. De lo único que podían presumir era, como máximo, de haber atisbado ocasionalmente las fuerzas americanas cuando atravesaban el pueblo con sus carros, camino de su base en Shepton Mallet.

Haber visto pasar a unos soldados americanos no era cosa que a mí me impresionase demasiado. Yo conocía a los soldados del ejército americano, porque había asistido a una de sus fiestas —esto era verdad— en la base que tenían en Richmond Park. Como hijo de viuda de guerra, la última Navidad había sido invitado a una fiesta en la que un San Nicolás con acento yanqui me había obsequiado con regalos, había visto una película, había cantado canciones y me había ido con todo el chicle y todos los caramelos que cupieron en mis bolsillos.

Acicateado por la respuesta que obtuvieron estas revelaciones por parte de mis nuevos compañeros, lancé la baladronada de que tenía tantos amigos en el ejército americano que podía conseguir todo el chicle que me viniera en gana.

El destino tiene sus sistemas propios de tratar a los fanfarrones. Mis bravuconadas fueron desmentidas más pronto de lo que

ninguno de nosotros habría podido predecir. El día siguiente, a la hora de comer, cuando salíamos de la escuela, vimos algo que hizo temblar mis piernas. Al otro lado de la calle, enfrente de la tienda de la señorita Mumford, había un *jeep* de color caqui claro de los usados por el ejército americano. Me metí las manos en los bolsillos, me puse a silbar una tonadilla y eché a andar como si tal cosa. Sin embargo, sabía que había sonado mi hora. Efectivamente, los chicos me retaron a que consiguiera chicle.

Como el *sheriff* de una película del oeste, a quien le acaban de comunicar que Jesse James está asaltando el banco del pueblo, atravesé la calle polvorienta, vigilado a prudente distancia por todos mis compañeros. Uno de ellos me gritó:

—¡Al loro, Teodoro!

En el interior de la tienda de la señorita Mumford había dos soldados comprando bebidas. El más alto, que era Duke, estaba pagando una botella de Tizer, mientras su camarada, Harry, echaba un vistazo a todo el surtido de botellas, como si tanto le diera una como otra. Por fin pidió leche, a lo que se le dijo cortésmente que estaba racionada, tanto si la quería fresca, como evaporada, condensada o en polvo. Nadie podía confundir a la señorita Mumford. Sin embargo, les ofreció manzanas. Por poca vista que tuviera uno se daba cuenta en seguida de que los invitados se dejaban convencer fácilmente. Pero Harry dijo que le daba igual.

Aquella era la ocasión que yo estaba esperando. La señorita Mumford me observaba con aire de desconfianza. De haber estado en Londres, les hubiera dicho, sin pensarlo dos veces:

—¿Me dais chicle?

Pero aquí no sabía qué hacer, por lo que me quedé pintiparado como un estúpido mientras pasaban por mi lado, y después los seguí hasta el coche sin saber encontrar mi voz. De pronto se me ocurrió una idea genial; tocando a Harry ligeramente en la manga, le dije en tono confidencial que sabía de una granja donde había leche fresca y que, si él quería, podía acompañarlo. Harry echó una mirada a Duke y este se encogió de hombros y me indicó con el pulgar el *jeep*, dándome a entender que montara. Podría afirmarse que, con aquel gesto tan simple, Duke firmó su destino.

Para mí aquel fue el momento culminante de mi etapa de refugiado. De pie en la parte trasera del *jeep*, hice con la mano el

mismo saludo de Monty cuando, estando en el desierto, pasaba junto a sus soldados. El *jeep* hizo un viraje en redondo y salió a toda velocidad mientras yo movía ostensiblemente las mandíbulas mascando chicle.

El destino estaba ante nosotros. El viento en nuestros oídos era ensordecedor, por lo que no me era posible dar ninguna explicación y lo único que pude hacer fue señalar la granja con el dedo cuando la puerta de entrada de la misma apareció ante nuestros ojos. Nos metimos en la era con un chirrido de frenos y un revuelo de gallinas asustadas.

Yo entretanto iba haciendo cálculos. Sabía que el señor Lockwood tenía unas cuantas vacas frisonas, pero sabía igualmente que la leche estaba racionada y que, aunque existía algo llamado mercado negro, se trataba de una actividad contraria a los esfuerzos que imponía la guerra y dudaba de que el granjero Lockwood se aviniese a practicarla, puesto que sobre la chimenea tenía una fotografía de Winston Churchill.

Seguía disfrutando de una racha de buena suerte, porque fue Barbara la que asomó a la puerta, alertada por el ruido. Iba vestida para montar a caballo, con pantalones color tierra ajustados a la pantorrilla y jersey blanco. Duke y Harry cruzaron una mirada tan expresiva que Barbara, de haber querido, habría podido saltar por encima de ella con caballo y todo. Saltaron del *jeep*, se presentaron y, antes de que yo tuviera tiempo de apearme, ya estaban atravesando la era al lado de Barbara.

Ella se tomó la cosa a broma, como si el hecho de pedir leche no fuera sino una estratagema para presentarse en la casa y hablar con ella, cosa que por supuesto ellos no negaron. Barbara, amablemente, les ofreció una pinta de leche de su neurótica cabra particular, Dinah, pero ellos declinaron prudentemente el ofrecimiento; Duke, tras descubrir un tonel de sidra, dijo que no le importaría tomar alguna cosa más fuerte que leche, a lo que Barbara respondió que los únicos que tenían derecho a sidra eran los trabajadores.

—¡De acuerdo, encanto! —exclamó Harry, desabotonándose la chaqueta—. ¿Qué tengo que hacer?

Barbara se echó a reír y dijo que, si eran buenos chicos, podían volver el sábado, día en que comenzaba la recolección de

manzanas. Como acudirían unas cuantas chicas del pueblo para echar una mano, suponía que a su padre no le importaría disponer de un par de trabajadores extra. Los soldados se miraron y dijeron que, en caso de conseguir permiso, no faltarían a la cita. Hicieron unos cuantos chistes en relación con los permisos, y después volvieron a montar en el *jeep* y se marcharon, aunque sin la leche que habían venido a buscar.

Cuando cruzamos de nuevo la era Barbara y yo, esta me dijo que yo había tenido una gran frescura al acompañar a los yanquis hasta la granja y que había tenido suerte de que su padre no estuviera en casa y que, si el sábado volvían, ya me encargaría yo de dar las explicaciones correspondientes. Me sentí apabullado, por lo que Barbara, dándose cuenta de mi estado, me dio un codazo y añadió:

—¡Será divertido si vuelven!

Según pude enterarme, la recolección de manzanas era una empresa de mayor envergadura que la siega del heno. El señor Lockwood cultivaba muchas de las variedades antiguas, con nombres tan evocadores como Captain Liberty, Royal Somerset y Kingston Black. Había otras más modestas, como las conocidas con el nombre de Nurdletope. Las llamadas Scarlet, verdes y doradas, iban directas al molino, ya que eran la materia prima de una sidra de alta calidad de la que se abastecían varias posadas de Frome y Shepton Mallet. Las diferentes fases del proceso de fabricación exigían la contratación de manos extra, lo que hizo que, aquella noche cuando me fui a la cama, pensara que seguramente el granjero Lockwood no pondría objeciones a la presencia de los americanos. Pese a todo, era prudente que, antes del sábado, se explorara aquella posibilidad.

Durante la tarde del siguiente día aproveché la oportunidad que se me ofrecía. Terminado el trabajo de la jornada, aquel día más temprano que de costumbre, el señor Lockwood se sentó en su sillón Windsor para fumarse una pipa junto a la cocina. El olor a Saint Julián está más grabado en mi memoria que la conversación que sostuvimos. Inicié una titubeante explicación, temiendo que el Somerset rural no estuviera preparado para mis actividades como capataz, cuando me cortó diciendo que en aquella casa era bien recibido todo aquel que estuviera dispuesto a trabajar. Al salir de la cocina, Barbara me dedicó un elocuente guiño de complicidad.

La recolección de manzanas se inició con las primeras luces del sábado. De acuerdo con la tradición, las mujeres eran contratadas con carácter eventual, pero participaban lo mismo que los hombres. Fue en esta tarea donde conocí a la mejor amiga de Barbara, Sally Shoesmith, la hija del tabernero. Sally era una muchacha rechoncha, pelirroja y con pecas, con una sonrisa desagradable, absolutamente ambigua. Sin embargo, a los nueve años, yo no estaba todavía en condiciones de emitir juicios sobre nadie.

Fue también en aquella ocasión cuando conocí a Bernard, el hijo de los Lockwood, que trabajaba en la granja de Lower Gifford. No podría decir con certeza si lo que lo atrajo al campo fue un sentimiento de deber filial o la extraordinaria abundancia de chicas del pueblo. Desde mi punto de vista, el chico era totalmente inabordable. La visión más habitual que tenía de él eran sus botas claveteadas con tachuelas, puesto que su trabajo consistía en recoger, subido a una escalera de mano, las manzanas que había que conservar, como las Rom Putts y las Blenheim Oranges, que debían ser recogidas a mano en lugar de ser desprendidas de las ramas sacudiéndolas con ayuda de unas varas. Debajo de él, se apretujaban las chicas con los recogedores, cestas en forma de cubo hechas con juncos entretejidos. Supongo que a Bernard le producía una sensación de placer decidir a cuál de las chicas del hermoso abanico que tenía a sus pies se dignaría favorecer, dicho lo cual seguramente no le costará imaginar que era un tipo que a mí me desagradaba profundamente. Tenía una belleza rústica y su piel estaba atezada por el sol, como los modelos que aparecen en las revistas de jerseys. Yo prefería ir detrás de los que desprendían las manzanas con ayuda de las varas.

Al cabo de una hora de iniciado el trabajo, mis oídos captaron un zumbido distante que procedía de la pradera adyacente a la huerta. El zumbido no tardó en convertirse en ronroneo y este en el rugido del motor de un *jeep*, que despertó la consiguiente excitación. ¡Llegaban los yanquis! Dejé al punto la cesta en el suelo y me precipité a la puerta de la huerta, que abrí justo en el momento en que llegaban y, atravesándola, se metían entre los árboles. Todos abandonaron el trabajo y, en un coro de voces admiradas, rodearon el *jeep*. Todos salvo Bernard, que siguió encaramado en lo alto de la escalera con una brazada de manzanas

Tom Putts.

Duke y Harry apaciguaron prudentemente a la excitada concurrencia y les hicieron entender que habían venido para trabajar. Por otra parte, llegaban con más de una hora de retraso. Se incorporaron al grupo de los que colocaban las manzanas en montones piramidales para que perdieran el frío de la noche antes de ser trasladadas a la prensa. Habían venido con lo que ellos llamaban el «traje de fatiga», expresión que hacía las delicias de las chicas, atentas a la jerga de los soldados y ávidas de conocer americanismos. Para nosotros, la gente de 1943, los soldados americanos eran seres exóticos que hablaban como los artistas de cine.

Y hablando de cine, ¿ha visto usted *Las uvas de la ira*, interpretada por Henry Fonda u otra película antigua de este actor? Si se lo digo es porque, a mi modo de ver, existía un notable parecido entre Duke Donovan y Henry Fonda. No se trataba únicamente de rasgos de la fisonomía, sino de la estructura física general, de la altura, de aquella cabeza asentada sobre unos hombros más bien estrechos; ambos producían la impresión de tratarse de hombres valientes a la vez que vulnerables. Los movimientos de Duke eran pausados y escasos, pero dejaba traslucir una especie de inquietud que se revelaba sobre todo en sus ojos. Se me figura que sentía añoranza de los suyos. Aquel día, en la huerta de los manzanos, se rio como todo el mundo, con una sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes tan resplandecientes como los de Henry Fonda, si bien parecía que sus ojos no participaban de la alegría de la boca. Como si sus pensamientos estuvieran escindidos en dos mitades.

Presa de las ilusiones románticas propias de un niño, emparejaba en mi cabeza de manera ideal a Duke y a Barbara y abrigaba la esperanza de que se sintiesen mutuamente atraídos. No me pasaba por las mientes que pudiese estar casado y mucho menos que fuera padre de una niña, y estoy seguro de que Barbara tampoco lo imaginaba.

Pero las cosas aquel día ocurrieron menos apaciblemente de lo que yo había esperado. Cuando, a media mañana, apareció la señora Lockwood, cargada con dos teteras humeantes, abandonamos el trabajo para tomarnos un momento de descanso.

Duke se sentó a cierta distancia de Barbara. La mayoría de los hombres tomaban sidra fresca de los cacharros y barriletes que habían llenado a primera hora de la mañana, pero las muchachas preferían té. Pude observar que uno de los trabajadores eventuales, contratados para la recolección, iba a buscar una jarra para Barbara, después de lo cual se tumbó a su lado, casi rozándola. Me enteré de que se llamaba Cliff y de que no tenía trabajo fijo. A veces ayudaba a despachar en el bar del pueblo y entonces se le veía tras el mostrador. Era alto, moreno y feo; a mí no me parecía nada atractivo. Ya sé qué piensa. ¿Por qué no lo dice, hombre? Eran celos.

El otro americano, Harry, inició muy pronto sus avances con la amiga de Barbara, Sally, y empezó por invitarla a fumar un Lucky Strike y a sacarle del pelo las ramitas que se le habían quedado prendidas y que él tardaba años en retirar.

Harry, como tipo físico, se parecía más bien a James Cagney, y era tan belicoso y dado a salidas inesperadas como este actor. Nos explicó que se había ganado tres galones, pero que los había perdido por algún error que había cometido. Harry me causaba inquietud, porque yo quería que no ocurriera ningún percance.

Cuando volvimos a ponernos a trabajar, Duke se subió a una de las escaleras y pude observar que Barbara se unía al grupo de chicas que esperaban al pie de la misma. Al cabo de un momento, dijo a Duke que dejara algunas manzanas vivarachas en la rama que estaba descargando. Duke, agarrándose a esta, miró para abajo y le preguntó:

—¿Qué son manzanas vivarachas, si tienes la amabilidad de decírmelo?

Barbara entonces le contó aquella leyenda que decía que había que dejar en el árbol las manzanas pequeñas para que pudieran comerlas los duendes. Algunas de las chicas empezaron a reír a grandes carcajadas, esperando que los americanos se sumarían a las risas, pero Duke permaneció serio, escuchando atentamente. Las palabras dialectales y las costumbres del país le fascinaban. El granjero Lockwood, que estaba de un humor de perros, les gritó al pasar:

—¡Venga, gandules! ¿Está Lawrence con vosotros?

Y entonces hubo que explicar a Duke que Lawrence, el holgazán,

guardián de los huertos, dejaba encantados a todos cuantos trataban de burlarse de las leyendas.

Aquella tarde de septiembre ocurrieron cosas memorables en la huerta. Si, como yo, no cree usted en las fuerzas del mal, posiblemente pensará que la sidra de la comida tuvo buena parte en el asunto. O que quizá no era otra cosa que la gran excitación despertada por la presencia de los soldados americanos entre las muchachas del pueblo.

Nos congregamos alrededor de una antigua furgoneta cargada de manzanas caídas de todo tipo, utilizadas para el queso que acompañaría la primera sidra. Los hombres estaban sentados en las pértigas, las muchachas en las cestas puestas boca abajo en el suelo, comiendo pan y queso con rodajas de cebolla, que habían traído en cestas de junco y en hatos con pañuelos colorados. Los rayos de sol se colaban a través de las hojas sobre nuestras cabezas.

Después de comer, las chicas enseñaron a los americanos la manera de averiguar el nombre de la persona amada utilizando una mondadura de manzana; había que mondarla sin que la piel se cortara, es decir, de una sola vez, y echarla después al aire por encima de la cabeza de la persona interesada y ver qué letra había formado al caer al suelo. La de Harry dibujó una S y Sally le dio un beso, en medio de chillidos de excitación, pero Duke se negó a hacer el experimento. Lo convencieron, en cambio, de que arrojase una manzana al aire sin explicarle el propósito del juego. Varias chicas, como jugadores de rugby, se precipitaron sobre la manzana para cogerla, aunque ninguna lo logró, porque rebotó sobre la hierba y fue a parar directamente al sitio donde estaba Barbara, la cual, pese a que no se había sumado a sus compañeras, la recogió.

Alguien le dio un cuchillo. Mientras todo el grupo se arremolinaba a su alrededor, la cortó limpiamente en dos mitades y nos mostró dos pepitas. Las muchachas, en coro, gritaron:

—¡Hojalatero, sastre!

Barbara entonces cogió una de las mitades y la dividió en dos partes. No aparecieron pepitas. Tomó la otra mitad y también la partió. Alguien (creo que fue Sally), con un grito de triunfo, exclamó:

—¡Soldado![5]

Pero la palabra se quedó colgada de sus labios, porque el

cuchillo había partido la pepita. Barbara arrojó lejos de sí los trozos de manzana y dijo:

—¡No son más que estúpideces!

Después de comer, casi no vi a Barbara. Recogía manzanas en otro sector de la huerta, creo que en compañía de su hermano Bernard. Oí que una de las chicas decía:

—¡No hay para tanto! ¡Mira que llorar por eso!

A lo cual su compañera le respondió encogiéndose de hombros y apartándose de su lado.

Alrededor de las cuatro, la señora Lockwood trajo té y pasteles y nos congregamos junto a la pared construida con piedras sin argamasa, que era donde el sol más calentaba. Sally estaba sentada junto a Harry, en el *jeep*. Duke estaba apoyado en un árbol, ocupado en cortar con un cuchillo una pieza de madera que había encontrado. No vi a Barbara pero no me extrañó, porque me había dado cuenta de que, cada vez que se hacía un descanso, alguna chica desaparecía para ir al retrete de la granja.

Cuando el señor Lockwood dio orden de reanudar el trabajo, Barbara todavía no había vuelto. Observé que la señora Lockwood la buscaba, intranquila, antes de recoger la bandeja y volver a casa. Al cabo de un momento, estaba de vuelta y hablaba con su marido, quien pasó a Harry la vara de fresno que tenía en la mano y se internó hacia la zona más frondosa de la huerta.

Sentí una cierta preocupación por Barbara. De pronto, del sitio al que se había dirigido el señor Lockwood salió una figura; era Cliff, cuyo interés por Barbara yo había detectado. Se dirigió con paso rápido hacia nosotros y, haciendo oídos sordos a ciertas cuchufletas sobre los que se evaden del trabajo, sin dirigir la palabra a nadie, avanzó recto hacia la pared junto a la cual estaban alineadas las bicicletas, tomó la suya y desapareció pedaleando pradera arriba.

Al cabo de un momento apareció Barbara, procedente de la misma dirección, seguida de cerca por su padre. Llevaba la cabellera suelta y tenía en la mano el pañuelo con el que unos momentos antes se la cubría. Cuando la tuve más cerca, me di cuenta de que lloraba. Después echó a correr, ignorante de la presencia de todos, incluso de su madre, que iba tras ella preguntándole:

—Barbara, cariño, ¿qué te pasa?

Tras atravesar la puerta del huerto, echó a correr hacia su casa.

El señor Lockwood cruzó unas palabras con su mujer y los dos siguieron a Barbara.

Sé que, llegados a este punto, querrá usted saber qué había ocurrido exactamente, puesto que Alice interrumpió mi relato y me preguntó si se trataba de una agresión sexual.

Yo le recordé que, cuando ocurrieron los hechos, yo no era más que un niño y que, si hubo habladurías al respecto, puesto que estoy seguro de que las hubo, quedé excluido de ellas. Lo que sí sé es que Cliff Morton no volvió a comparecer en el campo para recolectar manzanas y que nadie hizo mención del hecho en mi presencia al llegar a casa. Observé igualmente que en el cuello de Barbara había unas marcas que ahora identifico como huellas de expansiones amorosas y oí, a través de la pared de mi cuarto, cómo su madre le hablaba en voz baja, en su dormitorio, hasta altas horas de la noche. Pero las palabras eran inaudibles.

Alice no se dio por satisfecha de mi relato. Parecía no estar dispuesta a aceptar que yo, a los nueve años, no supiera nada de cuestiones sexuales y siguió insistiendo en que yo había tenido que enterarme de algo más, si no directamente por la familia, por lo menos en boca de las chicas del pueblo. En caso de que así hubiera sido, como entonces no tuvo sentido para mí, lo había olvidado. Había expuesto los hechos tal como los recordaba.

Alice se cruzó de brazos y dijo:

—¡No me lo creo!

—¡De acuerdo! —le contesté con toda tranquilidad—. Entonces me ahorraré palabras...

6

PARPADEÓ RÁPIDAMENTE dos o tres veces y sus labios temblaron, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Después, con voz ronca, me rogó:

—¡Por piedad, Theo! No me dejes así ahora.

—Está bien —le dije—. Puedo explicarte lo que recuerdo, no otra cosa.

—Sin embargo, estoy segura de que has pensado muchas veces en todas estas cosas desde que ocurrieron.

—Sí, muy a menudo.

—En tal caso...

—Lo que yo haya podido pensar, no te servirá de nada. Lo que yo pueda pensar, déjame para mí. ¡Dios santo, nos vamos a pasar aquí la noche entera si empezamos a hablar de lo que pueda pensar cada uno!

Alice bajó la cabeza y apretó con fuerza los brazos sobre su pecho:

—Viviré con esta tragedia todo el resto de mi vida.

Aquella frase patética no tuvo la virtud de conmoverme, por lo que le contesté con acritud:

—Este suceso forma parte de mi vida. ¿Qué te figuras que siento al tener que revivir estos recuerdos?

—Lo siento —dijo.

Después se incorporó y me acercó la mano desde el otro lado de la mesa con gesto implorante.

—No te volveré a interrumpir, Theo. ¡Te lo prometo!

Volví a recoger el hilo de la historia.

Los montones de manzanas fueron multiplicándose en la huerta durante aquella última semana de septiembre de 1943 y difundiendo su aroma dulzón a través del aire reinante, un tanto frío. Yo me reunía con los trabajadores así que podía, encajando a contrapelo la escuela y las necesarias horas de sueño en los intervalos. Mientras trabajaba, rara vez me invadía la añoranza de mi casa.

Una tarde, después del té, vinieron los soldados americanos y pasaron unas horas con nosotros. Yo estaba encantado, sobre todo porque Duke trajo chicle para que lo repartiera entre los chicos de la escuela. Los yanquis suelen distinguirse por su generosidad con los niños, pero en mi caso se trataba de algo más personal. Duke comprendía mis sentimientos de niño refugiado. En los ratos de descanso, durante la recolección de manzanas, muchas veces me había preguntado si me trataban bien en el pueblo. Yo le había dicho que, de hecho, los niños de la escuela no eran diferentes de mis compañeros de Londres, salvo en su manera de hablar. Se mondaba de risa al enterarse de algunos de los nombres que la gente de allí daba a las dolencias que impedían a los niños ir a la escuela, como «tos saltarina», «mínimos rubios» o «información». Un niño había padecido de «orín de caballo» durante una semana entera. Duke me dijo que recopilaba palabras y dichos locales y me pidió que le hiciera una lista con todos los que pudiera recoger, no solo en la escuela, sino también en la granja y alrededores. Es probable que viera en mí un niño pequeño y solitario que necesitaba algún tipo de evasión, aunque sé positivamente que el interés que sentía por el dialecto era sincero.

Sospecho que el señor Lockwood debió de enterarse de algunas de las cosas que llevábamos entre manos porque, al caer la tarde, me salió con una de aquellas frases suyas que todavía no he olvidado:

—Que estás por ahí cerca. En casa, te digo.

De vuelta a casa con Duke y el señor Lockwood, oí que el primero se interesaba por Barbara, que aquella tarde no se había dejado ver por ningún lado. El señor Lockwood aspiró con fuerza por la nariz y dijo:

—Harta de ver manzanas, imagino.

—Pero ¿se encuentra bien, señor?

—Como unas pascuas.

Duke se aclaró la garganta y dijo:

—Algunos chicos de la base hacen una representación para la fiesta del día de Colón el sábado de la semana que viene. La mayoría son aficionados, pero no lo hacen nada mal. Harry y yo hemos pensado que a lo mejor Barbara y su amiga Sally...

El señor Lockwood preguntó, como si tuviera una relación evidente con lo que Duke acababa de decir:

—¿Dispone de arma?

—Por supuesto que sí, señor —dijo Duke frunciendo el entrecejo.

—¿Sabe manejarla?

—¡Claro!

—Venga temprano. Mate unas cuantas palomas para cenar. Hágaselo saber a mi hija Barbara.

Así fue como me enteré de que el domingo siguiente se celebraría una partida de caza. Cuatro hombres con un total de tres armas; el señor Lockwood y su hijo tenían escopeta, una cada uno, mientras que Duke y Harry compartían una pistola automática de reglamento, un Colt 45. Nadie preguntó de dónde la habían sacado. Supongo que hacerse con ella era cosa fácil, comparado con el hecho de requisar un *jeep* y, a lo que se veía, esto último tampoco provocaba ningún problema.

A mí no me llevaron, debido a mi corta edad. Recuerdo que me quedé en la cocina y escuché disparos en el bosque y recuerdo también que lamenté la suerte de las palomas aunque, como hube de averiguar más tarde, habría podido ahorrarme las lamentaciones. En efecto, la partida de caza no reportó ninguna pieza y hubo que cenar huevos con tocino. Pese a ello, no podía decirse que la jornada hubiera sido mala para Duke, puesto que Barbara había accedido a ir al espectáculo del día de Colón si su amiga Sally iba también.

Aquel día terminó felizmente para mí, porque Duke me prometió que, cuando volviera otra vez, me enseñaría a manejar el Colt 45. Quizá incluso me permitiría disparar algunos tiros. Dejaba la pistola en el cajón del mueble donde se guardaban las demás armas,

porque era seguro que no tardaría en haber otra partida de caza.

Aquella noche, en la cama, pensé que podía atribuirme el mérito de haber forjado la unión de Duke y Barbara. Era yo quien había emparejado a dos de las personas más amables de este mundo. De no haber acompañado a Duke a la granja, jamás habrían tenido la oportunidad de conocerse. A veces todavía pienso en ello. Pero la diferencia es que estos pensamientos ya no me sumen en un sueño profundo y reparador, sino que ahora me torturan y me llenan de remordimientos.

La noche de la fiesta, Barbara me trajo de la base una barra de Hershey. Era la medianoche pasada cuando, de puntillas, pasó por delante de la puerta de mi habitación. Yo la llamé, ella entró y se sentó en mi cama. Me describió todos los detalles del espectáculo, desde la actuación de un conjunto de *jazz*, formado por negros, hasta la de un soldado que había hecho una parodia de Hitler. Y tuvo la sorpresa de su vida cuando Duke subió al escenario, puesto que el número no figuraba en el programa. Los demás solicitaron su presencia para llenar un espacio con una canción mientras se hacían ciertos cambios en el escenario. Sus compañeros lo aplaudieron a rabiar cuando subió, después de lo cual le pasaron una guitarra y él, sentado ante el telón bajado, cantó tres o cuatro canciones. Tenía muy buena voz y un gran sentido del ritmo, aparte de que él mismo había escrito todas las canciones. Al público le encantó. Y a Barbara se le cayó la baba cuando, después de los aplausos, volvió a ocupar el asiento a su lado.

Me dijo también que volvería a salir con Duke. Aparte de su talento musical, había facetas de su carácter de las que ella no se había dado cuenta al primer momento: una gran educación y un gran sentido del humor, inofensivo pero pícaro. Además, era tímido, cosa que jamás se habría podido esperar tratándose de un yanqui.

Yo esperaba que, después de esto, vendría a menudo a la granja, pero Barbara prefería encontrarse con él en secreto. Seguramente no quería que sus padres supieran cuándo salía con él debido a que, en el pueblo, circulaban muchos rumores acerca de lo mal que se portaban los soldados americanos con las chicas. Barbara solía decir que salía con Sally, pero yo supongo que se encontraba con Duke en el prado y que este la llevaba en el *jeep* a Glastonbury o a Shepton Mallet para tomar unas copas. El hecho es que ella siempre estaba

de vuelta antes de las once, porque yo, por si quería entrar en mi cuarto y charlar un momento conmigo, dejaba siempre abierta de par en par la puerta de mi habitación.

Cierta vez que yo estaba limpiándome los zapatos en la puerta de la cocina, se me acercó la señora Lockwood y me habló de Barbara. Desde el incidente ocurrido en la huerta con Cliff Morton, había cierta tensión en la familia. Me parece que atribuían en parte a Barbara la culpa de lo ocurrido. La señora Lockwood me preguntó si alguno de los niños del pueblo había hecho algún comentario sobre el hecho de que Barbara saliera con americanos. No me fue necesario mentir y le contesté que no, que los chicos de la escuela no me habían hablado nunca de Barbara. Entonces la señora Lockwood me preguntó abiertamente si Barbara se veía con Duke.

Me puso entre la espada y la pared. La educación que yo había recibido me imponía decir siempre la verdad. O, por lo menos, la mayoría de las veces. Con los compañeros el precepto no regía, sí con los mayores. Mentir a los mayores era cosa fuera de programa. Pero me poseyó un arrebató de fidelidad. Barbara también era una persona mayor y yo la prefería a ella que a todos los Lockwood juntos. Como no quería traicionar la confianza que me había demostrado, me negué a contestar.

Lo cual no sirvió de nada, porque la señora Lockwood supo, por mi silencio, lo que quería saber. Y cuando me negué a corroborarlo, me obligó a apoyarme en la tabla de planchar y me dio unos azotes en el trasero con la zapatilla, por insolente y estúpido. Era una mujer que no se andaba con chiquitas.

Fue la única vez durante todo el tiempo que pasé en Somerset que recibí una paliza. No voy a hacer el acostumbrado comentario de que la tunda me sorprendió más que me dolió, porque la verdad es que me sorprendió tanto como me dolió. La zapatilla era de alivio. Hasta aquel momento había equiparado la manera de ser de la señora Lockwood con su voz. Me había tolerado en la cocina, me había alimentado, me había lavado la ropa y me había enviado a la escuela como estaba mandado. No me había dado su afecto, suplido con el afecto de Barbara, pero tampoco me había demostrado hostilidad. Cuando la juzgo después del tiempo transcurrido, comprendo que aquella mujer estaba sometida a tensión. Se sentía molesta por el hecho de que hubieran metido un refugiado en su

casa y estaba preocupada por Barbara, sentimientos que afloraron el día que empuñó la zapatilla.

Tengo un recuerdo que quisiera revivir. Es huido y no estoy demasiado seguro de si no es, en parte, más bien un deseo después del castigo recibido. Me veo en la cama, aquella misma noche, con la cara mirando a la pared y mi almohada está húmeda; estoy casi dormido cuando noto el suave contacto de unos cabellos en mi cuello.

Es Barbara.

Permanezco inmóvil, porque no quiero que se dé cuenta de que estoy llorando. Su rostro reposa sobre el mío y permanece unos segundos junto a él. Después me da un beso en la mejilla. El contacto de sus labios me turba de una manera desconocida para mí hasta entonces. Me acaricia la frente y murmura en mi oído que quiere darme las gracias por lo que he hecho, me dice que soy su héroe. Sabe cómo ha debido de dolerme la paliza, porque también ella y su hermano Bernard las recibieron en su día, allí mismo, sobre la tabla de planchar, con la zapatilla, exactamente igual que yo. Pero me dice que ellos las merecían siempre, pero yo no, y que se siente avergonzada de lo que su madre ha hecho conmigo. Y me promete que nunca más volverá a ocurrir, por lo menos nunca más por su culpa. Antes de irse, me besa por segunda vez. No recuerdo nada más. No creo que sean imaginaciones mías. Parece que la oigo decir:

—Mi pequeño héroe...

No vaya a burlarse de mí; todos hemos sido niños alguna vez.

En noviembre se preparó el prensado de las manzanas. Las primeras escarchas habían helado las que estaban amontonadas en la huerta y hubo que cargarlas en carretas para trasladarlas al cobertizo donde se preparaba la sidra. Cuando digo «hubo que cargarlas» me refiero al señor Lockwood, a Bernard y a tres braceros, auxiliados a ratos por mí y por los americanos, ávidos de conocer los detalles de la preparación de la sidra. Por lo menos esto era lo que decían. Con todo, si venían para ver a las chicas, se llevaron un chasco, porque aquel era un trabajo reservado a los hombres.

A los hombres, pero también a los niños. A mí se me encargó una labor especial. El viejo cobertizo donde se preparaba la sidra

tenía un desván y, una vez las manzanas en él, había que introducir los sacos por una ventana situada en la parte alta de la pared que daba a la era. Mi tarea consistía en estar en el desván y meter la fruta, ayudándome para ello con la luz de una linterna, en la boca de madera que alimentaba el molino situado debajo. Utilizaba para ello una pala de madera y, cuando el molino se ponía en funcionamiento y el señor Lockwood me daba una voz, yo descargaba una avalancha de manzanas a través de la abertura cuadrada que tenía en el suelo, las cuales bajaban por el embudo de tela de saco hasta el molino que silbaba y escupía y del que a continuación salía la sidra. ¡Algo tremendo! En los momentos de descanso, me dedicaba a patinar sobre la gran mancha negra y jugosa que se formaba en el suelo.

Debajo de mí, las manzanas eran convertidas en pulpa, primero con ayuda de unos rodillos con dientes de hierro, que las trituran, y después con otros rodillos de piedra que las machacaban. En otro tiempo se había empleado la fuerza de un caballo para hacer girar los rodillos. Ahora, el señor Lockwood se servía simplemente de un motor, que utilizaba para todos los menesteres. La pulpa se recogía en un recipiente de madera colocado en la parte inferior del molino, que después se retiraba con palas de madera. En esta fase del proceso ya no se dejaba que el metal se pusiera en contacto con la fruta.

Junto al molino había una enorme prensa de madera. Sobre la misma se ponían capas alternadas de paja de trigo y de pulpa de manzana para formar lo que el señor Lockwood designaba con el nombre de «queso». Él permanecía de pie junto a la prensa, colocando las capas de forma que su extensión ocupara unos cuatro pies cuadrados y doblando los extremos de la capa de paja a medida que se iban superponiendo. El queso, acabado, era más alto que yo y, según decían, pesaba más de una tonelada.

Terminada la preparación, todo el mundo se reunió alrededor de la prensa. Se llamó a Barbara y a la señora Lockwood, que estaban en casa, se colocó una cuba debajo de la prensa, se dio vuelta al torno y todos nosotros lanzamos un grito de alegría cuando el jugo espeso y dorado salió a borbotones.

Sin embargo, las mujeres no habían acudido simplemente para mirar, como yo había supuesto al principio, sino que, en esta fase

de la preparación, se encargaban de trasladar el zumo a unos toneles, sirviéndose para ello de unos cacillos de madera, donde tendría que fermentar. Lo que verdaderamente me sorprendió, al igual que a los americanos, fue ver al señor Lockwood echar una pierna de carnero en cada uno de los toneles.

—La mejor sidra es la que se alimenta de carnero —nos dijo mientras hacía girar los ojos, inyectados de sangre—. En Navidad, los huesos estarán mondos y lirondos.

Un sábado por la mañana, cuando todos estábamos en el cobertizo de la sidra, incluidos los soldados americanos, y tomábamos el té de la mañana, Bernard se dedicó a armar jaleo. Estoy seguro de que lo tenía planeado; era malévolo y se sentía resentido del cariz que tomaba la conversación cuando Harry estaba en vena. De pronto observó:

—Cliff Morton vuelve a rondar por aquí.

El señor Lockwood levantó la cabeza con viveza y preguntó:

—¿Qué quiere decir eso de que ronda por aquí?

Bernard contestó evasivamente:

—Simplemente lo que digo, padre.

Tenía los ojos clavados en Barbara, que se quedó pálida. Era un sádico. No le habría costado mucho llevar a su padre aparte y hacer el comentario en privado.

El señor Lockwood insistió:

—¿Ronda por la granja o qué quieres decir?

Sin apartar los ojos de Barbara, Bernard contestó:

—Anoche vi su bici cuando iba para casa. Metida en la cuneta, al otro extremo del campo del norte.

El señor Lockwood lanzó un generoso escupitajo en la paja.

—Como aquel hijo de puta...

Su mujer le interrumpió y yo me figuré que lo hacía porque no toleraba su lenguaje, pero no era así.

—Y encima, desertor —añadió ella—. Le enviaron los papeles en septiembre, según me han dicho. Tenía que haberse presentado el mes pasado.

—Como veáis a ese cerdo por aquí... —decidió el señor Lockwood—, me lo decís enseguida.

Bernard siguió a su padre cuando este salió, pero no creo que encontraran la bicicleta ni tampoco a su dueño, porque ya no se

volvió a hablar del asunto. El señor Lockwood volvió al cabo de veinte minutos para vigilar cómo se retiraba el queso aplastado de la prensa y se disponía la nueva carga. Yo ayudé a Barbara a llenar unas angarillas con pulpa seca para alimentar al ganado.

A la hora de comer, los ánimos estaban más apaciguados. El primer queso había aportado 110 galones de zumo, mientras que el segundo ya estaba cobrando forma gracias a la ayuda extraordinaria de los americanos. Cuando Duke y Harry se ofrecieron a darme unas cuantas lecciones de puntería con la pistola, el señor Lockwood les dijo amigablemente que no había necesidad de apresurarse.

Para satisfacción mía, Barbara dijo que le gustaría acompañarnos. Era evidente que estaba harta de su familia... o cuando menos de su hermano. Bernard, con todo cinismo y crueldad, había escogido el momento más oportuno para hablar del odioso Cliff Morton. Su intención era inquietar y alarmar a Barbara delante de todo el mundo, pero yo creo que provocó en ella más indignación que disgusto. Cuando atravesamos el campo y nos dirigimos a la zona de monte bajo donde Duke había decidido que nos daría la lección, Barbara seguía alicaída.

Nos turnamos para disparar a una vieja lata de gasolina. Aprendí a cargar el arma, a apuntar y a cogerla con fuerza. Me hacían falta las dos manos para contrarrestar el retroceso. Al final quedé más o menos empatado con Barbara en aciertos al blanco, aunque debo decir que ninguno de los dos habría sido de gran utilidad al ejército.

De vuelta a casa, y cuando atravesábamos el campo, Harry trató de animar la situación desatando el pañuelo que Barbara llevaba en la cabeza y pasándoselo a Duke. Barbara quiso recuperarlo, pero no pudo y, por otra parte, tampoco estaba de humor para ponerse a retozar por el campo. Si quiere usted saber mi opinión, creo que seguía contrariada por lo que se había dicho aquella mañana. Duke sostenía el pañuelo muy alto sobre su cabeza, flameando al viento, lo que habría obligado a Barbara a acercarse mucho a él para recuperarlo.

Algunas chicas habrían optado por hacerle cosquillas, pero Barbara era más lista: se apoderó del arma que asomaba en el bolsillo de Duke y lo apuntó con ella. Harry gritó que aquella clase de juegos eran peligrosos, pero Duke le devolvió en seguida el pañuelo y ella, arrojando el arma todo lo lejos que le permitieron

sus fuerzas, echó a correr. Yo aquel día ya había vivido bastantes emociones.

Recuerdo que, cuando fui a recoger el arma y se la devolví a Duke, este comprobó que no estuviera cargada. Ninguno de nosotros estaba plenamente seguro de que estuviera descargada cuando Barbara había apuntado a Duke. Este todavía guardaba algunos cartuchos sueltos en el bolsillo. De regreso a la granja, los vació en el cajón donde se guardaban las armas, en el que dejó igualmente la pistola. Estoy absolutamente seguro de este detalle y así se lo dije al inspector Judd cuando me interrogó antes de que se celebrara el juicio.

El prensado de la sidra se prolongó a lo largo de toda la semana siguiente y no volvimos a ver a los soldados hasta que estuvo prácticamente terminado. Vinieron a vernos con su *jeep* la tarde del último jueves de noviembre, que era el día de Acción de Gracias. Dudo que los Lockwood hubieran oído hablar nunca de esa fiesta. Por lo que a mí respecta, la desconocía por completo, pero me sentí muy gratificado al recibir de Duke, como regalo, la figura tallada del policía que yo, con el tiempo, regalaría a mi vez a Alice.

Los americanos habían preparado una sorpresa; en la base iba a celebrarse una fiesta, en la que se serviría pavo asado y pastel de calabaza. Habían recogido a Sally en el bar y Harry la llevaba sentada en las rodillas, en el asiento delantero del *jeep*, con las primorosas enaguas asomando por debajo de la falda. Todo el mundo estaba contento. Es decir, nosotros estábamos tan contentos como los yanquis, porque habíamos subido al desván la última carga de manzanas y el señor Lockwood había querido demostrar su satisfacción ofreciendo, a la hora de comer, una ración extra de sidra de la cosecha del año anterior. Además, había dado permiso a los braceros para que se fueran temprano y solo había quedado la familia en la casa.

Para mí, había sido un día de escuela como todos los demás y, desde la hora de salida, había permanecido en el desván ayudando a Bernard y a su padre a moler las últimas manzanas. Aquel armatoste hacía un ruido ensordecedor y no habría podido enterarme de que el *jeep* estaba en la era de no hacerlo visto llegar a través de la puerta abierta. Salté al remolque que estaba fuera, bajé de él y corrí a saludar a Duke cuando la señora Lockwood ya salía

de casa con pastelillos y crema para obsequiar a los americanos.

Lo primero que estos querían hacer era informar a Barbara de la fiesta del día de Acción de Gracias, a fin de que estuviera preparada. La señora Lockwood, con su voz sosegada, les dijo que, de cuatro a seis, Barbara tenía que encerrar a las vacas y ordeñarlas pero que, como aquella tarde había empezado a trabajar antes que de costumbre, no tardaría en terminar, y que seguramente estaría libre muy pronto y probablemente entusiasmada ante la perspectiva de asistir a una fiesta.

Yo escuché aquella perorata con sensaciones encontradas, sobre todo teniendo en cuenta que hacía poco más de un mes que había sido vapuleado de lo lindo por haberme negado a informar acerca de las relaciones entre Barbara y Duke. A lo que parecía, los Lockwood habían cambiado de opinión. El cartel de Duke había subido mucho de categoría desde que él y Harry se habían prestado a colaborar en las faenas de la granja. Barbara, por su parte, seguía queriendo hacer creer a la gente que sus ocasionales salidas al atardecer las pasaba en compañía de Sally, aunque yo tengo la absoluta seguridad de que, si hubiera dicho que salía con Duke, nadie habría puesto objeciones.

A veces me he preguntado si yo, en un plano subconsciente o secreto, estaba celoso de Duke. Puedo asegurar, en honor a la verdad, que no sentía animosidad alguna contra él y que no la sentí en ningún momento, ni siquiera cuando ocurrió lo que ocurrió. Era imposible que me desagradase, porque gracias a él y a Barbara pude sobrellevar aquellos meses que, de otro modo, habrían sido los más tristes de mi vida. Admito, efectivamente, un cierto resabio de contrariedad cuando los veía juntos y yo me sentía excluido, pero aquel sentimiento no llegaba a la altura de los celos.

Para volver a aquella fatídica tarde diré que Duke y Harry fueron a buscar a Barbara al campo que se extendía más allá de los matorrales. El ordeño de las vacas se hacía al aire libre, en unos cobertizos móviles a los que se daba el nombre de toldos. Las vacas de Gifford Farm estaban al aire libre noche y día, hasta bien entrados los meses de invierno.

Los restantes, entre los que se contaba Sally, comenzamos a dar cuenta de las pastas en la cocina de la granja. La señora Lockwood dijo que mantendría caliente la segunda hornada que destinaba a

los demás, si bien nunca llegaron a consumirla. Pasados unos quince minutos, volvieron los americanos e informaron de que no habían podido encontrar a Barbara.

La cosa era de lo más incomprensible, porque antes de irse, había dicho que iba a ordeñar las vacas. Siguieron una serie de comentarios confusos entre Bernard y Harry acerca del campo al que habían ido pero, como indicó Duke, no había más que un rebaño de vacas y Barbara no estaba con ellas. Era, pues, evidente para todos que todavía no habían sido ordeñadas.

El señor Lockwood dijo que daría un vistazo por los alrededores así que hubiera cargado nuevamente el molino. Al poco rato todos estábamos ocupados en su búsqueda. La señora Lockwood aventuró la idea de que la sidra de la comida se le hubiera indigestado y que estuviera descansando en alguna parte.

No pienso hacer del suceso una historia de intriga. Aquello que el destino depara a los que uno ama, cuando es tan angustioso, tan profundamente perturbador, es difícil de expresar con palabras. Yo descubrí a Barbara. El instinto o la intuición me condujeron a uno de los graneros más pequeños, algo apartado del conjunto de elementos que componían la granja.

A primera vista, era un sitio donde su presencia resultaba un tanto inverosímil, porque el granero estaba lleno de paja hasta las tres cuartas partes de su capacidad. Pero oí un ruido, demasiado fuerte para ser producido por una rata. Procedía del desván, que estaba debajo del tejado y que cubría la mitad del granero. En él también se guardaban balas de heno. Como no encontré ninguna escalera, me serví de las balas de heno como de peldaños. Ya en el desván, encontré ante mis ojos un muro de heno de metro y medio de altura, pero algo me decía que, detrás de él, había alguien, puesto que ahora llegaban hasta mí, perfectamente audibles, movimientos muy enérgicos, de hecho tan activos que me hicieron desistir de solicitar ayuda.

No podía creer que fuera Barbara.

Recorrí la barrera de heno hasta un espacio triangular donde la última bala tocaba el ángulo formado por el tejado. Introduciéndome de lado entre las alfardas y el heno, conseguí penetrar lo suficiente para tener una visión reducida del otro lado.

Lo que se ofreció a mis ojos fue mi pobre, mi amable amiga

Barbara, violada por Cliff Morton. Y cuando digo violada, estoy empleando un vocablo de adultos para designar un acto que, a la edad en que hube de presenciarlo, no me resultó comprensible como me resulta ahora. Una agresión violenta, indecente y humillante, perpetrada por un hombre fuerte contra una mujer indefensa. La penetraba como un animal en celo mientras ella luchaba y jadeaba, golpeando con los puños el suelo del desván. Tenía la blusa desabrochada hasta la cintura y el mono y las bragas bajados y enrollados alrededor de una pierna por debajo de la rodilla.

No podía hacer otra cosa que saltar a tierra desde el desván y echar a correr frenéticamente hasta encontrar a alguien, a quien fuera... Quiso el destino que fuera Duke.

Salía del cobertizo donde se guardaban los aperos de la granja. Le grité al punto que Barbara estaba en el granero pequeño, que Cliff la había desnudado y que estaba haciéndole daño. Duke no respondió palabra, pero atravesó la era como un rayo en dirección al granero. Yo corrí llorando a la granja, donde estaba la señora Lockwood hablando con Sally y, con palabras entrecortadas, expliqué lo que acababa de ver. Les dije también que Duke había ido al granero. Ya no podía hacer más.

La señora Lockwood echó a correr, dejándonos a Sally y a mí en la cocina. A los cinco minutos volvía con Barbara, a la que rodeaba con el brazo. Barbara sollozaba histéricamente. Las dos juntas fueron directamente al dormitorio de Barbara.

De aquel día solo recuerdo otra cosa, mucho más tarde, cuando ya estaba en cama: la señora Lockwood inclinada sobre mí, ofreciéndome una bebida. Y que yo le preguntaba cómo estaba Barbara y que ella me decía que todo iba bien, que todo se solucionaría y que yo debía dormir.

El día siguiente me tuvieron todo el día en casa. Así que me levanté, pregunté por Barbara y se me dijo que estaba descansando, pero yo observé que las cortinas de su dormitorio no estaban corridas. Aquella noche había escuchado sus sollozos.

Ya no la volví a ver nunca más. El otro recuerdo que tengo es el martilleo del domingo por la mañana: hubo que echar abajo la puerta de su cuarto. Y recuerdo también los gritos al encontrarla muerta: se había cortado el cuello con la navaja de su padre.

Aquella mañana, algo más tarde, mi tutor, el señor Lillicrap, vino a recogerme. El lunes, uno de los maestros me acompañó en tren a Londres y a casa. Había dejado de ser un refugiado.

7

LO DEMÁS ES del dominio público, de modo que, si usted conoce el famoso libro titulado *Procesos ingleses notables* o *El asesinato de Christian Gifford*, de James Harold, tal vez podría saltarme ese capítulo. Con todo, para dejar la historia terminada, voy a ponerla al día, pese a que gran parte de lo que seguirá a continuación será de segunda mano, sacado de las declaraciones de la policía y de otros testigos. Por fortuna, mi intervención en esta parte es breve.

Continuaré como antes, exponiendo los hechos tal como se los conté a Alice. Esta mantuvo su promesa y me dejó seguir sin hacer ninguna interrupción, excepto para proferir un «¡Oh, Dios mío!» cuando llegué al suicidio de Barbara, acerca del cual nada sabía por los recortes de prensa que había encontrado entre los papeles de su madre.

Una tarde de octubre de 1944, casi un año después de los trágicos acontecimientos que acabo de describir, en un bar de Frome, el Shorn Ram, un hombre pidió una pinta de sidra local, bebida que gozaba de las preferencias del público en tiempo de guerra debido a la mala calidad de la cerveza, que era entonces una especie de mejunje aguado indigno de ese nombre. A la gente no le importaba Deber en tarros de mermelada en aquellos tiempos en que escaseaba la vajilla, pero seguía siendo quisquillosa con el contenido de los mismos. Así que, cuando el cliente se quejaba de que la sidra era correosa, la reclamación adquiría tintes muy serios. El tabernero acababa de empezar un nuevo barril, un tonel grande,

adquirido en casa de los Lockwood, fabricantes de sidra de toda confianza. Retiró una pequeña parte que se reservó para él y la cató.

Vale la pena hacer una pausa para puntualizar que si el tabernero hubiera admitido que la sidra no estaba en buenas condiciones, posiblemente Duke Donovan no habría sido sometido nunca a juicio. Pero aquellos eran días de austeridad, tiempos en los que se podía imponer una multa a una persona por el solo hecho de dar pan a los pájaros. Tirar algo cuando existía la posibilidad, por remota que fuera, de poderse consumir equivalía a boicotear los esfuerzos que imponía la guerra. En consecuencia, el tabernero cató la sidra y, pese a admitir que tenía un sabor un poco más amargo que la del barril anterior, la juzgó aceptable y continuó sirviéndola a sus clientes durante el resto de la semana. Fueron muchos los que la bebieron, pocos los que pidieron un segundo vaso.

Al llegar el final de semana, dos de los habitantes de Shorn Ram enfermaron como consecuencia de envenenamiento de tipo alimentario. Se habló de la sidra como posible factor causante de la infección y circularon desagradables rumores acerca de los fabricantes locales que dejaban destapado el barril después de la fermentación. Se dijo que, si uno examinaba con detenimiento la zona pegajosa que rodeaba el agujero, podían observarse huellas de ratas. Las huellas iban en dirección al agujero, pero nunca regresaban del mismo.

El lunes se presentó en el bar un inspector del Ministerio de Sanidad, el cual se llevó una muestra de la sidra para someterla a análisis. La sidra era, en verdad, correosa, no por causa del sabor de ratas muertas, sino debido a contaminación de algún tipo de metal.

Por fin se abrió el tonel. Al retirar la tapadera y verter lo que quedaba de líquido en el desagüe del patio trasero, todo el mundo esperaba encontrar en el poso algún elemento de metal que hubiera quedado en el fondo del barril. Podía muy bien ser que algún bracero descuidado hubiera dejado caer alguna herramienta en el tonel en el momento de fijar la tapadera.

Lo que encontraron, en cambio, fue un cráneo humano con un agujero de bala que lo atravesaba de parte a parte.

El proceso de identificar a la víctima es una historia que se ha expuesto gráficamente en otros lugares. Personalmente, cuando

manejo libros acerca de ciencia forense, me da la impresión de que llevo guantes de goma. Confíe en mí; pasaré rápidamente por encima de los detalles más desagradables y diré tan solo que el cráneo fue trasladado al laboratorio forense de Bristol, donde tenía que ser examinado por el doctor Frank Atcliffe, joven patólogo que murió trágicamente al cabo de un año de resultas de un accidente de aviación.

Era poco lo que quedaba por estudiar. La acción de la sidra había destruido toda la piel, la carne y el tejido cerebral. No había restos de cabello. Y aunque el poso fue examinado minuciosamente, en el barril no apareció otra cosa digna de importancia.

¿Quiere tomar un vaso de agua? ¿O prefiere sidra?

El doctor Atcliffe descubrió que el cráneo correspondía a un hombre de una edad comprendida entre los dieciocho y los veinticinco años. Para un patólogo, el sexo está relacionado con procesos mastoideos y bordes supraorbitarios, en tanto que la edad corresponde a la osificación de la epífis.

Algunos periódicos creían equivocadamente que la bala había sido el agente metálico que había provocado la correosidad de la sidra. En realidad, en el tonel no se encontró bala ninguna, porque había atravesado el cráneo de parte a parte dejando una patente herida de salida. Así pues, ¿qué pudo causar la contaminación metálica?

Un par de empastes dentales.

Como diría después el doctor Atcliffe, si la víctima hubiera poseído una dentadura perfecta, la sidra no habría quedado contaminada, y tanto el tonel como lo que había quedado en el fondo del mismo habrían sido devueltos a Gifford Farm para ser nuevamente reutilizados.

Respire hondo y hablemos de los agujeros producidos por la bala. El del lado izquierdo, que tenía alrededor de una pulgada y media de diámetro y estaba situado sobre el orificio aural, correspondía a la entrada del proyectil. La bala se había abierto paso hasta la mejilla derecha, justo detrás del ojo, que era el punto de salida. El doctor Atcliffe, basándose en el tamaño de los agujeros, consideró que la bala era del calibre 45, que había sido disparada a una distancia de menos de un metro del lugar donde estaba la víctima, pero no más cerca de cuarenta y cinco centímetros, y que

no era posible determinar la fecha del fallecimiento.

Se habló mucho de la posibilidad de que se produjeran otros siniestros descubrimientos. En Shorn Ram se abrieron otros dos toneles, y ocurrió lo mismo con otros diecisiete, suministrados por Gifford Farm, en tabernas de Frome, Shepton Mallet y pueblos circundantes. Los taberneros no se opusieron en absoluto, porque habían observado una marcada disminución en la venta de sidra. Sin embargo, en los barriles no se encontró otra cosa más siniestra que unos huesos de cordero y, aunque usted y yo quizá podríamos hacernos atrás ante la perspectiva de beber una sidra alimentada con carne de oveja, para los habitantes de Somerset en el año 1944 la cosa no tenía nada de particular.

Las pesquisas realizadas en torno al asesinato estuvieron dirigidas por el inspector Judd, del cuerpo de policía de Somerset, ciudadano de Glastonbury, temeroso de Dios, famoso por sus sermones laicos. La gente llenaba de bote en bote la capilla de Lent todos los primeros domingos de mes para oír como el tejado de cinc se estremecía con el famoso sermón que aquel señor pronunciaba sobre la templanza. Detestaba al demonio de la bebida y precisamente inició sus averiguaciones en el sitio que él designaba con siniestros acentos como «la fuente»: Gifford Farm.

En las tabernas corría la voz de que George Lockwood sería colgado, destripado y descuartizado, antes de que el caso fuese dilucidado ante los tribunales. Las cosas no podían estar peor para él. El tonel estaba marcado con su nombre, lo había suministrado en agosto, él mismo había clavado la tapadera en noviembre y no existían indicios de que nadie lo hubiese manipulado después.

George Lockwood no recordaba que nadie se hubiese comportado de manera sospechosa durante las tres semanas que duró la preparación de la sidra, como tampoco estuvo en condiciones de arrojar ninguna luz acerca de la identidad de la víctima. Suministró al inspector Judd, eso sí, una lista de todos los braceros y ayudantes que habían trabajado en la granja. Todos fueron localizados e interrogados, salvo tres excepciones: Barbara, Duke y Harry. Barbara, por supuesto, estaba muerta, mientras que los dos soldados americanos habían abandonado Inglaterra en junio de 1944 para tomar parte en la invasión de Europa.

Cuando Judd suscitó la cuestión del suicidio de Barbara, George

Lockwood admitió que había ocurrido el 30 de noviembre, dos días antes de que terminara la preparación de la sidra y de que se cerrara el último tonel, si bien este no veía qué posible relación podía tener aquel hecho con lo que había ocurrido después. El encargado de las indagaciones había dejado establecido que Barbara se había quitado la vida en un momento en que el equilibrio de su mente se encontraba profundamente perturbado. Aunque Judd no siguió insistiendo en este aspecto, dio orden a uno de sus ayudantes más experimentados de que volviera a examinar las circunstancias que habían rodeado la muerte de Barbara.

Entretanto se hizo una comprobación relativa a las personas desaparecidas de Frome y Shepton Mallet, especialmente jóvenes, cuya edad estuviera comprendida entre los dieciocho y los veinticinco años. La cosa no era fácil. Algunos se habían presentado voluntarios al ejército sin informar de ello a sus familias, otros se habían emboscado y habían ingresado en el grupo de los desertores y algunos habían encontrado la muerte en Bristol, donde los bombardeos habían sido masivos.

Pese a todo se hizo la lista y a los pocos días la víctima era identificada. Las pistas habían convergido en ella de manera muy convincente.

El inspector encargado de volver a abrir los archivos relativos a la muerte de Barbara supo por el informe *post mortem* que la muchacha estaba embarazada de dos meses. Se consideró que el sentimiento de vergüenza provocado por el embarazo, del que su familia no tenía ninguna noticia, había sido la razón principal que la había impulsado a quitarse la vida. No se estableció la identidad del responsable ni era cometido de la investigación averiguarla. La familia no había podido o no había querido hacer comentario alguno al respecto, si bien circulaban fundados rumores acerca de que el hombre en cuestión era Cliff Morton. Se decía de él que estaba obsesionado con Barbara y que la importunaba a menudo. En cierta ocasión, en septiembre, durante la recolección de manzanas, por haberse mostrado excesivamente obsequioso con la chica, había sido expulsado de la granja por el propio George Lockwood.

Cliff Morton era soltero y tenía dieciocho años. Sus padres se habían ido a vivir al extranjero cuando tenía doce años, dejándolo bajo la custodia de una tía materna, que vivía en una casita situada

a una milla de distancia al sur de Christian Gifford. Dos días después de haberse realizado las pesquisas en torno a la muerte de Barbara, la policía se presentó en casa de Morton para interrogarlo sobre otra cuestión: le habían sido enviados los papeles para que se presentara al servicio militar a mediados de septiembre y no había dado señales de vida. Su tía les dijo que había abandonado bruscamente la casa sin informarla del lugar al que se había trasladado.

Así pues, el nombre de Cliff Morton figuraba también en la lista de desaparecidos preparada por la policía. La edad era la adecuada y, por otra parte, existía una conexión entre él y Gifford Farm. También había participado en la recolección de manzanas pero, como había sido durante muy breve tiempo, George Lockwood no había facilitado su nombre a la policía, descuido que con el tiempo lamentaría.

Los detectives hicieron una visita a un dentista de Frome que les facilitó la ficha dental de Morton. En enero de 1941 se había hecho dos empastes en dos muelas adyacentes del maxilar superior que correspondían exactamente con los dos empastes del cráneo.

Como prueba final de identificación, el doctor Atcliffe fotografió el cráneo y superpuso el negativo sobre una ampliación de una instantánea de Morton, proporcionada por su tía. En caso de que la criminología no sea su afición preferida, no sabrá que se trata de un método del que fue pionero el profesor Glaister, quien lo aplicó en el caso Ruxton en 1935. La coincidencia resultó total. Estaba fuera de toda duda razonable que Cliff Morton era la víctima del asesinato.

La policía compareció en Gifford Farm con varias furgonetas e inició una búsqueda exhaustiva que se prolongó durante nueve días. Fueron registrados minuciosamente todos los edificios, escudriñados los pozos de ensillaje y desmantelados los almiaros.

Si siente usted lástima por George Lockwood, le diré que no estaba en casa y que, por consiguiente, no vio cómo su granja era objeto de aquel escrutinio; se encontraba en la comisaría de Frome, con el inspector Judd, «ayudando a la policía en sus pesquisas». Era un hecho evidente que aquel hombre estaba en situación de ayudarla mejor que nadie, puesto que no le faltaban motivaciones ni oportunidades. Las motivaciones se reducían a un deseo de

venganza por el suicidio de su hija, ya que estaba convencido de que Cliff Morton había dejado embarazada a Barbara y no le importaba que la policía lo supiera. Y en lo concerniente a las oportunidades, se sabía de Morton que había estado rondando por los alrededores de la granja hacia finales de noviembre. Por consiguiente, ¿qué otra persona habría podido disparar contra él, despedazarlo y meter su cabeza en un tonel de sidra Lockwood si no el propio George Lockwood?

Lockwood admitió que había expulsado a Morton de sus tierras en septiembre después de haberlo encontrado «molestando» a Barbara, y le echaba a él la culpa del embarazo y suicidio de Barbara. Había cometido el estúpido descuido de no comunicar a la policía que Morton había trabajado para él, pero negaba de plano haberlo asesinado y negó incluso poseer una pistola.

Pese a lo concienzudo del registro, en Gifford Farm no se encontraron otras huellas ni se descubrió tampoco el arma del crimen.

Con todo, la pesquisa no fue en vano. Después de retiradas las balas de paja del desván, situado sobre el granero más pequeño, un policía más diligente que los demás localizó un objeto incrustado en una de las vigas: una bala.

Se reclamó la presencia del doctor Atcliffe en Gifford Farm, quien pasó el resto de aquel día y el siguiente solo en el desván, mientras Judd se paseaba de un lado a otro de la era como un gallo desposeído de su primacía. Cuando, por fin, apareció Atcliffe, confirmó solemnemente que allí dentro se había disparado un tiro. La patología forense es una rama de la ciencia sumamente cautelosa, pero yo sospecho sinceramente que ha embaucado a más de uno. Judd se salió de sus casillas y Atcliffe aguardó a que se hubiera apaciguado para anunciarle su segundo descubrimiento: manchas de sangre en las tablas de madera que formaban el pavimento del desván. Las manchas no eran recientes y tampoco podía afirmarse que fueran de origen humano, pero su forma, por lo que él podía juzgar, indicaba que la víctima había permanecido un cierto tiempo con la herida en contacto con el suelo.

Judd volvía a ser todo sonrisas. Atcliffe también le correspondió de la misma manera al decirle que no estaba en condiciones de identificar la bala. Después de fotografiarla *in situ*, había aserrado

una parte de la viga y se había llevado el fragmento para someterlo a inspección.

El día siguiente por la tarde informó por teléfono del resultado preliminar. La sangre era humana, pertenecía al grupo O, común a la mitad aproximadamente de la población, y él había identificado la bala catalogándola como correspondiente al calibre 45, es decir, las usadas por el ejército americano, y dijo que probablemente había sido disparada por una pistola automática.

La bala volvió a situar la investigación en su punto de origen. George Lockwood volvió a ser objeto de interrogatorio una hora más, después de la cual fue dejado en libertad para volver a su casa y reconstruir sus almiare. Las sospechas se habían desplazado a Duke. También él tenía motivaciones plausibles. Se había estado viendo con Barbara. Era un secreto a voces que la chica se escabullía por las noches para encontrarse con él. Y Duke sabía que Morton también iba tras ella.

Por otra parte, Duke había tenido oportunidades; había estado en la granja en las fechas críticas y se había averiguado que llevaba un arma, una pistola automática del 45 de las prescritas para uso militar.

El inspector Judd odiaba a los soldados americanos. Si piensa que el comentario no se ciñe a la verdad, le recomiendo que lea sus memorias. A juzgar por lo que dice en ellas, ellos habían destruido nuestra cultura y seducido a nuestras mujeres. En cambio, no dice nada acerca de que habían luchado en una guerra que era nuestra guerra.

El hecho es que el hombre dio noticia a la base americana de sus sospechas y los americanos coincidieron con él en que era un caso que estaba por aclarar. Comunicaron a Judd que Duke y Harry estaban «en un lugar de Europa» y que invitarlos a volver para ser sometidos a un interrogatorio cuando se encontraban en plena invasión era, prácticamente, imposible. El Departamento de Investigación Criminal del Ejército Americano se ocuparía del asunto a la primera oportunidad. No es que se lo sacaran de encima, pero el Parlamento tenía ya establecido su procedimiento judicial en la ley de 1942 referente a las Fuerzas Visitantes Norteamericanas.

Es evidente que Judd debió de sentirse decepcionado; no podía

hacer otra cosa que esperar a que la guerra terminase. Por tanto, volvió a Gifford Farm y redobló la búsqueda, dispuesto a encontrar el arma homicida y el resto del cuerpo. Los almiarres volvieron a ser derribados y el silo aireado. Nada subió a la superficie.

Estoy firmemente convencido de que la única razón que impulsó al inspector Judd a interrogarme fue la lentitud con que pasaba el tiempo.

Ya estábamos en 1945. Cuando el policía llamó a la puerta de mi casa yo hacía más de un año que estaba de vuelta en Londres. Había vuelto a tiempo para enterarme de la existencia de las bombas voladoras de Hitler. En la calle donde vivíamos, una había matado a seis personas. Después de aquello, Gifford Farm se me antojaba otro mundo. Hacía tiempo que había dejado de llorar por Barbara, porque nuestra mente tiene maneras propias de digerir las penas. Con todo, a veces me preguntaba qué habría sido de Duke. Las cosas, al final, se habían sucedido con gran celeridad y no había tenido tiempo de despedirme de él. Ni siquiera sabía cómo podía haberle afectado la noticia del suicidio de Barbara. Me hubiera gustado tener la oportunidad de hablar con él.

Como ya he dicho, vino un policía. Era la hora de comer y yo acababa de llegar de la escuela. Cuando, a través del cristal opalino, vislumbré la forma del casco, me precipité a abrir la puerta, acordándome de que también había sido un policía el que, en 1940, había llamado a la puerta de nuestra casa para decirnos que mi padre había muerto en Dunquerque. Aunque no sabía qué muerte podía venir a anunciarnos ahora, no quería que mamá volviera a desmayarse.

En lugar de pasarme la tarde haciendo divisiones y dedicándome al estudio de la naturaleza con el grupo 5 y con la señora Coombs, la pasé en la comisaría de policía. El inspector Judd me estuvo interrogando largo tiempo, advirtiéndome desde el primer momento que, aunque fuera una mujer policía la que tomaría notas taquigráficas, el que de verdad me estaría escuchando sería Dios.

Lo que mejor recuerdo de Judd son sus cejas hirsutas de color castaño. Eran unas cejas constantemente enarcadas, a veces al mismo tiempo, a veces independientemente. Seguramente le dije algunas cosas que le resultaron sorprendentes.

La mayoría de sus preguntas hacían referencia a Duke y a

Barbara, acerca de quienes hube de contarle todo lo que acabo de decirle a usted. No tenía motivos para esconder nada. El hombre no me había hablado para nada del asesinato ni tampoco me había dicho que sus sospechas se hubiesen centrado en Duke, por lo que yo me figuraba que el interrogatorio estaba provocado por el suicidio de Barbara. Al terminar me recordó que Dios tenía reservados terribles castigos para aquellos niños que no respetaban los Mandamientos y me preguntó si todo cuanto le había dicho era verdad. Lo era.

Fueron pasando los meses. Las bombas teledirigidas dejaron de visitarnos y se empezó a hablar de que el final de la guerra estaba próximo. Todos los alumnos de la escuela habían regresado de Somerset. En el tablón de anuncios había un mapa de Europa a todo color, editado por el *Daily Telegraph*, en el que el señor Lillicrap sombreaba metódicamente los territorios que iban siendo conquistados por los aliados. El día en que anunció a toda la escuela, reunida en asamblea, que el general Patton y el tercer ejército de los Estados Unidos habían llegado al Rin, tuve la intuición de que entre los soldados estaba Duke.

Una mañana del último mes de la guerra, mi madre me dijo que me pusiera el traje de franela gris porque íbamos a Londres. No dijo nada más, por lo que me figuré que íbamos al palacio de Buckingham para vitorear al rey y a la reina porque era el Día de la Victoria. Sin embargo, nos dirigimos a Lincoln's

Inn. Allí fui conducido a un despacho, donde estaba sentado el inspector Judd, departiendo con dos oficiales del ejército americano y un hombre con túnica negra y peluca. Para mí supuso un terrible desencanto. Se pasaron el resto del día insistiendo sobre las mismas cuestiones de las que nos habíamos ocupado en mi anterior conversación con Judd. Antes de despedirnos, me dijeron que posiblemente me pedirían que compareciese ante los tribunales al cabo de muy poco tiempo, pero que no me preocupase en absoluto, siempre que estuviese dispuesto a decir la verdad.

Durante el viaje de regreso a casa dispusimos de un compartimento de tren exclusivamente para nosotros. En respuesta a mis persistentes preguntas, mi madre acabó por confesarme que Cliff Morton había sido asesinado de manera horrible en Somerset y

que Duke había sido acusado de dicho asesinato. Los americanos lo habían localizado en Magdeburgo y lo habían conducido nuevamente a Inglaterra, donde había sido sometido a interrogatorio por la policía británica y entregado a la justicia inglesa.

Quedé tan impresionado que no pude articular palabra.

Ya le he hablado antes de mi comparecencia a juicio, donde hice una declaración no jurada. El recuerdo de los hechos todavía sigue perturbando mis días. Hice mi declaración y respondí a las preguntas del juez y esto fue todo cuanto vi del Tribunal número uno de Old Bailey, puesto que inmediatamente después fui acompañado por un ujier y tan solo tuve un atisbo fugaz de Duke, sentado en el banquillo de los acusados. ¡Ojalá que no lo hubiera visto! Su cara era la del hombre que ha escuchado su sentencia.

Supé después por los periódicos que fue llamado por la defensa al estrado de los testigos y que causó muy mala impresión, antes incluso de que el riscal se ocupase de él. Se mostró confuso con respecto a las fechas y negó estúpidamente toda relación con Barbara, alegando que únicamente había salido con ella el día del espectáculo del Día de Colón, que había pedido permiso para que ella lo acompañase y que, si la había invitado, había sido para formar dos parejas. Admitió también que el Día de Acción de Gracias (fecha del asesinato, según el proceso), fue a la granja con intención de invitar a Barbara a una fiesta, si bien insistió que lo había hecho para complacer a su amigo Harry y que la idea había partido de este.

En lo que respecta a la violación, Duke admitió igualmente que me había encontrado en la era y que por mí había sabido que Barbara estaba siendo objeto de agresión por parte de Morton. Declaró que se había acercado al granero para escuchar y que había llegado a la conclusión de que, fuera lo que fuere lo que hubiese podido ocurrir allí dentro, el hecho había terminado y que, puesto que no había oído sollozos ni gritos de dolor, había decidido no intervenir. Insistió porfiadamente en que entre él y Barbara no existía ninguna relación de tipo romántico y, de hecho, dio la impresión de estar más preocupado por su reputación como hombre casado que por la acusación de asesinato, dirigiéndose en más de una ocasión con gritos de indignación a su propio consejo de

defensa. Aquella actitud no cayó nada bien.

El tribunal no tuvo en consideración su estado mental después de diez u once meses de combatir en Francia y Alemania. Es más, convirtieron este hecho en un punto favorable para el demandante, al hacerle admitir, a través de una pregunta monstruosamente indigna, que para él tenía más valor cualquiera de los soldados alemanes que había matado en combate que Cliff Morton. Pese a que la defensa puso objeciones, aquella nefasta declaración había sido pronunciada. Me temo que para el jurado no era más que un hombre duro que presentaba una historia poco convincente.

Y aquí callé, porque Alice se sentía profundamente ofendida y no quería seguir escuchando la exposición de los hechos. Se sentía incapaz de pasar revista a aquel juicio con mirada imparcial.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, clavando en mí sus ojos a través de los cristales de las gafas, como si yo pudiera tener algún tipo de influencia sobre los acontecimientos—. Si mi padre era culpable, según dictaminó el tribunal, no fue un hombre duro. Mató a un hombre que estaba violando a una muchacha inocente. Di que se dejó llevar por un arrebató, si quieres; no que era un hombre duro. Si la justicia británica lo colgó por eso, cometió un acto de justicia inicua.

Quise demostrarle la lógica del veredicto.

—La cosa está en que Duke no quiso admitir que había matado a Morton. De haberlo hecho, seguramente habría despertado una cierta simpatía, aunque no habría alterado tampoco la sentencia. Su mayor esperanza, entonces, se habría apoyado en el Ministro de la Gobernación, el único que estaba facultado para conmutar la pena de muerte por cadena perpetua.

Entonces ella modificó su ofensiva:

—¿No existe acaso una figura llamada homicidio imprevisto, que califica el asesinato en condiciones de extrema provocación, cometido bajo la espuela de las circunstancias?

Lleno de cansancio (eran más de las dos de la madrugada), pasé a explicar la tesis del fiscal:

—Se arguyó que entre Duke y Barbara existían unos sentimientos de tipo romántico muy intensos. Que cuando él se enteró por mí de que la muchacha estaba siendo objeto de agresión, se dirigió precipitadamente al granero. Según él mismo había

admitido, no subió al desván, sino que simplemente escuchó y decidió que el ataque había terminado. Después, según el fiscal, tomó la decisión de volver a la granja y de coger el arma del mueble donde estaba guardada. En consecuencia, hubo premeditación. Aquel retraso había descartado por completo el homicidio impremeditado.

—¿Homicidio justificable? —preguntó ella.

—¡Ni un segundo más! —respondí sin más contemplaciones.

Había sobrepasado los límites de mi paciencia y le dije que no siguiera insistiendo y que se fuera a la cama. Yo había cumplido mi promesa y le había contado punto por punto todo lo ocurrido; por supuesto, no me sentía en disposición de pasarme la noche entera discutiendo sobre el caso.

Extraordinariamente a contrapelo, con un montón de «peros» y de «acazos», por fin se dejó convencer y subió escaleras arriba, ella y saco de dormir.

Yo me quedé para fumarme un cigarrillo, recogí después unos almohadones y finalmente me fui con ellos al cuarto de los invitados.

8

MIS PENSAMIENTOS estaban demasiado revueltos para que me permitieran conciliar el sueño. Estuve como mínimo un par de horas dando inútiles vueltas alrededor de cosas que ya nunca podrían modificarse. Y cuando, por fin, quedé adormilado, el sueño fue cualquier cosa menos reparador. Volví a ser un niño perseguido por sus demonios familiares; el señor Lillicrap, con su casco de acero negro y su pito, la señora Lockwood, empuñando la zapatilla y mascullando amenazas que yo no podía entender, mientras que, en un Wolseley negro, el inspector Judd, con un megáfono, hacía un sermón acerca del precio del pecado. Cualquiera que fuese el camino que emprendiese, cualquiera que fuese la esquina que doblase, siempre iba a parar al Old Bailey y siempre encontraba aquel personaje que no podía faltar en ninguna de mis pesadillas: el juez, inclinado sobre mí como una gárgola.

Debí de sumirme en un profundo sueño, porque a eso de las nueve y veinte me despertó el zumbido de mi Kenwood Chef, procedente de abajo. Mi invitada estaba preparando el desayuno. Aunque había decidido que la despediría a las nueve, al percibir el aroma del tocino frito, decidí condescender y admitir un buen desayuno, aplazando el hecho para las diez y media.

Al asomar la cabeza por la puerta de la cocina, encontré a Alice preparando una torta. Vestía tejanos y un jersey e iba peinada con su trenza.

—¡Hola! ¿Te apetecería un poco de jarabe de arce? —me espetó.

—¿Con el tocino? —pregunté con cara de asco.

—Sí, y con las tortas. Encaja perfectamente.

—Creo que está en la puerta del frigorífico. ¿Tengo tiempo de afeitarme?

—Todo el tiempo del mundo, siempre que accedas a comer mis tortas con tocino.

En menos que canta un gallo pasé a convertirme en entusiasta del desayuno americano. Entre los dos nos despachamos un paquete de tocino ahumado, cinco tortas, lo que quedaba de jarabe de arce y cuatro tazones de café. Alice tenía un aspecto pimpante. Le comenté que era evidente que había descansado como una reina y me contestó que había tomado una pastilla para dormir. Se había levantado a las siete de la mañana. No podía imaginar qué había estado haciendo. Habían llegado los periódicos del domingo, pero no los había abierto; allí estaban, todavía doblados, junto a su plato.

—¿Cómo has pasado el tiempo? —pregunté ingenuamente.

—Revolviendo cosas.

Vacilé un momento, desorientado por la naturalidad con que lo había dicho. Nuevamente sentía bullir en mí la indignación.

—¿Hablas en serio?

—¡Y tan en serio!

—¿Así es cómo te comportas cuando alguien te invita a quedarte en su casa?

—No, pero este es un caso especial.

Su peculiar manera de hablar por un lado me indignaba, pero por el otro me ponía en guardia. Me sentía a punto de estallar, pero necesitaba conocer más detalles. Con toda la naturalidad de la que fui capaz, dije:

—¿Y has encontrado alguna cosa de interés?

Ella hacía como que estaba leyendo los titulares del periódico y, sin levantar la cabeza, dijo:

—Dos libros sobre el asesinato de Gifford Farm, escondidos en el cajón de tu escritorio.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que podía haberlos puesto allí para ahorrarte sufrimientos?

Levantó la cabeza y me miró con viveza:

—Valórame un poco, ¿quieres? ¿Por quién me tomas? ¿Por una de esas mujeres hipocondríacas que aparecen en las novelas de Jane

Austen, que siempre están temiendo verse atacadas por fuerzas quiméricas?

—No, pero tampoco te había tomado por una fisgona —le contesté con frialdad.

Ella hizo como si no me hubiera oído.

—También he encontrado otra cosa —dijo.

Y levantó el periódico; debajo había una pistola. Una pistola automática.

Me quedé helado.

Empuñándola, me apuntó con ella, al tiempo que la sostenía firmemente con ambas manos.

—¿Qué significa esto, por el amor de Dios? —dije.

—Mejor dímelo tú, Theo —respondió ella con sarcástica lentitud—. Me parece que se trata de una pistola de las usadas por el ejército, fabricada en los Estados Unidos. Tengo el extraño presentimiento de que se trata de la pistola de mi padre, el arma del crimen.

Aspiré profundamente. Había estado hurgando por toda la casa, igual que un perro policía, puesto que yo tenía guardada aquel arma en una caja metálica en la parte inferior de un archivador.

Hablando con el mismo tono de voz empleado para opinar sobre tortas y jarabe de arce, le dije:

—Estás en lo cierto en lo que a la pistola se refiere. ¿Quieres volverla a dejar en la caja?

Pero ella seguía apuntándome con decisión y sin articular palabra.

—Alice —dije entonces con más decisión—, lo que estás haciendo no solo es una memez sino que, además, es peligroso.

Pero su mirada pareció no afectarse en absoluto.

Quizá habría debido recoger su baladronada e invitarla a disparar. Existía la posibilidad de que el arma no estuviera cargada, porque yo la había guardado junto con el cargador y las balas, pero había que introducirlas en la culata hueca. Aparte de que, si me mataba, se vería envuelta en líos, lo cual no era precisamente lo más prudente para ella.

¿Habría usted corrido ese riesgo?

Pues ya somos dos.

En lugar de eso, le hice una proposición:

—Baja el arma y te lo explicaré todo.

Pero ella apretó el gatillo.

Basándose en lo cual, el lector, dotado de mente lógica, llegará a dos conclusiones: el arma no estaba cargada y a Alice le tenía sin cuidado que yo me mease en el pijama.

No lo estaba ni yo hice tal cosa. Pero no fue gracias a ella. No me siento particularmente orgulloso del vocabulario de que me serví en aquella ocasión.

Alice bajó lentamente el arma y la dejó sobre la mesa. Volvió a recuperar su voz. Sus palabras, pronunciadas en tono amenazador, recordaban las que suelen oírse en las películas de gánsters:

—Métetelo en la cabeza, Theo, ha llegado la hora de quitarse la careta. Desembucha la historia completa.

Aquel era un momento significativo de nuestra asociación. La amenaza del arma había desaparecido, sustituida ahora por la fuerza de la personalidad. Yo estaba en mi perfecto derecho de sentirme ofendido por la manera en que había abusado de mi hospitalidad, y lo lógico habría sido echarla a cajas destempladas. Pero no lo hice. No podía decir que me sintiera intimidado. Aquella agresión a lo duro era absolutamente risible. El hecho de que yo me dominase obedecía a que, ahora que había encontrado el arma, yo tenía interés en que conociera la verdad acerca de ella. Me importaba sobremanera que conociese toda la historia.

Pero, antes quise advertirla:

—Para entenderlo, es preciso que pienses como un niño de nueve años. Anoche te conté lo de la violación de Barbara por parte de Cliff Morton, cómo la vi y cómo salí corriendo del granero para precipitarme sobre Duke. Recordarás que dije que Duke se fue como un rayo al granero. Entretanto, yo entré corriendo en la casa y, entre sollozos, conté lo que estaba sucediendo a la señora Lockwood y a Sally Shoesmith. Esta fue toda mi parte activa en lo ocurrido.

—¿Te quedaste en la casa?

—Sí, con Sally. Estaba traumatizado y asustado.

—¿Oíste algún disparo?

—Habría sido imposible. El molino de la sidra seguía funcionando con enorme estrépito. Pasados unos momentos, la puerta se abrió de golpe y por ella entraron en la cocina la señora Lockwood y Barbara, esta deshecha en llanto, según ya te he dicho.

Al poco rato, Sally salió a la era y yo subí a mi cuarto, donde permanecí todo el resto del día. A través de la pared pude oír llorar a Barbara, cosa para mí sumamente penosa. Recuerdo que deseaba que apareciera Duke para que la consolara y que, cuando quise contemplar la era a través de la ventana, vi que el *jeep* había desaparecido.

—¿Se había ido? ¿Qué hora era? —preguntó Alice.

—No sabría decirte. En cualquier caso, todavía no había anochecido. Yo estaba desolado. La señora Lockwood me trajo, más tarde, la cena en una bandeja. Me costó mucho dormirme con aquella escena de violencia grabada en mi mente y oyendo llorar a Barbara. No sabría decir cuánto tiempo permanecí despierto. Por fin debí de dormirme, porque recuerdo haberme despertado muy temprano, presa del pánico. Me había acordado de una cosa muy importante: del regalo que Duke me había hecho.

—¿El muñeco de madera?

—Sabía dónde lo había dejado. Lo tenía en las manos cuando había entrado en el granero. Lo había dejado sobre una de las balas de heno al encaramarme al desván. Era tal el sobresalto que había tenido que, al salir, lo había dejado olvidado. La sensación de desposeimiento que me invadió era intensísima. Duke lo había hecho especialmente para mí.

—No hace falta que me des más detalles —dijo Alice en un hilo de voz—. Sé perfectamente cómo te sentías.

Acababa de tocar una de sus fibras sensibles.

—Tenía que recuperar aquel objeto... y, además, en seguida —proseguí—. La imaginación de un niño prevé toda suerte de calamidades. Tenía miedo de la oscuridad, pero sabía que los Lockwood se despertaban siempre a las cinco y media, así es que debía hacer acopio de todo mi valor. Me deslicé fuera de la cama y me lancé escaleras abajo. Detrás de la puerta de la casa encontré una linterna, cosa que me quitó un peso de encima. Aún así, el trayecto hasta el granero era de lo más tétrico, sobre todo después del sobresalto del día anterior. Ya dentro, oí crujidos y carrerillas furtivas. Supongo que se trataba de ratones. No era para irse de allí sin lo que había ido a buscar, así que empecé a revolverlo todo y acabé encontrándolo. Pero, antes, mi mano se posó sobre otra cosa.

Los ojos de Alice se dirigieron al arma.

Asentí con la cabeza.

—Estaba entre dos gavillas, lugar donde había caído, desapareciendo de la vista. Como era lógico, llegué a la conclusión de que alguien la había llevado allí y se le había perdido. Debes tener presente que yo no sabía nada acerca de que Morton hubiera sido asesinado. Aquí es donde es imprescindible que te pongas en el sitio de un niño de nueve años. Aquel arma pertenecía a Duke. Yo la había encontrado y quería devolvérsela personalmente, para que aquel hombre, que yo idolatraba, tuviera algo que agradecerme. ¿Comprendes? Por consiguiente, la deslicé dentro de mi camisa y, a los pocos minutos, localicé mi precioso muñeco. Estaba de suerte. Volví a mi cuarto sin ser visto.

—¿Y te quedaste con la pistola?

—No era esa mi intención. Durante todo el resto del tiempo la tuve escondida en el cajón inferior de la cómoda de mi habitación. A la hora de desayunar, pregunté si aquel día vendría Duke. La respuesta de la señora Lockwood fue como una bomba: dijo que no era probable que lo volviéramos a ver. Lo dijo con tal seguridad, que yo la creí.

—¿Te dio alguna razón? —preguntó Alice.

—No recuerdo que la diera. En aquellos tiempos la gente no se preocupaba demasiado de explicar las cosas a los niños. El hecho era que yo tenía el arma en mi cuarto y que no volvería a ver nunca más a Duke. En secreto, concebí la descabellada idea de llegar como fuera a la base americana de Shepton Mallet y de devolvérsela personalmente.

La chica suavizó el rictus de su boca con la sombra de una sonrisa.

—Dudo que hubiera apreciado el gesto.

—No se me había ocurrido que podía haberla robado de la armería —dije, encogiéndome de hombros.

—Hubieras podido volver a dejarla en el cajón del mueble de la entrada —apuntó Alice, y añadió, como pensando en voz alta—, pero supongo que el gesto no te habría reportado aquel agradecimiento que andabas buscando.

—Cierto. Y por otra parte no quería que los Lockwood se quedaran con ella, en caso de que no pudiera llegar a su destino. Pero los acontecimientos me cogieron desprevenido. La tragedia

que supuso el suicidio de Barbara tuvo, para mí, consecuencias inesperadas. El señor Lillicrap vino de Frome en un taxi para recogerme y tuve que coger tan precipitadamente mis cosas que por poco me dejó olvidada el arma. En el último minuto la cogí de la cómoda, la envolví en una camisa y la sepulté en el fondo de mi maleta.

Después le mostré mis manos extendidas, como invitando a Alice a imaginar el resto. Creía haber disipado algunas de sus sospechas más tenaces.

Pese a todo, la chica seguía con el rostro enfurruñado.

—¿Qué ocurrió cuando, pasado un año, se presentó la policía en tu casa de Londres para interrogarte? ¿No les hablaste del arma?

—No me preguntaron nada al respecto.

—Seguro que llegó un momento en que te percataste de la importancia que tenía.

—Sí.

—¿Tenías miedo de hablar?

—Por supuesto que sí —admití—. Pero no era esta la razón. Quería que Duke resultara absuelto, pese a considerarlo culpable. No iba a presentar el arma del crimen al tribunal...

—Así que te quedaste con ella...

—En mi cuarto había una tabla del maderamen del pavimento que estaba suelta. Allí la metí, junto con *No hay orquídeas para Miss Blandish* y unos cuantos secretos más de mi etapa preadolescente.

Alice, clavando los ojos en el arma, me preguntó con aire pensativo:

—¿Estás seguro de que esta es el arma del crimen?

—Fue la única pistola automática militar calibre 45, perteneciente al ejército de los Estados Unidos, encontrada en el lugar del crimen.

El sarcasmo pasó rozándole, pero sin afectarla.

—¿Estaba cargada cuando la encontraste?

—Permaneció cargada hasta que me la llevé a casa y supe qué había que hacer para descargarla. En la recámara había cinco balas, del mismo tipo de la disparada en el granero.

—Las he visto en la caja —dijo ella.

—No hay nada más que decir —dije con aire terminante, levantándome de la mesa—. No puedo añadir nada más.

Estaba plenamente decidido a enseñarle dónde estaba la puerta. Aquella incursión en mis recuerdos, prácticamente dormidos, había constituido una penosa actividad. Lo que yo ahora deseaba era que mi mente volviese al presente, que se trasladase al escenario de un domingo tranquilo; los periódicos, un paseo hasta el bar para tomar un par de cervezas a la hora de comer, tal vez más tarde una lectura más seria. Había que preparar las clases de la próxima semana y era muy probable que, a última hora, acabase telefoneando a Val, cuando hubiese terminado su jornada de trabajo, para tratar de apaciguar aquellos malos vientos que se habían desatado entre nosotros.

Pero Alice permaneció en su puesto, al tiempo que, con el dedo, trazaba un círculo alrededor del arma. No sé por qué me había figurado que iba a ser fácil sacármela de encima.

Anduve cojeando de un lado a otro de la cocina, ordenando las cosas, reflexionando acerca de la mejor forma de indicarle la puerta de salida. Me daba en la nariz que, aun arrancándola de la silla y sacándola de la cocina a rastras, agarrada por la trenza, no habría captado la indirecta.

—¿Quieres que te lleve a la estación? —le pregunté.

No recuerdo qué respondió, si es que respondió alguna cosa, porque me distrajo algo que acababa de ver a través de la ventana: un Ford Anglia rojo que iba avanzando lentamente prado arriba y que se detuvo delante mismo de la puerta de mi casa. Dentro de él había dos hombres que asomaban la cabeza por la ventana con un cierto titubeo, como si estuviesen comprobando la dirección. Después se abrió la puerta del conductor y salió por ella la figura de un hombre corpulento vestido con un impermeable azul y un sombrero de fieltro de los que se adornan con una pluma a un lado. El hombre observó la casa y, como obedeciendo a una decisión, se dirigió resueltamente a la puerta de entrada.

La idea de pasar un domingo tranquilo había hecho aguas definitivamente.

9

VISTO DE CERCA, todavía era más corpulento. Los rasgos de su rostro quedaban desdibujados por los pliegues formados por las ronchas de carne. Por cejas, mechones de pelos descoloridos. Y, como es frecuente en los hombres gordos, la voz constituía el factor compensador, porque era tan dulce como un pastel de boda, sonora y llena de confianza, con una leve sombra de mofa que parecía dirigida contra su propia persona.

—¡Qué sitio tan sano para vivir en él, señor mío!

Y, acompañando estas palabras, la súbita revelación de una calvicie debajo del sombrero.

—Soy Digby Watmore, del *News on Sunday* y, avanzándome a lo que usted pueda decir, no estoy sorprendido de que usted no haya leído nunca tan ofensivo periodicucho.

—Supongo que se equivoca —dije, al tiempo que negaba con la cabeza.

Las arrugas de su rostro formaban un dibujo que revelaba una preocupación, en realidad excesiva.

—Errores a porrillo, señor, soy el primero en admitirlo, aunque achacables más a los tipógrafos que a los reporteros. Me tortura pensar cómo mutilan mis creaciones y eso que yo hablo como un hombre capaz de diarrea verbal sin ayuda de diccionario.

Con aire solemne, esperó a que yo reaccionara, sus ojos diminutos y opacos fijos en los míos.

—Hágame un favor, ¿quiere? Pruebe otra cosa —dije, tratando

de mostrarme tolerante.

No se inmutó y, mirando más allá de mi persona, volvió a levantar el sombrero.

—¡Qué oportuna! La atractiva señorita Ashenfelter de Waterbury, Connecticut. Dígame, encanto, ¿es él?

—El mismo —confirmó Alice avanzando un paso y deslizando la mano en mi brazo—. Por fin he conseguido localizarlo.

Digby Watmore, después de felicitarla cordialmente, dejó resbalar su mirada sobre mí de manera apreciativa.

—¡Vaya! El refugiado convertido en un hombre. ¡Encantador! ¡Una historia de gran interés humano!

Habiendo conseguido desasirme de la mano de Alice, dije con firmeza:

—Por lo que a mí respecta, aquí no hay historia de ningún tipo. Ignoro quién ha preparado todo esto, pero quiero que ahora mismo saque los pies de esta casa.

Con aire conciliador, levantó una mano.

—¡Tranquilo, amigo! La dirección de su casa no figurará para nada. Ni siquiera necesito que haga ninguna declaración...

—Tampoco la obtendría.

—Lo único que quiero es una foto suya de medio cuerpo, al lado de *Miss Ashenfelter*. Mi fotógrafo está esperando en el coche.

—¡Lárguese!

Pero el hombre, como si no hubiera oído nada, no se movió de su sitio.

Entonces intervino Alice:

—Digby, ¿le importa si tengo unas palabritas en privado con el doctor Sinclair?

El hombre dio un cabezazo.

—Me da la impresión de que sería lo más oportuno. Entretanto, hablaré con el fotógrafo.

Y dando una amplia vuelta, se retiró.

Así que se cerró la puerta, Alice me espetó:

—¡De acuerdo! Merezco unos buenos azotes en el trasero.

Nuevamente en la cocina, se quedó ante mí, tirándose nerviosamente del borde del jersey.

—Theo, tienes que perdonarme. Me había quedado tan absorta en todas las cosas que me has contado, que me olvidé

completamente de Digby. Pero te aseguro que tenía intención de contártelo todo.

Yo, sin miramiento ninguno, contesté:

—No te preocupes. Límitate a coger tus cosas, a meterte en su coche y a decirle que te lleve a donde sea. ¡Ahora!

La chica se ruborizó:

—¡No! —contestó.

Era como estar hablando con una niña de doce años emperrada en algo, salvo que esta sabía que yo no podía imponer mi voluntad.

Mientras yo continuaba mudo a su lado, con la tensión sanguínea al máximo, la chica añadió:

—Escucha, Leo, me imagino que no te figuras por qué yo he llegado a Inglaterra y que así, por las buenas, sin ayuda de nadie, te he localizado, ¿verdad? El primer sitio al que fui fue el periódico del que procedían los recortes que yo tenía en mi poder. Aquella gente me ayudó muchísimo. Te localizó en la universidad de Reading y, además, me dieron una carta de presentación para Digby. Es uno de sus colaboradores locales. Trabaja por su cuenta y de vez en cuando les envía una historia para que la publiquen.

—¡Un tipo increíblemente simpático! —dije imitando la manera de hablar de Alice—. Un inglés maravilloso y excéntrico que lo único que quiere es una fotografía. ¿No has leído nunca el periodicucho ese? Solo se ocupa de cuestiones de sexo y de violencia. Tu compinche, ese Digby, se ha olido un posible notición y, aunque se trata de cosas muy viejas, ya se ocupará él de sacarles el polvo y de darles un aire de nuevas. *Las pesquisas de la hija de un soldado asesino*. «Yo vi la violación de Hayloft», dice un profesor de universidad. Es para eso que viniste a Inglaterra, ¿verdad?

Alice se desquitó con su dardo de sarcasmo:

—¿Dónde querías que acudiera a pedir ayuda? ¿Al Times?

—Márchate, ¿quieres? Tengo trabajo.

Recogí los platos de la mesa y los dejé en el fregadero.

Hubo un largo silencio.

—¿Es esto de verdad lo que quieres? —me dijo con voz neutra.

Y a continuación se fue a la sala de estar mientras yo permanecía en la cocina, ocupado con los platos.

Al cabo de un momento volvía a aparecer, ahora con la mochila en la espalda, inmensa comparada con su esbelto cuerpo. Si está

usted pensando que en mis pensamientos había una sombra de preocupación, está en lo cierto: no veía cómo podía caber en el coche de Digby.

—Siento mucho haberte molestado pero, de todos modos, muchas gracias por todo. Conozco la salida —me dijo.

Yo asentí con la cabeza, sin añadir nada más. Ya había dicho bastante.

Digamos, lo admito, que dentro de mí había como un resabio de algo —llámele remordimiento, pesar, no sé exactamente qué— mientras la contemplaba a través de la ventana. Después de todo, aquella figurilla cargada como una mula, que ahora salía, con aire resuelto, de mi vida, era la hija de Duke. Y Duke me había ayudado en una etapa que había sido la más difícil de mi vida. El hecho de que hubiera matado a un hombre, no desmerecía en absoluto la amabilidad que me había demostrado. De una manera natural, había llenado el hueco que deja en la vida de un niño la muerte de un padre, y yo le había querido con la apasionada fidelidad de un verdadero hijo. Cuando las pruebas aportadas por mí contribuyeron a que se pronunciara su condena, los remordimientos me habían torturado. Y ahora aquí estaba yo, echando fríamente a su hija de mi casa, al cabo de veinte años.

Me volví de espaldas, porque no quería seguir mirando, y me dejé caer en mi butaca. Cogí los periódicos del domingo. Y, al hacerlo, oí el chasquido de la puerta del jardín al cerrarse.

Pese a que tenía *The Observer* desplegado ante mis ojos y ya estaba recorriendo la primera página, en realidad no leía una sola palabra, porque había algo que me perturbaba, algo que no era precisamente la tranquilidad de mi conciencia. Había dejado de hacer alguna cosa. Algo había quedado pendiente. ¿No había terminado de lavar los platos del desayuno? Dejé a un lado el periódico y clavé los ojos en la mesa de la cocina, reluciente y totalmente despejada.

De pronto me acordé de aquello que debía hacer: guardar la pistola. Sin embargo, no estaba allí.

Alice.

¡Maldita ladrona!

Agarré el bastón y, renqueando y dando saltos, volví a recorrer el pasadizo y abrí de golpe la puerta. Todavía estaba junto a la

entrada.

—¡Alice! —grité—. Te llevas algo que me pertenece.

La chica vaciló.

Volví a gritar su nombre y corrí tras ella. Vi que Digby abría ya la puerta del coche. ¿Acaso no le encantaría al *News on Sunday* tener una fotografía del arma homicida?

Alice había empezado a andar nuevamente sin dignarse siquiera a darse la vuelta. Estaba junto a la puerta de entrada y la tentaba como buscando el pestillo, que estaba colocado a nivel muy bajo. El peso de la mochila le impedía localizarlo.

Recorrí el tramo que me separaba de ella en seis pasos y, blandiendo el bastón como un palo de esquí, me puse a su lado y, con la mano libre, la agarré por el brazo.

Sin aliento, le grité:

—Devuélvemelo. No tienes ningún derecho a llevártelo.

La chica se volvió y me miró fríamente.

—¿Quién eres tú para hablar de derechos? Para empezar, no te pertenece.

—Te he regalado la talla. ¿No te basta? —dije.

—Esto es más —dijo Alice—. ¿De qué tienes miedo, Theo?

No contesté. Digby había bajado del Anglia y avanzaba hacia nosotros.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Hace falta un árbitro?

—Esto a usted no le importa —le advertí y, acto seguido, dirigiéndome a Alice, dije con firmeza—. ¿Quieres volver a entrar, por favor?

—¿Qué ha hecho la señorita? —preguntó Digby—. ¿Es que se va con la plata de la familia?

—¡Cállese ya, desgraciado!

Alice me estaba mirando con aire reflexivo.

—¿Quieres que hagamos un trato? —me preguntó.

Ya estaba casi a punto de volver a insultar a Digby con palabras equivalentes cuando lo pensé mejor. Ella había sido más lista que yo. Si le pasaba la pistola a Digby, el artículo que aparecería la semana próxima en el periódico se titularía: *Un niño guarda veinte años el secreto de un asesinato*. Ella tenía todos los triunfos. Estaba predestinado a aceptar su ofrecimiento.

Asentí con la cabeza y, también con la cabeza, le indiqué la casa.

Dejamos a Digby, de pie junto a la puerta de entrada, con la boca abierta.

Ya dentro, Alice descargó sus espaldas del peso de la mochila. Yo me adelanté para reclamarle el arma, pero ella, con un gesto, me obligó a hacerme atrás:

—No te acerques, Theo. Tengo refuerzos ahí fuera.

—¿Qué trato quieres hacer?

—Quiero que me lleves a Somerset y que me muestres la granja donde ocurrió todo.

Fruncí el ceño con aire incrédulo:

—¿Por qué?

—Supongo que ahora ya me conoces. Quiero saber qué ocurrió exactamente en aquel sitio.

—Anoche te lo conté todo.

Pero ella movió negativamente la cabeza.

—Theo, no me gustaría que me consideraras desagradecida, pero me resulta difícil admitir esa historia. De todos modos, no tengo nada personal contra ti.

—¿Y por qué te niegas a creer lo que te he contado?

—Hablemos del arma, por ejemplo, —dijo ella con un suspiro—. Has dicho que la encontraste en el granero.

—Exacto.

—Lo que quiere decir que el asesino la dejó allí después de cometer el asesinato, ¿no es así? De haber sido mi padre, ¿cómo iba a hacer una cosa tan estúpida como esta? ¿Para que se enterara todo el mundo? Tenía que saber por fuerza que un arma americana automática constituía una prueba vital. ¿No se la habría llevado y se habría deshecho de ella en cualquier otro sitio?

Moví negativamente la cabeza.

—Tenía miedo de que los demás la vieran. Pensaba volver más tarde, ¿comprendes? Tenía que hacer desaparecer el cuerpo y limpiar la sangre. Así que, de momento, hizo desaparecer el arma; la escondió entre dos balas de heno.

Alice hizo chasquear la lengua con aire incrédulo.

—Esto no me lo trago... pero dejemos el arma. Después no la fue a buscar, ¿verdad?

—Porque yo me adelanté.

—Y tú la guardaste en secreto. Esto también tengo que

tragármelo, ¿verdad?

—¡Gracias! —le dije con ironía.

Alice me contempló con aquella mirada penetrante que le era tan propia.

—Theo, ¿no se te ocurrió nunca pensar que, en realidad, no protegías a mi padre manteniendo la pistola escondida?

Volví a fruncir el entrecejo.

—Si la hubieras entregado —prosiguió—, habrían hecho las preguntas que yo acabo de hacer. Tal como estaban las cosas, dieron por sentado que se había deshecho del arma, como cuadraba al encallecido asesino en que ellos lo habían convertido.

Dentro de mi cabeza resonaban los latidos de mi corazón, que habían empezado a martillearla.

—Una idea inquietante, ¿verdad?

—Esta es otra manera de enfocar la situación —respondí con voz hueca—. No se me ocurrió entonces.

—Porque tú, como todos los demás, dabas por sentado que mi padre era culpable.

—Lo era.

Ella se limitó a mirarme sin añadir palabra.

Me había pedido algo: un viaje quijotesco a Somerset para demostrar la inocencia de su padre. Habría tenido que descubrirlo en sus ojos la primera vez que mentó a su padre. En mi opinión, era un error, algo que causaría en los dos un innecesario pesar, pero me sentía acorralado. Sabía que no podría hacerla desistir de su propósito. Lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias, era prever unas cuantas garantías en aquel contrato.

—Si accedo, que sea entre tú y yo —la previne—, es decir, un viaje privado, sin periodistas, ¿entendido?

—A Digby lo despacho en un santiamén —dijo ella con un gesto.

—Ni fotografías, ni nada que se le parezca.

—De acuerdo.

—Vamos ahora y volvemos esta noche. Podemos hacer el viaje en menos de dos horas.

—Perfecto.

—Y cualquiera que sea el resultado, yo quedo al margen después del viaje.

—Me parece muy bien.

Y me tendió la mano.

—¿Es un contrato? —dijo.

—Así que me devuelvas la pistola —dije.

Y con una sonrisa suave, añadió:

—Yo no la tengo, Theo. Está en la caja del archivador donde la he encontrado esta mañana. La he dejado en su sitio al ir a recoger la mochila.

10

ESTÁBAMOS EN LA A4, camino de Somerset.

—¿Qué? ¿Sorprendido?

Seguro que usted me habrá catalogado como un oportunista redomado, así es que no voy a echarle las culpas por figurarse que no cumplí el trato después de que Alice me tomara el pelo con la cuestión de la pistola. Pero no fue así.

Y me gustaría que me prestara un poco de crédito porque, después de todo, soy un hombre íntegro. La hija de Duke me había pedido que le mostrara el lugar donde había ocurrido la tragedia y yo era una persona excepcionalmente dotada para actuar como guía. Aquel acto vendría a ser un pequeño reembolso de la deuda de gratitud que tenía contraída con Duke.

Me encantaría que usted creyera todo lo que le digo, pero sé que es lo bastante agudo para ver que la chica me tenía bien agarrado mientras Digby Watmore seguía a la espera. ¿Quién estaría dispuesto a ser objeto de un artículo en *News on Sunday*?

En consecuencia, preferí quedarme discretamente a la sombra mientras ella salía y hablaba con el periodista. No sé qué debió de decirle, pero no tardó más de diez minutos. El fotógrafo también se apeó del coche para decir la suya y la verdad es que tenía aire de no estar nada contento. Sin embargo, al final Alice logró convencerlos. Sin dejar de mover la cabeza con aire contrariado, los dos hombres volvieron a meterse en el coche y desaparecieron.

Al entrar, me dio la tarjeta de Digby y su encargo de que no

dejase de avisarle en caso de que cambiara de opinión y accediera a que me sacasen una fotografía. Dijo también que había prometido no perder contacto conmigo, indirecta que yo no dejé de tener en cuenta. No había forma de eludir la excursión a Somerset.

Insistí en que la mochila viajara con nosotros, por si Alice se decidía a quedarse unos cuantos días en Somerset. Era un sueño de chica, con cualidades excelentes para la cama, pero yo no tenía el más mínimo deseo de repetir la experiencia con ella. Para mi tranquilidad de espíritu, había decidido volver a conectar con Val que, aunque en la cama era como una manta más, por lo menos no me había hablado nunca de su padre.

Durante un buen rato, el único sonido que se percibió en el coche fue el quejido del limpiaparabrisas, puesto que caía una llovizna ligera pero persistente. Puedo asegurarle, sin embargo, que el tiempo nos tenía completamente sin cuidado. Yo todavía seguía pensando en Digby cuando Alice me dejó completamente desconcertado al decirme:

—No me figuraba que fuera tan guapo.

Fruncí el ceño, porque no tenía ni la más mínima idea de la persona a la que se estaba refiriendo.

Después de una pausa, añadió:

—Estoy hablando de mi padre.

—¡Ah!

Mis pensamientos retrocedieron: seguro que ella había visto las instantáneas de Duke que aparecían en los libros sobre el juicio que yo había tratado de que no encontrara. Era triste que la primera imagen de su padre hubiera sido la revelada por aquellos libros. No sé si usted estará de acuerdo conmigo, pero yo lo encuentro patético, francamente patético, en el sentido más puro de la palabra. Estas son las cosas que me llegan al alma. Y todavía más por el hecho de que ella no era consciente de que fuera así.

Habría sido verdaderamente un mal nacido de haberla abandonado en aquellas circunstancias.

Tratándose de mujeres, no puede decirse que yo sea un idiota total. Me doy perfecta cuenta de cuándo me manipulan. Por espacio de dos días yo había tratado de esconderme detrás de una barrera de cinismo y ella no había cejado un momento de porfiar para demolerla.

Ahora, con aire distraído, pero con su ribete de orgullo, continuó:

—Quiero decir que no es extraño que una chica como Barbara lo encontrase atractivo. Me imagino el primer encuentro, el día en que los dos soldados llegaron contigo en el *jeep* a la granja. Debía estar arrebatador vestido de uniforme.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

Dejamos que los limpiaparabrisas volvieran a adueñarse de la situación.

Poco después de haber rebasado Newbury, dijo:

—El jurado se lo despachó en menos de una hora. No es mucho, ¿verdad?

—No, no es mucho.

Hubo otro silencio. Sus pensamientos discurrían sin prisas, pero con gran precisión. Intercalaba sus frases entre los cambios de ruido del motor, como para asegurarse de que yo la escuchaba.

—La parte acusadora tuvo que resolver un caso ciertamente complicado.

—Terrible.

—Todas las pruebas de balística... Lo he hojeado por encima, pero debían impresionar a los tribunales.

—Está en los libros.

—Encontraron varias balas disparadas con la misma arma, ¿verdad?

—Exactamente —dije.

—¿Dónde las recogieron, Theo?

—Ya te he hablado de la lección de tiro que Duke y Harry nos dieron a Barbara y a mí.

—¡Ah, sí!

—La policía peinó todo el terreno y recogió todas las balas que encontró y después las comparó con la bala que apareció en el granero.

—Y demostró que había sido disparada con el arma de mi padre —dijo Alice lanzando un suspiro.

—Un hecho absolutamente fuera de toda duda.

Después de hacer una pausa, comentó:

—Por consiguiente, no les hizo falta tener el arma para demostrarlo.

—Ingenioso, ¿verdad?

Con todo, porfiada, siguió insistiendo:

—De hecho importaba poco que tú tuvieses guardada el arma.

—Ya hemos hablado de ese punto —dije con frialdad.

Entonces se centró en otro aspecto:

—Toda esa ciencia forense, el cráneo, la superposición de la fotografía, los datos sobre la dentadura y lo de las balas... realmente es impresionante. Es lógico que el jurado se quedara anonadado con todo ese material.

No me gustaba el rumbo de la conversación, así que decidí seguir un camino más seguro.

—El juicio contra Duke era claro aun sin todas estas cosas. Era culpable, Alice, no había vuelta de hoja. Fíjate en lo que te digo; yo sé qué vi y, después de mí, Duke fue el primero que tuvo noticia de que Cliff Morton estaba agrediendo a Barbara. Yo vi cómo se lanzaba como una flecha hacia el granero.

—¿Pero tú le viste meterse en el granero?

—Se fue corriendo al granero. Lamento que esto sea difícil de aceptar, pero la verdad es que Barbara le gustaba. Fue un crimen pasional.

—Para mí no está nada claro —dijo ella moviendo la cabeza.

—¿Por qué?

—Él se va corriendo al granero, de acuerdo. La chica que le gusta está siendo violada. Pues bien, ¿qué hace? ¿Arranca al hombre del cuerpo de Barbara y lo estrangula? No, los deja allí tranquilos y se va a la granja a buscar el arma. ¿Es la conducta de un hombre apasionado?

—No, pero esta es la diferencia que existe entre el homicidio sin premeditación y el asesinato —dije.

—De acuerdo, pero tú, ¿cómo lo explicas?

—El juicio analizó todo esto en profundidad —dije lanzando un suspiro—. Cuando Duke entró en el granero, la agresión había terminado. Escuchó voces que venían del desván, Barbara sollozando lastimosamente, Morton quitándole importancia al asunto. Duke estaba enfurecido por todo lo que había oído. Podría haberse peleado con Morton, pero una paliza habría sido muy poco comparado con lo que Barbara había soportado. Volvió corriendo a la granja para recoger el arma, regresó al granero y subió al desván.

—Y le pegó un tiro en la cabeza a Morton delante de Barbara. ¿Es lo que ella dijo a sus padres?

—Ella no dijo nada a sus padres. Duke disparó contra Morton y cubrió su cuerpo con el heno. Tal vez lo arrastró hasta la parte trasera del desván y lo metió debajo de unas balas de paja para volver cuando no hubiera nadie por los alrededores. Cuando volvió aquella noche, o la noche siguiente, tenía un plan. Tú tienes que ver las cosas desde su punto de vista; era un soldado que estaba esperando incorporarse a la invasión de Europa.

—¿Se figuraba que pronto tendría que marcharse?

—Sí. Como es obvio, su primera preocupación era desembarazarse del cadáver. Podía servirse del *jeep* para transportarlo a alguna parte durante la noche, enterrarlo o arrojarlo a un lago con unos pesos atados como lastre, pero la cosa no es tan sencilla como parece. Cavar un hoyo un poco profundo lleva más de una noche de trabajo y, ¿cómo iba un extranjero a encontrar, en Inglaterra, un bote y un lago profundo y solitario? Y aunque lo hubiera encontrado, los cadáveres tienen la desagradable costumbre de reaparecer. Un día una persona está paseando el perro y...

—No tienes que volver a explicármelo —me interrumpió Alice—. Los dos sabemos qué ocurrió. Le cercenó la cabeza y la arrojó en el barril de sidra, para que la policía no supiera a qué cuerpo pertenecía ni cómo se había cometido el asesinato.

Estábamos progresando. Por su manera de hablar, me daba cuenta de que empezaba a aceptar la culpabilidad de Duke. Debía de ser muy penoso para ella y yo comprendía sus razones para aferrarse a cualquier cosa que pudiera poner en tela de juicio el veredicto, pero debía aceptar lo ocurrido.

Sin más preámbulos, me puse a referirle el proceso encaminado a liberarse de la cabeza.

—En el edificio donde se almacenaba la sidra había veinte o más barriles abiertos. Habían sido recogidos de los bares y lavados y estaban esperando que se terminase el prensado. Eran toneles. ¿Conoces la palabra?

—Barriles grandes —dijo Alice, añadiendo con voz sombría—. Anoche ya me lo dijiste.

—No grandes, enormes. De más de un metro y medio de altura. Tienes que hacerte una idea del tamaño para entender por qué no

fue descubierta la cabeza cuando se clavaron las tapaderas. Una vez puesta y asegurada la tapadera, se vertía la sidra a través de una canilla y se dejaba que fermentase. El tonel ya no volvería a limpiarse hasta pasado un año. Duke esperaba, para entonces, estar muy lejos de Inglaterra.

—Y así fue —dijo ella, después de lo cual quedó en silencio.

Habíamos llegado al tramo de la carretera de Bath que se prolonga hacia el oeste de Marlborough, flanqueado a cada lado por una amplia extensión de terreno ondulado, con gran abundancia de antiguos caminos y yacimientos prehistóricos. Aunque habría podido ser una excursión sumamente agradable, la mañana era sombría. Nos desviamos a la izquierda, hacia la carretera A361. Atravesábamos Devizes cuando Alice hizo la siguiente observación. Se trataba de una perogrullada, pero habría podido ser una línea de una novela negra.

—Supongo que, después de haberle cortado la cabeza, perdió toda posibilidad de ganarse el favor de sus jueces.

—Efectivamente —admití—. El crimen pasional se había transformado en historia de horror.

—¿Cómo lo hizo, Theo?

Me encogí de hombros.

—¿Qué quieres decir? ¿Si lo hizo con un hacha o con una sierra? La granja estaba llena de herramientas de todo tipo.

—Debió de quedar enteramente cubierto de sangre.

—No hay hemorragia cuando se ha producido la muerte. Arrojó la cabeza en el tonel y metió el resto del cuerpo en el *jeep* con intención de deshacerse de él en alguna parte o de esconderlo en algún lugar recóndito, puesto que no apareció nunca más.

Si, después de esto, resulta un tanto repulsivo decir que propuse a Alice ir a comer, debo insistir en que no lo parecía en absoluto cuando se lo dije realmente. Nos paramos, pues, en un *pub* situado en el centro de Frome (no el Shorn Ram, que ya no existe en la actualidad) y dimos cuenta del tradicional asado con Yorkshire, típico de los domingos, en un reservado acogedor donde nadie más podía oírnos.

Alice continuó insistiendo como hasta entonces.

—Una cosa que me tiene desorientada es la reacción de la familia Lockwood. Ellos estaban enterados de lo sucedido, ¿verdad?

—No podría decirlo.

Había vuelto a entrar en una de sus fases especulativas.

—Seguramente sentían simpatía por mi padre. Después de todo, Morton había violado a su hija. Es probable que mantuvieran silencio para no perjudicarlo.

—Es muy posible.

—Cuando apareció el cráneo seguramente el granjero Lockwood también se hizo sospechoso.

—Sí.

—Pero las sospechas se trasladaron después a mi padre.

Se quedó estudiándome atentamente a través de las gafas.

—Te costaría menos de aceptar si lo llamasas simplemente Duke —le sugerí con delicadeza.

Pero ella me contestó con viveza:

—Yo lo llamo como me da la gana. No me avergüenza llamarlo padre.

No tuve ninguna reacción.

Pero Alice no había terminado.

—Estábamos hablando de los Lockwood. Estaban enterados de que Barbara había sido violada, ¿no es verdad? Lo supieron cuando tú se lo dijiste y, además, la vieron después en el lamentable estado en que había quedado.

Asentí con la cabeza.

—Y en cambio no llamaron a la policía.

—A lo que se ve, no.

—¿Y por qué no? Por el amor de Dios, Theo, este acto es un delito criminal.

Vacilé. A decir verdad, era un punto que no me había parado nunca a considerar. Ella me forzaba a reflexionar.

—Hay una gran cantidad de violaciones que no se denuncian. A lo mejor pensaron que era una consideración a Barbara el hecho de ahorrarle los exámenes médicos y los interrogatorios.

—Quizá —dijo, mientras apartaba el plato a un lado—. Pero puede haber otra explicación, ¿no te parece? Que supieran que Cliff Morton estaba muerto.

11

UNA LLUVIA TORRENCIAL sobre el capó de un MG descapotable es razón disuasoria suficiente para cortar cualquier conversación. Se desencadenó después de comer y no paró durante todo el trayecto hasta Christian Gifford. Dadas las condiciones, no me fue posible encontrar el pueblo sin hacer una falsa maniobra y, aun entonces, tuve que resolver el problema de localizar el prado que conducía a la granja. Yo había esperado servirme del edificio de la escuela o de la tienda de la señorita Mumford para orientarme, pero tanto uno como la otra habían desaparecido. Una hilera de nuevas casas, construidas con ese material excesivamente regular, de color ocre, que se hace pasar por piedra de Bath, dominaba ahora el centro del pueblo. Al final de la mencionada hilera de casas había una tienda llamada Quickserve, con un montón de cestas de alambre, dispuestas en la calle.

El *pub* de enfrente, El Alegre Jardinero, aparentemente no había cambiado, si bien en 1943, como niño de nueve años que era yo entonces, no me había fijado demasiado en el establecimiento. Todo lo que recordaba era que la amiga de Barbara, Sally Shoesmith, era la hija del tabernero. Paré el coche en la puerta y bajé para recoger algunas informaciones. En el dintel ya no figuraba el nombre de Shoesmith.

La camarera, simpática por el solo hecho de que me llamó «guapo», salió cortésmente a la puerta para indicarme el camino. No le pregunté si los Lockwood seguían siendo los propietarios de la

granja. No sentía grandes deseos de volver a reunirme con ellos.

Cuando empezamos nuestro camino prado arriba, pude comprobar que aquella parte también era diferente. Donde antes me parecía recordar una huerta de manzanos, ahora había tres grandes invernaderos. Por encima del seto vivo que teníamos enfrente se elevaba un silo resplandeciente. No había ningún árbol.

Aminoré la marcha y volví la cabeza a un lado.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Alice.

—Nada seguro —admití, mientras metía el coche por un camino embarrado en el que los tractores habían grabado profundos surcos —, lo que pasa es que no veo nada más.

La verdad es que no fue exactamente como *Retorno a Brideshead*, pero sí que sentí como un hormigueo en la base del cuello cuando, en el parabrisas húmedo, apareció un grupo de edificios de piedra. Eran más pequeños que los que componían la imagen guardada en mi imaginación, pero también más sólidos; la granja, maciza, construida con grises ladrillos, el almacén de la sidra al lado, el cobertizo con el tejado de cinc que se prolongaba hasta más allá de los límites del huerto, la estructura abierta en la que se estacionaban los vehículos de la granja, el granero grande frente a la casa y, solitario, el granero pequeño, de siniestra memoria.

—¿Lo hemos encontrado? —preguntó Alice con un suspiro dramático.

Pronuncié en un murmullo una palabra afirmativa y, atravesando la era empedrada, avancé hasta situarme al lado de un tractor.

Alice, encorvada, se retorció las manos:

—Estoy muy nerviosa.

—¿Has cambiado de parecer?

—¿Estás de guasa?

Abrió la portezuela del coche y bajó.

Nadie salió a preguntar qué queríamos. Nos quedamos en medio de la era mientras la lluvia caía con fuerza sobre nosotros. Con el bastón, le indiqué el edificio color de miel, adosado a la granja.

—La casa de la sidra. ¿Quieres entrar?

—Pues, ¡claro!

Hubiera debido de imaginarme que Gifford Farm había dejado de producir sidra en 1945. En los bares de la localidad todavía se

hacían chistes macabros sobre los tiempos en que se podía beber sidra con cabeza incluida.

La maquinaria utilizada para su elaboración había desaparecido y el edificio se había convertido en depósito para el forraje de los animales, cuyo olor acre detuvo al momento nuestros pasos. Nos quedamos ante la puerta abierta.

—Este solía ser el lugar de reunión —informé, nostálgico, a Alice, como si me hubiera pasado la vida trabajando en aquel sitio—. En un día como hoy, todos habríamos estado aquí reunidos, lamentándonos por causa del tiempo. Los domingos por la mañana esto parecía un *pub* y se llenaba de vecinos que venían a buscar una pinta de sidra.

—¿Vino mi padre aquí alguna vez? —preguntó Alice.

—Solía aparcar el coche aquí mismo, exactamente en el lugar donde nos encontramos.

Se mordió los labios y se apartó.

—¿Quieres enseñarme el granero donde ocurrió?

Le indiqué con el dedo el pequeño edificio gris, apartado del resto de edificaciones.

—¿Seguro que podrás soportarlo?

—Vamos a probarlo.

Cogiéndome de la mano que tenía libre, empezamos a caminar entre los charcos. Necesitaba calor humano, al igual que yo.

En la era, la lluvia amortiguaba los olores de la granja pero cuando abrí la puerta del granero, me recibió el dulce olor del heno, profundamente evocador. Aquel sitio seguía siendo utilizado con la misma finalidad de otros tiempos y el ambiente seco que tan bien conocía penetró a través de mi nariz y de mi garganta.

Reprimiendo mis emociones, dije a Alice:

—Está exactamente como lo recuerdo: el perfume, la distribución de las balas, todo...

—Está más oscuro de lo que yo me figuraba.

—En seguida lo arreglamos.

Le solté la mano y saqué el Ronson.

—Vete con cuidado.

—Allí —dije levantando la llama y mostrándole el suelo del desván.

Un crujido la sobresaltó y me agarró del brazo.

—Ratones, supongo —y cediendo a un impulso un tanto desafiante, añadí—: ¿Quieres subir? Hay una escalera.

Vaciló.

—¿Pasas tú primero?

—Por supuesto.

Ahora estaba contento de haber venido. Me encontraba en aquel sitio que tantas veces, en mis horas de pesadilla, había visitado. Apuntalé el bastón en una bala de heno, me metí el encendedor en el bolsillo, tentando con las manos busqué la escalera de mano y empecé a trepar por ella. Empresa difícil, pero deseaba ardientemente demostrarme algo, no solo a mí mismo sino —supongo— también a Alice.

Tumbado en el suelo del desván, me asomé e iluminé el camino a Alice. Esta subió rápidamente la escalera y, después de aceptar la ayuda que yo le ofrecía, se agarró a mi brazo. Estaba temblando.

Sin ayuda del bastón, tenía que apoyarme en su hombro para ponerme de pie. Automáticamente, enlazó con el brazo mi cintura. A veces las minusvalías tienen sus compensaciones.

—Si te preguntas cómo me las arreglé, siendo niño, para subir hasta aquí, te diré que entonces tenía dos piernas válidas, porque la polio me atacó después.

Había menos balas que entonces y estaban colocadas de diferente manera, pero me aposté en una y traté de representarme la escena que había presenciado la tarde de noviembre de 1943. Desplacé el encendedor hacia el ángulo del tejado desde donde, a través de una rendija, había podido mirar y, después, a la zona donde había visto a Barbara y a Cliff Morton tumbados en el suelo.

Alice me sometió a un interrogatorio minucioso —o, por lo menos, así me lo pareció—, poniendo un interés excesivo, por no decir libidinoso, en los detalles de la violación, la postura exacta de los dos y su mayor o menor desnudez. Quiso saber si Morton llevaba puestos los pantalones (no los llevaba, el recuerdo de sus muslos velludos y de sus nalgas sacudidas por movimientos convulsivos sigue provocándome profundas náuseas), si eran visibles los pechos de Barbara (tenía la blusa y el sostén levantados hasta los hombros), si ella iba perfumada (no me di cuenta) y si las bragas eran de algodón o de alguna materia más delicada (como si yo pudiera saberlo). Fui contestando a sus preguntas con toda la

candidez que me fue posible y se lo referí todo hasta el momento en que Barbara comenzó a pelear con su agresor y a golpear el suelo con los puños. No tengo inconveniente en confesar que algunas de las cosas que quería decir se me quedaban atascadas en la garganta, pero Alice aguardaba impasible hasta que yo recuperaba la voz y, después, fríamente, todavía me acribillaba con preguntas complementarias. Las inhibiciones no frenaban sus pasos.

Buscamos el agujero hecho por la bala y encontramos un lugar de la madera, a la altura de la cadera, que el experto forense, doctor Atcliffe, había aserrado llevándose todo un fragmento de una viga. Como no teníamos delante el ángulo de la bala, no podíamos calcular desde qué punto podía haber sido disparada.

—¿Ya basta?

Alice asintió con la cabeza.

Bajar por una escalera de mano con una pierna maltrecha es mucho peor que subirla. Cuando, ya abajo, volví a reunirme con Alice, advertí que estaba jadeando. Ella me sugirió que nos sentásemos un momento en una de las balas.

—¿Consideras que valía la pena tanto esfuerzo? —le pregunté.

—No es cosa que tú estés en situación de juzgar —me respondió bruscamente, pero después, como advirtiéndome que debía suavizar la observación, añadió—: Pero te estoy agradecida.

—¿Y ahora, qué?

—Ahora los Lockwood.

—Seguro que ya no viven en la granja.

—Daré con ellos.

Observé que, en la conjugación del verbo, había cambiado de persona. Hasta ahora se había mostrado encantada de contar con mi ayuda. ¿Quería afirmar su independencia? ¿Había dejado de serle útil? Por extraño que pueda parecer, dadas mis anteriores demostraciones de contrariedad, yo ahora acusaba aquella puñalada que me había asestado con su repulsa. Si Alice proseguía sus absurdas pesquisas, yo también quería participar en ellas.

Busqué el bastón.

—Vamos a probar en la granja.

El viento, al cruzar la era, nos azotó el rostro juntamente con la lluvia. Me pareció que en una de las ventanas se movía una cortina, pero pensé que debía de tratarse de una ráfaga que se había colado

a través de los batientes. No hubo respuesta a nuestra llamada.

Volví a repetirla.

—A estas alturas, habrá cambiado de dueños —repetí.

—No estaría tan segura —dijo Alice, que estaba explorando uno de los lados de la casa—. Mira qué he encontrado... Ven a verlo si el recuerdo no resulta demasiado doloroso para ti.

La seguí. Estaba junto a la puerta trasera y tenía la mano sobre una tabla de planchar, cubierta de herrumbre; la misma en la que la señora Lockwood me había apoyado para zurrarme con la zapatilla.

Lancé un fingido gemido. Nos hacía falta un descanso.

—De haber cambiado de dueños, se habrían desembarazado de este trasto —dijo Alice—. ¿Ves la cocina? ¿Tiene la misma pinta de antes?

Me adelanté para comprobarlo.

De pronto se oyó un disparo.

—¡Cristo! —exclamé.

En algún punto situado sobre nuestras cabezas el tiro había arrancado esquirlas de piedra, que habían rebotado contra los cantos rodados del suelo.

—¿Estás bien? —pregunté a Alice.

—Creo que sí —respondió, mientras se sacudía un poco de musgo que había quedado prendido en su manga.

—¡Valiente loco!

Lo veía, al otro lado de la era, empuñando la escopeta: la figura de un hombre, vestido con un impermeable negro y unas botas, apostado junto al tractor, riéndose como un insensato. Me puse a gritar:

—¿A qué viene eso?

Me adelanté cojeando hacia él, furioso hasta el punto de olvidar que aquel hombre empuñaba un arma.

—¿No me oye? —grité.

Por toda respuesta, escupió generosamente en el capó de mi coche.

—¡Bah, un labriego! —me dije.

Alice me había alcanzado.

—¡Theo, ten cuidado!

Pero yo estaba lo bastante cerca de él para reconocerlo. Su rostro había engordado y su cabello, antes negro, ahora estaba

entreverado de gris. En su sonrisa había algún que otro hueco, pero el rostro seguía siendo agraciado y sano, un rostro que no habría estado fuera de lugar en una revista de modas de Fair Isle.

Era Bernard Lockwood.

—Podrías habernos matado.

—Ratas —dijo por todo comentario.

Lo miré con fijeza. No hubo ningún indicio de que me hubiera reconocido.

Miró de reojo a Alice y, lentamente, dijo:

—Estaba disparando a las ratas.

Sentí el impulso irreprimible de soltarle un puñetazo. (Los puños los tengo buenos). Sin sacarle los ojos de encima, dije:

—Alice, será mejor que te metas en el coche.

Bernard dijo:

—¿No entiendes inglés? Estaba disparando a dos ratas que estaban allí, junto a la zanja. ¡Sabandijas!

Hizo con los dedos un movimiento como de algo que se arrastrase.

—Con cuatro patas y rabo.

—Pues tienes muy mala puntería —le dije.

Alice no se había movido.

Bernard se puso el arma bajo el brazo.

—¿Qué hacéis aquí?

—De visita.

—Metiéndooos donde no os llaman, mejor.

—Está lloviendo a cántaros y no tengo tiempo ni ganas de discutir. Nos vamos —dije.

—¡No, Theo! —intervino Alice—. Por favor.

—Ahórrate palabras —le dije—. Este tipo es un asesino.

Tal vez habría sido más exacto llamarle retrasado mental, puesto que era impermeable a los insultos.

Alice, dirigiéndose cortésmente a Bernard, le dijo:

—Tal vez usted podría orientarnos. Queríamos ponernos en contacto con la familia Lockwood.

Concedamos que hiciera algo de comedia, puesto que no admitió su identidad de inmediato, pero tal vez su actitud obedecía más bien a la reacción de una mente obtusa.

—¿Lockwood? ¿Qué queréis de ellos?

—¿Lo ves? Con este no iremos a ninguna parte —dije a Alice.

A mí me hubiera gustado iniciar una retirada sin más preámbulos, pero ella seguía insistiendo.

—Era la familia propietaria de esta casa durante la segunda guerra mundial, ¿comprende? ¿Es usted el actual propietario, por casualidad?

—A lo mejor... —concedió Bernard.

Yo ya estaba hasta la coronilla, así que pasé al ataque.

—¡Ya basta! Tú eres Bernard Lockwood. ¿Dónde están tus padres? ¿Dentro?

Vi cómo apretaba con la mano la culata de la escopeta.

Alice se volvió sorprendida hacia mí.

—¿Ese es Bernard?

Y lo dijo con acento americano, apoyando el acento en la segunda palabra.

Yo, entretanto, vigilaba la mano que Bernard tenía libre. Acababa de sacarse dos cartuchos de color naranja del bolsillo. No quise demorar más la noticia y, tomando aliento, le solté:

—Yo, siendo niño, estuve refugiado en esta casa. La señorita que me acompaña es amiga mía. Le había prometido que le enseñaría la casa y que, si era posible, le presentaría a tus padres.

Sin dar tiempo a que Bernard respondiera, Alice dijo precipitadamente:

—Me llamo Alice Ashenfelter y mi padre fue el hombre al que se acusó de haber cometido un asesinato en esta casa.

En ese momento la habría aporreado.

En la mandíbula de Bernard se tensaron los músculos, frunció el ceño, como si tratara de resolver un difícilísimo problema, como si intentara establecer las conexiones necesarias. Sus ojos castaños saltaban alternativamente de mí a Alice. Por fin renunció al intento y dijo, hablando entre dientes.

—Lo pasado ha pasado. Mejor que sigáis vuestro camino.

Por curioso que parezca, sus palabras no tenían la fuerza representada por el arma. Traté de apelar a lo mejor de su naturaleza.

—¡Venga, hombre! Hemos venido especialmente desde Reading. Tus padres se portaron bien conmigo durante la guerra. Lo menos que puedo hacer es saludarlos.

—Lo haré en tu nombre.

—¿Están dentro?

Me había excedido. Metió los cartuchos en el arma, la puso en posición de disparar y me apuntó con ella a la altura del pecho.

—Meteos en el coche y, ¡largo de aquí!

Sin sacarle la vista de encima, dije a Alice:

—Es inútil.

Pero era evidente que ella no estaba de acuerdo.

—Señor Lockwood, hemos venido en son de paz...

—¡A la mierda con vuestra paz! —la interrumpió salvajemente Bernard—. ¡Menudo par de embusteros!

Pero Alice protestó con energía y en tono acusador.

—Eso no está nada bien. He hecho todo lo posible para mostrarme sincera con usted.

Bernard soltó una risotada.

—¿Sincera? ¿Has dicho que eres la hija del criminal? ¿Y que te llamas Ashenfelter? Eres tan Ashenfelter como yo, nena. El nombre del criminal era Donovan.

Aquí intervine yo:

—Es muy fácil de explicar...

Pero Bernard me pisó la frase.

—Ashenfelter era su amigo, el más bajo... el otro. ¿Cómo decía que se llamaba? Harry.

Alice, aspirando aire con fuerza, me agarró del brazo.

—¡No es posible! No es posible, Theo.

Se había quedado pálida como una muerta.

En mi cabeza se multiplicaban las posibilidades. Pero, poniéndome en el lugar de Alice, dije:

—Una mera coincidencia. No te engañes.

Pero ella ya se había convertido en un torrente de palabras:

—Duke Donovan era mi verdadero padre. Henry Ashenfelter era el hombre con quien se casó mi madre en 1947, cuando yo era pequeña, y él me dio su nombre. En caso de que ese hombre fuera Harry, el amigo de Duke, supongo que quiere decir que, al terminar la guerra, se casó con mi madre.

Pero Bernard no pareció impresionarse.

—Una buena patraña, nena. Pero no te ha salido bien. Ashenfelter está casado con Sally Shoesmith.

—¿La amiga de Barbara? —dije yo.

—Si es verdad que estuviste aquí, tienes que acordarte, estaban siempre magreándose como gatas calientes.

—¿Y ahora están casados?

—Viven en Bath, como señores. La hija de un tabernero... porque no era otra cosa, y ahora para hablar con ella hay que pedir audiencia.

Y sonrió con astucia.

—Aunque, por lo que he oído decir, no le sirve de mucho...

—¿Pasa algo con Sally, entonces?

Volvió a escupir, esta vez apuntando a mis zapatos.

—¡Venga, andando! ¡Panda de embusteros!

Alice, con voz ahogada, dijo:

—¡Vayámonos, Theo!

Di un paso hacia atrás y, con la cabeza, esbocé un gesto de despedida.

Bernard bajó el arma.

Puse el coche en marcha y partimos sin decir palabra.

12

ALICE LANZÓ UN SUSPIRO y dijo:

—Simplemente, no lo entiendo.

Y antes de que pudiésemos llegar al límite del prado, volvió a decirlo dos veces más.

Dejé la carretera, me dirigí a El Alegre Jardinero y, tras parar el motor, me volví hacia ella. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que estábamos calados hasta los huesos. Alice tenía el cabello tan empapado que nadie habría dicho que era rubia.

Parpadeó. Quizá las gotas que resbalaban por sus mejillas eran del agua de lluvia que se había escurrido de sus cabellos, pero no estoy seguro. Tenía las comisuras de los ojos y de la boca fruncidas por la preocupación, como si quisiera pronunciar una palabra que se le resistía. Era evidente que estaba muy impresionada.

Por mi parte, tampoco yo era la imagen de la serenidad. En mi vida me había encontrado con una mujer que desencadenara en mí emociones tan contradictorias.

Le cogí la mano. Estaba helada, seguramente tanto por el susto que había pasado como por el frío. Con voz autoritaria, pero suave, le dije:

—En el *pub* hay un fuego de troncos, donde podrás secarte.

Aunque casi era la hora de cerrar y la camarera estaba terminando de recoger los servicios, se mostró verdaderamente complacida al vernos entrar. No creo que tuviera demasiado trabajo, puesto que su clientela consistía en dos viejos inmóviles,

sentados en sendos taburetes, a uno y otro extremo de la barra. Sin consultar con Alice, pedí dos *brandies* dobles y los llevé junto a la chimenea. La camarera —¿he dicho que era una mujer de unos treinta años, guapa y morena?— siguió mis pasos, nos regañó cariñosamente por llevar la ropa empapada y removió los troncos con el atizador para que despidieran un poco más de calor. Quiso saber si habíamos dado con la granja. Yo le di las gracias por sus indicaciones pero, si esperaba que nos librásemos a una serie de habladurías acerca de los Lockwood, sus esperanzas se vieron frustradas. Le pedí, en cambio, que nos diera una toalla para que Alice pudiera secarse el cabello.

Habría mucho que decir sobre las llamas y el carbón de leña. Aquella era una chimenea ancha, de piedra, con sus cadenas de hierro de las que colgaba un puchero, un par de fuelles cubiertos de polvo y un hogar pavimentado. Nos desplomamos, agradecidos, sobre un sofá tapizado de piel, cubierto de arañazos y ocupado por dos gatos, de pelaje blanco y negro. Alice se quitó las gafas, se destrenzó el cabello e inclinó el cuerpo hacia las llamas, dejando que su húmeda cabellera recibiese el beneficio del calor.

Cuando regresó la camarera con la toalla, me recomendó, con un guiño, que tratara bien a la señorita. Después de aquello habría sido una grosería pasar la toalla a Alice, por lo que me apliqué sin rechistar a la tarea de restablecer gradualmente la suavidad a su cabello.

Después, con ayuda de un peine, Alice se entregó a la silenciosa tarea de desenredarse el pelo. Yo me quedé sentado, saboreando el *brandy* a pequeños sorbos y diciéndole aquellas frases razonables que había ensayado previamente, mientras le secaba el pelo con la toalla.

—¿No te parece que estás apartándote de la cuestión? ¿Crees que vale la pena ocuparse de Harry? ¿Qué importancia tiene en el caso?

Alice dejó de peinarse y bajó los párpados de una manera que me obligó a pensar que ojalá no hubiera hablado tan a la ligera. La estaba tratando como a una alumna de segundo año que se hubiera equivocado en un examen sobre el sistema feudal. Sin las gafas y con la cabellera suelta sobre sus espaldas —tenéis razón, mujeres, soy un machista empecinado— resultaba extraordinariamente

atractiva.

Le asesté una nueva estocada:

—Alice, me doy cuenta de que vas a sufrir mucho hasta que veas un poco claro en lo que acabamos de escuchar. No quisiera presionarte, pero si puede serte de alguna ayuda hablar...

Levantó el rostro y dijo solamente:

—Por favor, Theo...

Atribúyalo al fuego que quemaba en el hogar, al *brandy* o a aquella confianza que dejaban traslucir sus ojos azules, pero si en aquella relación nuestra hubo un momento en que prometió convertirse en algo más, ese momento era el que vivimos entonces: la deseaba.

Se produjo como una laguna antes de conseguir dominar suficientemente mis emociones y poder decirle:

—De acuerdo. Vamos a comparar lo que sabemos acerca de Harry, el soldado americano, y de tu padrastro. Veamos si estamos hablando de la misma persona. Harry debía ser algo mayor que Duke, digamos que tenía unos veinticinco años en 1943. Contaba con algunos años más de servicio y había pasado a ser sargento, aunque después perdió los galones por alguna cuestión de tipo disciplinario.

—Las edades corresponden —confirmó Alice—. Henry tenía veintinueve años cuando se casó con mi madre.

—Bajo... alrededor de un metro sesenta y dos... corpulento, con el pelo castaño claro, rizado.

—Creo que sí —dijo ella con el ceño fruncido y un aire de máxima concentración—. Dedos regordetes, manchados de nicotina, uñas pequeñas y comidas, como si crecieran para adentro...

—¡Exacto!

Había presenciado cómo Harry se servía de aquellas manos repulsivas para desprender hojas y trocitos de ramaje del pelo de Sally.

—¿Debemos continuar?

Alice movió negativamente la cabeza.

—No necesito más pruebas. Me doy cuenta de cómo ocurrieron las cosas. Harry es el compañero de mi padre. Cuando Harry volvió a los Estados Unidos, fue a visitar a mi madre para saludarla y ofrecerle unas palabras de consuelo. Ella estaba con la moral por los

suelos. Una viuda de veintidós años con una niña que mantener. Ni siquiera podía decir que su marido había muerto en el campo del honor, ni verse con otras viudas de guerra, ni cobrar una pensión de viudedad. ¿Es de extrañar que se casara con Harry, como quien se agarra a un clavo ardiendo?

—¿Es de extrañar que saliera mal?

Ella se quedó mirando fijamente las llamas.

—Me importa muy poco que fuera el compañero de mi padre. Era un imbécil.

Pasado un momento, le pregunté:

—¿Cuándo abandonó Harry a tu madre?

—Yo tenía ocho años. En 1952.

—Creo que me dijiste que había vuelto a Inglaterra y que se había casado por segunda vez.

Volvió hacia mí su rostro con los ojos abiertos y atónitos.

—Debió de volver aquí para buscar a Sally, su amor de guerra. Theo, ¿crees que fue esto lo que ocurrió?

—Vamos a averiguarlo, si es que podemos.

Me volví y miré hacia la barra. Uno de los viejos se había ido.

—¿Algo más, encanto? —preguntó la camarera.

Ninguno de los dos había terminado el *brandy*.

—No, gracias, pero tal vez usted podría ayudarnos. ¿Este *pub*, durante la guerra, era propiedad de un tal Shoesmith?

La camarera asintió con la cabeza.

—Creo que se fue alrededor de los años cincuenta. ¿Qué año fue la coronación?

—¿Usted los conocía?

—Todo el mundo conocía a los Shoesmith. Eran del pueblo. Vivían aquí desde hacía generaciones.

—¿Ya no están?

Se persignó y dijo:

—Criando malvas, mi vida. Me refiero a los padres, Sally, la hija, todavía colea, hasta cierto punto...

—¿Qué quiere usted decir?

La camarera apartó la mirada.

—Rumores, tesoro, rumores. Sally se casó y vive en Bath.

—Eso hemos oído. Con un americano.

Era evidente que estaba contenta de hablar de otra persona.

—Ese no para un momento. Y atrevido, además. Aquí viene a menudo y se toma todo tipo de libertades. Aquellas manitas van locas, ¿me entiende? Está metido en negocios de antigüedades y le va a las mil maravillas: un Mercedes blanco, una casa en Royal Crescent... así que puede pagarme un Martini cuando me ofende, y la verdad es que me ofende siempre.

Le devolví la sonrisa.

—¿Recuerda en qué año se casó con Sally?

—El mismo en que la familia se deshizo del *pub*. Aquel verano hubo cantidad de fiestas. La coronación, la boda y la despedida.

—1953 —contribuyó inesperadamente el viejo.

Miré a Alice.

Se había vuelto a poner las gafas y me estaba estudiando a través de ellas como si estuviera madurando una decisión.

—¿Theo?

—¿Sí?

—No creo que pueda enfrentarme sola con Harry.

—¿Tienes que enfrentarte con él?

Suspiró.

—Es esencial. Él tiene que saber todas las respuestas.

—Y quieres que yo te lleve a Bath.

Al salir, di las gracias a la camarera y la invité a un Martini. El viejo se reanimó y dijo que lo suyo era una pinta de Usher y añadió que era probable que aquella fuera la que se había ganado más limpiamente desde el año de la coronación.

13

NO ME IMPORTA DECIR, como medievalista que soy, que la tan cacareada arquitectura georgiana de Bath me deja frío. Y que la encuentro aburridamente gris. En mis dos años de doctorado en Bristol no estuve más de tres veces en Bath (ciudad de la que estaba separado por un trayecto en tren de veinticinco minutos) y siempre para visitar las librerías de ocasión.

Sin embargo, en aquel atardecer de octubre, mientras me acercaba en coche a la ciudad al anochecer, con Alice a mi lado, me fue dado contemplarla desde las alturas que se levantan en su parte sur, y la imagen me cautivó. Bajamos del coche para disfrutar mejor de aquella vista. Los rayos del sol, anaranjados a esa hora, atravesaban una nube púrpura y recortaban el complicado perfil de los edificios con cegadora claridad. Desde la sombra de las colinas que rodeaban la ciudad, hileras de luces, igual que fulgurantes gotas de agua, convergían hacia la abadía, inundada de luz.

Yo estaba al lado de Alice. No se había molestado en trenzarse el pelo al salir del *pub* y unas hebras de sus cabellos se agitaban y me rozaban la mejilla. Acerqué la mano a la suya y nuestros dedos se enlazaron. Cuando volvió el rostro hacia mí para decirme algo, bajé el mío para besarla.

Pero ella se hizo atrás, como si yo tuviera la peste.

En cambio, era la misma chica que la noche anterior se había despojado de todas sus ropas y me había esperado en la cama.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No quiero —dijo mientras daba otro paso hacia atrás.

Sonreí como tomando la cosa en broma.

—No me importa jugar a robar besos, pero sí con este código.

Alice se ruborizó.

—¿Qué quieres decir?

—Que te lo tomes con calma.

Tirándose nerviosamente del cabello, explicó:

—Siento fastidiarte, pero no me sentiré tranquila mientras tenga todas estas cosas en la cabeza.

Así es que volvimos a meternos en el coche y comenzamos a bajar la cuesta en dirección a Bath. No soy de los que tratan de imponerse a las mujeres, ni tampoco de los que les van con súplicas. Pensé que lo mejor era olvidarlo, pese a que la cuestión seguía preocupándome.

No había tiempo para entregarse a reflexiones. Estábamos en el Circus, nos aproximábamos a Royal Crescent y todavía no nos habíamos puesto de acuerdo sobre la manera de enfocar el encuentro con los Ashenfelter. No es que esperásemos que salieran a recibirnos con una escopeta, pero preveía que surgirían problemas si Alice le salía a Harry con un montón de quejas por el hecho de haber abandonado a su madre. Antes de enfilar Brock Street, di una segunda vuelta al Circus.

—En cuanto a esta gente... —dije—. Debemos tener presente que no nos han visto desde que éramos niños. ¿Por qué no te mantienes en el anonimato, por lo menos al principio?

—¿Quieres decir que no les diga quién soy?

—No tienes por qué facilitarles la información. La cosa podría llevarnos por mal camino.

—Lo encuentro tortuoso. A mí me gusta ir al grano con la gente —dijo, con aire titubeante.

—¿Como cuando te instalaste con la bandeja en mi mesa, en el restaurante de Ernestine?

—Te dije cómo me llamaba —protestó tomando aliento.

—¿Y qué más?

—Necesitaba conocerte primero.

—Ganar mi confianza.

—Bueno, sí, pero... —su voz se arrastraba indecisa.

—De lo que hay que hablar ahora, Alice —intervine—, es de lo

que piensas sacar de ese encuentro... suponiendo que se avengan a hablar con nosotros. Si lo que quieres es una reunión de familia, es cosa tuya, pero si lo que buscas es que te den algunas aclaraciones con respecto a la conducta de Duke en 1943, te aconsejo que hagas las cosas a mi manera.

Tras una pausa para reflexionar, murmuró:

—¡Está bien!

Yo, por así decirlo, había soltado las amarras de Bath, así que no iba ahora a encandilarme con Crescent. Para los que no conozcan el sitio, diré que está construido en terreno elevado y que ofrece una vista de la ciudad al otro lado de un parque abierto. Está constituido por un único bloque de treinta casas de tres pisos, que forman una curva elíptica, con una fachada de catorce columnas jónicas y una balaustrada a la altura del tejado. ¿Qué más hay que decir?

Pasamos rebotando por la carretera empedrada y paramos bajo un farol, en el extremo opuesto de la misma. Alice confirmó que detrás de las persianas de Harry había luz.

Harry en persona nos abrió la puerta.

Le pedí disculpas por haberlo molestado y le expliqué que veníamos de Christian Gifford y que yo era el niño refugiado con quien él y Duke habían hecho amistad en 1943.

Sin embargo, aquellas palabras no fueron el pase de entrada con el que yo esperaba franquearme la puerta.

—¿De veras? —dijo, sin mostrar la más mínima sombra de interés.

Los años habían abierto surcos en el perfil de Harry y habían hecho de un rostro parecido al de James Cagney otro que estaba más próximo a Edward G. Robinson; bolsas alrededor de los ojos, papada bastante acusada, menos cabello y bifocales de montura gruesa. Nunca había sido demasiado de buen ver, pero daba la impresión de que el tiempo se había llevado toda su alegría. Llevaba zapatillas de piel, pantalones de color claro y un cardigan grueso de color marrón.

—Un tiempo espantoso para todos —intervine—. Te lo aseguro, me he sentido más que agradecido por la amabilidad que han tenido con nosotros las gentes de aquí.

—¿O sea que?

—Sí, pues que cuando he sabido que vivías en Bath, me ha faltado tiempo para pasar por aquí para ver si te localizaba.

Ya empezaba a sentirme como una especie de vendedor de esos que van de puerta en puerta.

—¿Quién te ha dicho que vivía aquí? —preguntó Harry con aire de quererlos estrangular cuando lo supiera.

—En el *pub*. Me han dicho que volviste a Inglaterra para casarte con Sally. A propósito, ¿cómo está Sally?

Se llevó la mano rechoncha a la barbilla en un gesto defensivo:

—¿Conoces a Sally?

—Hemos recogido manzanas juntos, ¿o no?

Mi primera pregunta le había dado una salida.

—Sally no está muy bien, así que ya me perdonarás si no os invito a entrar.

Estaba a punto de rendirme y de dar un empujoncito a Alice para que interviniera con un «adivina quien soy» cuando, de pronto, llamó desde dentro una voz de mujer:

—¿Quién hay, Harry?

Y acto seguido apareció Sally, ataviada con una bata blanca de estar por casa y unas chinelas de plumón.

Deduje en seguida que era ella. Llevaba gafas oscuras y su cabello pelirrojo había adquirido un tinte anaranjado sintético. A diferencia de Harry, había perdido peso desde los tiempos de las manzanas. Mucho peso. Tenía un aire macilento.

Harry se quedó en la puerta y, hablándole por encima del hombro, le dijo:

—No es preciso que salgas. Puedo arreglármelas solo.

Sally, afortunadamente, pasó por alto su observación.

—¿Es alguien que yo conozco? —preguntó detrás de Harry, poniéndole una mano en el hombro.

—¿Cómo dices que te llamas? —me preguntó Harry, como si las palabras fuera atragantándosele una tras otra en el cuello.

Se lo dije.

Se lo repitió a Sally, gritando como si estuviera sorda, y añadió:

—Es el refugiado que estuvo en casa de los Lockwood durante la guerra.

—¿El niño del flequillo al que le faltaban los dientes de delante?

—dijo Sally con una sonrisa—. ¡Vaya mundo tan curioso! Y ha

venido con su señora... Pero ¿qué haces, Harry? ¿Cómo los dejas en la puerta? Hazlos pasar, por el amor de Dios, y que tomen algo...

Harry decidió que aquello no tenía por qué convertirse en un punto de fricción. Se encogió de hombros y dio un paso atrás, permitiendo así que Sally tuviera ocasión de estrecharnos la mano. Yo le presenté a Alice, dándole únicamente el nombre de pila. Estoy seguro de que Harry no la reconoció. Cuando él se había ido de su casa, Alice solo tenía ocho años.

Yo me esperaba encontrar relojes de los tiempos del abuelo y mesas de palo de rosa, pero la sala de estar en la que nos hicieron entrar estaba amueblada a base de acero, vidrio y cuero blanco. Lo único antiguo de la habitación era la chimenea de mármol y las molduras del techo. Sally, que evidentemente estaba acostumbrada a que la gente se quedara con la boca abierta, explicó:

—Aquí la gente se figura que tenemos pájaros en la cabeza para llenar una habitación como esta de muebles modernos, pero a Harry le gusta evadirse de sus negocios.

Me encantaba oírla hablar de aquella manera, porque me recordaba los tiempos de Somerset, cuando había recogido para Duke frases como la ya citada: «*Or I then?*».

—¿Tienes una tienda en Bath? —pregunté.

—Nones —respondió Harry, en un tono que me hizo desear no habérselo preguntado.

—Tiene tres almacenes. Dos en Bristol y uno en Londres —explicó Sally.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó Harry.

Había ignorado a Alice, así que me volví hacia esta para incluirla en la invitación.

Alice me dedicó una sonrisa crispada; estaba extremadamente nerviosa.

—Un zumo de frutas me va perfectamente, si lo tiene.

—Tengo barriles llenos —dijo Harry, como dando la culpa a alguien de que así fuera—. ¿Y tú? ¿Qué vas a tomar?

—Un scotch con soda.

Harry iba a salir de la habitación cuando Sally gritó:

—Y para mí un vodka y... —pero no terminó, porque él había ignorado sus palabras.

Sally nos indicó los asientos con la mano y nos ofreció

cigarrillos; tomó uno a su vez y se quedó de pie junto a la chimenea, dejando asomar por la abertura de la bata toda su pierna desnuda.

—Harry es una auténtica águila en el mundo de las antigüedades —nos explicó—. Habéis tenido una gran suerte de encontrarlo en casa, porque siempre está viajando de aquí para allá. Compra inmuebles y exporta gran parte de los enseres a los Estados Unidos.

En ese punto sus ojos viajaron hasta mis zapatos.

—Así que habéis pasado un día en el campo...

Había observado la alfombra blanca al entrar, pero había olvidado el estado de mis zapatos. Se observaba un rastro de mis pisadas hasta la silla donde me había sentado.

Alice, advirtiéndome que me había quedado muy azorado, respondió por mí.

—Sí, tiernos ido a visitar la granja donde vivió Theo durante la guerra.

—¡Oh, eres americana! —dijo Sally—. Harry estará encantado...

Yo, sin embargo, no opinaba lo mismo. Volví a meter baza, aprovechando el pie que acababa de darme Alice.

—Sí, la granja no ha cambiado demasiado.

—Bueno, salvo la parte de la huerta —comentó Sally, aspirando una bocanada de humo—. Han arrancado todos los árboles.

—¡Es lógico! —dije. Me ha sorprendido que los Lockwood siguieran trabajando en la casa.

—¿Los Lockwood? Son gente fuerte —dijo Sally—. ¿Has hablado con ellos?

—Solo con Bernard, el hijo.

—Ahora él se encarga de todo, tanto de la granja grande como de Lower Gifford. Los viejos solo se ocupan de las hortalizas, que cultivan detrás de la casa, de nada más.

—¿Te tratas con ellos?

Sally movió negativamente la cabeza.

—Barbara era una amiga de verdad, que Dios la tenga en su gloria, y su madre ha venido aquí alguna vez a tomar un café, pero no tengo tiempo para los hombres de aquella casa.

—¿Vas al pueblo de vez en cuando?

—Siempre que puedo. Conozco tanta gente... Harry hace muchos negocios a través de la taberna. Él no para nunca.

Y se quedó un momento manoseando la solapa de la bata.

—Cómo encuentro a faltar los viejos tiempos...

—¿Cuando recogías manzanas?

—¡Cuánto nos divertíamos!

—Cuando predecíamos el futuro con las pepitas.

Me sonrió.

—¿Te acuerdas?

—Como si fuera ayer. Barbara partió la manzana en dos mitades y salieron tres pepitas. Hojalatero, sastre, soldado...

La expresión del rostro de Sally sufrió un cambio.

—La pobre partió la pepita del soldado con el cuchillo. Aquello la impresionó muchísimo. Como estaba embarazada y después de todo lo que había pasado...

—¿Sabías que estaba embarazada?

—Entre las dos no había secretos. Iban a casarse.

—Creo que él ya tenía mujer y una hija —dije yo con toda la suavidad que pude.

—¡No es verdad! —dijo Sally, moviendo negativamente la cabeza.

—En América.

Hubo un embarazoso silencio, al que puso fin el crujido de los tablones del pavimento, provocado por los pasos de Harry.

Sally, con voz débil y ahogada, todavía pudo decir:

—No entiendes nada...

Y con un súbito cambio, se dio la vuelta, levantando la voz para dirigirse hacia la puerta, que se abría en aquel momento:

—Menudo chaparrón el de esta tarde, ¿verdad, Harry?

Este dio la callada por respuesta. De hecho, daba la impresión de que la ignoraba siempre.

Yo no estaba en vena para seguir el rumbo de aquella conversación, porque el último comentario de Sally me había dejado sumido en profundas cavilaciones. Hubiera querido preguntar más cosas pero, dada su forma de reaccionar ante la presencia de Harry, comprendía que el momento no era oportuno.

Harry había traído bebidas. Su mujer, mirando la suya, preguntó:

—¿Y eso qué es?

—Zumo de piña —dijo Harry, sin mirarla siquiera—. Las señoras

toman zumo de piña.

—¡Habrased visto! —exclamó Sally, encaminándose hacia la puerta—. Será con vodka.

Pero él, con un reflejo sorprendentemente rápido, dijo:

—Sin.

Sally, clavando en él sus ojos, le espetó:

—¡Imbécil!

Y desasiéndose de su mano, salió corriendo de la habitación.

Harry, con aire de extraordinaria complacencia, le gritó:

—¡Lo he guardado bajo llave! —y, dirigiéndose a nosotros, nos explicó como quien no quiere la cosa—: Tiene prohibido el alcohol.

Siguió un silencio oprimiente. Ahora le correspondía a él iniciar una nueva conversación y yo no estaba dispuesto a echarle una mano.

La cosa dio resultado.

—¿Así que recuerdas a Duke? —dijo.

Yo moví la cabeza afirmativamente.

—¡Un gran tipo! —dijo Harry—. ¡Fue una verdadera lástima!

Esperé a que siguiera y, cuando lo hizo, fue para decir algo tan sensacional como todo cuanto había dicho Sally.

—Pensar que ahora podría estar vivo...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alice en un hilo de voz, a punto casi de saltar.

—Lo que oyes, encanto. Duke era inocente. Yo habría podido sacarlo del atolladero.

Harry cogió un cigarro puro de un tarro de cerámica, colocado en la repisa de la chimenea, y nos hizo esperar mientras se entregaba al ritual de encenderlo.

Para indicarle que necesitaba que me convenciera de lo que acababa de decir, comenté:

—Dices que habrías podido salvarlo. En realidad no lo hiciste.

Harry fijó en mí sus ojos a través del humo:

—¿Cómo? ¿Dónde estaba yo en 1945, cuando se celebró el juicio? En un sitio cualquiera del lado de acá de Berlín, después de la victoria. Al terminarse lo de Normandía, ya no volví a ver a Duke. Después del desembarco fuimos destinados a unidades diferentes. Cuando supe del asunto fue en agosto de 1945, delante de un vaso de cerveza. El cura castrense, de vuelta, me dijo que si

me acordaba de Duke Donovan, aquel neoyorquino alto que escribía canciones, y que si estaba enterado de que lo habían reclamado en Inglaterra y lo habían colgado por asesinato. ¡Cuando me enteré...!

—¿Quieres decir que habrías sido el principal testigo de la defensa? —dije con aire escéptico.

—¿Tengo que hacer ahora el papelito delante de ti? —dijo Harry, en tono sarcástico.

Alice se había sentado en el mismo borde del asiento y tenía los nudillos, blancos por la presión, apretados contra la mandíbula.

—¿Cómo sabes que mi padre era inocente?

Se habían terminado las reglas de juego, pero ¿quién habría podido culparla? Había pronunciado aquellas palabras sin pensar. Se sentía tan agitada que la sola mención de su padre había desencadenado en ella aquella reacción automática.

Harry, igual que un perro sabueso, cazó la frase al vuelo.

—Pero ¿quién eres tú?

Alice clavó en él sus ojos y se produjo un silencio como de piedra. Dudo que la chica estuviera en condiciones de pronunciar palabra.

—Es la hija de Duke y Eleanor Donovan —dije yo por ella.

Harry soltó una risita rápida y nerviosa.

—¡No me digas! ¿Conque la hija de Elly? ¿Esta es la hija de Elly? ¿Y por qué no lo habéis dicho, por el amor de Dios?

—No sabíamos cómo ibas a reaccionar —dije, con absoluta sinceridad.

Se quedó un momento abstraído, como si luchara entre la indignación y seguramente un resto de sentimientos.

—¿Te imaginas? Yo me casé con su madre, ¿lo sabías? Yo soy su padrastro.

Dio dos pasos en dirección a Alice como advirtiéndole que se imponía una demostración paternal de algún tipo y avanzó la mano hacia el hombro de la chica, aunque sin llegar a tocarlo. Después la dejó caer lentamente y preguntó:

—Dime, Elly todavía...

—Murió —contesté por Alice.

—¡No! —dijo Harry, con la torpeza propia de un exmarido que manifiesta una preocupación en realidad no existente—. ¡Qué cosa tan terrible!... ¿Cómo fue?

—Un accidente de coche este mismo año.

—Nadie me ha comunicado nada —dijo, levantando la mirada hacia el techo.

—¿Te sorprende después de que tú las abandonararas? —dije, sin asomo de piedad.

Pero él, sin hacerme ningún caso, dijo:

—Alice, nena, si puedo hacer algo por ti...

—Simplemente, hablarme de mi padre... —dijo, sin levantar los ojos.

Harry asintió con la cabeza y, cogiendo su vaso, dijo:

—Antes que nada, necesito otra copa. ¿Alguien más quiere algo? Nos dejó solos un momento.

—¿Quieres un sorbo? —dije a Alice, ofreciéndole mi *whisky*.

Ella me dijo que no con un movimiento de cabeza.

—No te hagas demasiadas ilusiones con Harry —le advertí—. Es posible que quiera tomarnos el pelo.

No sé si oyó mis palabras, pero no había pasado un segundo y Harry estaba de vuelta en la habitación, dispuesto a continuar, como un actor en una segunda toma. Pero esta vez, con más brío.

—De acuerdo, Alice, si quieres conocer toda la verdad sobre tu padre, has llamado en la puerta exacta. Yo y él éramos carne y uña. En

Queen's

pertenecíamos al mismo club de béisbol. ¿No estabas enterada? —e hizo con la mano el gesto del lanzador—. Tu madre solía venir a vernos. Ella había ido al instituto con Duke. Eleanor Beech... Rubia como tú e igual de guapa. Bueno, casi... Te enseñaré fotografías.

—Basta con tu palabra —observé con acritud.

—Como quieras. Elly Beech era la chica de Duke, aunque yo a veces quedaba con ella —y se sonrió recordándolo—. Quedaba con ella, es decir, la invitaba a un helado en la tienda del barrio y después la llevaba a casa. Duke era más alto que yo, más guapo, con un aire de irlandés delgado y moreno que gustaba a las chicas.

Harry hizo una pausa para dejar que apreciáramos hasta qué punto era buen amigo de Duke, y añadió:

—Pero yo tenía un par de años más que él. Tenía más mundo. Sabía imitar las voces, la hacía reír... Quizá era más bajo que la media de hombres, pero esto no ha sido nunca un problema para mí

en el trato con las mujeres.

Yo pensé que, aunque aquel mal nacido no hubiera tenido nunca problemas con las mujeres, por lo menos había sido el causante de muchos problemas femeninos.

Harry ingresó en el ejército en diciembre de 1941, un día después de que América entrara en guerra.

—La cosa me fue muy bien. Los primeros voluntarios se promocionaron estupendamente. Al cabo de dieciocho meses ya era sargento. Se lo dije a Duke y él también quiso alistarse así que tuvo edad para hacerlo. Fue en el cuarenta y dos. Necesitaba la paga para casarse con Elly, cosa que hizo en el cuarenta y tres.

Alice dio la fecha exacta:

—El 5 de abril.

Harry le dedicó una amplia sonrisa:

—Gracias, nena. Seguro que tienes razón, porque solo estuvieron casados un par de meses antes de junio, mes en el que fuimos destacados a Shepton Mallet, Inglaterra. Un gran nombre para un pueblo de mala muerte. Una cruz de piedra, una cárcel y cinco mil soldados más aburridos que ostras. ¿Es de extrañar que me degradaran por haber llevado chicas a la base por la noche?

Como no sabía qué contestar, dije:

—No he estado nunca en Shepton Mallet.

—Da igual —continuó Harry—. Así que fui degradado a la categoría de soldado raso, y como era lógico esperar me junté con mi compañero Duke. Cogíamos un *jeep* y salíamos a hacer correrías por los alrededores. En la sección me tenían una gran simpatía.

—¿Y Duke? —le corté rápidamente—. ¿Qué situación era la suya?

—Normal. Popular. Era un buen músico. Escribía las canciones que cantaba. Nos lo pasábamos la mar de bien con él, puedes creerlo.

Yo hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Barbara me contó lo del Día de Colón en la base. Había quedado muy impresionada con las canciones de Duke.

—¿En serio? Sí, estoy seguro de que habría podido ganarse la vida haciendo canciones. Más bien baladas y canciones del oeste que canciones pop. Tenía también intención de escribir canciones en el dialecto de Somerset. Le divertía mucho la manera de hablar

de la gente de aquí.

—Lo sé. Yo le recogía palabras y frases y él hacía listas con ellas.

Harry aspiró una bocanada de humo y me miró con un poco más de respeto.

—Exactamente —dijo—. Eso es lo que hacía. Dicho sea de paso, Duke y sus listas de palabras me fueron de perlas cuando empecé a salir con Sally.

—¿Por qué? ¿Es que no la entendías?

—¿Cómo lo sabes? —exclamó, haciendo una mueca—. Bueno, no es que fuera totalmente incomprensible. Lo que pasa es que sus padres eran muy severos y no querían que saliera con un soldado americano, pero si éramos cuatro, ya no tenían nada qué decir. Por eso convencí a Duke de que se aparejara con Barbara —esbozó una sonrisa de complacencia—. Le dije que era un medio de conocer más palabras de Somerset y él picó.

—¿Ah, sí? —dije devolviéndole la sonrisa.

—¡Al momento! ¿Para qué voy a engañarte?

Aquello no encajaba con lo que yo sabía de Barbara. Durante aquel otoño casi todas las noches había salido para ir a la parte alta del prado. Mentía a sus padres. Les decía que salía con Sally cuando, en realidad, a quien veía era a Duke. A veces, al volver entraba en mi cuarto, con el rostro arrebolado por el amor y los labios hinchados de tantos besos. Yo estaba al corriente de los hechos e incluso me habían castigado por guardar aquel secreto. No habría soportado la paliza que me había dado la señora Lockwood si no hubiera existido una razón que la motivase.

—Quizá te llevaba la corriente... —dije a Harry.

Harry lo admitió hasta cierto punto.

—Pero es seguro que lo hacía para ayudarme. Era un gran amigo.

—Duke y Barbara se querían —le dije claramente para que lo entendiera.

Oí que Alice lanzaba un profundo suspiro.

—No es probable —dijo Harry.

—¡Por Dios, pero si estaba esperando un hijo...!

Alice profirió un grito de protesta. Yo evitaba mirarla, porque quería que aquello quedara únicamente entre Harry y yo.

Harry arrojó a la chimenea el puro a medio fumar y avanzó

hacia mí, con la barbilla recorrida por temblores y el rostro enrojecido por la indignación.

—Levántate y repítelo.

A través del humo que se interponía entre él y yo, repliqué:

—No tienes más que leer el informe forense. En él se especifica que estaba embarazada de dos meses.

Me agarró por el jersey y trató de levantarme, pero yo me aferré a los brazos de la butaca y resistí el envite. Tengo hombros y brazos fuertes, porque estoy acostumbrado a utilizarlos más que el común de las gentes.

Y así habríamos permanecido un cierto tiempo, yo agarrado por Harry, si Alice no hubiera intervenido y, cogiendo mi bastón, no se lo hubiera hundido en las costillas, gesto que le obligó a retroceder, titubeante, derribando una mesita con la parte superior de vidrio y mi vaso al mismo tiempo.

Alice estaba desconocida y sus ojos brillaban tras sus gafas con montura de oro.

—Suéltalo ya, ¿quieres? —ordenó a su padrastro.

Frotándose el costado, Harry dijo apresuradamente:

—Ha insultado a mi amigo.

Alice clavó su mirada en él y dijo:

—La lealtad no es tu fuerte, Harry.

Y a continuación, para sorpresa mía, y también para bochorno mío, me dijo:

—Y tú deja de atacarlo con todas estas estupideces. Aquí hemos venido a escuchar, no a pelear. La artista soy yo, y no voy a dejar que nadie me pise el papel.

Fue como una patada en los dientes. Sentí que mi animosidad iba remitiendo poco a poco. Por culpa de aquella cabezona, obsesionada por su padre, había sacrificado mi final de semana, perdido horas de sueño, peleado con la prensa, tragado carretera hasta Somerset, enfrentado con un granjero hostil que estaba armado con una escopeta y arruinado un traje.

Y aún habría podido añadir que, de haber dejado que ella se encargara de hacer la introducción, todavía estaríamos en el umbral de la puerta.

Pese a todo, dominé la indignación que me invadía y únicamente le dediqué la mirada propia del hombre que ha agotado

todas sus reservas.

—¿La artista? Pues actúa como te apetezca.

Había que concederle el mérito que le corresponde. No titubeó. Aquel cambio repentino de los acontecimientos le había puesto los nervios de punta; se echó para atrás los cabellos desde su nacimiento en la frente, se puso el bastón bajo el brazo, igual que un sargento en el momento de hacer ejercicios, y dijo a Harry:

—Recoge la mesa.

Y este obedeció sin rechistar.

14

—¿PORQUÉ NO TE SIENTAS?

Así que Harry obedeció su orden, Alice le dirigió una mirada fría, que nada tenía de filial.

—Has dicho que tú habrías estado en condiciones de puntualizar algunos extremos delante del tribunal. Esta es tu ocasión de nacerlo. Voy a hacerte retroceder hasta los días cruciales de 1943.

Con un aire de autoridad que hubiera resultado muy propio de un experto abogado en el momento de interrogar a un testigo, fue arrancando a Harry toda la historia: como él y Duke me habían conocido en la tienda de la señorita Mumford, cómo habían ido en el *jeep* hasta Gifford Farm, cómo habían conocido a Barbara y cómo se habían ofrecido a recolectar manzanas.

—¿Por qué? —preguntó Alice.

Harry levantó las cejas, pero no dio ninguna respuesta. Toda su jactancia había desaparecido.

—Quiero saber por qué os ofrecisteis a prestar ayuda.

—Éramos dos soldados aburridos que querían beber gratis y hacer amigos. Supongo que por esto.

—Barbara era el foco de atracción, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Era guapa. Tenía la piel más blanca del mundo, unas mejillas sonrosadas, un cabello negro y sedoso. Era una maravilla de chica, aunque un tanto distante.

A tan conmovedora apología todavía añadió una nota a pie de página:

—Yo, de todos modos, no esperaba ganarme sus favores.

—¿Duke sí? —preguntó Alice.

Por si todavía no hubiera habido pruebas bastantes para demostrar su autocontrol, este había quedado totalmente comprobado en la manera de formular aquella pregunta, como si aquel padre de quien nunca hasta aquel momento había podido mencionar el nombre sin que le temblara la voz, se hubiera convertido de pronto en una cifra.

Harry movió negativamente la cabeza.

—Era un hombre casado.

—También lo eran centenares de otros soldados que salían con chicas inglesas —dijo Alice—. Puedes ser franco conmigo.

—En todo el tiempo que estuvo aquí, jamás miró a una mujer.

—Eso no es verdad —dijo Alice en el mismo tono razonable de antes—. Acompañó a Barbara la noche del concierto del Día de Colón.

Pero la compostura de Alice no hacía mella en Harry y la voz de este no pasó de un graznido de protesta:

—Fue para ayudarme.

Y en seguida sus palabras se apelonaron como un torrente.

—Hace veinte años de todo eso. Las buenas chicas iban de dos en dos, amparándose en la compañera frente a tíos como yo, ¿comprendes? Yo no podía salir con Sally si no encontraba a alguien que fuera con su compañera. Y el papel le tocó a Duke. Él iba al volante, empleando sus manos para conducir, mientras que Barbara iba sentada a su lado, con las manos en el bolso. Ni siquiera hablaban. La acción se desarrollaba en el asiento de atrás.

—¿Y en noches sucesivas?

Harry adoptó un aire de sorpresa.

—¿Acaso no se encontraban en secreto? —preguntó Alice.

—¿Dónde, por el amor de Dios?

—En los prados que rodean la granja. Barbara salía a pasear por las noches. Duke debía de esperarla en el *jeep*.

—Oye nena, ¿quién te ha vendido esta patraña?

Alice no respondió. Ni siquiera me miró.

—Escucha bien —dijo Harry—, Duke se pasaba la mayoría de las noches escribiendo a Elly. Puedes creerme. De haber salido por las noches con el *jeep*, yo lo habría sabido. Por todos los santos, ¿no

ves que yo estaba con él?

—Quizá te lo ocultaba.

—¡Narices!

Alice, que seguía absolutamente serena, dijo:

—Sigamos mirando para atrás, ¿quieres? Un día hubo una partida de caza con la participación del señor Lockwood y de su hijo.

Harry asintió con la cabeza.

—¡Bah, tonterías! La única arma de que disponíamos era una cuarenta y cinco. Una pistola, una automática. No matamos nada. Y me adelanto a tu pregunta para decirte que Barbara no formaba parte del grupo.

—Pero en otra ocasión sí os la llevasteis.

—Sí, pero aquello era diferente. Duke había prometido al chico que le dejaría disparar con la cuarenta y cinco.

Harry clavó en mí sus ojos:

—¿Es verdad o no?

Yo se lo confirmé.

—Barbara no hizo más que juntarse al grupo —continuó—. Disparamos unos cuantos tiros a una lata de aceite.

—¿Y después?

—Pues dejamos la pistola en el paragüero de la casa, donde el viejo Lockwood guardaba sus escopetas.

Y con una sonrisa taimada añadió:

—Aquella 45 era como las botellas de Coca-Cola
: no retornable.

—Esto significa que hubiera podido cogerla cualquiera el día en que se cometió el asesinato.

Harry no hizo ningún comentario.

—Hablemos del prensado de la sidra —prosiguió Alice—. Durante todo el tiempo que duró el proceso tú y Duke visitasteis varias veces la granja, ¿no es así?

—Por supuesto que sí.

—Y visteis cómo el señor Lockwood metía el cordero en los barriles.

—Claro.

—Y oísteis que Bernard decía que había visto la bicicleta de Cliff

Morton tirada en una cuneta de la granja.

La respuesta de Harry fue esta vez más dogmática, puesto que, levantando en el aire un dedo gordezuelo, puntualizó:

—Esto es harina de otro costal. Duke vio en contadísimas ocasiones al chico que fue supuestamente su víctima. La primera vez que fuimos a recoger manzanas, me estoy refiriendo al mes de septiembre, hubo cierto incidente. Me parece que atraparon a Morton cuando estaba con Barbara. Y le dieron la patada del año. Ya no volvimos a verlo nunca más.

Llegados a este punto de la conversación, quise hacer una acotación. Harry estaba apartándose tanto del tema que no pude evitar la intervención.

—Que Duke conociera al hombre poco tiene que ver con el caso. El motivo no fueron los celos. Si lo mató fue por la agresión salvaje de que hizo objeto a Barbara.

Pero la intervención me valió la recompensa de una mirada glacial por parte de Alice.

—¿Me permites continuar? —preguntó en un tono que dejaba fuera de toda duda que tenía intención de continuar.

Y volvió a la carga con Harry:

—Aquella tarde fuiste con Duke en el *jeep* con la intención de invitar a las chicas a una fiesta.

—Sí, la del Día de Acción de Gracias —confirmó Harry—. Y antes de que me lo preguntes, te diré que yo era el organizador. Aquella iba a ser mi noche. Posiblemente no lo creas después de lo que acabas de ver, pero en aquellos tiempos Sally estaba loquita por mí. Yo sabía que la chica estaba a punto de caramelo. Lo único que tenía que hacer era prepararlo y ganarme a la familia Shoesmith. Así es que volví a pedir a Duke que acompañara a Barbara. Tenía que conseguir que él accediera y su afición a escribir canciones jugó a mi favor. Entonces estaba escribiendo canciones en el dialecto de Somerset, sirviéndose de las palabras que había oído. Las tenía escritas a medias y todavía le faltaban algunos versos.

—Y tú le dijiste que Barbara le ayudaría en la tarea.

—Has dado en el clavo.

—¿Estás absolutamente seguro de que no había nada entre los dos?

—¿Entre Duke y Barbara? Ni por asomo.

—¿Ni por parte de uno ni por parte del otro? Quiero decir que tampoco por parte de Barbara. ¿Se había hecho ideas románticas en relación con Duke?

—Lo dudo. Si me pides mi opinión, te diré que salía para hacer un favor a Sally.

—Quizá debería preguntárselo a Sally... —dijo Alice con aire pensativo.

—¡Claro! ¿Por qué no?

Parecía que Harry estaba deseando que los reflectores iluminasen a otro personaje.

—Acabemos primeramente con esta parte. Creo que pasaste a recoger a Sally camino de la granja.

—Exacto.

—¿Y qué más?

Harry, haciendo acopio de resignación, volvió a coger el hilo del relato.

—La fiesta resultó una sorpresa para ella. No había oído hablar nunca del Día de Acción de Gracias, pero estuvo encantada cuando la invité. Le dije que recogeríamos a Barbara de camino. Se pintó y se puso un vestido muy bonito y al poco rato volvíamos a estar en la carretera.

—¿Cuándo llegasteis a Gifford Farm?

Harry se quitó las gafas y las limpió como haciendo esfuerzos para recordar lo ocurrido.

—Había un ambiente de fiesta, no por ser el Día de Acción de Gracias, sino por lo de la sidra. Estaban prensando la última carga de manzanas y la máquina funcionaba a todo vapor. El viejo Lockwood había obsequiado a todo el mundo con sidra extra y había despedido a los braceros antes de tiempo. La señora Lockwood había hecho pastelillos y crema, pero nosotros estábamos emperrados en pedir a Barbara que viniera a la fiesta, para que así pudiera irse preparando.

—¿Hablasteis a los Lockwood de la fiesta?

—No hubo necesidad. Sally, que nos acompañaba, llevaba un vestido de seda color de rosa.

—Pues debía de pasar frío...

—¿Sentada en mis rodillas? ¡No fastidies! Y para contestar a tu pregunta, te diré que les hablamos de la fiesta y que no pusieron

ninguna objeción, y que Duke y yo fuimos a buscar a Barbara. Nos dijeron que debía de estar ordeñando las vacas, pero no la encontramos. Las vacas seguían sin ordeñar, y aguardaban con las ubres a tope. Volvimos a la granja para ver si alguien sabía algo. Nada.

Aquí Harry se calló y, con un movimiento de cabeza hacia el lugar donde yo me encontraba, dijo:

—Que él te cuente el resto.

Pero Alice no pensaba soltarlo tan fácilmente.

—Él ya me lo ha contado —dijo con voz firme y resuelta—. Si he venido aquí, ha sido para escucharte a ti.

—¿Todos los hechos?

—Lo que se dice todo. Absolutamente todo.

—Pues me parece que no te va a gustar —le advirtió.

—Pruébalo —dijo Alice.

Mientras escuchaba, yo iba fluctuando entre la indignación y la admiración. Era admirable cómo había sabido manejar a Harry, dominándolo sin despertar su hostilidad. Tenía grabada como sobre piedra aquella historia inconexa, tan marcadamente subjetiva, que yo había ido desgranando en sus oídos la noche antes. Y lo que era más admirable todavía era que la había reducido a su adecuada secuencia, igual que si hubiera sido un ordenador encargado de procesarla información. Puede creermelo si le digo que me dolían las críticas que me había dedicado y que estaba resentido al ver que no rechazaba de plano algunas de las afirmaciones que Harry se empeñaba en hacer, si bien me veo obligado a admitir que consiguió más información de él que la que yo habría conseguido.

Pese a todas las negativas de Harry, los detalles más interesantes llegaron al final.

—Yo estaba al margen —insistió—. Me enteré de la violación por Sally, y esta lo supo por la señora Lockwood.

—Bueno, no vamos a saltarnos esta parte —dijo Alice—. Estábamos en que las vacas estaban por ordeñar y en que no había ni rastro de Barbara.

Harry volvió a ponerse las gafas y parpadeó aturdido:

—Ya sabes qué ocurrió. El chico descubrió a Cliff Morton cuando estaba violando a Barbara y corrió a decirlo a la primera persona que encontró, que en ese caso fue Duke.

Pero Alice, con serenidad, le interrumpió:

—No. No es eso lo que te estoy preguntando, lo que me interesa saber es qué estabas haciendo tú.

Silencio.

Harry se revolvió en su asiento.

—Pues... me uní a los que empezaron a buscar.

—¿En qué sitios estuviste buscando?

—En los cobertizos de las vacas. Tardé bastante. Todos los establos...

—Por supuesto, no encontraste nada. ¿Oíste algo?

Harry se quedó reflexionando en la pregunta.

—El molino de la sidra todavía estaba funcionando.

—De acuerdo, lo oíste funcionar. ¿Se produjo algún otro ruido?

—No.

—Registraste el cobertizo de las vacas. ¿Y después?

—Volví de nuevo a la casa.

—Así pues, tuviste que atravesar la era.

—Sí, claro.

—¿Viste a alguien?

—A Barbara, con su madre. Iban delante de mí, en dirección a la puerta de la cocina. Pensé que, por suerte, la habían encontrado. Ahora tenía que buscar a Duke, para conseguir que la invitase a la fiesta. Ya me disponía a hacerlo, cuando me di cuenta de que ocurría algo. Eché otro vistazo a las dos mujeres, ambas de espaldas, justo en el momento en que iban a atravesar la puerta de la cocina. La señora Lockwood tenía las manos en los hombros de Barbara... así. Barbara llevaba el cabello suelto y tenía la cabeza inclinada para atrás, como sacudida por convulsiones, como si estuviera histérica.

—¿Chillaba?

Harry se encogió de hombros.

—La maldita máquina seguía funcionando. Me pareció que la señora Lockwood la sostenía con el brazo. Se metieron dentro. Yo me quedé allí un momento, rascándome el coco, cuando de pronto vi salir a Sally.

—¿De la cocina?

—Sí. Salió corriendo y vino hacia mí para decirme que Barbara había sido atacada. Le pregunté que quién la había atacado y ella

me dijo que no lo sabía. Estaba muy impresionada y me pidió que la acompañara a su casa. Le pregunté que dónde estaba Duke, pero ella, moviendo la cabeza, trató de empujarme hacia el *jeep*, dijo que lo dejara, que la llevara a su casa y nada más. Yo le contesté que no podía hacer lo que me pedía, y en ese punto apareció Duke, que venía por la parte lateral de la casa de la sidra y que me dijo que nos fuéramos y, tras meterse en el *jeep*, lo puso en marcha.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Alice.

—Estaba muy serio, con los labios apretados.

—Me refiero a su aspecto exterior. ¿Tenía sangre en la ropa? ¿Alguna señal de violencia?

—No me fijé.

—Supongo que iba de uniforme.

—Por supuesto.

—¿Camisa y pantalones? ¿Los botones en su sitio, como de costumbre?

—Supongo que me hubiera dado cuenta de no ser así.

—Y su comportamiento, ¿cómo era?

—Algo extraño, por lo menos así me lo pareció entonces —admitió Harry—. Le pregunté si sabía qué le había ocurrido a Barbara y, como si estuviera enterado de todo, dijo que no se podía hacer nada. Yo le dije que no dijera aquello, que sí que podíamos hacer algo, y mucho. Para empezar, podíamos localizar al tipejo que la había atacado, pero él dijo que lo dejásemos y que fuéramos a por el *jeep*. Habló con gran autoridad. Sally ya estaba arriba y me pedía a gritos que me montara de una vez. Así que lo hice.

Alice había escuchado sus palabras totalmente absorta. Estaba de pie, con las dos manos agarradas a mi bastón, sosteniéndolo como si fuera una varita mágica.

—Quiero que me lo digas con absoluta claridad —dijo a Harry—. ¿Fueron estas sus palabras exactas: «Nosotros no podemos hacer nada. Dejémoslo. Vamos a por el *jeep*»?

—¡Huy! ¡De eso hace un montón de tiempo! —se quejó Harry.

—Piénsalo.

—Estoy seguro en un noventa por ciento. Es posible que intercalara alguna palabra gruesa.

—¿Pero el resto es válido?

—Por supuesto que lo es.

Alice se paró para reflexionar y se quedó mirando fijamente el techo estucado. Después hizo con la cabeza una señal a Harry:

—¿Y después?

—Nos fuimos.

—¿Adónde?

El rostro de Harry reflejaba el esfuerzo que estaba haciendo para conseguir extraer los recuerdos de su memoria. De sus ojos y de su boca arrancaban nuevas arrugas.

—Ya te he dicho que Duke conducía. Al llegar al cruce, giró hacia Shepton Mallet y aceleró. Se había olvidado de Sally, que estaba sentada detrás, a mi lado. Sally me dijo que adónde diablos íbamos, que ella no iba a la fiesta después de lo que le había ocurrido a su amiga. Así es que yo puse la mano en el hombro de Duke y le dije que parase.

—¿Y lo hizo?

—Lo hizo, pero no antes de que nos encontrásemos a medio camino de Shepton Mallet, y entonces se negó a dar la vuelta.

—¿Por qué?

Harry lanzó un suspiro.

—¿Cómo voy a saberlo? Yo qué sé lo que pasaba por su cabeza. Después empezó a pincharnos. Primero dijo que qué nos pasaba, que a nosotros todo nos iba a las mil maravillas, que para pasárnoslo bien no necesitábamos que estuviera él ni Barbara, que hiciéramos lo que nos viniera en gana, que podíamos irnos de juerga.

—¿No se daba cuenta de que Sally estaba impresionada?

—Era imposible hacérselo entender.

—¿Ni siquiera Sally?

—¿Sally? Estaba demasiado asustada para hablar. No podía sacarse de la cabeza lo de la violación, supongo.

—Así, ¿qué fue lo que ocurrió?

—Cuando estuvo claro que nos encontrábamos en un punto muerto, me dijo que condujera yo, que llevara a Sally a su casa si quería, pero que él no iba con nosotros, que iría andando a Shepton Mallet.

Los ojos de Alice se dilataron.

—¿Lo hizo?

Harry asintió con la cabeza.

—No había mucho más de cuatro o cinco kilómetros. Yo di la vuelta y acompañé a Sally a su casa. Final de la historia.

Alice prefería llegar ella misma a la conclusión.

—¿Fue de veras el final? ¿No volviste a ver a Duke aquella noche?

—Si lo vi, no hablamos.

—¿A qué hora volviste?

—No me acuerdo. Tomé una cerveza en El Alegre Jardinero y di una vuelta con el *jeep*. Andaba buscando a alguien con quien ligar. Pero, por lo visto, aquella no era mi noche.

—¿Era antes de medianoche? —insistió Alice.

—Sí.

—¿Hablaste de la cuestión cuando volviste a ver a Duke?

—¿De lo sucedido? Nada. Ni pío.

—¿Estabais peleados?

—Algo así. Estuvimos semanas sin hablarnos.

—¿Ni siquiera cuando se suicidó Barbara?

—Ni siquiera entonces. Mucho después, cuando nos mandaron a Colchester, le hablé del caso. Duke estaba enterado de lo de Barbara y dijo que era una verdadera lástima.

—¿Nada más?

—Nada. Era un tema que levantaba ampollas.

—Lo comprendo —dijo Alice, en un tono de voz que indicaba la concesión de un respiro a Harry.

Después, cogiendo el vaso de zumo que tenía sobre la mesa, bebió un sorbo.

Resulta curioso que Harry, considerando tal vez que quedaba en un lugar muy poco airoso, se mostrase reacio a dejar la historia en aquel punto, como si pensase que se hacía necesaria una justificación de algún tipo. Después de sacarse un pañuelo multicolor del bolsillo y de secarse la frente con él, añadió:

—Cuando supe lo del asesinato y que le habían cargado el muerto a Duke, no me lo tragué. El hecho de que estuviésemos a punto de llegar al momento culminante de la guerra, que para un soldado americano era algo absolutamente irreal a menos que se encontrase en primera línea, estaba fuera de mi comprensión. Me costó semanas aceptar lo que había ocurrido, me refiero a aceptar que hubieran colgado a Duke. Él no mató a nadie.

Harry calló para sonarse. Estaba visiblemente afectado por lo que acababa de decir. En seguida volvió a coger el hilo de lo que estaba contando.

—Más tarde leí un libro sobre el caso, *El cráneo de Somerset*, escrito por un periodista inglés.

—Barrington Miller —intervine yo, con un matiz despreciativo en la voz—. Un auténtico montaje.

—En efecto —dijo Harry—, pero contenía los hechos esenciales del proceso y me informó de que el juicio había sido una mierda. ¿Celos de tipo pasional? ¡Menudo cuento! Duke no tuvo nunca relaciones sexuales con la chica. Si estaba embarazada, podéis creerme, era de otro. Ya os he dicho cómo estaban las cosas entre Duke y Barbara.

—A mí me parece que tu descripción responde a la verdad —dije yo, tratando de mostrarme neutral.

Alice no dijo palabra, tal vez porque se estaba preparando para un careo con Sally.

—Tomemos, por ejemplo, al comandante del ejército americano que compareció ante el tribunal para declarar sobre Duke —dijo Harry con un tono acre de censura en la voz—. Fue muy perjudicial para él. No podían prescindir del hecho de que había robado una 45 y de que se servía del *jeep* para paseos privados. No hubo nadie que dijera que era un marido fiel, uno de los soldados más humanos y más civilizados del ejército.

Se calló para volver a sonarse.

—Lo siento. Ya sé que no te gusta escuchar todas estas cosas, pero lo que yo quiero es explicar cuál era mi posición. Cuando leí toda aquella basura, decidí qué debía hacer. Entonces ya había regresado a los Estados Unidos. ¿Qué podía hacer para enmendar aquella injusticia? ¿Escribir una carta al *Times* de Londres? ¿Ponerme en contacto con el presidente del Tribunal Supremo? Hiciera lo que hiciera, era imposible devolver a Duke a la vida. Alice, vida mía, tú sabes qué hice.

—Sí, buscar a mi madre —dijo Alice con voz neutra.

—Exactamente, ayudar a los vivos. Elly se encontraba en un estado lamentable. Sin trabajo, sin pensión ninguna, con una hija que mantener. Y encima, profundamente avergonzada de lo que había hecho Duke. Comencé por explicarle cómo habían sucedido

las cosas y después me casé con ella. No voy a decir que aquel matrimonio fuera nada del otro jueves, pero por lo menos la ayudé a soportar aquel trance. En cuanto a Duke, llegamos a un acuerdo: no haríamos ruido, no escribiríamos al *Times*, ni siquiera hablaríamos de él. ¿Sabes por qué? Pues por ti, hija mía. Yo me limité a respetar los deseos de tu madre.

Descargado de aquel peso, Harry se levantó y dijo:

—¿Qué vaso está vacío?

Alice lo había escuchado todo con rostro impasible, pero quiso frenar aquel intento de evasión por parte de Harry.

—Si no te importa, me gustaría volver a hablar con tu mujer.

—No hay ningún problema —aseguró Harry, y se escurrió hacia la puerta.

Alice, entretanto, me devolvió el bastón.

—Tengo la impresión de que la señora Ashenfelter número dos estará en mejores condiciones de responder.

Resultó, sin embargo, que Sally no estaba en absoluto en condiciones de responder a nadie. Harry, con cara de pocos amigos, regresó para decir:

—Imposible. Sally está fuera de combate. Ha abierto el armario de las bebidas con un destornillador y se ha atizado una botella y media de vodka.

15

QUERÍAMOS COMER. Parece una cosa sencilla, ¿verdad? Pues no lo fue en absoluto en Bath, un domingo por la tarde, en el mes de octubre de 1964. Los restaurantes estaban todos completos y los hoteles se negaban a admitirnos. Habría que traducir al latín la frase «abierto solo para residentes» e incorporarla al escudo de armas de la ciudad. Pudimos conseguir, finalmente, que nos admitieran a regañadientes en un sótano infecto de Great Pulteney Street, que hacía las veces de comedor y de sala de estar de un pequeño hotel particular llamado La Cura Anual. Si las circunstancias descritas favorecían el color local, no creo que contribuyeran a atraer clientes, puesto que éramos los únicos comensales.

Mientras Alice seguía pensativa, seguramente abstraída en la visita que acabábamos de hacer a los Ashenfelter, cogí el menú manchado de salsa y escrito con escasísimo respeto a la ortografía.

—Si te apetece algo fuera de lo común, veo que aquí sirven «hasado de la casa» con hache —comenté con voz demasiado alta, porque, invisible detrás de mí, estaba el dueño.

—Si no les gusta, pueden ir a otro lado —dijo el hombre, que parecía oriundo del centro de Europa.

Le señalé el error, lamentando para mis adentros la observación. Me arrebató la carta de las manos, corrigió la falta a lápiz, me la devolvió y, en tono ácido, preguntó:

—¿Maestro de escuela?

—Algo así.

—Escogimos lenguado con patatas fritas a la francesa, sin meternos en los berenjenales de la ortografía, y Alice preguntó dónde estaba el lavabo antes de dirigirse escaleras arriba.

Al retirar la silla para levantarse, le comenté algo sobre nuestra partida de caza, que no pareció divertirla demasiado. Todavía no se había recuperado mentalmente y me parece que tampoco había hecho mella en ella el zarrapastroso ambiente que nos rodeaba.

Solo en la mesa, pasé revista a los descubrimientos del día. Era indudable que Alice saldría muy pronto del estado de introspección en que se había sumido y que no tardaría en lanzarse a un análisis a fondo de la cuestión que nos ocupaba. Mejor sería, pues, que pusiera mis pensamientos en orden.

Había hecho dos descubrimientos con respecto a Alice.

En primer lugar, era peligroso estar con ella. Al revelar su identidad a Bernard Lockwood, corrimos el riesgo de que este nos pegara un tiro, aparte de que había tratado a Harry, otro carácter violento, con una absoluta falta de respeto.

En segundo lugar, en la columna del haber, había que consignar unos cuantos buenos resultados. Gracias a su manera abierta de enfocar las cosas, habíamos localizado a Harry identificándolo como su padrastro, aparte de que también nos habíamos enterado de que se había casado con Sally Shoesmith. Además, habíamos tenido una visión diferente de la relación existente entre Duke y Barbara. Según Harry, no existía una relación amorosa entre ellos, y el hecho de que yo supiera que aquello no era verdad, no restaba nada a su importancia. O Harry estaba engañado o era el malo de la película.

Pero había que hacer una estimación de Alice. Veía claras sus motivaciones. Una mujer capaz de pasar tan rápidamente del papel de muchachita abandonada al de compañera de cama distaba mucho de ser una ingenua. Se había servido de mí, me había manipulado, había explotado mis reacciones. A decir verdad, a mí todo esto no me importaba demasiado porque, más allá de los recovecos de su carácter, percibía una personalidad que me gustaba: era inteligente, adaptable, pese a que algunas veces fuera cabezona y, por otra parte, poseía una cualidad importante. En efecto, era valiente, muy valiente. Una chica diferente.

Ya he hablado de aquel momento en que, mientras secaba con la toalla su cabello ante la chimenea de la taberna, advertí que la

deseaba. Para ser totalmente honrado con respecto a este punto — ¿acaso no lo he sido hasta ahora?—, debo decir que aquel deseo existía solamente por mi parte, puesto que yo no había captado ninguna señal procedente de ella.

Bueno, prácticamente ninguna. De haber existido un momento de acercamiento mutuo, había sido antes. Sí, sonría si quiere, pero no me estoy refiriendo al momento en que estábamos los dos en cama, porque aquello no había sido más que una experiencia, un placer, algo tan excitante como mi cuerpo no había tenido nunca el privilegio de sentir, pero algo exclusivamente sensual.

Me refiero a otro momento. ¿Se acuerda de cuando fuimos a Gifford Farm y ella me cogió de la mano? ¿Y de cuando me deslizó el brazo alrededor de la cintura mientras estábamos en el desván del granero?, pues el hecho es que en aquellos momentos sentí que asomaban otras posibilidades, como la comprensión, el respeto y, quizá, el afecto.

¿Qué había ocurrido, sin embargo, en el viaje hasta Bath, cuando había tratado de besarla? ¿Qué había puesto aquel témpano entre los dos?

Recordé la conversación que habíamos sostenido en el desván del granero. Yo había eludido algunas de las preguntas íntimas que ella me había dirigido en relación con Cliff Morton y su agresión a Barbara. No es que me evadiera, sino simplemente que aquellos comentarios me hacían sentir incómodo y no podía evitar demostrarlo, lo que me hacía parecer evasivo.

En consecuencia, si quería llegar a Alice, tenía que construir algunos puentes y debía colaborar en relación con todo lo que había visto y oído.

Para empezar, debía centrarme en la visita a Gifford Farm. Bernard no habría podido demostrar más a las claras que le molestaba nuestra presencia en la granja. Su actitud nos decía que lo pasado había pasado y, hasta cierto punto, yo estaba de acuerdo con esta actitud, puesto que también yo la había adoptado hasta que Alice me había obligado a abandonarla. Aun así, ella no me había encañonado con una escopeta.

No podía entender que Bernard y sus padres quisieran olvidar el pasado. Desde la violación y el suicidio de Barbara habían tenido que pasar por toda una serie de incomodidades. Las pesquisas, el

descubrimiento del cráneo en el barril y la ruina del negocio de la sidra, por no hablar además de la constante presencia de la policía en la granja, buscando incesantemente restos humanos. Por otra parte, también se había sospechado de George Lockwood como posible asesino de Cliff Morton, y la cosa no había terminado con la detención de Duke, ya que toda la familia había tenido que comparecer a juicio para prestar declaración.

En este punto se introdujo en mis pensamientos una idea un tanto mezquina. En su comprensible deseo de conseguir un veredicto positivo y hacer que toda aquella historia quedara sumida en el olvido cuanto antes mejor, ¿no habrían hecho los Lockwood excesivo hincapié en las pruebas contra Duke? El proceso se había centrado principalmente en el testimonio del forense, respaldado por las pruebas circunstanciales tanto de los Lockwood como mías. Entre todos habíamos presentado un cuadro de Duke convertido en amante vengador. No quería decir con esto que los Lockwood fueran culpables ni perjueros ni que yo comulgara con todo lo que Harry nos había contado pero ¿no podía ser que hubiéramos interpretado erróneamente algunas de las cosas que había hecho Barbara?

Aquellos pensamientos volvieron a conducirme a Harry.

Su versión de los hechos había sido sensacional. O quizá fantástica sería la palabra más adecuada. Según él, Duke no sentía interés ninguno por Barbara y, para conseguir que la acompañase, había que convencerlo, por no decir obligarlo. Al decir de Harry, aquellos románticos paseos al atardecer por los prados de Somerset no incluían a Duke y, la tarde en la que se produjo la violación y el asesinato, este se había mostrado deprimido, aunque no a la manera de quien acaba de volar los sesos de un semejante.

La pregunta que ahora me hacía era la siguiente: ¿por qué Harry había de contar todas estas cosas si no eran verdad?

Existía una explicación: la revelación que había hecho de que él y Duke, siendo muy jóvenes, habían rivalizado para conseguir los favores de Elly, la madre de Alice. Harry lo había dicho sin concederle mayor importancia, porque ahora no costaba mucho despacharlo como si solo se tratase de una cita para ir a tomar un helado. Pero ¿qué habría sentido él en aquel entonces, cuando Duke, tras barrerlo del horizonte, se había casado con Elly? ¿Acaso

no se habría sentido amargado, resentido ante aquella herida que con el tiempo se habría ido emponzoñando?

¿De no ser así, de no abrigar estos sentimientos, se habría casado con Elly así que tuvo oportunidad de hacerlo?

Quizá Harry, que se decía compañero de Duke, de una manera cínica y deliberada aprovechaba el alejamiento de casa para promover y alentar una relación entre Duke y la primera chica que se presentase. Quizá había planeado desde el primer momento revelar a Elly que su joven esposo le era infiel. Es cosa fácil sacar partido de la soledad de un hombre. «Ven con nosotros y así seremos cuatro, Duke, y así yo podré estar con Sally». Y a Sally: «Chica, mi amigo es un tío muy tímido, pero la verdad es que le gusta tu amiguita Barbara». Solo faltaban unas cuantas señales alentadoras por parte de Barbara y la cosa estaba en el saco.

Supongamos que todo el plan se viniese abajo a consecuencia del ataque de Cliff Morton a Barbara. Duke mató a Morton arrastrado por un sentimiento del honor en el que no se había detenido a reflexionar, en tanto que Barbara se suicidó por vergüenza y desesperación. No hay duda de que aquellos hechos impresionaron profundamente a Harry pero, puesto que era un oportunista, optó por esperar a que las aguas se aquietaran, para aprovechar después la oportunidad que se le brindaba. En efecto, así que la ley hubo cumplido su sentencia, fue a visitar a Elly, la pobre y desconsolada viuda, como el amigo atento que pretendía ser.

Como explicación, aquella versión cuadraba tanto con los personajes como con los hechos conocidos, aparte de que explicaba la frialdad de Harry con Alice y conmigo cuando llamamos a su puerta para hablar sobre el asesinato. Su primer impulso había sido despedirnos a cajas destempladas, el segundo, negar que en ningún momento hubiera existido nada serio entre Duke y Barbara.

Si habíamos conseguido entrar, había sido gracias a Sally.

En cuanto a esta, ¿qué se podía decir de ella?

Si en mi teoría había algo de verdad, a buen seguro que ella tenía también su parte de culpa. Sin embargo, había acudido en nuestra ayuda y nos había invitado a entrar cuando Harry ya nos había cerrado la puerta. Era evidente que existía tensión entre Harry y ella y que esta se hizo más evidente cuando él salió de la

habitación para ir a buscar bebidas y ella estuvo en un tris de revelarnos quién sabe qué cosa acerca de la relación entre Duke y Barbara. ¿Qué había dicho Sally cuando hablamos del juego de predicción del futuro, practicado con la manzana, y Barbara partió la última pepita, la del soldado? «Aquello la impresionó muchísimo. Como estaba embarazada y después de todo lo que había pasado... Entre nosotras dos no había secretos. Iban a casarse». Y cuando yo, con todos los miramientos posibles, le había dicho que Duke tenía ya mujer y una hija en América, había dado la impresión de que no estaba enterada del hecho y había dicho: «No entiendes nada». ¡Pobre Sally! ¿Quería decir aquello que Harry no le había contado nunca la verdad?

Me hubiera gustado volver a hablar con ella.

No seguí en mis cavilaciones porque volvió Alice. Para contrariedad mía, se había vuelto a hacer la trenza, y tenía un aire más solemne que nunca. Y como un caso único en la experiencia que yo tenía de las mujeres, no había aprovechado la oportunidad de pasar por el lavabo para retocarse la pintura de los labios, lo cual no era nada alentador. De hecho, me indujo a prepararme para lo peor que, efectivamente, no tardó en llegar.

La chica se quedó estudiándome un momento, como si hubiera decidido de pronto que había que resolver algo entre nosotros y, finalmente, dijo:

—Esta noche me quedo aquí. Acabo de reservar una habitación individual arriba.

Con aire necio, conseguí articular:

—¿Qué?

Esperó un momento a que me sosegase, mientras yo miraba las botellas de *ketchup*, alineadas en el estante, todas con su depósito de sustancia roja y petrificada alrededor del tapón. Había que estar desesperado para decidir quedarse una noche en un lugar como aquel.

—¡No me digas! ¿En este tugurio?

—En efecto.

—¿Lo haces por mí? ¿He dicho algo que te ha molestado?

—Nada en particular.

—¿Qué ocurre entonces?

En ese momento llegó la comida. Pescado reseco y patatas fritas

medio crudas sin verdura ni acompañamiento de ningún género, todo ello dejado con brusquedad sobre la mesa y seguido de una de las botellas de *ketchup* a las que antes hacía referencia.

Con todo la consideración de que fui capaz, dije:

—Alice, me gustaría saber de qué se trata.

Con los labios apretados, se quedó mirándome sin decir nada.

—No pienso dejarte en una pocilga como esta si no me das una explicación coherente —añadí.

Apartó de sí el plato, cuya comida ni siquiera había tocado.

Desde el otro lado del abismo que se había abierto entre los dos, le dije:

—¿No crees que tengo derecho a una explicación?

Algo que era alarmantemente afín al menosprecio cruzó por su rostro.

Sin embargo, yo no estaba dispuesto a arriar velas.

—Tiene relación con algo que me preguntaste antes, ¿no es verdad?

Por fin hubo una respuesta. Movié la cabeza afirmativamente.

—Con algo que ocurrió cuando subimos al desván del granero, ¿no?

Y ahora articuló la palabra:

—Sí.

Esto quería decir que volvíamos a trasladarnos a la violación.

Alice debió de ver la tensión de los músculos del rostro y, frunciendo los párpados, me lanzó una mirada de amonestación.

—¿Ha habido algo que te hiciera pensar en esto? —le pregunté.

—Claro que sí, lo que Harry acaba de decirnos.

—¿Harry? Ese miente más que habla.

Tras una pausa, como para dar más fuerza al sarcasmo, me preguntó:

—¿Cómo has aprendido a ser un juez tan infalible, Theo? ¿Es intuición, un sexto sentido o se trata simplemente de que no confías en los yanquis?

—¿En Harry? —pregunté con una sonrisa irónica.

—No, no solo en Harry. Tampoco en mi padre.

—Yo confiaba en él.

—Pero no cuando decía cosas que tú no querías creer.

—¿Como por ejemplo...?

—Como por ejemplo cuando hablaba de lo que sentía por Barbara. Entre ellos dos no hubo nunca nada serio.

—¿Y cuándo lo dijo? —dije frunciendo el ceño.

—Ante el tribunal. Bajo juramento.

—Entonces yo estaba confundido.

—Theo, consta en las declaraciones. Lo he leído en uno de tus libros. Entre los dos no había nada serio. Lo dijo él.

—Depende de lo que tú consideres serio. Yo diría que el estado de la chica indicaba que allí había algo serio —comenté sin pensar dos veces lo que decía.

Se pasó la mano por el cabello y dijo con voz fría:

—¿Esa es la basura que tratabas de venderle a Harry? ¿Crees de verdad que mi padre dejó embarazada a Barbara?

Estaba en su pleno derecho a mostrarse a la defensiva en relación con Duke. Yo también quería a Duke y sabía que la verdad es dolorosa.

—Alguien fue el autor, Alice. Barbara no era una muchacha promiscua.

—No lo pongo en duda. Lo que sí discuto es que mi padre fuera el responsable.

Me recliné en el asiento.

—¿Quién crees que era el responsable, entonces?

—Cliff Morton. Tú mismo me has dicho que Barbara estuvo con él.

—Yo solo te he comentado los rumores que corrían en 1943.

Me incliné hacia adelante:

—Estaba embarazada de dos meses cuando murió a finales de noviembre. Salía con Duke desde septiembre.

Alice hizo chasquear la lengua, como si escucharme fuera una banalidad.

Yo, entretanto, mientras me llevaba a la boca unas patatas fritas blanquísimas y me dedicaba a masticarlas, dejé que reflexionara sobre lo que acababa de decir y, pasado un momento, añadí:

—Supongo que estás pensando en lo que te dije sobre el incidente de la huerta de manzanas, cuando despidieron a Morton. ¿Crees que la dejó embarazada en aquella ocasión? Es verdad que la chica estaba muy trastornada y lo mismo sus padres, que tenía señales de mordiscos en el cuello y en los hombros, pero de aquí a

pensar que hubo unas relaciones sexuales completas hay una gran distancia. Todos habrían reaccionado de una manera mucho más seria. Y no solo ellos, sino cualquiera. Pienso que hubo algunos escarceos en la hierba, unos cuantos besos robados al azar, pero no mucho más.

—¿Con el consentimiento de Barbara?

Sentí que se me helaba la sangre.

—Por supuesto que no.

Las cejas de Alice asomaron por encima de sus gafas.

—¿Y por qué no?

Estaba increíblemente lejos del blanco o es que simplemente trataba de pincharme. Tras decidir tomarme las cosas a la ligera, solté una risita, prácticamente inaudible.

—Porque lo despreciaba. Porque tenía mala fama. Porque no tenía un trabajo fijo. Porque se escabullía de sus deberes militares. Porque no era del gusto de la familia...

—Pero lo contrataron para que recogiera manzanas.

—Forzados por las circunstancias. Había escasez de hombres.

Alice buscó con la mano la trenza y se acarició el cabello.

—No querrás hacerme creer que Cliff Morton fue con Barbara porque esta se dejó... —le dije.

—Ni te atreves siquiera a decirlo —dijo Alice con voz en la que se mezclaban a partes iguales la conmiseración y el desprecio—. Theo, tú habías idealizado a la chica. Era amable contigo y la convertiste en una santa. No lo critico. Cuando yo era niña también había sentido pasiones como esta por ciertas personas. Pero hay una cosa, tú ya no eres un niño de nueve años. Por el amor de Dios, hablemos de todo esto como personas adultas, porque tengo la impresión de que estás perdiendo de vista a la verdadera Barbara. Yo creo que amaba a Cliff Morton.

—¡Imposible!

—¿Me dejas terminar? Empecemos por algunos hechos de la vida. Simples matemáticas. Cuando Barbara murió estaba embarazada de dos meses, ¿no es así? ¿Cuándo se suicidó exactamente?

—El domingo. El 30 de noviembre.

—Lo que quiere decir que quedó embarazada a finales de septiembre o a primeros del mes siguiente.

—Posiblemente.

—Mi padre llegó a la granja a finales de septiembre.

—Así es.

Hasta allí, por lo menos, estaban expuestos los hechos en los que ambos podíamos estar de acuerdo. Me saqué de la boca una espina de pescado y la aparté a un lado del plato. Tenía un atisbo del punto al que ella quería ir a parar, pero no era más que un atisbo. Los hombres no están tan acostumbrados como las mujeres a contar semanas y meses.

—Si tus palabras son exactas, no estuvieron nunca juntos hasta el día del concierto del Día de Colón.

Aquel atisbo, aquella chispa acababa de convertirse en una llamita.

—El Día de Colón es el 12 de octubre, pero nosotros solemos celebrarlo el segundo lunes del mes.

Después de dejarme tiempo para que asumiera aquella afirmación, añadió:

—Theo, el concierto no pudo tener lugar antes del 8 de octubre.

La contemplé con aire estupefacto. ¿Por qué no lo había deducido sin su ayuda? Aspirando una profunda bocanada de aire, hube de admitir con toda la dignidad de que fui capaz:

—Duke no pudo dejarla embarazada.

—Gracias —dijo y, mirando por encima de las gafas, comentó—: Pero fue otro.

Con la voz teñida de desprecio, no pude por menos de decir:

—¡Morton, hijo de puta! ¡Fue él, en el huerto!

Pero ella, sarcásticamente, comentó:

—Acabas de decirme que no encaja con los hechos.

—Tiene que encajar —proferí—. Estaba equivocado.

—¡No! —dijo Alice—. No estabas equivocado. No va a gustarte lo que voy a decirte, Theo, pero Barbara y Cliff eran novios.

Y avanzando la mano como para calmarme, dijo:

—Antes de que pongas el grito en el cielo, ¿vas a contestarme lo que voy a decirte? ¿Cuándo viste por primera vez a Cliff?

—Supongo que aquella mañana, en el huerto.

—¿Quieres tratar de recordar con toda exactitud?

Lancé un suspiro de impaciencia. Aquella manera suya de hablarme se parecía demasiado al interrogatorio exhaustivo al que

había sometido, hacía poco, a Harry Ashenfelter. Muy bien, si lo que buscaba era llevarme al estrado de los testigos, se enteraría de la escasa consideración que sentía por la última de sus teorías. Fríamente, le recordé:

—Me parece que ya te lo he contado. Fue durante el descanso, cuando la señora Lockwood nos trajo el té. Había unas cuantas personas que me eran desconocidas, pero advertí a Morton porque vi que recogía una taza de té para Barbara y después se sentaba a su lado. Esto no demuestra nada.

—Aquello te desconcertó un poco, porque burlaba tus planes de casamentero. Fue por esto por lo que te diste cuenta de su presencia, ¿no es verdad?

No estaba dispuesto a dejar aquella observación sin respuesta:

—Nada de casamentero. Nunca hice nada para fomentar la relación entre Duke y Barbara.

Alice volvió a formular la frase:

—Para ti eran personas que se apartaban de lo común y por esta razón esperabas que entre los dos surgiera algo.

Lo acepté.

—Vayamos a lo ocurrido aquella tarde —dijo Alice—. Si entendí bien tus palabras, parece ser que Barbara desapareció a la chita callando en un lugar oculto de la huerta.

—¿Cómo a la chita callando? —objeté—. Esta expresión da un sesgo diferente a lo ocurrido, como si se tratara de algo furtivo.

—Está bien, fue llevada a rastras y gritando hasta lo más profundo del bosque, ¿fue así?

—Bueno, no exactamente...

—Después tampoco se escucharon gritos. ¿No es posible que se escabullera discretamente y por propia voluntad para encontrarse con Cliff?

—Es posible —admití, aunque dando a entender que se trataba de una posibilidad extremadamente remota.

Pero ella no se dejó arredrar.

—¿Estás completamente seguro de que a los Lockwood no les gustaba Cliff?

—En las dos ocasiones que lo mencionaron, lo hicieron en tono de desprecio.

—Lo que quiere decir que si Barbara se hubiera encaprichado

con él, la cosa no les habría encantado.

—¿Adónde quieres ir a parar? —le dije, frunciendo el ceño.

—A una explicación plausible de lo ocurrido aquella tarde. Corrígeme si me equivoco pero ¿no es así como tú lo describiste? La señora Lockwood se dio cuenta de que, a la hora de tomar el té, Barbara había desaparecido, por lo que encomendó a su marido que la buscara. Al poco rato apareció Cliff, que tuvo que marcharse compungido, con el rabo entre piernas y, sin hablar con nadie, se encaminó al lugar donde tenía la bicicleta, en dirección a poniente. Al poco rato apareció Barbara, arrasada en lágrimas y con el cabello suelto, desde la misma dirección, seguida de su padre. Se marchó, al lado de su madre, en dirección a la granja.

Alice, después de una pausa, dijo:

—¿No te parece que el comportamiento de Barbara es más propio de alguien cogido en falta que el de una persona víctima de una agresión?

No sabía qué responder. Como Alice había señalado, yo ya me había dicho que la violación no encajaba con los hechos, mientras que su explicación los hacía cuadrar perfectamente, siempre que uno fuese capaz de aceptar aquella grotesca suposición que convertía a Morton en amante de Barbara.

El dueño volvió para recoger los platos y para enterarse de si queríamos melocotón en almíbar. Optamos por un café. Necesitaba aquel momento de distracción.

—Acompañado de una copa, sin duda alguna —observé de paso a Alice.

Ella asintió automáticamente, llevada por la impaciencia de seguir preguntando. Tenía los ojos dilatados, supongo que como reacción ante la excitación provocada por la defensa de su padre.

—Hablemos ahora de la observación de Sally, me refiero a lo que ha dicho de que no habías entendido nada con respecto a Barbara y a las pepitas de manzana. Sally era la mejor amiga de Barbara, ¿verdad?

—Sí.

—Así pues, si hay alguien que sabe algo de la vida amorosa de Barbara, esa persona es Sally. Ahora bien, cuando Barbara partió la manzana por la mitad, le salieron dos pepitas: hojalatero, sastre. Al partir una de las mitades, no le salió ninguna pepita, así es que

cortó la otra mitad y entonces apareció otra: soldado. ¿Te das cuenta, Theo? Partió la pepita del soldado, lo que dejó a Barbara muy preocupada, porque aquello era de mal agüero. Me parece que me dijiste que después, por la tarde, descubriste que estaba llorando.

—Es lógico —dije—. En Somerset se toman las supersticiones muy en serio. Y lo que es más extraño es que quizá fue una premonición de la tragedia, teniendo en cuenta que Duke era un hombre condenado.

—Duke, no —dijo Alice.

La miré fijamente sin comprender.

—Cliff Morton —dijo.

Me quedé boquiabierto.

—El que estaba condenado era Cliff —dijo Alice.

—Duke era el soldado —dije yo moviendo la cabeza.

—No el soldado en el que Barbara estaba pensando. Cliff acababa de recibir los papeles que lo llamaban a filas. Barbara pensaba en él. Iba a perderlo, porque ingresaba en el ejército. Iba a perder a su amor. Y, al cortar la pepita, lo tomó como aviso de que moriría en el combate. ¿No lo ves, Theo? ¿Cómo iba a ponerse a llorar por mi padre, si apenas lo conocía?

Aquella lógica no tenía fallo. Si se aceptaba que entre Cliff y Barbara existía una relación, la explicación era convincente. Al bajar los ojos, advertí que yo había hecho un corte en el mantel de plástico.

—¿Te das cuenta ahora de por qué Sally nos dijo que no habías entendido nada? —dijo Alice, para rematar su tesis.

—De acuerdo —dije, pasando a la ofensiva—, pero si Barbara estaba tan unida a Morton, ¿cómo te explicas que fuera al concierto con Duke?

—¡Aquello era una comedia! Se servía de Duke como de un medio para tranquilizar a sus padres, porque no les gustaba Cliff. Incluso es muy posible que le prohibieran continuar viéndolo después del incidente del huerto. En consecuencia, ella hacía como que salía con uno de los soldados americanos.

En esto la había cogido. La chica tenía un buen cerebro y hasta este punto había fraguado una versión plausible de los hechos, pero advertí que en este punto se había equivocado.

—¿Hacía como que salía? —dije con suave ironía.

—Así es, Theo. Como decía Harry, entre los dos no hubo nunca nada serio.

—Barbara no hacía sus confidencias a Harry, sino a mí. Aquella noche a la que hacías referencia, la primera en la que salió con Duke, vino después a mi habitación y estuvimos hablando de lo ocurrido.

Barbara suspiró y se miró las uñas.

—Ya me lo has contado.

No estaba dispuesto a que despachara la observación tan bonitamente.

—Estaba radiante con la excitación.

—Sí, claro, lo había pasado muy bien en el concierto. Supongo que, en tiempos de guerra, las chicas, no tenían muchas ocasiones de divertirse.

Con el tono levemente amenazador que usaba a veces con los estudiantes difíciles, dije:

—Alice, te he concedido la cortesía de escucharte. Haz lo mismo conmigo. Barbara no se limitó a hablarme del concierto, sino que me confió sus sentimientos sobre Duke y me dijo que se había sentido rebosante de orgullo cuando lo vio subir al escenario y ponerse a cantar. Le gustaba Duke. Su manera de tratarla, su carácter tranquilo, tan diferente de la idea que se había hecho de un soldado americano. Era tímido, pero tenía un gran sentido del humor. Me dijo que volvería a salir con él.

—Se servía de ti para sus planes secretos —dijo Alice, tajante.

—Venga, no me salgas con estas paparruchadas...

—Barbara quería que sus padres creyeran que había trasladado su interés a mi padre y por esto te metía todas estas cosas en la cabeza.

Moví negativamente la cabeza.

—Te equivocas. Salía todas las noches y se encontraba con él.

—¿Estás seguro? ¿Los viste juntos alguna vez? ¿Cuándo? Con quien de verdad se encontraba era con Cliff.

Se agarró la trenza y se la echó a la espalda.

—Antes de que vuelvas a contarme que la señora Lockwood te pegó una paliza, quiero decirte algo más: ¿no te has parado a pensar que lo que estaba deseando aquella señora era que le dijeran

que Barbara salía con un soldado americano y no que se veía con el haragán del pueblo? Piénsalo un momento, Theo.

Así lo hice. Como gran parte de lo que había dicho, lo que me molestaba era que ponía en entredicho una versión de los hechos que yo había aceptado toda mi vida, una versión que me daba seguridad, aunque me veía obligado a admitir que esta tenía una turbadora plausibilidad. Aquello me hacía recordar la oleada de palabrotas que escuché aquella mañana en la casa de la sidra, cuando Bernard Lockwood dijo a sus padres que había visto la bicicleta de Morton en la granja, reacción cuya violencia me había impresionado profundamente.

Delante de nosotros acababan de colocar dos tazas desportilladas llenas de agua tibia y clara, amén de una cucharilla anclada en una materia oscura y viscosa. El hecho de agitarla no provocó en el líquido una diferencia apreciable. Estábamos excesivamente abstraídos en nuestros asuntos para quejarnos.

Teníamos ideas dispares con respecto a lo que quedaba por decir. Hasta aquí Alice se había encargado de todo el montaje. Aquella teoría, que al principio resultaba totalmente extraña, había acabado por derribar todas las barreras y se erguía con toda su fuerza, aunque yo estaba seguro de que existía un obstáculo que no podría abatir.

Después de un momento de silencio, dije con toda la cautela que me fue posible:

—¿Sabes una cosa? Si una persona tuviera que escoger entre tu interpretación y la mía, es posible que se viera metida en un atolladero, pero hay una cosa ante cuya evidencia debería rendirse: no hay forma de desvirtuar el hecho de que Morton violó a Barbara.

Los ojos de Alice, tras los cristales, eran como puntas de pedernal. Sin embargo, no articuló una sola sílaba.

Y con muy escasa cautela, añadí:

—Hace añicos todo cuanto has dicho hasta aquí.

Alice, sin embargo, recobró su voz para decir en tono bajo, teñido de un matiz de desprecio:

—¿Quién dice que hubo tal violación? Tú y nadie más que tú.

¿Aquella era su respuesta? Era un golpe directo.

—Mi testimonio fue aceptado por un juez y su jurado. ¿Quieres colocarte por encima de ellos? —dije.

—El juez y el jurado juzgaron un caso de asesinato, no una violación —contestó ella, envarada—. La cuestión de la violación no fue nunca cuestionada seriamente. No hubo comprobaciones de tipo médico. Lo único que se hizo fue aceptar el testimonio de un niño de nueve años.

—Entonces tenía nueve años, pero ahora tengo veintinueve, y aquello fue una violación —dije.

Alice sonrió levemente, pero la suya no era una sonrisa cordial.

—Esta tarde me has descrito minuciosamente la escena que viste en aquella ocasión en el desván del granero. Cómo estaban tumbados, el tipo de ruido que hacían, sus movimientos. No es que sea extremadamente experta en materias sexuales, pero estoy convencida de que sé mejor que tú qué siente una mujer en este momento y puedo decirte que, en tu descripción, no hay nada que se aparte de un acto sexual acompañado de connotaciones pasionales. Has dicho que tenía arremangada la ropa, que Barbara jadeaba. ¿Sabes qué es para una mujer un orgasmo, o todavía no te has enterado?

—¡Por favor! Barbara golpeaba el suelo con los puños... —dije.

Alice lanzó un suspiro nervioso e impaciente:

—Theo, si él la hubiera estado violando, ella lo habría empujado con las manos para sacárselo de encima.

Me miraba a través de las gafas, como instándome a hacer alguna concesión a su teoría, pero yo me mostré insobornable.

—Es comprensible que, para un niño, la imagen de unas personas adultas en el momento de practicar el acto sexual siembre alarma en él —persistió—. Supongo, sin embargo, que ahora, como persona adulta, estarás en situación de analizar la escena que presenciaste en aquella ocasión.

Sin embargo, yo no me sentía en vena de analizar nada. No quería aceptar sus interpretaciones, puesto que había presenciado lo sucedido.

Indignada ante mi falta de reacción, acercó el rostro al mío y, con aire insolente, preguntó:

—Dime una cosa, entonces: ¿por qué estaba Cliff en la granja si Barbara no lo había invitado?

No respondí.

Y continuó su sarta de preguntas:

—¿Por qué subió Barbara al desván? Y cuando mi padre se metió en el granero, ¿por qué no se apresuró a separarlos?

—La agresión había terminado —no pude abstenerme de señalar—. Además, él fue a buscar el arma.

Su rostro se tensó en una expresión que no le había visto hasta entonces. La mirada era dura, acusadora.

—Esto no puede ser verdad. ¿No lo entiendes? ¿Qué motivos tenía? Harry nos ha dicho que era inocente. Sally nos ha dicho que no habías entendido nada.

—¿Qué dices?

—Theo, digo que tú los viste haciendo el amor, viste a tu preciosa e inmaculada Barbara en brazos de Cliff Morton, y la escena te impresionó todo lo que puede impresionar una escena de tal naturaleza a un niño que todavía no ha alcanzado la adolescencia. Lo que viste te resultaba insoportable, por lo que fuiste corriendo a casa y cogiste el arma. Un arma que sabías usar. Después te encaramaste al desván del granero y disparaste contra Cliff Morton.

16

SUPONGO QUE NO le sorprenderá saber que me levanté y salí del comedor del hotel llamado La Cura Anual, pagué la cuenta, saqué del coche la mochila de Alice Ashenfelter, la dejé en el vestíbulo y desaparecí en el coche.

Supongo que si algún otro conductor se hubiera cruzado aquella tarde conmigo en la A4 o hubiera tratado simplemente de mantenerse en el centro de la calzada, habría habido sangre en la carretera. No se trataba solamente de que yo estaba furioso, sino de que en mi memoria había como una nube carmesí.

Había llegado a Chippenham cuando toda la rabia que llevaba dentro empezó a remitir. Pese a que había sentido el peligro, lo había ignorado solo porque la chica era rubia, tenía diecinueve años y estaba dispuesta a meterse en mi cama.

Me había dejado engatusar.

Ya era demasiado tarde para correr como un loco por la A4. Tratar de escapar era una ilusión. Alice estaba plenamente convencida de que yo había matado a su padre y la chica ahora iba en busca de sangre. Poco importaba que, cuando ocurrieron los hechos, yo tuviera nueve años. Me había tocado la china.

Tenía una ligera idea de cómo había arreglado las cosas. Había ido corriendo a ver a su periodista favorito, Digby Watmore. Al *News on Sunday* no le hacían falta pruebas contundentes. Me meterían en el asunto por simple alusión. Fotos del cráneo, un Colt 45 y yo... y, en algún lugar de la parte inferior de la página,

Alice, seductora pero sentimental, diría en un titular: «*Yo encontré el arma con la que se cometió el asesinato en casa del Dr. Sinclair*».

De acuerdo con el procedimiento adoptado por la justicia británica para resguardar el orden y mantener su dignidad, seguiría un largo período de pesquisas, primeramente extraoficiales y más adelante sin prisas, en el curso del cual las cosas pasarían de la policía a los abogados y de estos a los políticos. Siguiéndola misma pauta, la universidad me iría despojando sistemáticamente de mis responsabilidades: una tutoría aquí, un puesto en el comité allí, y me iría cargando, en cambio, con misiones fuera del recinto de la universidad a expensas de clases para graduados, hasta que mi posición se haría insostenible. Con suavidad, pero de manera inexorable, acabarían poniéndome de patitas en la calle.

Había que hacer algo con Alice.

Era preciso ser práctico.

A las nueve ya había llegado a casa. La primera acción práctica fue servirme un *whisky* reparador y bebérmelo de un trago. Después me dirigí al estante del vestíbulo donde dejaba las facturas y la correspondencia inútil y cogí algo que había dejado en él horas antes, la tarjeta de visita de Digby Watmore, la cual me confirmó algo que recordaba a medias, a saber, que aquel gordo periodista era un colaborador local del periódico. Me acerqué tarjeta en mano al teléfono y lo llamé.

Digby estaba en casa. Sí, se acordaba de mí. No, no tenía ningún inconveniente en tomar una copa conmigo. Sí, podía trasladarse a Pangbourne en media hora. Se encontraría conmigo en el bar del Cooper Inn.

Teniendo en cuenta que las últimas palabras que yo le había dirigido habían sido de lo más ofensivo, había que admitir que o bien se trataba de un hombre magnánimo o que era un verdadero profesional.

El Cooper Inn está en Egon Ronay, un sitio agradable y bien decorado, aunque excesivamente lujoso para gentes de la calaña de Digby; sin embargo, yo no estaba dispuesto a que lo vieran conmigo en el pueblo donde yo vivía. Me estaba esperando en el interior del local, con su impermeable azul y su sombrero verde y le brillaban los ojillos ante la esperanza de lo que le aguardaba. Toda su persona emanaba un leve olor a sudor. Había que reconocer, con

todo, que para tratarse de un peso pesado, se las había arreglado muy bien para llegar antes que yo.

No se reparten premios a los que adivinen que Digby era un bebedor de cerveza. Recogí dos pintas en el mostrador y las llevé hasta la mesa más apartada del mismo.

Como era natural, el hombre estaba deseoso de saber cómo habíamos pasado el día Alice y yo.

Admití que habíamos estado en Somerset. ¿Por qué negarlo? Una de las razones que me habían llevado a aquel lugar era la posibilidad de dar mi versión de los hechos antes de que nadie se me pudiera anticipar.

Digby, con aire nostálgico, exclamó:

—Y ahora que hablamos de los años de guerra... ¿Se acuerda de las Land Girls? En cierta ocasión salí con una. Es increíble los músculos que tenía.

Y a continuación, como si acabara de ocurrírsele la pregunta en aquel momento, preguntó:

—¿Ha visto a algún conocido?

—A Bernard, el hijo, pero no nos ha invitado a entrar en su casa.

—Así pues, los Lockwood siguen viviendo en el mismo sitio...

—Parece ser que sí, aunque no hemos podido ver a los viejos.

—¡Qué lástima! Estoy seguro de que le habrían recibido con los brazos abiertos. ¿Qué aspecto tenía la casa?

—Parecía más pequeña... y hoy estaba todo embarrado.

—No parece que el sitio le haya encantado, si me permite la observación —comentó Digby.

—No era la idea que yo me hacía de un día en el campo —dije, y añadí rápidamente—. De todos modos, la idea fue de Alice.

Digby, con aire divertido, barbotó:

—¡Vaya con la impaciente señorita Ashenfelter! Una chica que es un verdadero bombón, todo hay que decirlo. Vale la pena hacerle un favor.

—No me guían segundas intenciones —le corté con frialdad.

—No lo he pensado ni un solo momento, querido amigo —me aseguró Digby—. Quizá no se trate tanto de un favor como de una recompensa, ¿no le parece?

Volví el rostro sin hacer ningún comentario.

—La chica había pasado la noche en su casa cuando hemos ido a

visitarle esta mañana, ¿no es así?

—En efecto —respondí—. Llegó a casa muy tarde.

Como buen periodista del *News on Sunday*, la mente de Digby parecía discurrir por un carril único.

—Y después de pasar un día en el campo, ¿se ha quedado en casa para tomarse un baño largo y reconfortante o para calentar la cama?

Era evidente que ella no lo había telefoneado todavía.

—La he dejado tomándose un café —respondí omitiendo decirle en qué sitio—. La verdad es que quería hacerle a usted unas preguntas sobre Alice.

El hombre sonrió lascivamente.

—No me parece que haya mucho que averiguar.

—Muy al contrario. Llegó de América y solicita consultar los archivos del *News on Sunday* y, en menos que canta un gallo, tiene a su periodista y a su fotógrafo. ¿Qué pasa? ¿Es que ha hecho un trato con usted?

—Conmigo no, amigo. Yo no hago más que obedecer instrucciones de Londres.

—Pero ¿qué espera sacar el periódico de todo esto?

—Una historia de interés humano. La chica es rubia, tiene veinte años y es la hija de un asesino condenado a muerte. Además, ha venido a Inglaterra para averiguar ciertas cosas acerca de su padre. El material es bueno.

—Pero hay algo más que todo esto. Ustedes se han tomado la molestia de localizarme. ¿Por qué? En 1943 yo no era más que un niño.

—Un testigo clave —dijo Digby.

—¿Qué quieren de mí, entonces?

—Ella nos pidió que lo localizáramos.

—Está convencida de que su padre fue condenado injustamente.

—Eso parece.

—A usted no parece sorprenderle. Supongo que debe de haber sido el periódico el que le ha metido la idea en la cabeza.

Digby trató de parecer inescrutable.

Yo, haciendo lo posible para contener la indignación que me invadía, le espeté:

—Oiga, ¿es que su periodicucho tiene algún sentido de la

responsabilidad? Esta chica es una fanática. Está soltando las acusaciones más extraordinarias. Hoy mismo, en un momento dado, ha llegado a sugerir que fui yo quien hizo el disparo fatal. Imagínese, un niño de nueve años...

—La verdad, esto ha sido pasarse de la raya —tuvo la gentileza de decir Digby.

Esperaba que se lo tomase de la misma manera cuando la chica le viniese con el cuento.

—Es una calumnia de lo más estúpido y, suponiendo que me la tome en serio, me gustaría saber con toda exactitud hasta qué punto tiene que ver en esto su periódico.

Digby metió toda la boca en el vaso de cerveza.

Despachado este extremo, dijo en tono indiferente:

—Lo que me molesta es que, de existir una base para dudar del veredicto de Donovan, no es esta la forma más adecuada de analizar la cuestión.

—Posiblemente, no —admitió Digby.

—Como periodista de temas criminales, usted conoce los procedimientos —proseguí—. Supongamos que surgiera alguna prueba al considerar la posibilidad de que la justicia se hubiese equivocado y hubiese condenado, por error, a un inocente. En realidad, no condenado sino colgado. ¿Podría emprenderse alguna acción legal para redimir su buen nombre?

Las protuberancias carnosas que rodeaban los ojos de Digby se aplastaron y desplazaron lateralmente, revelando una mirada en la que brillaba un atisbo de interés:

—¿Se trata de una hipótesis?

—Naturalmente.

—Pues, dependería...

—¿De qué?

—En primer lugar, de la calidad de la prueba en cuestión.

—Una prueba irrefutable.

Digby aspiró profundamente por la nariz.

—Sería imprudente por su parte alegar que era irrefutable. ¿De qué estamos hablando? ¿De pruebas de tipo forense, de un nuevo testigo o de qué?

—No importa. Supongamos que la prueba que justificara una revisión del caso fuera aplastante.

Sonrió irónicamente.

—Es posible que fuera aplastante para usted o para mí, amigo mío, pero trate de que lo sea para el Ministerio del Interior y verá qué pasa.

—¿Este es el procedimiento? ¿Hay que apelar al Ministerio del Interior?

—Puede probar.

—No lo dice con tono optimista.

—Conozco personalmente a tres familias que se han pasado años haciendo peticiones.

—Así pues, ¿qué me aconseja?

Apuró el vaso, me observó con mirada astuta y dijo:

—Todavía no tengo suficiente base para dar consejos.

Mientras aguardaba a que me sirvieran, hice una evaluación de la situación. No iba con mi naturaleza hablar con la prensa, pero estaba completamente convencido de que Alice se pondría en contacto con él al día siguiente por la mañana.

Mientras dábamos cuenta de la segunda pinta, le di un informe rápido de los descubrimientos del día hasta el momento de nuestra salida de Royal Crescent, si bien omití cualquier explicación relativa a la decisión de Alice de pasar la noche en un cochambroso hotel de Bath. Él se mantuvo todo el tiempo a la escucha sin hacer ningún comentario, a excepción de un regüeldo que yo preferí considerar involuntario.

Posiblemente consideró que en cierto modo salía beneficiado, puesto que acabó por abandonar el asiento para pedir a su cuenta la siguiente ronda. Al regresar con los vasos, me preguntó qué pensaba hacer a continuación.

—Si estoy aquí es para decírselo —expliqué. ¿De qué va a servir continuar por esta vía, abrir viejas heridas, si al final no ha de conseguirse nada?

Digby sopesó la pregunta.

—Francamente, la posibilidad de conseguir un indulto para Donovan, si esta es su idea, es menos que infinitesimal. Se lo he dicho después de tomar dos pintas de cerveza, ¿verdad? —me dijo—. Como usted bien sabe, se trata de un caso que aparece en los libros de texto. Nadie que haya pasado por un curso de formación policial ignora el caso del cráneo encontrado en el barril de sidra.

—Nadie ha puesto en tela de juicio la labor que se hizo con el cráneo —puntualicé.

—Pero sería como echar tierra encima de todo el trabajo realizado si de pronto apareciese un tío listo de Pangbourne para demostrar que se equivocaron de persona.

—Realmente es así, pero...

—Aparte de que hay otra cosa. Y en esto quien habla es un periodista escrupuloso; no hay que olvidar el aspecto internacional. Los soldados americanos nos ayudaron a ganar la guerra. ¿Cómo les demostramos nuestra gratitud? El hecho no contribuiría demasiado a la alianza atlántica, ¿no le parece? ¡Es una patata caliente, de veras que lo es!

—Me está diciendo que no conseguiríamos nada a través de los canales oficiales.

En realidad era lo que yo estaba esperando que dijera.

—Nada, a no ser una confesión firmada por el asesino, serviría de nada.

Y tras vaciar de nuevo su vaso, añadió:

—Tenga en cuenta que no es más que una opinión personal.

—En consecuencia, ¿qué me aconseja?

Digby se recostó en el asiento, exhibiendo al hacerlo una triple papada debajo de la barbilla y dijo:

—La única manera de ganar esta jugada es una llamada directa a la puerta de los estamentos oficiales. No hay más.

Haciéndome el inocente, insistí:

—¿Cómo llevaría usted el caso?

—Pues a través del periódico... siempre que contásemos con la prueba.

En voz baja, dije:

—Es posible que la pueda conseguir. Me refiero a pruebas reales, no a alocadas acusaciones.

Su boca se abrió de par en par y en sus ojos apareció una mirada vidriosa. De pronto empezaba a cobrar forma para Digby Watmore la noticia de su vida.

—¿Necesita que yo le preste alguna ayuda?

—No.

—Para manejar este asunto, nos bastamos usted y yo —dijo con el rostro como la grana—. Tal como están las cosas, no hay ninguna

necesidad de solicitar ayuda a los muchachos de Fleet Street. Estoy plenamente seguro de que podríamos llegar a un acuerdo. Y sé que el acuerdo sería generoso.

—Esto, para mí, no tiene ninguna importancia.

—¿Qué necesita, entonces?

—Tiempo. Simplemente dos o tres días sin que la señorita Ashenfelter ande pegada a mi espalda como si fuera mi sombra.

—¿Me dará la exclusiva?

Le tendí la mano derecha.

Digby, con una sonrisa descomunal, se apoderó de ella.

17

LUNES, DIEZ DE LA MAÑANA.

Veintiséis alumnos de primer curso me contemplaban expectantes. En su programa figuraba, para esta hora, una conferencia sobre el Venerable Beda. Pero les aguardaba un desengaño.

Fiel al convencimiento de que la sinceridad es la mejor política que se puede adoptar, no dudé en anunciar:

—Debo confesar que no he preparado la lección y que, en lugar de pasar el fin de semana con Beda, lo he pasado con una rubia.

Mis palabras fueron acogidas con muestras de incredulidad y con la sonora manifestación de que debía avergonzarme de decir tal cosa.

—La verdad es que estoy muy avergonzado —les dije—. Y para salvar mi buen nombre y mi buena fama les he traído unas cuantas diapositivas de las grandes catedrales y abadías de Europa. ¿Quiere hacerme el favor de apagar las luces, señorita Hooper?

Gracias sean dadas a Dios por las grandes catedrales y abadías de Europa. Mi primera reacción al levantarme por la mañana a las ocho y media había sido localizar la sal de frutas y el proyector de diapositivas, simplemente como elementos sustitutorios de una disertación de una hora sobre el Venerable Beda.

Terminado este paréntesis, procedí a hacer una llamada telefónica desde la sala de profesores, a la que respondió Sally Ashenfelter, la cual me recitó su número de teléfono con una

sobriedad edificante en extremo.

—Soy Theo Sinclair —le dije—. Estuve ayer en tu casa, ¿me recuerdas?

La verdad es que yo estaba muy lejos de pensar que me recordara.

—Por supuesto que sí. Eres el refugiado, ¿verdad? Lamento mucho que mi marido no esté en casa, amigo Sinclair.

—Bueno, la verdad es que con quien quiero hablar es contigo.

—¿Conmigo?

—El domingo no tuvimos ocasión de hablar demasiado y hay un par de cosas que me gustaría enormemente preguntarte.

—¿De veras?

—Te hablo desde la universidad, Sally Ashenfelter, es decir, un lugar público. ¿Qué te parece si nos encontráramos en algún sitio?

Ya iba a decir «para tomar una copa» cuando el sonido de botellas de vodka vacías tintineó en mi cabeza poniéndome en guardia.

—¿Quieres decir en Bath? —preguntó Sally.

—Sí, en The Pump Room —dije, movido por un impulso—. Simplemente para tomar un café.

Titubeé un momento.

—¿En qué día estás pensando?

—¿Qué te parece mañana?

—Veamos... Como Harry estará fuera de casa todo el día, es perfecto. Por la mañana tiene que venir alguien a casa, pero puedo arreglarlo y posponer la visita.

Se quedó reflexionando un momento y dijo como si fuera la cosa más natural de este mundo:

—¿Qué te parece si tomamos una copa en Francis a la hora de comer?

Los alcohólicos son de lo más astuto.

—Difícil —respondí—. Mejor un té en The Pump Room.

Se echó a reír.

—¿Bocadillos de pepino, orquesta y todo lo demás? De acuerdo. Pues que sea a las tres, antes de que el local esté atestado.

—Reservaré mesa —le prometí.

Pasé la hora siguiente en la pequeña biblioteca del departamento de historia guiado por el único propósito de matar el

tiempo.

A la hora de comer recogí todos mis libros, formé con ellos un montón ordenado, bajé la escalera y, después de atravesar dos puertas giratorias, me introduje en un exiguo despacho donde Pippa, una secretaria que nada tenía de exigua, recibía a los visitantes antes de que se dirigiesen al departamento de psicología. Pippa era capaz de dejarte clavado en la pared de un resoplido.

—¿Quién está de turno? —le pregunté—. ¿El cátedro?

Pippa movió negativamente la cabeza, pero al hacerlo, movió todavía más otras partes de su cuerpo.

—Una conferencia en Liverpool.

—¿Y el doctor Ott?

—Acaba de terminar un seminario en el aula diecinueve.

Simón Ott levantó sorprendido la cabeza al entrar yo y encontrarlo rebobinando una cinta. Le pregunté si podía dedicarme unos minutos. No nos conocíamos demasiado, pero esto, para mí, era más bien un aliciente.

—Estoy tratando de aclarar ciertos hechos discutibles —le expliqué.

—¿Referentes a mí?

Sobre su rostro, como una máscara, apareció una expresión llena de cautela. Era un hombre bajo, pulcro, que rondaba los treinta años, con una cierta debilidad por los trajes oscuros, las camisas color crema y las corbatas de un solo color, generalmente de la gama del marrón.

—No, referentes a mí. Necesito consejo.

—¡Ah, bien! —dijo, un poco más asequible—, lo que pasa es que no tengo mucho tiempo. A las dos tengo reunión.

—¿No podríamos comer juntos?

Echando una mirada a mi bastón dijo:

—Generalmente doy un paseo a esa hora.

—¿Piensa que no le podría seguir?

Vaciló un momento.

—Si no me atañe personalmente a mí...

—Su especialidad es la memoria y su funcionamiento, ¿no es verdad?

Su rostro tuvo una reacción doble, la mención de la memoria provocaba una respuesta interesada por su parte, mientras que la

revelación de que pensaba hacerle algunas preguntas lo llenaba de inquietud. Afortunadamente para mí, prevaleció la curiosidad. Quedamos en un lento paseo por Whiteknights Park.

Sin detenerme en preámbulos, le referí la escena que recordaba haber visto en el granero de Gifford Farm el Día de Acción de Gracias del año 1943. Le hablé del suicidio de Barbara y me dejé en el tintero todo lo relativo al asesinato y al juicio. No había ninguna necesidad de meterse en todos aquellos berenjenales sensacionalistas.

—El caso es que tuve que hacer una declaración —expliqué, dejando que supusiera que era para las investigaciones propias del hecho—. Lo que entonces dije está archivado, así es que puedo comparar mis recuerdos con lo que manifesté en aquella ocasión. No se han modificado. Lo recuerdo todo tal como lo describí entonces. Lo que presencié fue, sin lugar a dudas, una agresión sexual de extraordinaria violencia. Pese a todo, hace muy poco tiempo, cierta persona alega que la descripción que hice en aquel entonces no corresponde a lo que ocurrió realmente y que, en realidad, aquello era un acto sexual apasionado. Esta teoría está respaldada por ciertas pruebas secundarias. No pretendo decir que esto haya hecho tambalear mis recuerdos, porque la verdad es que no es así...

—¿Por qué acude a mí entonces? —preguntó Ott, cargado de razón.

Moví vagamente la mano.

—Ya sabe, hay quien dice que la memoria juega a veces malas pasadas.

Su mirada se perdió a lo lejos, hacia unos estorninos que volaban en dirección a una extensión de hierba segada, cerca del Museo de la Vida Rural.

—Dígame una cosa, ¿conocía a las personas involucradas en el acto?

—A la chica más que al hombre. Para mí él era prácticamente un extraño.

—Pero la conocía a ella. ¿Quiere decir que le gustaba aquella chica hasta el punto de identificarse emocionalmente con ella?

—Sí, posiblemente.

—En consecuencia, aquella imagen, prescindiendo de lo que

podiera representar, tuvo que ser forzosamente traumática para usted.

—No cace ninguna duda. Al contemplarla, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Seguimos caminando un trecho en silencio, mientras él parecía sumido en profunda reflexión. Después siguió:

—El cerebro tiene diversos mecanismos de defensa para hacer frente a la angustia. Por ejemplo, puede reprimir recuerdos inquietantes o perturbadores empujándolos hacia el inconsciente.

—Como una forma de olvido, ¿verdad? —dije—. En mi caso particular estamos hablando de recordar algo que resulta desagradable.

—Así es.

—Quiero decir que cabe dentro de lo posible que yo distorsionara el recuerdo.

—Es posible —dijo Ott—. El ejemplo clásico es el citado por Piaget, el psicólogo suizo, el cual recordaba a un hombre que había querido robarlo del cochecillo donde él se encontraba metido mientras la niñera lo paseaba por los Campos Elíseos. Esta había conseguido librarse del raptor, quien le había cubierto el rostro de arañazos. El hombre consiguió escapar poco antes de que llegara al lugar del suceso un gendarme con su capita y su porra blanca. Piaget conservó hasta bien entrada la adolescencia un recuerdo sumamente nítido de aquella escena. Cumplidos ya los quince años, su padre recibió una carta de la niñera, que desde hacía mucho tiempo había dejado el servicio de la familia. Se disponía a ingresar en el Ejército de Salvación y quería, antes, hacer una confesión y, de manera especial, devolver el reloj que había recibido como recompensa por haber salvado al niño. La historia había sido inventada y ella misma se había hecho los arañazos en la cara.

—¿Piaget lo había imaginado todo?

—La explicación que él daba es que debió de escuchar la historia de boca de sus padres y que la proyectó en el pasado como recuerdo.

—Lo que yo vi fue un hecho real.

Ott no desmintió mi afirmación. Con la habilidad propia de un psicoanalista, encontró manera de justificarla al tiempo que suscitaba serias dudas al respecto.

—Es posible que usted escuchara otras versiones del hecho presentadas por otras personas. No es imposible que modificara sus recuerdos al objeto de adaptarlos a la versión del hecho dada por alguna otra persona. Las investigaciones realizadas en este sentido señalan que los recuerdos no son totalmente dignos de confianza y que están influidos por lo que pensamos más tarde acerca del hecho que reviven, lo que hace que si un recuerdo desencadena angustia, lo modifiquemos al tratar de rememorar el hecho al que corresponde. ¿Ha recordado a menudo esa escena de violación a la que hace referencia?

Mientras iba pensando que estábamos metiéndonos en la teoría freudiana y que me tomaba por un maniaco sexual, contesté:

—No, es un hecho que prefiero olvidar.

—Lo que quiere decir tratar de suprimirlo.

—Escuche —dije tratando de parecer razonable—. ¿No está fallando el tiro? La escena que no consigo representarme es la de un acto amoroso sin connotaciones de violencia.

—De acuerdo, pero ¿hay alguna prueba que demuestre que esta es la que corresponde a la realidad?

—La chica estaba embarazada de dos meses y los hechos indican que quien la había llevado a esta situación era el mismo hombre que estaba con ella en el granero cuando yo los sorprendí.

Se quedó reflexionando en silencio. Habíamos dado media vuelta e íbamos aproximándonos al edificio de la Facultad de Letras. Yo empezaba a desear que ojalá no le hubiera dicho nada.

Por fin se detuvo y dijo:

—Hay una explicación posible. Usted se sentía unido emocionalmente a la chica. Hasta cierto punto, la había idealizado. Es muy posible que la imagen de aquella chica entregándose a otro hombre le resultara insoportable y que, puesto que no la aceptaba, se inventara toda una serie de circunstancias que la eximían de toda culpa a los ojos suyos. La violación le resultaba más aceptable que su complicidad en un acto amoroso.

Sus pálidos ojos se fijaron en mí y me estudiaron un momento.

—¿Le parece verosímil la interpretación?

La evalué unos instantes.

—Dice usted que me inventé lo de la violación para destruir la realidad de un hecho que me resultaba intolerable, ¿no es así?

—No es más que una hipótesis.

—¿Hay alguna forma de comprobarla?

—Para ello sería precisa la colaboración de un psicoanalista, puesto que cae dentro de lo posible que intervengan otros factores.

—¿Como cuáles?

—Sentimientos de culpabilidad por parte de usted.

Sentí una especie de escalofrío que me recorría el cuero cabelludo.

—¿Sabía acaso que le estaba hablando del caso Donovan?

—Creo que ha hecho sonar la alarma al hablar de cuando sorprendió a la pareja. Más tarde la chica se suicidó. A lo mejor usted se atribuyó la culpa del hecho.

Le di las gracias y le aseguré que aquella conversación había sido para mí francamente reveladora.

A la una y media salí para meterme en mi coche y, tras atravesar Whiteknights Park y enfilarse Redlands Road, me dirigí al campus donde se levantaba el edificio de ladrillo rojo de la administración y los laboratorios de ciencias.

Después de aparcar en London Road, abrí el portaequipajes y saqué de él una cartera de cuero donde había guardado el Colt 45 utilizado para asesinar a Cliff Morton. Atravesé con el arma los claustros y entré en el laboratorio de física. Dentro no había nadie. En el extremo opuesto estaban las dos salas preparatorias, donde tuve la suerte de encontrar al hombre que andaba buscando, Danny Leftwich, que en aquel momento estaba solo.

Dejando a un lado el café que estaba tomando, me saludó:

—¿Qué hay, doctor Sinclair? ¿Qué es esta incursión en territorio ajeno?

—Nada, que he venido a correrme una juerga en los suburbios, Danny.

Seguían vigentes las polémicas en torno a lo anticuado de aquellas instalaciones, especialmente si se comparaban con el palacio, todo vidrio y cemento, levantado en Whiteknights. Personalmente, siempre que las visitaba anhelaba volver a London Road, con sus techos altos y su ventilación, pero sabía que no era diplomático decirlo.

Danny me ofreció un café. Solíamos vernos para jugar partidas de *bridge*. Era el jefe técnico de laboratorio del departamento de

física, un hombre inteligente de unos treinta y pico de años, versado en todos los aspectos de la ciencia matemática y en absoluto dispuesto a ganarse la vida desasnando estudiantes. En aquellos momentos estaba terminando aprisa y corriendo los crucigramas de *The Times* y *The Telegraph* antes de ir a comer, al tiempo que resolvía las necesidades técnicas de profesores, catedráticos y estudiantes. Además de atender inmejorablemente los laboratorios de física, Danny todavía tenía tiempo de encargarse de las apuestas de todos los que cultivábamos la afición a las carreras de caballos.

En esta ocasión, sin embargo, mi visita a Danny estaba motivada por otro de sus campos de interés: el club de armas de fuego de la universidad. Gracias a un prometedor y misterioso acuerdo con el departamento de horticultura, que databa de 1961, se había hecho con una extensión de terreno en Sonning, así como con los fondos suficientes del sindicato estudiantil para construir uno de los mejores campos de tiro universitarios del país. Pese a que yo no pertenecía a dicho club, un domingo por la mañana había asistido a una competición de tiro, que había sido para mí una revelación tanto en el aspecto de las instalaciones como en la manera como Danny dirigía el club.

Abrí la cartera y saqué de ella la pistola de Duke.

—¿Había visto alguna vez una cosa como esta? —le pregunté.

—¿Un Colt automático? Si me permite, doctor Sinclair —dijo, mientras avanzaba hacia mí la mano izquierda y yo depositaba en ella la pistola—. Siempre hay que coger un arma con la mano que no dispara.

Sacó el cargador vacío y deslizó la tapa corrediza para hacer una inspección visual de la recámara.

—Lleva años sin que nadie dispare con ella. Ahí dentro hay de todo. ¿Quiere que se la limpie?

—Se lo agradecería.

—No estaba enterado de que fuera aficionado a las armas, querido doctor.

—Por el estado del arma, está claro que no lo soy. Es una reliquia, un recuerdo del pasado. Y por favor no me pregunte si tengo licencia.

—¿Qué más ha traído? —me preguntó al ver que yo seguía hurgando dentro de la cartera—. ¡Vaya, municiones y todo!

Y mientras apuntaba a un cubo de arena que había junto a la puerta dijo:

—¡Allí, pero mucho cuidado! ¡Madre mía!, ¿esto qué es? ¿Material de la segunda guerra mundial?

—Supongo que ya está caducado...

—No creo que sirva.

—¿Quiere encargarse de tirarlo?

—Por supuesto que sí.

—¿Cree que el arma estaría en condiciones de disparar con balas nuevas?

—Una vez limpia y engrasada, creo que sí. Si quiere, la probaré. La mayoría de nuestras pistolas son de pequeño calibre, pero me quedan unas cuantas cajas del 45. ¿Ha disparado alguna vez con ella?

—Hace muchísimo tiempo, cuando todavía llevaba pantalones cortos. Necesitaba las dos manos para contrarrestar el retroceso.

Y tras un momento de vacilación, añadió:

—¿Puedo estar presente cuando la pruebe?

—Si le apetece madrugar...

—¿A qué hora?

—Tendrá que estar en el campo de tiro a las ocho de la mañana, el miércoles.

18

AL ENTRAR EN The Pump Room el trío de turno estaba tocando *Call me Madam*, pieza que consideré de lo más oportuno. El espacio de la sala cubierto por la alfombra, situado debajo de la araña de cristal, donde se servía el té, estaba enteramente ocupado por mujeres sesentonas y ensombreradas. Los escasos hombres, la mayoría de ellos aquejados de hipertensión y vestidos con traje, ocupaban sillones junto a las ventanas y ojeaban los periódicos de la mañana, sujetos por el borde con varillas de madera.

Desde los tiempos de Beau Nash, en The Pump Room venían observándose estrictamente las mismas formalidades. Había que aguardar a que una señora con pendientes de perlas colgantes acompañara a uno hasta una silla Chippendale y le trajera la carta. Mi petición de ser instalado en un lugar lo más alejado posible de la orquesta fue acogida con frialdad y, al puntualizar que no pediría nada hasta que llegara la persona que estaba esperando, se me informó lacónicamente de que era costumbre de la casa esperar a los acompañantes en la antesala. Di las gracias y añadí que, aunque estaba de acuerdo, había dispuesto las cosas de otro modo.

En el gran reloj de péndulo eran las dos y cincuenta y cinco minutos. Sentía una gran tensión. Sabía que la verdad con respecto a Barbara podía ser difícil de aceptar. «No había secretos entre nosotras», había dicho Sally el domingo, y yo me sentía dispuesto a creerla porque recordaba que, en aquellos lejanos días de guerra, la había observado innumerables veces enfrascada en conversación

con Barbara, las cabezas juntas, el tono de voz muy bajo, los ojos vigilantes para sorprender a cualquiera que tratase de escuchar.

Lo primero que preguntaría a Sally sería si Barbara y Duke se querían. Me importaba muy poco que Harry hubiera dicho: «Ni por asomo» y que hubiera estado a punto de estrangularme por el solo hecho de haberlo sugerido. Quería razones más convincentes y me resistía a creer que me equivocaba en mis conjeturas a menos que Sally me persuadiese de ello.

Después le haría la otra pregunta, en obsequio a Alice y a su teoría. Quizá Sally la considerase de mal gusto, pero yo se la haría igualmente porque nadie, a no ser ella, podía contestármela. ¿Cuáles eran los sentimientos de Barbara por Cliff Morton? Todos cuantos lo habían conocido, lo habían tachado de irresponsable, de persona odiosa, lo cual me llenaba de perplejidad cuando imaginaba que Barbara pudiese preferirlo secretamente a Duke.

A no ser que Sally me confirmara que estaba equivocado, me negaba a creer que la escena que había presenciado siendo niño en el desván del granero fuera un acto amoroso.

Había pasado una noche sumamente inquieta pensando en lo que había dicho Simón Ott sobre los mecanismos de defensa, pero no había llegado a ninguna conclusión. Si pudiésemos analizar de una manera totalmente desapasionada los momentos más emotivos de nuestra infancia, los psiquiatras no se ganarían la vida tan bien como se la ganan. Nos aferramos irreductiblemente a las impresiones conservadas en nuestra mente, a veces pese a pruebas que nos demuestran lo contrario. Yo jamás había puesto en entredicho lo que había creído ver en 1943. Se había convertido en un hecho irrefutable, había quedado archivado y ya no podía ser alterado. Incluso ahora me costaba airearlo.

No quería que me dijeran que me había pasado veinte años de mi vida creyendo en una mentira.

Por otra parte, si Sally confirmaba que Barbara y Morton se querían, alguna explicación tendría que dar. ¿Por qué no lo había dicho cuando se celebró el juicio? Era un hecho que no había sido llamada como testigo, pero era de presumir que hubiera hecho declaraciones a la policía. ¿Había mentido o no le habían preguntado nada acerca de la vida amorosa de Barbara?

Se me ocurrió que el alcoholismo de Sally podía ser fruto del

remordimiento. Para ella tenía que ser difícil vivir sabiendo que habría podido salvar a un hombre de la horca.

¡Válgame Dios, qué morboso me estaba poniendo! Pero ¿dónde demonios estaba Sally?

Las tres y cinco minutos. Escruté la zona pavimentada del cementerio de la abadía. De momento, no se veía un alma.

A las tres y veinticinco la sala estaba atiborrada de gente y yo había oído dos veces el repertorio completo del trío. La camarera jefe se me acercó para preguntarme cuánto rato pensaba ocupar la mesa sin pedir nada, a lo que respondí con voz aburrida que trajera té para dos y pasteles.

A las cuatro menos diez se había formado una cola en el interior de la sala. Observé que entre la camarera jefe y la chica que me había traído el té se cruzaban unas palabras, después de lo cual esta me dejó sobre la mesa, sin que yo se la pidiera, la cuenta de lo que acababa de tomar. Me llené la taza hasta los bordes, esperé a que interpretaran una vez más *Call me Madam*, pagué la nota y me junté a los lectores de periódicos, sentados junto a la ventana.

Pese a que ya había perdido las esperanzas de que acudiera a la cita, decidí concederle un rato más y aguardar hasta las cuatro y diez. Demasiado tarde para arreglarlo, pensé que habría sido mejor citarla en el Francis, ya que por lo menos así habría tenido el incentivo de una copa.

Salí de The Pump Room, me metí en el coche y me dirigí a Royal Crescent, donde pude comprobar por mí mismo por qué no había comparecido Sally.

La casa estaba convertida en un edificio calcinado.

Por la calzada empedrada de enfrente se acercaba un coche de bomberos y una furgoneta policial. En el exterior de la casa había un grupo de curiosos, pero no se observaba ningún tipo de actividad. Todo había ocurrido a primera hora de la tarde. La obra de albañilería situada sobre las ventanas del primer piso había quedado enteramente carbonizada hasta el nivel de la balaustrada. Todos los cristales estaban hechos añicos y la carpintería absolutamente destruida. Los restos de los destrozos formaban un montón de escombros sobre un charco de agua negra en el sótano del edificio. Las paredes y zonas bajas de la fachada colindante estaban teñidas de un color mostaza oscuro.

Me acerqué a una barrera con sirena junto al coche de bomberos, expliqué a los hombres que estaban en el interior de este que yo era un amigo de las personas que vivían en aquella casa y les pregunté cuándo se había producido el incendio.

—Hemos recibido la llamada a las dos y trece minutos —me respondió uno de los bomberos.

—¿Hay algún...?

—Una mujer ha tenido que ser trasladada al hospital. Estaba inconsciente y me temo que en muy malas condiciones.

—¿Dónde se encuentra?

Me lo explicó y, a la máxima velocidad permitida, me lancé con mi MG a través del tráfico de la tarde.

Aparqué en una plaza destinada a los médicos y, siguiendo las instrucciones que me dieron en el servicio de urgencias, me dirigí corriendo escaleras arriba. La primera persona que encontré fue Harry.

Estaba derrumbado en una silla de lona y acero junto a la puerta de la unidad de cuidados intensivos, los nudillos de la mano apretados contra los dientes. Levantando los ojos, me preguntó con voz monocorde:

—¿Qué pasa?

—He ido a tu casa y me han dado la noticia. ¿Qué ha ocurrido?

—Está inconsciente, padece asfixia y tiene quemaduras de tercer grado. No quiero verla en este estado.

—¿Hay alguna esperanza?

—No me dicen nada. Acabo de llegar. He estado todo el día fuera de casa y, al llegar, a eso de las cuatro, me he encontrado con todo el panorama. ¡Dios santo!

—¿Tienes alguna idea de cuál puede haber sido la causa?

Harry volvió el rostro hacia mí:

—¡No me hagas reír, compañero! Sally bebe, Sally fuma, ¿está claro?

—¿Han dicho que hubiera bebido?

—No han dicho nada.

Por razones de consideración, opté también por no decir nada más. Pese a que el hombre no me gustaba, no era el momento para poner en duda su lógica. Sentado enfrente de él, traté de recapitular las circunstancias de lo ocurrido. Sé que existen un montón de

teorías acerca de las coincidencias, pero me resultaba increíble que aquel hecho se hubiera producido precisamente hoy. Sally me había prometido que nos encontraríamos, por lo que yo quería averiguar las causas de aquel incendio.

Todavía aguardamos unos veinte minutos hasta que apareció un médico, el cual se quitó la mascarilla antes de dirigirse a nosotros. Como Harry tenía la cabeza gacha, la primera mirada que vio el médico fue la mía por lo que, con voz excesivamente comedida para ser portadora de buenas noticias, me preguntó:

—¿El señor Ashenfelter?

Yo, con un gesto de la cabeza, le indiqué a Harry.

19

PERO LA RACHA de malas noticias no había llegado a su fin. Ya en las escaleras, un entrometido enfundado en un traje marrón me cortó el paso. Con un aire tan oficioso que yo juzgué excesivo para un funcionario de la Seguridad Social, levantó las manos con las palmas dirigidas hacia mí. Decidí que debía de tratarse de algún chalado.

Pero añadió:

—¡Un momento!

Para seguirle la corriente, con gesto aquiescente traté de hacerme a un lado, pero él, sujetándome por el brazo, me dijo:

—Nos gustaría hablar unas palabritas con usted.

—¿Usted y quién más? —le pregunté.

Se sacó del bolsillo un carnet metido en una funda de plástico y dijo:

—Inspector detective Voss, del Departamento de Investigación Criminal de la policía de Bath.

Eché una ojeada al carnet. Parecía una tarjeta de identidad policial genuina. Levanté los ojos y los fijé en sus ojillos castaños, que brillaban debajo de unas gruesas cejas tiznadas de negro. He leído en alguna parte que los policías conceden una gran importancia a la manera en que reaccionan los demás a su mirada. A la que uno parpadea o desvía los ojos para fijarlos en el dorso de la mano, consignan el hecho en la hoja de cargos.

Así que consideré que había salido airoso de aquella prueba,

observé el resto de la persona: nariz achatada, barbilla informe y cuello musculoso, detalles que parecían muy idóneos para salir airoso de cualquier posible enfrentamiento. Tenía unos diez años más que yo, pero se conservaba en buena forma física, es decir, era un cuarentón que estaba hecho un toro y, por tanto, una persona contra la que no era prudente levantar el bastón.

—¿Es suyo el MG que está aparcado ahí fuera? —preguntó y, por un momento, una súbita racha de optimismo me llevó a pensar que se trataba de una simple admonición por haber dejado el coche en lugar indebido.

Pero no era así, sino que lo que pretendía era que siguiese su coche con el mío hasta la comisaría central.

—¿De qué se trata exactamente? —pregunté.

—En seguida lo sabrá.

—¿Es que le interesa saber qué hago aquí? —pregunté, dispuesto a mostrarme cooperador—. Se lo puedo decir en seguida. No es preciso que vayamos a la comisaría.

Me miró como dudando entre recurrir a la autoridad o aportar unas razones. En cualquier caso, no se veía nada dispuesto a aceptar sugerencias de aquel género.

—Estamos en el departamento de urgencias de un hospital y esta gente quiere que nos quitemos de en medio y que les dejemos hacer su trabajo.

Así pues, nos dirigimos en convoy a la comisaría, ya en la cual aparqué el coche detrás de su Triumph y lo seguí al interior. Para hacer justicia a la policía, consignaré que me sirvieron una taza de café en un recipiente de cartón y que después me condujeron hasta un banco donde poder sentarme, situado delante de un tablón de anuncios. Aunque pueda parecer un tanto cínico, interpreté que aquello significaba que iba para largo y debo decir que no andaba errado, porque me pasé una hora y veinte minutos delante del susodicho tablón. En el momento de pedirme que pasara, estaba en condiciones de aprobar un examen tanto sobre la fiebre aftosa como sobre el escarabajo de la patata.

El inspector Voss se había quitado la chaqueta y parecía preparado para despacharse él solo a los All Blacks de Twickenham. Desde el ángulo en el que estaba situada mi silla frente a la mesa de su despacho, lo veía con todo el cuerpo proyectado hacia adelante,

los hombros a la altura de las orejas. Era un alivio para mí tener detrás, en una esquina, a un agente vestido de uniforme, pese a que lo mismo hubiera podido interpretarlo como una mala señal.

Estaba en lo cierto con respecto a su postura de agresividad. El hombre se estrenó con una acusación y no me pidió disculpas por haberme hecho esperar todo aquel tiempo. Se limitó a decirme:

—He sabido unas cuantas cosas acerca de usted, doctor Sinclair.

—Supongo que a través de Harry Ashenfelter.

El policía se puso tenso y, durante un brevísimo espacio de tiempo, se echó para atrás.

—Me refiero a que debe de haberle dado mi nombre.

—Está usted en el Departamento de Investigación Criminal, amigo mío. Somos perfectamente capaces de averiguar el nombre de una persona —dijo, no sin cierta ironía.

—¿Preguntádoselo a Harry Ashenfelter?

Avanzó la mandíbula hacia mí con aire provocador.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a Mr. Ashenfelter?

—Nos conocimos hace veintiún años, cuando él era un soldado americano con base en Shepton Mallet.

—¿Y cuándo volvieron a verse desde entonces?

Vacílé. Aunque solo fuera para reducir el interrogatorio a un mínimo, no quería sacar a relucir toda la historia, pese a ignorar qué cosas había podido contarle Harry.

—El pasado domingo por la tarde, fui a visitarle a él y a su esposa. Fue la primera vez después de la guerra. Su hijastra Alice había ido a mi casa y yo la ayudé a localizar a Harry en Bath.

—¿Una reunión de familia, en ese caso?

—En cierto modo.

—¿Así que Alice es amiga suya?

Esquivé el golpe:

—Vino a verme a la universidad donde yo trabajo... la de Reading... y se dio a conocer.

—¿Por qué no fue ella directamente a Bath?

—No tenía la dirección.

Voss torció la boca con gesto incrédulo.

—¿Cómo? ¿No tenía la dirección de su padrastro?

—Parece que él había abandonado a su madre hacía varios años y que habían perdido contacto.

—Lo que quiere decir que Alice conoció a la señora Ashenfelter, la señora que ha muerto en el incendio, la tarde del domingo pasado, ¿no es así?

—Así es.

Mientras hablábamos, había cogido un lápiz y trazado un grueso círculo asimétrico en la cubierta del bloc de notas que tenía sobre la mesa. Después levantó el lápiz del papel y asestó con él un fuerte golpe en el centro del círculo.

—Ahora vamos a hablar de usted. Usted ya conocía a Sally Ashenfelter —dijo en el tono de la persona enterada de lo que dice.

—Sí, la había conocido siendo niño.

—¿De cuántos años?

—Nueve.

—¿En qué circunstancias?

—Durante la guerra. Yo estaba refugiado en su pueblo y ella trabajaba en la granja donde yo vivía.

—¿Y cómo encaja Harry Ashenfelter en el cuadro?

—Él había estado en esa misma granja en calidad de visitante y había ayudado durante la recolección. Era un soldado americano.

Voss aproximó algo más su rostro al mío como para hacer hincapié en lo que iba a decir:

—El amigo del soldado americano que asesinó a Clifford Morton.

Si se trataba de un golpe para tocarme la moral, había fallado el tiro. Después de todo, era un policía. El hombre habría sido un incompetente acabado de no haber establecido aquella conexión. Me limité a hacer un gesto afirmativo y a devolverle la mirada.

Entonces, como si me estuviera acusando de algo, dijo:

—Usted era el niño que prestó declaración en el curso del proceso.

—Sí, hice una declaración sin juramento.

—Y al cabo de veinte años vuelve a Somerset, acompañado de Alice Ashenfelter, a molestar a la gente con un montón de preguntas acerca del caso.

—¿Y por qué tiene que molestar a la gente? —pregunté.

A modo de respuesta, me regaló con una evocación nostálgica, servida gratuitamente.

—Matt Judd fue la persona que se ocupó del caso. Yo aprendí mi

profesión a su lado. Para mí era como Dios.

Recordando al inspector Judd, hice el siguiente comentario:

—Sí, a mí me infundió un divino temor.

Voss juntó las manos en gesto reverente, con los dedos entrelazados.

—El tipo más agudo que ha producido el país.

—Siempre dispuesto a hincar el diente en alguien.

La expresión nostálgica se tornó ceñuda.

—No olvide dónde se encuentra.

Tras mirar el reloj aparatosamente, le espeté:

—No es probable.

Entonces, dedicándome una mirada llena de gravedad, me advirtió:

—Por lo que veo, no parece darse cuenta de lo serio que es todo esto y, por tanto, creo que lo mejor será que le exponga los hechos. Se trata del incendio de Crescent. Tal como ha ocurrido, es posible que usted se figure que se trata del caso típico de una mujer bebida que arroja una colilla encendida en una papelera debido a lo cual provoca el incendio de toda la casa. Pero la cosa no es así de sencilla. Los bomberos han encontrado a Sally Ashenfelter tendida en la sala de estar donde se inició el incendio. ¿Restos de colillas y de bebidas fuertes? Sí, evidentemente. ¿El incendio comenzó en la papelera? Sí, en efecto. Pero alrededor de esta papelera había un montón de cosas, doctor Sinclair, cosas inflamables, como mobiliario, revistas, ornamentos africanos tallados en ébano, una caja de puros...

—¿Quiere decir que el incendio fue provocado? —le interrumpí.

—Quiero decir que es un asesinato —dijo Voss, observándome interesado, como si esperara acorralarme con la frase.

No hay que olvidar que había aprendido bien el oficio gracias a las lecciones del inspector Judd.

Mientras mis pensamientos iban recorriendo las posibles implicaciones, dije automáticamente:

—¿De veras?

—Es algo que está todavía por confirmar, pero lo visto hasta aquí parece indicarlo.

—¿No podría ser que ella misma hubiera hecho un montón con todas estas cosas?

—¿Un suicidio? —dijo mientras movía negativamente la cabeza —. Se había atiborrado de vodka. Estaba que no se tenía en pie.

Dirigiéndose al agente, apostado en una esquina del cuarto, le preguntó:

—¿Sabe usted de alguien que se haya quitado la vida en estas condiciones?

No volví la cabeza para enterarme de la respuesta.

Voss cogió el lápiz de nuevo y, pinchando el aire con él, fue puntuando sus palabras siguientes:

—¿Qué le parece la otra posibilidad? Una persona visita a la señora y, sabiendo que se trata de una alcohólica, le da a beber vodka hasta que la mujer pierde el mundo de vista. A continuación prepara una hoguera con el mobiliario, echa una colilla en la papelería y se va por donde ha venido. ¿Qué le parece como hipótesis?

—A mí no me pregunte. El detective es usted —le dije.

Cerró la mano y el lápiz emitió un chasquido.

Creí por un momento que iba a saltar por encima de la mesa y que iba a agarrarme con las manos, pero se limitó a respirar profundamente y, en un alarde de contención que lo llevó hasta el límite de su resistencia, dijo:

—Perfectamente, amigo mío. Voy a hacerle otra pregunta entonces: ¿qué hacía usted en Bath?

—Pues esperar prácticamente todo el tiempo en The Pump Room. Tenía que encontrarme con Sally Ashenfelter a las tres.

—¿Otra vez? ¿No me ha dicho que la había visto el domingo?

—Sí, pero poco rato. Se encontraba, ejem... se encontraba indisputada antes de que terminara la visita.

—¿Fuera de combate?

—Una perfecta definición de su estado —admití.

—¿Así usted sabía que Sally bebía?

La imagen del jugador de rugby encajaba perfectamente con Voss, porque era todo intimidación y amenazas.

—Supongo que medio Somerset lo sabía —dije devolviéndole la pelota—. Los alcohólicos no se distinguen por su discreción.

Y a continuación, ya con más agallas, dije:

—No me habría quedado hora y media esperando en The Pump Room de haber sabido que se había pasado la mañana dedicada a la

botella.

Pero Voss no pareció impresionarse demasiado con mi explicación.

—¿A qué hora ha llegado a Bath?

—Alrededor de las dos y media.

—¿Dónde se encontraba a la una y media?

—En la carretera, después de salir de Reading.

—¿Se ha parado en algún sitio? ¿A poner gasolina? ¿A tomar algo?

—No. He venido directamente.

—¿Y antes de esa hora? ¿Dónde estaba?

En casa, preparando una clase.

Voss se repantigó en la silla y me contempló con mirada despaciosa y especulativa.

—Tenemos que hacer honor a su palabra, ¿no es verdad? El fuego comenzó entre la una y las dos, cuando, según usted, se encontraba en la carretera.

La desconfianza con que pronunció la palabra «según» era una auténtica provocación.

Pero yo me negué a darme por aludido.

Así que se percató de manera absoluta de que yo no tenía la más mínima intención de añadir nada a lo dicho, continuó:

—Lo mejor que podría hacer sería decirme qué había tras este encuentro con la señora Ashenfelter.

La cosa se ponía delicada. Estaba claro que no le encantaba precisamente oír que se expresaban dudas con respecto al caso más resonante de su ídolo Judd.

—Le aseguro, inspector, que el asunto no tiene nada de siniestro. Simplemente, consideré que valdría la pena volver a hablar con ella porque, antes de que empezara con los vodkas, el domingo último, dijo lo suficiente para despertar mi interés. Pensé que era muy probable que, si su marido no estaba delante, se sentiría más propensa a hablar, por lo que la llamé por teléfono y convinimos en encontrarnos.

Sus ojos se empequeñecieron:

—¿Más propensa a hablar sobre qué...?

—Sobre nada en particular —contesté yo de la manera más natural del mundo.

—Quiero una respuesta mejor que esta —dijo Voss, haciendo rechinar los dientes.

—Le digo con toda sinceridad —insistí— que no importaba en absoluto lo que pudiera decirme.

Había llegado a la conclusión de que, en aquellas circunstancias, lo que se imponía era una táctica desviacionista y que, para ser convincente, necesitaba que el inspector Voss iniciara un cierto forcejeo.

—Le conviene no chulearse conmigo —me advirtió.

—Quiero decir que lo que pudiese decirme la señora Ashenfelter me importaba menos que cómo pudiera decírmelo —expliqué con toda la seriedad que me fue posible.

La perplejidad que leí en su expresión me agradó, si bien tuve la impresión de que podía ser peligroso prolongar aquel estado, por lo que añadí:

—Es una mujer oriunda de Somerset, ha vivido en la región toda su vida y emplea al hablar palabras dialectales que yo oí por vez primera en mi vida hace veinte años, mucho antes de que empezara a formarme como especialista en historia medieval. Aunque la filología no sea mi campo —«sino más bien la “chiquillería”», pensé —, los puntos de contacto son evidentes.

Observando que había indecisión en sus ojos, decidí que en este caso especial era más necesaria la función de tutor que la de catedrático.

—Usted, como persona de Somerset, habrá oído por ejemplo la palabra *dimpsy* con la que los naturales de aquí designan la hora del crepúsculo, ¿verdad?

Voss, aunque con mirada precavida, asintió.

—¿Sabía que *dimse* proviene directamente del anglosajón? —le pregunté—. ¿No encuentra fascinante que la palabra haya sobrevivido en un dialecto? Pues esto no es más que un ejemplo del tipo de cosas que ambicionaba explorar a través de una conversación con Sally Ashenfelter.

Voss, con una voz que no dejaba traslucir un convencimiento absoluto, pero sí una posición situada a medio camino del mismo, preguntó:

—¿Así, quiere usted decirme que convino el encuentro para hablar de palabras?

—Exactamente —le dije, como alentándolo a seguir por aquella vía—. Si usted quiere, puedo darle otros ejemplos.

Mis pensamientos corrieron raudos a través de los escasísimos que recordaba. Hacía un montón de tiempo de lo de las listas de palabras de Duke.

—No se moleste —me dijo.

—Alguien tiene que ocuparse de estas cosas —proseguí en un acceso de celo académico y con toda la convicción que me fue posible aparentar—. Muchas de estas expresiones se perderán sin remedio si nadie se preocupa de recogerlas, inspector.

Y seguí con una apasionada apelación a la elaboración y conservación de unos archivos que fueran perfectos.

Pero él me cortó a media frase:

—No tengo tiempo de escuchar todo este fisgoneo de palabras. Lo que yo estoy tratando de averiguar es un posible asesinato.

Pese a la bravata, era evidente que la entrevista se le había escapado de las manos. No tenía el nivel de Judd. Su pregunta siguiente tenía más de ruego que de verdadera pregunta.

—¿Puede decirme algo más para ayudarme en mis investigaciones?

Le hice esperar. Sabía que, de jugar bien aquella carta, podía estar en la calle a los pocos minutos. Así es que adopté una expresión meditabunda, al tiempo que me frotaba pensativamente la cabeza. Por fin, le solté:

—Tal vez no tenga ninguna importancia, pero cuando telefoneé a Sally para acordar la entrevista, me dijo que no podía verse conmigo por la mañana porque tenía una visita.

El hombre cazó mis palabras al vuelo.

—¿Esperaba a alguien? ¿A quién?

—No me lo dijo.

—¿Un hombre?

—No tengo la más mínima idea. Todo lo que me dijo fue que esperaba una visita y que no podía posponerla.

Se levantó de su asiento y empezó a moverse por la habitación recorriéndola de un lado a otro, al tiempo que con el puño de la mano derecha golpeaba la palma de la izquierda.

—Conque un visitante... Su marido no dijo nada de ningún visitante.

—Quizá no estaba enterado.

Aquella frase indujo a Voss a golpearse la nuca con la mano.

—Un visitante secreto. Una persona acerca de la cual su marido estaba en la higuera. ¿Quién puede ser? ¿Un amante?

Iba animándose por momentos, pero de pronto se llevó la mano a la frente.

—¿Y por qué iba a querer matarla un amante?

Yo lo escuchaba con aire aburrido hasta que, finalmente, eché una ojeada al reloj.

—Es de lo más revelador —dijo Voss—. ¡Vaya que sí! Esto es de lo más revelador...

Me aclaré la voz.

—¿Ha terminado conmigo?

Voss me contempló con aire abstraído.

—¿Terminado? De momento, sí. ¿Tenemos su dirección?

—Se la he dado al sargento de recepción.

—De acuerdo, pues.

E hizo un gesto de despedida.

Yo, por mi parte, salí sin decirle adiós.

20

TENSIÓN.

Había querido ignorarlo, volverle la espalda, afrontarlo a medias, reírme en su cara, desafiarlo, contestarlo, pero seguía cerrándose sobre mí, sin que nada pudiera detenerlo. Por fin, me había atrapado.

Necesitaba el arma.

Al salir de Bath, conduje con rapidez a lo largo de las carreteras de Wiltshire, con las luces largas para escudriñar la niebla del atardecer y el limpiaparabrisas funcionando intermitentemente. Estuve todo el tiempo mirando a través del retrovisor, porque abrigaba la sospecha de que me estaban siguiendo. Durante todo el rato tuve constantemente detrás de mí un par de faros, situados a unos cincuenta metros, cualquiera que fuera la velocidad a la que condujese y pese a que a ratos lo hacía con gran lentitud.

¿Era víctima de mi propia imaginación?

No. La amenaza de persecución era real. Me había hecho sospechoso de asesinato, doblemente sospechoso. La primera que me había señalado con el dedo había sido Alice. El inspector Voss había venido en segundo lugar.

Posiblemente usted pensará que había reaccionado de forma exagerada cuando Alice me acusó de haber disparado contra Cliff Morton en 1943, puesto que aquello era demasiado absurdo para ser tomado en serio. Sin embargo, en aquellos últimos cinco días había conocido suficientemente a aquella muchachita para saber

que se trataba de un ser peligroso y que no era de las que se guardan las cosas para su uso particular. Apostaba cualquier cosa a que ahora ya habría ido con el cuento de sus sospechas a Digby Watmore. Con la prensa pisándome los talones, por no hablar además de la policía, ¿qué oportunidad me quedaba?

Me habían colgado dos crímenes. No había que hacer otra cosa que juntarlos y el *News on Sunday* tendría su día de gala. Aquello me daría derecho a ingresar en el mismo club de Heath y Christie.

Así que entraba en un tramo iluminado, reducía la velocidad para tratar de identificar el coche que tenía tras de mí. Era difícil, porque mantenía una cierta distancia con mi coche y la niebla persistió hasta Berkshire, si bien poco a poco fui descubriendo ciertos detalles. Era un gran coche, negro, amplio, de línea baja, posiblemente un Jaguar, conducido por un hombre y sin ningún acompañante.

Al llegar a Thatcham, me detuve para poner gasolina. Mientras la chica desenroscaba el tapón, bajé rápidamente para enterarme de qué decía mi fiel seguidor. No pude ver a nadie. Sin embargo, a los dos minutos, ya de nuevo en la carretera, pude comprobar a través del espejo que volvía a tenerlo a mis espaldas.

Ya en territorio familiar, donde la A340 desvía uno de sus brazos hacia la izquierda para dirigirse a Pangbourne, traté de despistarlo girando bruscamente a la izquierda y remontando un breve tramo de la carretera que conduce a Englefield Park y a continuación nuevamente a la izquierda, bordeando el lago, para regresar a continuación a la A4. Me parece que me perdió en el primer viraje.

Espoleé mis pensamientos y los lancé a una febril actividad. Había acordado con Danny Leftwich que recogería el Colt 45 en el campo de tiro el miércoles por la mañana, pero me daba cuenta de que no podría esperar tanto tiempo. Estaba seguro de que ya habría terminado de limpiarlo. Así es que, después de Reading, enfilé la A4, casi en Sonning, y a continuación me desvié hacia la derecha para localizar la cabaña del siglo XVI en la que habitaba Danny, junto a la pista de golf. El invierno anterior había jugado varias veces al *bridge* en aquel sitio.

Lo primero que descubrí con las luces fue la joroba de su Volkswagen que asomaba por encima de la cerca de piedra. Y a

continuación, la estructura cachigorda de su cabaña, con la techumbre de bálago. El humo, que subía en espiral hacia el cielo negro desde una de las chimeneas, me levantó el ánimo; el interior, totalmente a oscuras, en cambio, me desanimó profundamente. Me detuve junto al muro, seguí el camino serpenteante que discurría entre matas de alhucema, empapadas de agua, hasta la puerta de entrada, pulsé el timbre, escuché dos notas y me quedé a la espera, lleno de esperanza. Oí ladrar a un perro. Nada más.

De nada iba a servir volver a llamar. Entre las notas del timbre y el ladrido del perro, la mayor parte de la población de Sonning debía haberse enterado de que Danny Leftwich tenía visita. Tenía que haber adivinado que un hombre de las energías de Danny no era probable que se pasase las noches metido en casa delante del televisor. Al echar una mirada al exterior de la casa, descubrí un garaje de ladrillo, o quizá un taller, situado al extremo del jardín.

Algo era evidente, que el hombre no dedicaba demasiadas energías al jardín. Fue toda una hazaña encontrar un camino entre la hierba, que crecía sin medida. Pero el esfuerzo valió la pena porque, al golpear ligeramente la puerta, al momento se dejó oír la voz de Danny:

—¿Quién es?

Se lo dije.

—Un momento, Theo. En seguida estoy contigo —exclamó.

Esperé más de un minuto, después del cual se abrió la puerta y percibí una vaharada fugaz de productos químicos que me hizo comprender por qué había sido necesaria la espera. Aquel edificio estaba dedicado a cámara oscura para trabajos fotográficos. Me fue preciso agachar la cabeza para no tocar con ella toda una serie de fotografías húmedas, colgadas de hilos de plástico.

—No está mal, ¿verdad? —me dijo al ver que yo las miraba.

Eran desnudos. Un desnudo, para ser más exacto, una ampliación en blanco y negro, de la que había hecho diez copias; una muchacha ligeramente inclinada hacia adelante, con la cabeza vuelta para mirar a la cámara por encima del hombro, como en una carrera de relevos, pero con el trasero demasiado voluminoso para tratarse de un corredor y con una expresión en la que los labios fruncidos dejaban entender que no era un caramelo chupón lo que estaba esperando.

—Una verdadera novedad en el terreno de las industrias caseras... —le comenté.

—La carcoma me ha comido la rueca —dijo Danny.

—Me imagino que debes de tener salida para este tipo de material —dije.

En su mirada brilló un fulgor de malicia al pronunciar un nombre:

—Rikky Patel.

La sorpresa me dejó helado. Rikky era otro de los componentes del equipo de *bridge*, un técnico solemne y sin tacha adscrito al departamento de biología.

—¿Rikky está metido en este tipo de cosas? —pregunté.

Después de sopesar la pregunta, explicó:

—El tío de Rikky es editor. En la actualidad, el subcontinente indio constituye un fabuloso mercado para el porno blanco.

Vertió el revelador de una bandeja en una cubeta.

—¿Vienes a por la pistola? Te dije el miércoles.

—¿Está lista? ¡Qué grande eres!

Danny se secó las manos y, a través de las matas de alhucema, me condujo a la cabaña. El Colt estaba colocado sobre un paño, en la mesa de la cocina, junto a unas latas de aceite y un montón de escobillas, palillos de aperitivo y herramientas de lo más variado: destornilladores, escobillas y llaves. Cogió el arma e hizo girar la recámara.

—No he ajustado la mira. Esperaba probarla.

—Lo sé —le dije—, pero ha surgido un imprevisto. ¿Tienes por casualidad...?

—¿Cartuchos? Por supuesto que sí. Pero te costarán un riñón.

Le pagué generosamente sin informarle del uso que pensaba darles.

—A propósito —observé—, el Colt es un arma muy dura, ¿no te parece? Me refiero a que tiene un retroceso muy fuerte.

—Por lo menos tiene esa fama —admitió.

—¿Crees que un niño de nueve años sabría manejarlo como es debido?

Frunció el ceño.

—Va contra la ley —dijo—, pero podría.

Me dirigió una mirada muy desorientada y dijo:

—Theo, creo que me dijiste que tú, siendo niño, la tenías que disparar con las dos manos.

Me di cuenta de que había cometido una estupidez. Por supuesto que recordaba haber hecho aquel comentario. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—Bueno, era como un juego; disparaba a una lata, colocada en medio de un campo.

Se encogió de hombros y dejamos el asunto.

Pese a que estaba chispeando, Danny insistió en acompañarme hasta el coche y, antes de que lo pusiera en marcha, me dio a entender que quería decirme algo. Con aire confidencial, inclinó la cabeza y la acercó a la ventana.

Para hablar con franqueza, me sentía algo molesto. Ya le había dicho que no se vería envuelto en líos con la ley. Me había hecho un favor y yo le había pagado con largueza. El asunto había quedado zanjado. Así pues, antes de que abriera la boca, le solté:

—Es fabuloso tener amigos en los que poder confiar. Gracias por echarme una mano, Danny.

Pero él siguió insistiendo en decirme algo, para lo cual tuvo que dominar con la voz el ruido del motor del MG.

—Tiene un montón de manías por lo de la pose. Que no se sepa, ¿eh, Theo?

Sin comprender palabra de lo que me decía, le aseguré:

—Confía en mí, Danny.

Había recorrido dos kilómetros de la A4 cuando de pronto se hizo la luz en mi cerebro, lo que era indicio de lo muy preocupado que estaba por la situación en la que me encontraba. Tuve que hacer un esfuerzo mental extraordinario para representarme a la muchacha desnuda que aparecía en la fotografía que acababa de ver. Cuando lo conseguí, no pude por menos de lanzar un silbido, no tanto por la sorpresa que causó en mí descubrir la identidad de la interesada, sino por la admiración ante el genio emprendedor de Danny. Se trataba de una persona conocida, alguien cuya presencia me era familiar, aunque en otro marco: sentada ante la máquina de escribir, el cuerpo cubierto por una blusa blanca y una falda a cuadros. Sí, la elegante secretaria del departamento de historia; nada menos que Carol Dangerfield.

Te felicito, Carol, me dije. No te preocupes, que sé guardar un

secreto.

Con el arma en el bolsillo y la carretera despejada por delante me sentía más tranquilo que lo había estado en todo el día. Pero aquel estado no duró más allá del trayecto hasta mi casa.

El Jaguar negro que me había estado siguiendo desde Bath estaba aparcado en el caminillo que conducía hasta la puerta de entrada. Pensé en hacer marcha atrás y dejarlo con un palmo de narices. Pensé en los periódicos. Pensé en la policía. Al final seguí el camino hasta situarme junto al Jaguar, paré el motor, saqué del bolsillo el arma y los cartuchos que Danny me había dado, metí seis balas en la recámara y la puse en su sitio. A continuación escuché el ruido de unos pasos sobre la grava. Deslicé el Colt en el bolsillo de la chaqueta justo en el momento en que una mano abría de par en par la puerta de mi coche.

—¡Fuera! ¡Rápido!

Conocía la voz. No me fue necesario levantar la vista más arriba de la mano regordeta que asía un trozo de tubería de plomo de unos tres palmos de longitud, indudablemente sacada de mi garaje.

—¿Qué significa esto? —pregunté a Harry Ashenfelter, mientras sentía el redoble de mi corazón desatado.

—Dámelo —fue su respuesta.

Le tendí mi bastón, que él arrojó a lo lejos, en la oscuridad del jardín.

—Y ahora, sal.

—Estás loco —dije.

Descargó con fuerza un golpe sobre el coche, que resonó sobre el techo. El parabrisas quedó salpicado de briznas de pintura roja.

—Te pasaré factura —le advertí.

Volvió a levantar el trozo de tubo.

Esta vez hice lo que me había pedido, sirviéndome de los brazos y de la pierna buena para mantenerme vertical. Apoyándome en el coche y encarándome con él, le pregunté:

—Y ahora, ¿qué?

Con un gesto brusco de la cabeza me indicó la casa.

—Un poco difícil —le dije.

—Hermano, me importa un comino si tienes que ir a rastras.

Pero las cosas no llegaron a tal extremo. Moviéndome a saltos a lo largo del coche, pude trasladarme del MG al Jaguar y después,

con un par de saltos más, alcanzar el porche. Busqué la llave y me colé dentro.

Harry iba pegado a mí, como para asegurarse de que no le daría con la puerta en las narices. Encendí la luz del vestíbulo y todavía pude resistir hasta el salón, donde me derrumbé en una butaca, aprovechando al mismo tiempo el movimiento para hacer saltar el Colt que tenía en el bolsillo de la chaqueta e incrustarlo en el espacio comprendido entre mi muslo derecho y el brazo de la butaca, ocultándolo a la vista gracias a un movimiento del cuerpo, pretendidamente para arrellanarme en el asiento.

Harry se encargó de encender las luces y de tirar del cordón de las cortinas para correrlas. La emoción, o quizá la rabia o unos sentimientos de los que el sadismo no era ajeno, había teñido de rojo el color de su rostro. Atravesó la habitación y se colocó de pie ante mí, con el tubo de plomo puesto horizontalmente contra mi cuello, obligándome a mantener la mandíbula dirigida violentamente para arriba.

—Y ahora, tío mierda —me dijo, echándome en la cara una bocanada de aliento fétido—, ya me estás diciendo por qué has pegado fuego a mi casa y has matado a mi mujer.

La prioridad establecida en sus reclamaciones era de lo más revelador, pero preferí guardarme los comentarios. En cualquier caso, el tubo encajado contra mi laringe me impedía hacer observaciones de cualquier tipo. Emití algunos sonidos ahogados y él aflojó la presión lo que me permitió decir:

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué tengo yo que ver con el incendio de tu casa? He dado a la policía cuenta exacta de todos mis movimientos.

—¡Mentira! —dijo Harry.

—Es la verdad. Cuando empezó el incendio, yo estaba en la carretera.

—¿Y cómo sabes cuándo empezó?

—Por la policía. Escucha, Harry, yo no tenía ningún motivo para matar a Sally. Había quedado en encontrarme con ella esta tarde y he estado esperándola una hora en The Pump Room.

—Dejando pistas para que te vieran, ¿verdad?

—En absoluto.

Me echó la cabeza para atrás ayudándose con el tubo y me

incrustó la rodilla en el estómago. Con el movimiento reflejo de proyectarla hacia adelante, por poco me decapita. Vomité. Se echó para atrás y me dio un manotazo en la cara. Me doblé para adelante lanzando quejidos.

—Desembucha de una vez, voy a sacarte la verdad como sea — me dijo con la boca pegada a mi oído.

Le pedí que me diera agua.

Me pegó otro manotazo. Sentí que se me abría el labio, que por él me rezumaba la sangre y noté su calor resbalándome por la barbilla.

—¡Siéntate! —me gritó.

Le obedecí y aplasté los hombros contra el respaldo de la butaca.

Harry entonces cometió un imprudente error: se hizo para atrás para admirar su obra. Lo que vio, sin embargo, fue el Colt 45 al nivel del pecho, apuntándole. Las manos se le crisparon sobre el tubo de plomo.

—Suéltalo —le ordené—. Esto funciona y, además, está cargada.

Con una mueca que contrajo su cara y con una coloración del rostro que ahora había virado hacia el gris, obedeció.

—De espaldas a la pared... el rostro vuelto hacia mí —seguí diciendo.

Desde el lugar donde me encontraba sentado, el tiro era directo.

Con la calma que permitían las circunstancias, dije:

—Quizá así pueda nacerte entrar en vereda. Por lo visto te figuras que soy el autor del incendio, ¿no es eso? ¿Por qué?

Hubo un silencio. El acceso de agresión lo había dejado exhausto.

—¿Has perdido la voz? ¿Te ha dado una laringitis?

Nervioso, se mojó los labios. Era evidente que en él se había instalado el pánico.

Yo, en cambio, me encontraba en lo mejor de mi vena sarcástica.

—No vayas a decirme que eres uno de esos que, cuando están delante del cañón de un arma, no dan pie con bola.

—No dispaes —logró decir por fin y, con voz débil, añadió—: Lo lamentarías.

—¡Venga, Harry! Estoy en mi derecho defendiéndome de un chalado como tú.

—¿Con el arma de un asesinato? —dijo, presa de inesperado

frenesí—. Conozco el arma. Es americana, del ejército, automática... la que la policía no encontró, pese a buscarla, cuando mataron a Morton. ¡Niégalo!

Franco, como siempre, me limité a encogerme de hombros y a no decir nada.

Harry volvía a la carga. Hablaba rápido y a gritos, como un verdadero histérico.

—Te conozco, Sinclair. En menudo lío te has metido. Estás que no sabes dónde meterte. Te viniste abajo cuando apareció Alice y empezó a hurgar en el pasado. Todo estaba olvidado y enterrado, ¿verdad? La mar de ordenadito... hasta había crecido hierba encima. Y tú aquí como un rey, con tu casita en el campo y tu trabajo en la universidad. Aquí nadie sabe nada de tu pasado.

—¿Qué pasado?

—Un pasado en el que tú volaste los sesos a Morton con esto que tienes en la mano.

Lo contemplé con suprema indiferencia. Como estaba al corriente del montaje, sabía qué seguiría a continuación. Harry Ashenfelter era otro detective aficionado, víctima de sus emociones.

—Lo mataste tú —dijo como remate de una actuación que ya había caído en ruinas a su alrededor—, y encima dejaste que colgaran a mi compañero por algo que no había hecho.

Como dándose cuenta de que debía echar un poco de agua al vino, levantó una mano temblorosa hacia mí:

—Lo sé, lo sé, tú entonces no eras más que un niño. Estabas sometido a presión y todas estas cosas que se dicen. Lo admito. Sabes que tendrías ayuda. Todo lo que necesitas es un buen abogado.

Lancé un suspiro. El hombre se estaba poniendo patético.

Con toda la preocupación que supo imprimir en aquel rostro abotargado y agresivo, dijo:

—¿Sabes que Sally estaba apenada por ti? Me dijo que no habías entendido nada del caso de Barbara Lockwood.

Sin disimular mi cansancio, le recordé:

—Esto ya me lo dijiste el domingo, lo cual no quiere decir que yo matara a Cliff Morton.

Harry no dio muestras de haberlo oído. Estaba demasiado excitado para librarse a deducciones. Las palabras brotaban de su

boca en virtud del mismo principio que impulsaba a hablar a Scherezade; quería impedir que apretara el gatillo.

—Sally y yo volvimos a hablar del caso. Me dijo unas cuantas cosas que yo no sabía. Cosas que no sabía nadie más que ella. ¡Dios Santo!, ¿a quién puede extrañar que fuera alcohólica?

—¿Qué cosas te dijo?

—Secretos de Barbara.

La boca se me secó de pronto. Tratando de mostrarme indiferente, le dije:

—¿Ah, sí?

—Escucha bien, Sinclair. Barbara estaba loca por Morton. Lo quería con locura. El hijo que llevaba se lo había hecho él.

Dentro de mi cabeza se inició un tamborileo de locas pulsaciones. No era fácil aceptar, al cabo de veinte años, que uno se ha equivocado de cabo a rabo en algo por lo que habría estado dispuesto a poner las manos en el fuego. Ya le había escuchado a Alice la misma historia, pese a que ella no podía saberlo con certeza. Ella se había limitado a hacer sus cábalas sobre Morton y Barbara y yo no había querido creerla. En lo más profundo de mí estaba convencido de que Sally se levantaría contra aquello y lo denunciaría como una cruel difamación.

Sin embargo, no era este el caso. Barbara, mi Barbara, me había engañado. Se había servido de mí para propagar la mentira de que estaba enamorada de Duke. Me daba cuenta de que ahora debía admitirlo.

Con voz monocorde y distante, le pregunté:

—¿Fue Barbara la que se lo dijo a Sally?

—Naturalmente que sí —y enlazando los dos dedos índice de ambas manos, dijo—: Aquellas dos eran uña y carne. Barbara le había dicho a Sally que ella se lo dejaba hacer a Cliff Morton siempre que a él se le antojaba. Pero a los viejos Lockwood no les gustaba Morton. No era santo de su devoción.

—En eso tienes razón —admití—. ¿Qué más?

—Habían ordenado a Barbara que dejara de verse con el chico. Esto después de que George Lockwood lo cogiera con las manos en la masa.

—¿En el huerto?

—Exactamente. Barbara estaba destrozada. La pobre estaba

embarazada y, encima, a Morton le habían llegado los papeles para ir al frente. Entonces a Morton se le ocurrió una idea. No era tan lerdo como eso. Se ofreció a casarse con la chica. Se figuró que podría rehuir el ejército escapándose con Barbara a Irlanda. Irlanda era terreno neutral. La chica se casaría con él y tendría el crío.

Harry hizo una pausa para respirar y me miró para ver cómo me sentaba la historia. Posiblemente se dio cuenta de que yo estaba navegando en un mar de confusiones.

—Sinclair, es la pura verdad.

—¿Hay más?

Harry volvió a coger la hebra:

—Sí, hay más. Necesitaban papeles con nombres falsos. Morton conocía a uno que trabajaba en el ayuntamiento que le dijo que eso se lo arreglaba si le pagaba bien. Después había que buscar a un barquero dispuesto a llevarlos a Irlanda a través del canal de Bristol. Entretanto, Morton necesitaba un sitio donde esconderse. La idea fue de Barbara. Dijo que se escondiera en uno de los graneros de la granja. Ella se encargaría de llevarle comida. Y esto fue lo que ocurrió.

Fruncí el ceño y lo miré con aire incrédulo.

—¿Así que estaba en la granja?

—Sí, hasta el mismísimo día que lo mataste.

Quedé tan sorprendido por aquella información que pasé por alto la observación. Harry tenía el auditorio mudo e incondicional que deseaba.

—Barbara era muy lista. Dejó que sus padres creyeran que salía con Duke, cosa que no les importaba demasiado. En su escala de valores, cualquiera era mejor que Morton, incluso un soldado americano.

Por sus labios cruzó un rictus nervioso.

—Cuando los yanquis llegaban a una ciudad, la gente solía encerrar bajo llave a sus hijas. No así en casa de los Lockwood. Barbara hizo que circulara el rumor de que entre ella y Duke había algo. Ya sabes que salió con él un par de veces. Y te utilizó a ti para atizar el fuego.

Yo no había hecho sino repetir aquel cuento en el juicio contra Duke. Sentí un escalofrío.

—¿Todo esto te lo contó Sally o te lo has sacado de la manga?

—A ella se lo contó Barbara. Más cierto que el evangelio. Tienes que creerme.

Y le creí. Porque sabía que, mal que me pesara, por muy a contrapelo que pudiera aceptarla, aquella era la verdad. Acababa de arrojarme a un infierno en vida. Mi deshonroso testimonio había contribuido a que colgaran un inocente.

Por fin el manantial de palabras de Harry se había secado. El movimiento siguiente me correspondía a mí, pero la verdad es que yo no estaba en situación de hacer nada. Harry advirtió que mi resolución vacilaba o quizá solo mi deseo de librarme de él y de actuar por mi cuenta, puesto que su mirada se desplazó del arma a un punto situado más arriba; estaba calculando las posibilidades que tenía de salir con vida de aquella situación.

Nos encontrábamos en un punto muerto.

Yo no iba a matarlo a sangre fría, pero era una temeridad bajar el arma. Él no podía moverse y yo, sin el bastón, tampoco. Ni siquiera podía escoltarlo hasta el coche y hacer que se fuera.

En un arrebato, fruto de mis encontradas emociones, quise puntualizar las cosas. Harry creía que yo había matado a Morton y provocado la muerte de Sally.

—Hazme un favor —le dije—, contéstame esta pregunta: si Morton era el amante de Barbara, ¿por qué disparé contra él?

—Por celos.

—¡Por el amor de Dios! Si yo llevaba pantalón corto...

—Oye, yo también estaba... ¿O no te acuerdas? —dijo Harry, volviendo a coger confianza en el espacio de un segundo—. Tú estabas colado por la chica, ¿no es verdad? Un amor de chaval. Yo lo capté. Como lo captó Sally. Y Barbara se aprovechó. Un fallo fatal. No hay que jugar nunca con los sentimientos de un niño.

Con amargura, con exasperación, le pregunté:

—¿Qué hice, pues? Disparé contra Morton y lo despedacé, ¿verdad? Eso a los nueve años... ¡A otro con ese cuento!

Harry hablaba con más serenidad que yo.

—No —dijo con voz tranquila—. Duke se encargó del cadáver. Se apiadó de ti.

—¿Qué?

—Era como un padre para ti. Habría hecho cualquier cosa para sacarte de un apuro. Aquella noche volvió en el *jeep* a la granja,

cortó la cabeza al cadáver y la echó en el barril de sidra. El resto del cuerpo lo llevó con el coche a otro sitio, quién sabe, a kilómetros de distancia.

Me había quedado prácticamente sin habla.

—Supongo que esto no te lo contaría él, ¿verdad?

—No. Pero tiene que ser así. Era un rasgo típico de él. Le encantaban los chavales.

—No tiene por qué ser así.

Harry estaba decidido a terminar la explicación.

—Cuando, por fin, le echaron el guante, se negó a señalarte con el dedo. Estúpido... pero íntegro. Así era Duke Donovan.

—¿Y yo me guardé toda esta historia durante el juicio? —le grité dando rienda suelta a mi indignación—. Dejé que colgaran al hombre que, según tú, me había salvado. ¿Por quién me has tomado? ¿Por un hijo de puta? ¿No ves que si yo hubiera sabido algo que impidiera que colgaran a Duke lo habría soltado al momento?

—Él era inocente —dijo Harry—. Te dije y te digo que era inocente.

—Lo sé. Y me rompe el corazón. Es monstruoso. Es horrible. Pero yo entonces no lo sabía. Me he pasado veinte años de mi vida figurándome que era culpable, pero ahora tengo la plena convicción de que no lo era y voy a encontrar al asesino. No estoy seguro de quién puede ser, pero sé dónde tengo que buscarlo.

Hubo una pausa.

—¿En la granja?

Asentí con la cabeza e hice un esfuerzo sobrehumano para parecer razonable.

—¿Sabes por qué estoy tan seguro?

—¿Por lo de Sally?

—Sí. La han matado porque sabían que me lo contaría todo.

—¿Así que crees que la persona que mató a Morton también...?

—Exactamente.

Entre nosotros se interpuso un silencio tenso y poblado de reflexiones, mientras seguíamos mirándonos, ahora más serenos que antes, pero cada uno metido en su propio callejón sin salida. Habría podido decir algo más, pero opté por callar. Lo que había dicho era espontáneo, apasionado. Ya bastaba.

Por fin fue Harry quien tomó la iniciativa.

—De acuerdo, amigo, llámame loco, pero te creo. Si es verdad que no mataste ni a Morton ni has matado a Sally, no tengo por qué preocuparme. Tampoco me vas a matar a mí. Así que voy a decirte lo que pienso hacer. Voy a salir ahora mismito de aquí, cojo el coche y me largo. ¿Entendidos?

Asentí con la cabeza.

Quería asegurarse plenamente de mi asentimiento.

—¿No vas a impedirlo? Si es así, ¿quieres bajar el arma?

Aquello era, en esencia, lo que venían discutiendo las superpotencias desde lo de Hiroshima. Tenía que establecerse una cierta confianza entre nosotros. La única manera sensata de ir para adelante era el desarme. Bajé la vista y puse el pie sano sobre la tubería de plomo con la que me había amenazado hacía unos momentos. Fijé los ojos en Harry y, lentamente, dejé la pistola sobre mi regazo y coloqué las manos sobre los brazos de la butaca.

Harry inclinó la cabeza en señal de reconocimiento, dio un par de pasos a un lado con movimiento inseguro y en seguida, ya con resolución, atravesó la habitación y se dirigió a la puerta. Le seguí con los ojos sin hacer ningún movimiento.

Una víctima demasiado fácil.

Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Estaba prácticamente detrás de mí y ya había cruzado la puerta cuando, con la mano derecha, agarró algo que estaba colocado sobre un armario de la entrada.

Era un pisapapeles de vidrio multicolor, aproximadamente del tamaño de una pelota de *cricket*, pero el doble de pesado.

En el borde de mi campo visual apareció un arco de luz, el objeto, al recorrer la órbita desde su mano hasta estrellarse en mi cabeza.

El estampido.

Y después, nada.

21

UN PITIDO.

Penetrante, insistente y doloroso.

Al abrir los ojos contemplé la luz de la mañana colándose por el espacio que quedaba sobre las cortinas. Palpé con los dedos el chichón detrás de la cabeza. Lancé un gemido.

El pitido no estaba dentro de mi cabeza.

En un momento dado de la noche, había salido de la inconsciencia suficientemente como para trasladarme a rastras hasta el sofá y desplomarme en él. Ahora tenía frío, sentía la ropa húmeda, necesitaba una docena de aspirinas.

A tientas busqué el bastón. Por supuesto, no estaba. Hice un esfuerzo para dejarme resbalar y arrastrarme hasta el teléfono.

Lo descolgué y escuché.

—¡Vaya! No todo está muerto en Pangbourne. ¿Hablo con el doctor Theodore Sinclair?

La voz pertenecía a un hombre y era retumbante, rimbombante y complacida en sí misma, una voz capaz de convertirse en diarrea verbal sin ayuda de diccionario.

—¿Quién es?

—Watmore... Digby Watmore. Supongo que lo he sacado de la cama.

—No. ¿Qué hora es?

—Las ocho y veinte... o por ahí. Miércoles. Usted dijo que dos o tres días sin...

—¿Dos o tres días sin qué?

—... la señorita Ashenfelter en sus talones, para citar sus propias palabras. No vaya a decirme que lo ha olvidado. Tenemos un pacto.

Lo recordaba vagamente, como si fuera un hecho correspondiente a una encarnación anterior.

—¿Cuándo fue esto, Digby?

—El domingo por la noche. Y le aseguro que esos dos días no me he dedicado a hacer *picnic*. Insisto, ¿seguro que no lo he arrancado de la cama?

—¿Qué ha pasado con la señorita Ashenfelter?

Profirió lo que me pareció un resoplido exasperado.

—Ha sido mi inseparable compañera durante las últimas cuarenta y ocho horas.

—¿Día y noche, Digby?

—Le he puesto el sofá de mi estudio a su disposición, pero ella prefiere pasar la noche hablando sin parar del caso Donovan.

Hice un oportuno bostezo.

—¿Ha resultado instructivo?

—El comentario está fuera de lugar —dijo Digby, irritado—. Los hechos nos han desbordado, ¿no le parece?

—Sí, la verdad es que han ocurrido muchas cosas.

—Esta es precisamente la razón de que lo telefonee. Esta mañana, al coger el *Western Daily Press* y enterarme del incendio de Bath, me he quedado helado. ¿Lo ha leído?

—¿El periódico? No.

—¿Sabía lo del incendio? La casa de los Ashenfelter convertida en cenizas, la señora Ashenfelter muerta...

—Pues... sí. Estaba en Bath.

Hubo una pausa de ofendido silencio.

—Bien, gracias por su amabilidad, Sinclair.

—¿Qué?

—¿No podía llamarme? Usted me prometió una exclusiva. Dejémoslo ya... Yo soy un periodista, desde el principio al fin.

—En este caso, ha llegado el fin —dije, mientras sonreía porque me sentía mucho mejor. Quizá no había sufrido lesiones cerebrales de carácter permanente.

—Se figura que es muy chistoso, ¿verdad? —dijo Digby en un arrebató de furia para el que no me sentía preparado—. Escuche

con atención, Sinclair. Sé perfectamente por qué no me ha llamado. Usted lo tiene más negro que el carbón. Tengo mis fuentes informativas. Usted vio ayer a Sally Ashenfelter y quiso asegurarse de que no hablaría con nadie. Quien la asesinó fue usted.

—Usted se ha salido de madre.

Pero él continuó delirando:

—Tengo escrita la historia. Será la noticia bomba del domingo. Así que métase donde le quepa la exclusiva. Y cuando publique la historia, pienso llamar a la policía y le aseguro por mi madre que lo van dejar como unos zorros.

Colgué sin más, fui a por el frasco de las aspirinas y seguidamente me puse en rápido movimiento.

Ducha, afeitado, cambio de ropa. Café solo. Más café solo.

Para trasladarme de un lado a otro de la casa me ayudaba con un bastón de ciruelo. Después dediqué preciosos minutos a la búsqueda del habitual de ébano, maldiciendo a Harry mientras cojeaba a través del húmedo jardín y veía obstaculizada mi labor por causa de la bruma matinal que soportamos todos los que vivimos junto al río. Antes de localizar el bastón, que había aterrizado en el espacio pavimentado situado delante de la glorieta, mis zapatos y los bajos de mis pantalones quedaron empapados. El puño de cuero era húmedo al tacto pero, aún así, lo prefería al bastón de ciruelo.

Después volví a casa. Ya tenía una cosa más para archivar en mi recuerdo.

Con anterioridad, mientras me afeitaba, había tratado de desentrañar el comportamiento de Harry. No me explicaba por qué me había atacado cuando ya no estaba amenazado y se encontraba camino de la salida. Yo había dejado de ser un peligro para él. Casi nos habíamos dado la mano en señal de despedida en el momento en que salía.

Súbitamente lo comprendí todo, se había llevado el arma.

Me arrastré uno o dos minutos por la alfombra de la sala de estar y escudriñé debajo de los muebles por si había proyectado la pistola en algún rincón al desplazarse a tuestas por la habitación durante la noche. Pero no encontré nada.

El cerebro seguía funcionándome al noventa por ciento de su rendimiento, pero lo forcé a hacer ciertas deducciones. Harry sabía

que el Colt era el arma del crimen. Había descubierto que estaba en mi poder. Nada de lo que yo le había contado había hecho vacilar su convencimiento de que yo había matado a Morton hacía un montón de años, que había tratado desesperadamente de borrar las huellas durante todo este tiempo y que había dejado que Sally muriera entre las llamas del incendio. El arma constituía la prueba del delito. ¿A qué otro sitio podía llevarla si no era a la comisaría?

Y en caso de que Harry no consiguiera ponerme en manos de la policía, ahí estaba Digby para hacerlo. De un momento a otro, podía llegar el coche celular.

Me dirigí a la puerta.

La primera vez que quise poner el coche en marcha, no lo conseguí. ¡Vaya día para dejarme en la estacada, el coche más fiable que había poseído en mi vida! Lo intenté de nuevo y volví a intentarlo tres o cuatro veces más. Nada. De seguir insistiendo, acabaría agotando rápidamente la batería.

Harry —¡maldito imbécil!— debía haber hecho algo para inmovilizar el motor.

Salí trabajosamente y levanté el capó.

No vi hilos desconectados, todos los contactos parecían en su sitio, la tapadera del distribuidor colocada, todo donde debía estar. No existía sabotaje. La situación era el resultado de haber dejado el coche toda la noche a la intemperie en lugar de meterlo en el garaje. La neblina es peor que la lluvia en cuanto a dejar capas de humedad por todas partes.

Fui a buscar un paño, lo puse sobre el calentador de la cocina y me dediqué a secar cuidadosamente todo el sistema de encendido. Volví a poner en marcha el motor, a dar gas... pero el motor seguía ahogado. En el cine, cuando alguien tiene prisa, se mete en el coche y se larga. En la vida real puede no ser así. Lancé cuatro tacos, volví a probar y conseguí una respuesta tartajosa que fue perseverando hasta convertirse en el ruido normal del motor. Por fin podía marcharme.

No encontré ningún coche de la policía mientras remontaba el sendero con un ruido como el de una matraca. Muy pronto me encontré en la A4, en dirección al oeste. Aquella neblina, que yo creía local, persistió hasta Marlborough, dificultando mi avance, pero al mismo tiempo haciendo menos probable que me

descubrieran si se daba por radio alguna orden sobre mi persona a los coches patrulla. Cerca de Devizes, en la A361, la niebla se dispersó durante un tramo, pero volvió a interponerse rápidamente al dejar la ciudad.

Al poco rato me encontré en Somerset. Pronto estuve en Frome, pueblo profundamente encajonado entre dos colinas, donde me había dejado el tren en 1943, junto con mis compañeros refugiados. Después pasé por la población-cárcel de Shepton Mallet, aquel lugar desolado e infeliz donde tenían su base los americanos. Finalmente, pálida como un espectro entre la niebla, surgió Christian Gifford, la granja.

Me detuve a pocos centenares de metros, enfilé un camino hasta una zona boscosa donde nadie podría descubrirme desde la carretera y después anduve el trecho restante. Era duro para mí, pero prefería que nadie me observara mientras salía aparatosamente del coche y, por otra parte, me ponía al abrigo de alguna bala perdida.

El viejo cliché de la niebla envolviendo el paisaje como una mortaja venía aquí que ni pintado. La ausencia de pájaros hacía aquel ambiente más sepulcral que un cementerio. Lo único que se escuchaba era el crujido irregular de los zapatos y el bastón en la calzada. Volví a maldecir a Harry por haberme robado el arma.

Entré en la granja por la parte donde estaban los bidones de leche, preparados para ser recogidos. De haber sido normal la visibilidad, habría distinguido la casa y demás edificaciones en lugar de ver la hilera de arbustos descoloridos y recortados, con sus festones de telarañas y de gotas de lluvia.

Me metí cojeando en la era, la movilidad de mis ojos compensaba la torpeza de mis piernas.

Permanecí un momento inmóvil, escrutando los grises edificios, a la espera de un movimiento, acordándome del día en que Duke y Harry irrumpieron en la granja con su *jeep*, yo sentado en el asiento trasero, triunfante, pero nervioso por el resultado hasta que Barbara, radiante, con sus negros cabellos resaltando sobre el jersey blanco, salió de la casa con el rostro sonriente.

Puse coto a mis recuerdos y me acerqué a la granja.

George Lockwood respondió a mi llamada. Veinte años pueden operar dramáticos cambios en un rostro. El suyo, sin embargo,

apenas se había alterado; entre los dientes había algún hueco más que antes no estaba, las mejillas junto a los pómulos ligeramente más hundidas, pero el ojo izquierdo seguía igualmente inyectado de sangre y las cejas tan negras como antes, pese a que su pelo había encanecido.

No dijo nada. Se quedó estudiándome. Su mirada era directa, exenta de interés, nada sorprendida. Me conoció. Se diría incluso que me esperaba.

Le di una somera explicación:

—Estuve aquí el domingo y esperaba verle a usted y a la señora Lockwood. Soy Theo Sinclair.

Asintió con la cabeza. Por lo menos había alguien que me entendía.

—¿Puedo pasar?

El hombre modificó el foco de sus ojos para escrutar más allá de mi persona, hacia la era.

—Hoy he venido solo —le dije.

Retrocedió unos pasos, dejando la puerta abierta, se dio la vuelta y se fue pasillo abajo, arrastrando los pies al andar.

Después de cerrar la puerta, seguí tras él.

Hasta mí llegó flotando en el aire el olor a pan cocido en el horno, que se asociaba, en mis recuerdos, al intenso olor de aquella casa, mezcla del que emanaba el moho de las viejas alfombras y el de las piedras antiguas. Todavía fue más evocadora la voz de la señora Lockwood, tenue, apenas audible:

—¿Quién es, George?

Al entrar en la cocina y verme, exclamó:

—¡Theo, querido Theo!... —y abrió los brazos para que la abrazara.

Había cambiado más que su marido, había perdido gran parte de los kilos de los tiempos en que yo la conocí y, en cambio, había ganado toda una colección de arrugas que le infundían un aire de suma tristeza cuando de su rostro desaparecía la sonrisa. Por otra parte, la artritis había empezado su labor de deformación de las articulaciones de sus dedos. Iba peinada de la misma manera austera de los viejos tiempos, con el cabello, ahora plateado, echado para atrás desde su nacimiento en la frente y recogido en un moño en la nuca.

—Me parece que todavía podré ofrecerte unos pastelitos acabados de hacer —dijo.

—¡Estupendo! —dije, pensando que por lo menos el recibimiento era mejor que el de la última vez.

Como de paso, pregunté:

—¿Dónde está Bernard esta mañana?

—Arando. No puede tardar. Ahora vendrá.

Traté de que no viera el pánico que me producía la noticia. Me acordé de que «ahora», en aquellas tierras de poniente, tenía significados insospechados. De hecho, cabía la posibilidad de establecer unos límites más precisos a través de la expresión del rostro de la persona que pronunciaba la palabra que a través de la entonación de la misma. Yo no me había distinguido nunca por mi capacidad de adivinar el sentido de las palabras de la señora Lockwood.

Nos sentamos los tres alrededor de la vieja mesa de la cocina y comimos pastelitos con mermelada de fresa, acompañados de té, que seguía hirviendo a fuego lento en la tetera marrón, colocada sobre el hornillo de la cocina. Entretanto les conté qué había sido de mi vida desde 1944. Todo expuesto en frases breves y tajantes.

—¿Y qué te trae por aquí? —me preguntó la señora Lockwood.

—La hija de Duke Donovan quiso que la acompañara aquí el domingo pasado. Estuvimos hablando con Bernard.

—Eso ha dicho.

—Pero no tuvimos la suerte de poder hablar con usted, así que he decidido volver.

George Lockwood pareció encontrar su voz y la empleó de manera expresiva, infundiendo en sus palabras una nota de incredulidad:

—¿Donovan tenía una hija?

—Sí, nos lo dijo Bernard —le recordó la señora Lockwood con viveza y, dedicándome una sonrisa, añadió—: Se ha vuelto un poco duro de mollera...

—Nosotros no sabíamos que estuviera casado —insistió George.

—Pero George... —dijo la señora Lockwood con voz llena de desaliento y de premura.

Después, dirigiéndose a mí, adoptó un tono más amable:

—Theo, chico, ponte un poco más de mantequilla... Que ahora

ya no estamos en guerra...

Cogiendo el plato de la mantequilla, dije:

—La hija de Duke Donovan, Alice, cree que su padre era inocente.

—¿Y ella qué sabe del asunto? —dijo George, demostrando no ser tan duro de mollera como suponía su mujer.

—Y no es ella sola la que lo cree —dije—. ¿Se acuerda de Harry Ashenfelter, el otro americano?

Detrás de mí sonó otra voz:

—¿Qué hay de Harry Ashenfelter?

Era Bernard.

No sé cómo se las arregló para entrar tan sigilosamente ni tampoco cuánto rato podía haber estado escuchando, mientras sus padres seguían hablando, embadurnándose los pastelillos con mantequilla, sin darse cuenta de nada. A decir verdad, me dio un susto soberano, como consecuencia del cual me derramé el té sobre los pantalones. Al volver la cabeza, mis ojos tropezaron con los cañones gemelos de una escopeta.

—Siéntate, Bernard —dijo su madre plácidamente—. Es Theo, que ha venido a vernos.

—Para nada bueno —dijo Bernard, acercándome el arma a los ojos—. Ahora mismo va a venirse conmigo.

Madre e hijo se miraron a través de la habitación, como si midieran mentalmente sus respectivas fuerzas. En otro tiempo yo habría apostado por la señora Lockwood. Su voz débil era engañosa, porque poseía una personalidad muy entera y con la suficiente fuerza de voluntad para imponerla, como tuve ocasión de comprobar, para dolor de mis carnes, en tiempo de guerra, al enterarme de la doble aplicación que tenía la tabla de planchar. En aquellos tiempos habría sido un temible contrincante para Bernard, pese a la corpulencia de este. Él tenía que arriar velas siempre. Pero habían pasado veinte años y la situación era otra. Bernard no estaba en el mismo sitio de antes: ahora el granjero era él.

En honor a la verdad, George Lockwood esta vez se puso a favor de su esposa y dijo a Bernard:

—¿Qué te ha dado hoy? En esta casa no se llevan armas.

Bernard, en voz muy baja, en la que no se traslucían concesiones de ningún género:

—Si este hijo de puta hace lo que yo le digo, no tiene por qué haber disparos dentro de casa.

Y dándome una patada en la pierna izquierda, me ordenó:

—¡Levántate!

La señora Lockwood echó su silla para atrás y se agarró a la mesa con la mano derecha, nudosa como un sarmiento.

—Bernard, esta no es la manera de llevar las cosas —le dijo.

—Madre —dijo Bernard con aquella misma voz tensa y contenida—, mejor que no te metas.

Y seguidamente me apretó el cañón de la escopeta contra el cuello.

—¡Fuera!

El cuello es una parte del cuerpo muy vulnerable. No tiene carne suficiente para amortiguar presiones. El dolor era intenso, pero los efectos en el gástrico todavía eran peores. Carraspeé, abrí la boca en busca de aire. Era como si me ahogase, como si mis pulmones se vieran privados de aire. Al inclinarme hacia adelante, sentí la mano de Bernard sobre mi frente, empujándola para atrás y forzándome a levantarme. Puede decirse que fue él el que me levantó de la silla y el que me sostuvo de pie con una sola mano. Después me acorraló contra la mesa y me tuvo allí farfullando lamentablemente.

Detrás de mí oía la voz de la señora Lockwood que no dejaba de repetir, más como un ruego que como un mandato:

—Bernard, esa no es manera...

Y, para mi desgracia, hube de llegar a la conclusión de que aquel era el límite de su protesta.

Pero me había equivocado. No había pasado un segundo y la mujer se había librado del obstáculo de la silla y, rodeando la mesa, se había situado junto a su hijo, con el cual empezó a pelear para apoderarse del arma. A él no le habría costado derribarla de un manotazo, pero se limitó a agarrar la caja del arma con una mano y los dos cañones con la otra y resistió la embestida.

Posiblemente estuvieron un cuarto de minuto persistiendo en aquella lucha desigual, hasta que la señora Lockwood claudicó y pareció conformarse con mantener una mano representativa sobre el cañón del arma, si bien no se abstuvo de gritar amargamente a su marido:

—¿No puedes hacer otra cosa que quedarte ahí sentado?

Sospecho que George Lockwood sabía que su hijo bastaba y sobraba para contrarrestar la fuerza de los dos juntos y que por ello no se dignó siquiera a moverse de la silla.

¿Qué está pensando de Theo Sinclair? ¿Qué le parece que hizo para ayudar a la anciana señora y ayudarse a sí mismo? Con todo, no debe olvidar la situación en que me encontraba metido. Tenía la escopeta a pocos centímetros del pecho y no podía hacer otra cosa que tratar de apaciguar a Bernard. Sin embargo, todavía encontré aliento suficiente para articular:

—Está bien, me voy. Ya me marcho.

—Pues no faltaba más —comentó Bernard.

Había dado a mis palabras un sentido retorcido, transformándolas en una amenaza en la que yo, en el fondo, no creía. Nunca lo había catalogado como un auténtico asesino. Resultaba un hombre peligroso porque tenía en las manos un arma letal, pero dudaba que fuera lo bastante arrebatado, o lo bastante estúpido, para matar a un hombre a sangre fría.

Así que opté por apelar a lo mejor de su naturaleza; apoyándome pesadamente en el bastón, mi viejo compañero de fatigas, me encaminé con aire patético hacia la puerta.

Mientras Bernard iba moviendo el arma para seguir cubriéndome con ella, su madre volvió a la carga y trató de desviarla para abajo. En ningún momento surgió la posibilidad de que pudiera apartar de mí el arma el tiempo suficiente para poder escapar sino que, como hube de descubrir muy pronto, estaba más preocupada por su hijo que por mí. Súbitamente, le dirigió una súplica desesperada:

—No te dejaré. Mi hijo no es un asesino. ¡No matarás! Matar es otra cosa, Bernard.

Y él, con voz tajante, le respondió:

—Tú lo sabes mejor que yo, madre.

Y con aquellas siete palabras me dijo lo que yo había venido a averiguar.

No podía creerlo.

La señora Lockwood lo miró, atónita. Soltó al momento la escopeta y dio un paso atrás. Se llevó una mano a la boca y la apretó contra los dientes al tiempo que profería un gemido largo y ahogado, después del cual su cuerpo empezó a encogerse hasta

quedarse reducido a un ovillo, en una postura que reflejaba toda su desesperación.

Bernard se había refrenado para no recurrir a la agresión física, pero sus palabras no cedieron a la piedad:

—¡Hipócrita blasfema! Me sale con los mandamientos de la ley de Dios cuando huele a muerto.

La mujer se había desplomado en una silla y, levantando los ojos, exclamó:

—No es verdad.

—¿Que no es verdad?

La mirada de Bernard era desafiante y sus ojos ardían con la llama de la recriminación.

—Y lo de ayer, ¿qué?

La señora Lockwood dio un respingo, como si acabara de alcanzarla en lo más vivo. Quiso decir algo, pero no pudo.

Pero él, haciendo una cruel imitación de su voz, dijo:

—«Bernard, hijo, ¿querrás llevarme en el coche a Frome, mañana, a primera hora? Tengo hora con el médico de la vista». ¡Qué médico ni qué niño muerto! Vi cómo entrabas en la tienda y salías con dos botellas metidas en una bolsa. Vi cómo ibas a la estación y comprabas billete. La cita no era en Frome ni con el médico. El tren que cogiste iba a Bath.

Y volviéndose hacia su padre dijo:

—¡Padre! ¿No has leído el periódico? ¿No sabes qué le ocurrió a Sally Ashenfelter?

El viejo George Lockwood había salido de su estado de pasividad y contemplaba horrorizado a su mujer.

Bernard, inexorable, seguía a la carga:

—Mi madre decía siempre que había que compadecer a Sally y disculpar su debilidad por el alcohol. Y también decía que, en recuerdo de los viejos tiempos, un día le haría una visita. Pues sí, la visita se la hizo, pero con dos botellas de vodka y una caja de cerillas.

George Lockwood, entonces, con sorprendente ternura, se dirigió a su mujer con estas palabras:

—Molly, cariño mío, ¿cómo has podido hacer una cosa así? Me prometiste que no habría más muertes. Dijiste que no habría más sangre.

La mujer profirió un lamento de dolor.

—Lo hice para protegernos. Todo había quedado olvidado, y ahora...

Se cubrió el rostro con las manos.

Pero Bernard no se dejó conmovir. Apretando el arma con más fuerza, me indicó con un gesto que saliera.

Yo me sentía presa de un cúmulo de sentimientos encontrados: repugnancia, horror, indignación, piedad... Por otra parte, también había sitio para una cierta satisfacción. Mi suposición de que la clave del misterio estaba aquí, en casa de los Lockwood, había sido acertada. Pese a todo, debía admitir que no había catalogado a la señora Lockwood como asesina por partida doble.

¿Y usted?

¿Necesita más pruebas para convencerse?

Yo sí. Retrocedí mentalmente hasta el año 1943 y reviví en unos instantes, como una grabadora a rápida velocidad, los acontecimientos básicos de los que había sido testigo. Morton copulando con Barbara en el granero, yo soltando atropelladamente la noticia a Duke y, después, a la señora Lockwood...

Duke no había asesinado a Morton. Había echado una ojeada en el granero, se había detenido a escuchar, había llegado a sus propias conclusiones y se había marchado.

Los Lockwood se la tenían jurada a Morton. La señora Lockwood, enfurecida, había cogido el arma del cajón del mueble. A ella le importaba poco que Morton estuviera violando a su hija o que la poseyera con pleno consentimiento de ella. Le disparó a bocajarro, dejó caer el arma y condujo a Barbara a la granja.

Sally y yo estábamos en la cocina de la granja cuando entraron Barbara y la señora Lockwood. Sally, únicamente Sally aparte de la familia, sabía que Barbara y Morton se querían y que el ataque de histeria de Barbara no podía ser resultado de una violación.

Sin embargo, cuando Duke fue juzgado, Sally no fue llamada a declarar como testigo. Mi declaración constituyó la prueba irrefutable que condujo a Duke a la horca. La mía y la de los Lockwood. Tanto el fiscal como la defensa dieron por buena la versión de que Morton había sido asesinado porque había violado a Barbara. La versión de Sally habría entrado en conflicto con mi declaración y con la de los Lockwood.

Todos en Christian Gifford cotilleaban en relación con el alcoholismo de la pobre Sally, pero solo había una familia que supiera realmente por qué bebía: los Lockwood. Así que cuando Alice y yo aparecimos en Gifford Farm y supimos por Bernard que Sally vivía en Bath, la señora Lockwood comprendió que se acercaba el desastre. Se puso en contacto con ella para decirle que quería verla y compró unas botellas de vodka.

Un asesinato proyectado y ejecutado a sangre fría.

Y no el último del que voy a hablar.

Si usted es una persona de carácter nervioso o tiene proyectado dormir pacíficamente dentro de un ratito, lo mejor que puede hacer es cerrar el libro en este punto. Gracias por su compañía y buenas noches.

Para usted, en cambio, aquel a quien nada puede impedir que vaya pasando páginas, voy a exponerle el resto de lo que ocurrió y tal como ocurrió. Habíamos dejado a Bernard apuntándome con la escopeta y sacándome a punta de cañón de la granja. Entretanto, su madre estaba sollozando y tratando de lavar las penas de su corazón mientras su desventurado George procuraba consolarla.

Yo cooperé en la acción abriendo la puerta y saliendo a la era. Supongo que había sido demasiado optimista al abrigar la esperanza de que Bernard me permitiría salir discretamente en tanto él se dedicaba a solucionar la crisis doméstica. Pese a todo, me presionaba la espalda con el arma para que tuviera la plena conciencia de que lo tenía pegado detrás.

Consideré que lo mejor era procurar sacar hierro al momento y, en el tono más natural que me fue posible adoptar, le dije:

—He dejado el coche en la parte de arriba, pero no hay necesidad de que me acompañes.

Bernard, sin embargo, hizo como que no me había oído. Con una voz totalmente fría, más temible que si hubiera sido amenazadora, me dijo:

—Vete directo al granero.

—¿Para qué? —pregunté.

En el mismo tono de voz indiferente, me respondió:

—Hay que bajarte los humos.

Me sentía igual que un animal atrapado.

Mi primera reacción fue de pánico total. Unos segundos de

aturdimiento en los que me pareció que caminaba sin tocar con los pies en el suelo. Y a continuación ira total, necesidad urgente de atacar y de luchar por mi vida.

No tenía ninguna posibilidad.

Me dije a mí mismo que había que razonar, que puesto que tenía un cerebro, debía hacerlo funcionar.

—Es de asesinato de lo que estás hablando —le dije.

Apretó el arma contra mi columna vertebral con más fuerza todavía, obligándome a seguir adelante. Yo fui cojeando lentamente hacia el granero, el mismo donde Morton había sido asesinado. Su estructura de piedra destacaba al lado de las restantes edificaciones, con su tejado gris dibujándose remoto entre la niebla helada.

Me iba diciendo que debía hablar con él, que eso era lo único que podía hacer.

—No vas a querer matarme —le dije, como una observación jovial, hecha entre amigos—. Es seguro que te llevaría más complicaciones. Tú no eres un asesino, Bernard. No debes repetir los errores de tu madre.

—Sigue adelante o te dejo seco aquí mismo —masculló.

Yo seguí adelante, sin parar de hablar un momento, tratando desesperadamente de meterle aquella idea en la cabeza.

—Tú no tienes las manos manchadas de sangre. Fue tu padre quien la ayudó a deshacerse del cadáver de Morton después de que ella le disparara, ¿no es verdad? Metió la cabeza en uno de los barriles de sidra y enterró el resto del cuerpo en un lugar cualquiera de la granja. Quería que el barril se quedara aquí, pero alguien lo cargó en un camión y lo trasladó a Shorn Ram. Esto fue lo que ocurrió, ¿no es verdad?

Estábamos a unos veinte metros de la puerta del granero y, para la respuesta que conseguí, más me hubiera valido ahorrarme esfuerzos, porque los iba a necesitar.

—Tu padre es un encubridor, pero tú estás a salvo. No hay manera de que cubras los delitos de tus padres. Vendrá la policía, la prensa. *News on Sunday* ya ha destacado un periodista. Esto ha sido hoy mismo, Bernard. Están en camino.

Llegamos al granero. Pensé incluso en precipitarme en el interior y en darle con la puerta en las narices, pero la cosa no pasaba de ser una idea, puesto que contaba con una agilidad que en realidad no

poseía.

Por otra parte, el bastón tampoco era un arma que yo pudiera esgrimir contra una escopeta encajada en mis riñones. Habría apretado el gatillo antes de que tuviera tiempo de levantar el brazo. Además, sabía que no era una baladronada por su parte. Cuando la muerte es inminente hay como un instinto, un sentido animal primigenio que parece advertirte del hecho.

Sentía un sudor frío que me resbalaba por el costado, como si nos encontráramos en pleno verano.

Me metí en el granero.

El granero estaba bastante oscuro, pero no lo suficiente para tratar de desaparecer de su alcance.

¿Podía hacer otra cosa que suplicar por mi vida?

—Es tanto tu futuro como el mío. ¿Lo has pensando bien? —le pregunté.

Bernard hundió el arma todavía con más fuerza en mi espalda.

—¡Arriba!

Quería que subiese al desván donde se guardaba la paja y donde se había cometido el crimen. Buscaba el lugar exacto. El sudor que me empapaba el cuerpo se convirtió en hielo. Hasta aquel momento me había figurado que tenía tratos con un hombre que era racional, pese a serme hostil. Sin embargo, aquella esperanza me había abandonado. Estaba planeando un asesinato ritual.

Junto a la escalera de mano, a través de la cual debía trepar hasta el desván, le dije lisa y llanamente:

—No puedo subir.

Dicho esto perdí el equilibrio. De una patada había hecho volar el bastón que yo tenía en la mano y yo, por instinto, me agarré a uno de los barrotes de la escalera para impedir la caída. Golpeé con el cuerpo la madera al balancearme alrededor de la escalera.

Una punzada dolorosísima me atravesó la región lumbar, como si una de mis costillas acabase de partirse en dos. Después vino otra. Bernard me pinchaba bárbaramente los riñones con el cañón del arma.

Me incorporé como pude y empecé a trepar por las escaleras como un loco tratando de huir de su ataque. Me aupé sirviéndome únicamente de los brazos, después traté de afianzarme con ayuda de la pierna buena y forcé mi cuerpo dolorido a alcanzar la altura

suficiente para agarrarme a la vigueta en la que se apoyaba la escalera. Puse encima la rodilla y conseguí encaramarme en los tablones.

Ya arriba, me retorcí y contorsioné víctima de agónicos sufrimientos mientras el dolor me mordía en la espalda. Creo que en aquellos momentos no me hubiera importado que me disparara un tiro en la cabeza con tal de que me dejara los riñones en paz de una vez para siempre. Me arrastré hasta la bala de paja más cercana para protegerlos. Pero a medida que los espasmos iban aquietándose hasta alcanzar niveles tolerables y yo iba adquiriendo conciencia del ambiente que me rodeaba, fui dándome cuenta de que Bernard no me había seguido por la escalera. Oí que esta rechinaba al rozar la vigueta y golpeaba el suelo con un ruido sordo. Por alguna razón insondable, la había retirado del desván y me había dejado abandonado en él.

Hay un estadio en que el dolor agudo se transforma en tormento generalizado y palpitante. Traté de buscar un asidero y arrastré mi cuerpo torturado hasta el mismo borde del desván, al objeto de contemplar lo que había abajo, al tiempo que me obligaba a mirar. Bernard me había abandonado en el desván. Su intención era matarme y yo estaba plenamente convencido de que todo cuanto le había dicho no serviría para cambiar su decisión.

Había dejado la escopeta apoyada en la pared. Por una oscura razón, estaba cambiando las balas de paja de sitio y arrastraba hasta el centro las que estaban atrás. Después sacó una navaja del bolsillo, cortó la cuerda de una de ellas y desparramó la paja por el suelo del granero.

De pronto desapareció de mi vista y pude oír inmediatamente un ruido sordo de algo que era arrastrado de un lado a otro, lo que me hizo pensar que se trataba de otra bala de paja que iba a ser incorporada a la que ya estaba esparcida por el suelo.

Pero me equivocaba. Aquello que Bernard estaba arrastrando a través del granero era el cuerpo de un ser humano. Un cadáver. El cadáver de un hombre.

Tenía la camisa y la chaqueta manchadas de sangre. No podía decir aún si conocía a la persona en cuestión, porque desde el lugar donde yo estaba no se podía ver su rostro.

Prescindiendo de quién pudiera ser, mi cuerpo se vio recorrido

por un escalofrío. Ahora comprendía por qué Bernard había pasado por alto mis reflexiones. De nada había servido decirle que matarme equivaldría a algo diferente, a un crimen distinto, porque la verdad es que él ya estaba involucrado en aquel tipo de crimen. Tenía las manos manchadas de sangre, era un asesino, igual que su madre.

Querer razonar con él era un trabajo inútil. Estaba dispuesto a matarme y no había manera de poder disuadirlo.

Vi cómo disponía el cadáver sobre las balas. Era como un catafalco, una especie de túmulo, aunque el cadáver estaba con los brazos y piernas extendidos, uno de los brazos colgando y los ojos abiertos, como clavados en mí.

Observé el rostro con mayor atención ya que ahora lo tenía vuelto a mí y podía ver a quién pertenecía.

Era Harry Ashenfelter.

22

LA MUERTE LE HABÍA prestado coloraciones azuladas y blanquecinas: un azul cárdeno con manchas blancas en la parte izquierda de la frente, así como en la mejilla y mandíbula de ese lado. Había permanecido boca abajo sobre una superficie dura durante un cierto tiempo y aquellas manchas indicaban los puntos de contacto con la misma. No era preciso ser patólogo para descubrirlo. Otra observación que podría ser de interés para usted, en el supuesto de que sea médico, era que sus miembros habían quedado pendientes junto a los costados de las balas de paja y el hecho había impedido que el *rigor mortis* alcanzara un nivel evidente. Tal como describo la escena, me permite ceñirme a sus aspectos clínicos, lo que mitiga su horror.

Lo contemplé desde el desván con más respeto que el que nunca había sentido por él como ser vivo. Había mostrado muy escasa consideración hacia sus dos mujeres mientras estas habían vivido, pero parecía que algún vestigio de fidelidad o algún resto de sentimiento de deber conyugal con respecto a Sally lo había empujado a tratar de encontrar a su asesino. Por lo que se veía, después de dejarme sin sentido en Pangbourne, debía de haber conducido toda la noche hasta Somerset. Me había prestado crédito al decirle que la clave del misterio estaba en Gifford Farm. Como yo, había decidido investigar por su cuenta.

Esta había sido la causa de que le atravesaran el corazón de un disparo.

Aquella gente estaba empapada de sangre.

A continuación me tocaba el turno a mí.

Usted, astuto lector, posiblemente habrá deducido de qué modo había proyectado matarme Bernard Lockwood. Yo lo ignoraba. Debo decir que mi apabullado cerebro se negaba a funcionar. Después de contemplar el cadáver de Harry, me era imposible pensar.

Tenía los ojos todavía clavados en él cuando oí el crujido de la puerta del granero. Bernard la había abierto y había entrado.

Parpadeé, concentré mis pensamientos y desplacé mi mirada. Había cogido la escopeta.

«Escapa», murmuró una voz dentro de mí. La voz me instaba a moverme. A salir de allí. Me decía que podía amortiguar la caída dejándome caer sobre las balas de paja. Me decía que sí, que tenía razón, que allí había un cadáver, pero que yo me convertiría en otro si ahora me andaba con remilgos.

Me dispuse a actuar, pero sentí un dolor que me incapacitaba para cualquier cosa al tratar de incorporarme y ponerme en cuclillas. Miré para abajo y contemplé aquellos ojos de Harry que ya nada veían. Y sentí un frío de hielo.

La puerta volvió a crujir por segunda vez y Bernard volvió a entrar en el granero, esta vez sin la escopeta. Ahora llevaba algo igualmente letal: una lata de gasolina.

Sin levantar los ojos siquiera, desenroscó el tapón y roció generosamente con gasolina el cuerpo de Harry y las balas sobre las que descansaba. Hasta mí llegaron los vapores que exhalaba. Lo que yo estaba contemplando no era un catafalco, sino una pira funeraria. Una pira que daría cuenta de Harry así que en ella prendieran las llamas. Por no hablar, además, de mí, atrapado a tres metros de distancia.

—¡Loco maniático! —le grité.

Totalmente abstraído, Bernard estaba ocupado en cubrir el suelo con paja, que arrojaba a manos llenas, para formar una especie de reguero que se extendía desde el cadáver hasta la puerta. Al verlo alejarse, retrocediendo hacia esta, le grité otros insultos. Pero tampoco sirvieron de nada.

Su intención no era hacer llegar la paja hasta la misma puerta. Cuando faltaban unos dos metros para llegar a ella, se detuvo.

Quería tener espacio para poder girarse con rapidez y salir rápidamente del granero. Abrió la puerta de par en par.

A continuación fue siguiendo aquel camino que había hecho con la paja, rociándola con gasolina, preparando aquella espoleta que él mismo se había fabricado. Después volvió a la puerta, dejó la lata en el suelo y se sacó un mechero del bolsillo.

Con el pulgar hizo chasquear el mechero para encenderlo. Vi saltar una chispa, pero no apareció llama. Al segundo intento, prendió la llama pero una bocanada de aire procedente de la puerta abierta la apagó. Cuando pienso en la escena, me parece arrancada de una película de Hitchcock; todo preparado para la hoguera y el encendedor se niega a funcionar. Lo amparó con su pecho y, con la mano libre, trató de encenderlo una vez más.

Esta vez apareció la llama. Bernard se agachó y se dispuso a acercar el mechero al camino de paja empapada de gasolina.

Pero en ese momento se dibujó de improviso en la puerta la figura de una persona empuñando la escopeta.

¡Por el amor de Dios!, casi me parece oírle decir, ahórrenos ese manido cliché del hombre que aparece de pronto en la puerta con un arma. ¡Está muy visto!

Bueno, pues para empezar, no era ningún hombre, sino una chica. Y además llevaba la escopeta agarrada por el lado opuesto, como si fuera una almádena. Le aseguro que en aquel momento bendije a Alice Ashenfelter. Le perdoné todas las cosas calumniosas y falsas que había dicho contra mí, todas sus desfachateces contra mi vida y mi actuación. Aquella intromisión suya me parecía de perlas.

Con la escopeta agarrada por el cañón, descargó sobre la figura agachada de Bernard un soberano golpe con la culata. Era un golpe atrevido cuyo primer intento no podía fallar.

Desgraciadamente, falló.

Bernard debió atisbar el movimiento con el rabillo del ojo, porque esquivó el golpe súbitamente, bajando la cabeza y hurtando el cuerpo. El arma lo alcanzó en el hombro derecho, consiguiendo únicamente hacer que perdiera el equilibrio. Alice lanzó un grito ahogado y se hizo a un lado, soltando el arma al mismo tiempo, que causó un ruido terrible al caer.

Bernard no había resultado herido. De un movimiento rápido, la

derribó como un bolo, pero ella, a puntapiés, se las arregló para esquivar el ataque huyendo a gatas.

Bernard se puso de pie sin prisas y se le acercó cautelosamente. Estaba fuera de mi campo de visión, pero yo sabía que la había acorralado en el interior del granero, debajo del desván. Había caído en la trampa.

—¡Theo! —la oí gritar.

Me acerqué al borde del desván.

Hasta aquel momento, la vida me había ahorrado la visión de una persona muerta y, por supuesto, su contacto físico. La perspectiva me repelía. La reacción, sin embargo, fue automática y tan instantánea que puede decirse que no me afectó siquiera. Me dejé caer sobre el cuerpo informe de Harry, sentí cómo su carne, bajo la ropa, respondía fláccidamente al peso de mi cuerpo y cómo después me arrastraba hasta el suelo.

Yo tenía los ojos puestos en Bernard. Estaba a unos tres metros de distancia, medio agachado, y Alice estaba tendida a su lado. Iba a decir que estaba boca abajo, pero no habría sido exacto porque la verdad es que el rostro miraba para arriba, y bastante esfuerzo le costaba que así fuese. Bernard la tenía agarrada por el nacimiento de la trenza, con la que tiraba hacia el suelo, mientras que con la rodilla la tenía inmovilizada pecho a tierra. Daba la impresión de que el cuello se le iba a romper de un momento a otro.

La chica profirió un gemido agónico.

Yo había iniciado una operación de salvamento que no estaba preparado para terminar. Con el bastón fuera de mi alcance, tirado al otro extremo del granero, lo máximo que podía hacer era trasladarme a rastras hasta donde ellos estaban para conseguir que Bernard me hiciera pedazos o hiciera de mí lo que le viniera en gana.

Tenía que haber una manera mejor de hacer las cosas.

La noche anterior, Harry me había quitado el Colt 45. Si todavía lo tenía encima...

Palpé el cadáver con la mano y le tenté la chaqueta.

Nada.

Pasé después al otro bolsillo. Estaba fuera de mi alcance.

Alice profirió otro grito de dolor.

Agarré el cadáver con ambas manos y lo atraje hacia mí, lejos de

las balas de paja. Cayó pesadamente sobre mí. Inmediatamente después me estaba debatiendo contra un muerto.

Gracias a Dios, tengo brazos fuertes. Lo levanté y lo empujé a un lado y aproveché el mismo movimiento para incorporarme.

Alice lanzó un grito todavía más penetrante.

Busqué en el bolsillo derecho de Harry y esta vez encontré el arma. La saqué, apunté a Bernard y apreté el gatillo.

La bala se alojó en la espalda. Cayó hacia adelante, cara al suelo, y se desplomó sobre una bala de paja. No sabía si estaba muerto, pero no quería disparar un segundo tiro.

Alice se quedó inmóvil un segundo, después se dio la vuelta en el suelo y me miró, los ojos desorbitados por el horror.

—¡Estás ardiendo!

No lo estaba... bueno, no mucho. Harry sí estaba ardiendo. Su ropa empapada de gasolina ardía como una tea. No sé si había sido el mechero o la escopeta lo que había prendido la gasolina. Me aparté bruscamente del cadáver y tiré de la chaqueta, que había quedado atrapada en él y que ya empezaba a humear.

La rapidez con que arde la gasolina es impresionante. Al mirar hacia la puerta, vi enormes llamaradas blancas y amarillas que impedían la salida. Era imposible salir.

Alice estaba de pie a mi lado, tratando de arrastrarme al otro lado del granero, donde el fuego todavía no había llegado. Gracias a su ayuda, conseguí arrastrarme y deslizarme a través del granero, pero allí tampoco se estaba tranquilo. No había gasolina, ciertamente, pero el humo negrísimo formaba unos remolinos que iban a parar directamente a nuestra cara. Se dice que, antes de que uno se queme, suele morir ahogado.

—La escalera... —grité, arrastrándome muy penosamente.

De conseguir encaramarnos al desván, este sería para nosotros una pantalla que impediría que nos alcanzasen las llamas y el calor. Yo no pensaba en la supervivencia, sino únicamente en la inmediata necesidad de poner algo entre nosotros y el fuego.

Juntos, levantamos la escalera y la apoyamos en el suelo del desván. El calor era intensísimo. Se oía una especie de rugido semejante al de las cataratas del Niágara, mientras las cosas, a nuestro alrededor, crujían y estallaban.

Alice fue la primera en trepar.

Quizá le parezca una ridiculez, pero antes de seguirla busqué mi bastón. Revolví entre la paja hasta que di con él y conseguí arrojarlo arriba. Después me agarré a la escalera y me encaramé por ella, una mano tras otra, con una técnica que había ido mejorando con la práctica.

Arriba, el principal problema era el humo. Alice había desplegado el cuello de su jersey para cubrirse la boca con él.

Quiero ahora atribuirme el mérito que me corresponde por la buena idea que tuve. Le hice un gesto para que me ayudara a subir la escalera al desván.

Tiramos de ella entre los dos. Por la parte de abajo estaba ennegrecida y humeante. Le indiqué a Alice que podíamos servirnos de ella como ariete para golpear el tejado desde abajo.

Era un gran riesgo. Existía la posibilidad de que las llamas subieran y se colaran por la abertura que consiguiéramos hacer. Yo tenía puestas mis esperanzas en el suelo del desván, y consideraba que serviría de pantalla el tiempo suficiente para que consiguiéramos escapar. A la velocidad que avanzaba el incendio, el suelo no podía resistir muchos minutos más. Era dudoso si se derrumbaría antes de que las llamas dieran cuenta de las balas de paja almacenadas arriba.

Me subí sobre una de las balas y, mientras Alice dirigía la parte delantera de la escalera, nos hicimos atrás y golpeamos con fuerza las tejas por la parte más baja del desván. No conseguimos otra cosa que un soberano golpe en los brazos. No sin un cierto cinismo, pensé en aquella perogrullada que asegura que las viejas construcciones como aquella estaban hechas para perdurar. ¡Benditas construcciones aquellas de pacotilla que se hacían en el siglo diecinueve o benditas las tejas colocadas por el aprendiz en su primer día de trabajo!

Pegamos otro golpetazo. Con un estimulante crujido, se desprendieron dos tejas y el extremo de la escalera asomó por el agujero. Volvimos a retirarla y seguimos a la carga a ritmo frenético. Cayó otra teja y, a continuación —¡Dios fuera loado!—, otras cuatro. Ya teníamos un agujero más que regular. Soltamos la escalera y sacamos la cabeza al exterior, ávidos de aire. Con mi bastón, desprendí unas cuantas tejas más y acto seguido hice una señal a Alice para que saliera por la abertura.

No se anduvo con chiquitas. Quise introducir la escalera a través del agujero, pensando que podría ayudarnos a bajar desde el tejado, pero Alice me gritó:

—Déjalo, Theo. Es demasiado corta.

Sentía bajo mis pies el calor que iba creciendo en el suelo del desván. Dije a Alice que se hiciera a un lado. Cogí una bala de paja y, metiéndola por el boquete, la arrojé junto al borde exterior del granero: serviría para amortiguar nuestro aterrizaje cuando saltáramos. Arrastré otra hasta el sitio donde yo estaba y la arrojé junto a la primera.

Alice se echó a gritar:

—¡Theo, por el amor de Dios!

Salí al exterior y trepé por el tejado.

Sería una caída que no debía de superar los cuatro metros y medio; por otra parte, el humo que nos empujaba hacia afuera constituía un incentivo suficiente para inducirnos a saltar. Tras mirar las balas de paja que había arrojado al exterior, pronuncié una frase que era familiar para los dos:

—«*All right, then?*»^[6].

Alice tenía el rostro tiznado y las gafas salpicadas de carbonilla. Con una sonrisa, sacó la mano y, tras darle la mía, saltamos los dos.

23

—¡OJALÁ LA EXPOSICIÓN sea correcta! —dijo Digby, creo que por tercera vez—. Si me hubiera avisado habría traído a un fotógrafo.

—¡Deje de quejarse, por favor! —le replicó Alice en un arrebato de cólera, quizá para liberarse de la tensión que sentía—. ¿No tiene su exclusiva?

Digby, encogiéndose de hombros, intentó adoptar una actitud que daba a entender que la cosa no iba con él. Parecía un buitre apostado a la espera.

—¿Qué es una fotografía? —preguntó Alice.

Con voz llena de recelo Digby dijo:

—¿Cómo? ¿Los dos saltando del tejado en llamas? Voy a decirle qué es: *Huida del granero de la muerte*. ¡Eso es! La foto de mi vida. Mañana aparecerá en la primera página del periódico y millones de personas la verán.

Mañana. Yo no quería saber nada de mañana. Terminar con el pasado ya era bastante tarea de momento. Los tres estábamos sentados en la mesa de la cocina de la granja. El agente de turno era un muchacho joven. En la habitación contigua, el inspector Voss estaba interrogando a los Lockwood. Al otro lado de la era, un destacamento de bomberos con sus mangueras sofocaba el fuego del granero.

—Quiero aclarar un punto —dije a Digby, liberando el resentimiento que sentía—. ¿Usted estaba esperando con su cámara fuera del granero mientras Alice y yo estábamos en aquel infierno,

luchando con las llamas?

—No es trabajo de periodista meterse donde no le llaman, amigo.

—¡Por el amor de Dios, Digby!

—En cualquier caso, no podía acercarme una vez iniciado el incendio.

—Pero antes de que empezara, usted ha visto cómo Alice se metía dentro dispuesta a habérselas con un hombre de la corpulencia de Bernard Lockwood...

Digby, imperturbable, observó:

—Alice actuaba de forma totalmente independiente, ¿no es verdad, encanto?

Alice ignoró la observación y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Lo que ha ocurrido ha sido lo siguiente, Theo. Me he enterado de la muerte de Sally en el incendio a través del periódico, lo que me ha revelado que me había equivocado contigo. Me refiero a lo del asesinato de Morton... La persona que había matado a Sally lo había hecho para que callara. Tenía miedo de que tú o yo fuéramos a verla y la hiciéramos hablar. Por muy ruines y bajas que fueran las cosas que te dije, sabía que no eras hombre para cometer un asesinato a sangre fría. Primero he pensado en Harry, pero no me lo imaginaba quemando su propia casa y por otra parte estaba convencida de que, pese a su insensibilidad, no era capaz de matar a Sally. Quiero decir que el domingo estaba dispuesto a que hablásemos con ella, pero eso de que se emborrachara lo sacaba de quicio. Por consiguiente, ¿quién podía haberlo hecho? La respuesta tenía que estar en Gifford Farm. Cuando Digby te ha llamado por teléfono y tú has colgado, en seguida le he dicho dónde había que ir. Digby ha cogido una cámara y nos hemos plantado aquí más aprisa que corriendo. Para evitar a Bernard y a su escopeta, hemos dejado el coche en la parte de arriba del prado y nos hemos acercado lo más disimuladamente que nos ha sido posible.

—Nos hemos dado cuenta de que la puerta de la cocina estaba abierta —la interrumpió Digby—, por lo que yo he aconsejado a Alice que nos metiésemos en el cobertizo de la maquinaria.

—Después te hemos visto salir por la puerta de atrás, con Bernard empuñando la escopeta y pegándotela a la espalda.

—¿Y qué has deducido de la situación? —le pregunté a Alice,

francamente divertido—. ¿Yo... el sospechoso número uno?

Me pareció que, pese a su rostro negro y lleno de carbonilla, Alice quedaba como la grana.

—Te acabo de decir que había variado de opinión con respecto a este punto. Bueno, como íbamos diciendo, Bernard te ha conducido al granero. Al cabo de un momento ha salido y ha dejado fuera la escopeta, ha ido a buscar gasolina y entonces yo me he acercado para echar una ojeada dentro del granero. Cuando he visto que empezaba a derramar la gasolina por el suelo, me he dado cuenta de que había que intervenir.

Después lanzó un suspiro y su rostro dibujó una sonrisa triste.

—Me hacen falta unas cuantas lecciones para incapacitar a un hombre.

Le tendí la mano y la dejé sobre las suyas.

—Lo has hecho muy bien. De no haber sido por ti, yo no habría salido con vida del granero.

A lo que ella se echó a reír, esta vez abiertamente y me dijo:

—Creo más bien que nunca habrías entrado de no haber sido por mí.

Me parece que aquella fue la primera vez que la vi reír sin ninguna sombra de recelo en la expresión de su rostro. Tenía las gafas torcidas y su bella nariz tiznada de negro, pero me inspiró una gran ternura. Me eché a reír y, en un impulso, le dije:

—Ahora que hemos rectificado un montón de errores, me parece que tenemos que conocernos mejor.

Digby, tentándose los bolsillos, observó:

—Voy a anotar esta frase, si no le importa.

—Cierre la boca, por favor —le dije.

Pero como usted sabe muy bien, querido lector mío, las cosas de esta vida no son como las quiere uno, sino como vienen. Alice tenía su pasaje de regreso a Nueva York fechado para el día siguiente. Ni siquiera pudimos estar una noche juntos —para salir o para entrar—, porque aquel cabeza de chorlito de Voss me tuvo el resto de aquella tarde y parte de la noche interrogándome sobre lo que había ocurrido en el granero. Yo admití que había disparado contra Bernard en defensa propia, cosa que por otra parte era bastante evidente, pero Voss estaba hecho un lío tratando de dilucidar si la acción podía ser calificada como homicidio impremeditado u

homicidio justificable. Como, por otra parte, no entraba en sus propósitos acusarme, la cosa me hacía perder la poca paciencia que me quedaba. Cuando, por fin, me dejaron marchar, hacía ya muchísimo tiempo que Digby había devuelto a Alice a Reading.

La fotografía de Digby no salió, dicho sea de paso, pero por lo menos tuvo su historia en exclusiva y estoy convencido de que le reportó unos buenos dineros.

Si lo que usted espera es un final feliz, no tengo mucho más que ofrecerle. George Lockwood admitió su participación en la desaparición del cadáver de Morton en 1943. Llevó a la policía a un lago cercano a Frome, donde había arrojado el cuerpo de Morton decapitado y debidamente lastrado. Pese a que encargaron del cometido de localizarlo a unos cuantos hombres rana, no creo que de momento hayan encontrado nada.

La señora Molly Lockwood fue acusada del asesinato de Sally Ashenfelter y tuvo que afrontar la condena de cadena perpetua. Confesó igualmente que había disparado contra Clifford Morton en 1943 y cometido perjurio en el juicio de Duke Donovan. Dado lo avanzado de su edad, el tribunal decidió no procesarla por estos delitos.

He sabido que el ministro del Interior probablemente recomendará la concesión de un perdón real póstumo para Duke, cosa que supongo complacerá a Alice. A mí me satisface, por lo menos.

La gente me dice que no debo sentir remordimientos por mi participación en la condena de Duke. Me aseguran que no podía hacer otra cosa, puesto que dije lo que yo creía verdad. Estoy de acuerdo. Pero esto no quita que yo no pueda olvidar. Que nunca llegue a olvidar.

Y ahora no me queda más que meterme en el berenjenal de trabajo atrasado de la universidad que, mientras me he entregado a escribir esta historia, se ha ido acumulando en mi mesa. No lo lamento y espero que usted tampoco. Le había prometido una historia extraordinaria y he hecho todo lo que he podido para ofrecérsela. Pero antes de que llegue septiembre tengo que hacer un montón de cosas. El mes pasado presenté una solicitud para una plaza de lector en la Universidad de Yale y, para satisfacción y suerte mía, me la han concedido. Yale está situada a solo cuarenta

kilómetros de Waterbury, Connecticut, en dirección sur.
Debo de estar algo chalado.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*
POR
, Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

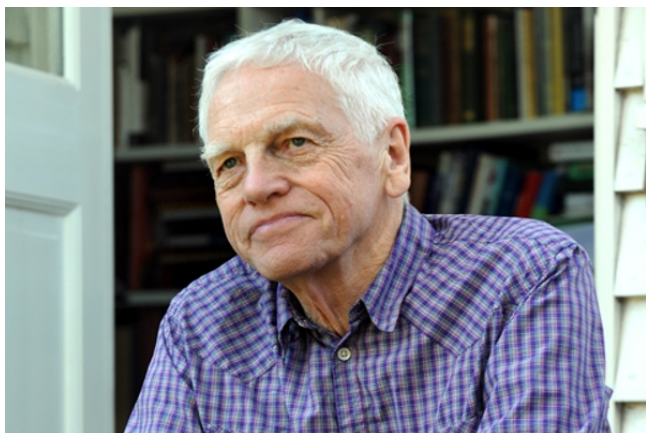
41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



PETER LOVESEY (Whitton, Reino Unido, 1936). Peter Harmer Lovesey, también conocido por su seudónimo Peter Lear, está considerado como uno de los mejores autores de misterio británicos. Estudió en Reading y trabajó como profesor para adultos. Debutó como escritor en 1970 con la novela *Wobble to death* (donde apareció, por primera vez, su personaje el sargento Cribb, un detective victoriano) y no tardaría en dedicarse a ello profesionalmente. También escribió una serie de novelas protagonizadas por el detective Peter Diamond, que aparece por primera vez en *The last detective* (1991). Ha sido traducido a más de veinte idiomas y ha hecho incursiones como guionista de cine y televisión. Además, ha tenido un papel decisivo en la Crime Writers Association, donde ha servido de maestro para otros autores. Tras ganar el CWA Silver Dagger por *Waxwork*, Lovesey obtendría el Gold Dagger gracias a *El falso inspector Dew*. También ha obtenido el French Grand Prix de Littérature Policière y el Prix du Roman d'Adventures

. En Estados Unidos ha sido nominado a los Edgar y Dilys Awards.

CRIMEN & CIA.



Notas

[1] «¿O yo después?». < <

[2] «¿Todo bien?». Esta y la frase anterior suenan igual. < <

[3] Hogar. <<

[4] Fatalidad, ruina. < <

[5] «¡Hojalatero, sastre, soldado...!» es un juego de niñas muy popular en Inglaterra en el que se canta esta canción que supuestamente decide con quién se casarán las que intervienen en él. < <

[6] ¿Todo bien? < <